

Roberto Coria
Rosa Beltrán
Hernán Lara
Vicente Quirarte
Bernardo Ruiz
 El nacimiento del monstruo

María Baranda
Elsa Cross
Sandra Lorenzano
 Poemas

Jorge Ruiz Dueñas
Jaime Labastida
 Volver a Tijuana

Evodio Escalante
 Sobre García de Mendoza

Margarita Peña
 Cervantes entre líneas

Juan Pellicer
 Sobre García Robles

Fernando Curiel
 Ortega rompe con Reyes

Ricardo Valero
 Por los caminos de la ENP

Reportaje gráfico
 José Manuel Schmill

Narrativa

Héctor Anaya
 Silvia Molina
 Alberto Paredes
 Guillermo Samperio

*Schmill
 1999*



Enrique Graue Wiechers
Rector

Ignacio Solares
Director

Mauricio Molina
Editor

Geney Beltrán
Sandra Heiras
Guillermo Vega
Jefes de redacción

CONSEJO EDITORIAL

Roger Bartra
Rosa Beltrán
Juan Ramón de la Fuente
Hernán Lara Zavala
Álvaro Matute
Vicente Quirarte

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 148 | JUNIO 2016

EDICIÓN Y PRODUCCIÓN

Coordinación general: Carmen Uriarte y Francisco Noriega
Diseño gráfico: Rafael Olvera Albavera
Redacción: Edgar Esquivel y Verónica González Laporte
Corrección: Helena Díaz Page y Ricardo Muñoz
Relaciones públicas: Silvia Mora

Edición y producción: Anturios Digital
Impresión: Impresos Vacha

Portada: José Manuel Schmill, *La punta del volcán*, 1999
Fotografías de la portada y del reportaje gráfico:
Francisco Kochen

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Fax: 5550 5800 ext. 119

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: reunimex@unam.mx

www.revistadelauniversidad.unam.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón,
01030, México, D.F.

La responsabilidad de los artículos publicados en la **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto. Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. La **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 112-86.

	EDITORIAL	3
	FRANKENSTEIN. EL NACIMIENTO DEL MONSTRUO Roberto Coria	5
	MARY SHELLEY Rosa Beltrán	6
	PERCY B. SHELLEY Hernán Lara Zavala	9
	LORD BYRON Vicente Quirarte	12
	JOHN WILLIAM POLIDORI Bernardo Ruiz	14
	VOLVER A TIJUANA Jorge Ruiz Dueñas	17
	A PROPÓSITO DE JORGE RUIZ DUEÑAS. LAS BALLENAS Y EL DESIERTO Jaime Labastida	20
	(RE)VISIONES DEL DESTIERRO ESPAÑOL. ORTEGA ROMPE CON REYES, 1947 Fernando Curiel	22
	ADALBERTO GARCÍA DE MENDOZA. EL OSCURO LUGAR INESTABLE Evodio Escalante	33
	SOMBRA Y MATERIA María Baranda	40
	INSOMNIO Elsa Cross	42
	DOS POEMAS Sandra Lorenzano	45
	JOSÉ MANUEL SCHMILL. BELLEZA Y MONSTRUOSIDAD Verónica González Laporte	47
	REPORTAJE GRÁFICO José Manuel Schmill	49
	FRAGMENTO DE NOVELA. EL OTRO VASCONCELOS Héctor Anaya	57
	FRAGMENTO. CORRESPONDENCIA Silvia Molina	63
	ADROGUÉ, SIN BORGES Alberto Paredes	67
	LA COPA DE ACEITUNAS Guillermo Samperio	68
	CERVANTES ENTRE LÍNEAS Margarita Peña	70
	POR LOS CAMINOS DE LA ENP Ricardo Valero	75
	ALFONSO GARCÍA ROBLES. MOMENTOS PREVIOS A UN PREMIO NOBEL Juan Pellicer	81
	RESEÑAS Y NOTAS	87
	SIÓN José Ramón Enríquez	88
	HISTORIA Y MEDICINA, ARTES DE VIDA Álvaro Matute	89
	UN POEMA A LA VIRGEN EN EL "DIORAMA DE LA CULTURA" Ignacio Solares	90
	EL EXPERIMENTO Sergio González Rodríguez	91
	BLANCA ESTELA TREVIÑO. POR LAS LETRAS DE MARGO GLANTZ Aline Pettersson	93
	GENEY BELTRÁN. LOS CADÁVERES DE LA IMPOTENCIA Cristina Rascón	95
	EN EL UMBRAL DE ARRITMIAS DE ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN Adolfo Castañón	96
	LAS PALABRAS DE KONSTANTINOV David Huerta	99
	COYOTE 13 POR PASEO DE LA REFORMA José de la Colina	101
	RICHELIEU Y LUEGO MAZARINO INVENTAN UN JUGUETE Christopher Domínguez Michael	102
	LA CATEDRAL DE LAS PIEDRAS Mauricio Molina	104
	GYÖRGY LIGETI: EL ARTE DE LA SINESTESIA Pablo Espinosa	106
	APROPIACIÓN INDEBIDA. ANTINOVELA ROSA Guillermo Vega Zaragoza	109
	G. K. CHESTERTON. LA SOLEDAD DEL QUESO Edgar Esquivel	111
	EL JARDÍN DE LOS SENDEROS CUÁNTICOS José Gordon	112

MUSEO UNIVERSITARIO DEL CHOPO

Foto: Rodrigo Jasser

SIPHONOPHORA
Thomas Glassford

DR. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ 1D, SANTA MARÍA LA RIBERA
 Amigos del Museo del Chocho @museodelchocho www.chopo.unam.mx

CASA DEL LAGO
JUAN JOSÉ ARREOLA
arte + medio ambiente
UNAM

CURSOS Y TALLERES DE AGOSTO

Los cursos y talleres de Casa del Lago de agosto permiten abordar temas específicos y dar continuidad a las áreas de **ajedrez, artes visuales, cine, danza, ecología, fotografía, historia del arte, literatura, música, teatro, video, software y yoga** que se imparten en los periodos trimestrales.

En este periodo se amplía la oferta de talleres para niños de 6 a 12 años.

Periodo: 1 agosto - 4 septiembre 2016
Inscripciones: Martes 7 al sábado 25 de junio

www.casadellago.unam.mx

Bosque de Chapultepec
Paseo de la Reforma
Puerta principal al zoológico

**PENSÁNDONOS
PENSÁNDOTE
PENSÁNDOTEVEUNAM**

Tenemos el libro que te falta

LIBRERÍA DE LA COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
 Presidente Carranza 162, Coyoacán
<http://www.cashum.unam.mx>

Hace exactamente dos siglos, Europa y Norteamérica cono-

cieron un “año sin verano”: fue 1816, a raíz de la erupción del Monte Tambora, en la isla de Sunbawa, de la actual Indonesia. Este impresionante fenómeno es la mayor erupción de un volcán registrada en la historia, y causó la muerte de más de 70 mil personas. Las secuelas de este desastre se vieron en todo el mundo, en forma de hambrunas, enfermedades y cosechas arruinadas. Pero, en un lugar llamado Villa Diodati, cercano al Lago Lemán, en Suiza, la alteración del clima tuvo una consecuencia positiva: el encuentro y la conversación de cuatro figuras literarias de la lengua inglesa: Lord Byron, su médico y secretario John William Polidori, Percy B. Shelley y su amante Mary Wollstonecraft Godwin, conocida en la posteridad como Mary Shelley. Como resultado de estas siniestras tertulias, y a raíz de un reto de escritura de relatos fantasmagóricos y de terror, nacieron las historias de *Frankenstein*, o el moderno Prometeo y *El vampiro*.

Cuatro escritores mexicanos —Rosa Beltrán, Hernán Lara Zavala, Vicente Quirarte y Bernardo Ruiz— respondieron al reto de regresar la voz a cada uno de los cuatro autores reunidos en una villa suiza hace 200 años, y en el contexto de la pasada Feria del Libro y la Rosa, que nuestra Universidad organiza cada mes de abril en el Centro Cultural Universitario y otras sedes, presentaron monólogos dramáticos en que Mary Shelley, Percy B. Shelley, Lord Byron y el doctor Polidori volvían a la fugaz vida de la palabra literaria para visitar desde la memoria su participación en ese junio sin verano al borde de un lago en el corazón de Europa. Este cuarteto de voces permite viajar en el tiempo gracias a las virtudes de una erudición al servicio de la imaginación.

Al llegar a las siete décadas de vida, el poeta, ensayista y narrador Jorge Ruiz Dueñas recibió un homenaje en los espacios de la Feria del Libro de Tijuana. Su discurso de agradecimiento presentó un panorama íntimo de su vínculo de tantos años y tanta resonancia con la ciudad fronteriza. Fue Jaime Labastida, actual presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, el encargado de dar respuesta a la alocución del homenajeado.

“El insomnio penetra en la noche del ojo / y Golconda se edifica como un sueño / Sus ruinas se edifican / en la falsa memoria de los sueños / en el brillo oblicuo del deseo—”, inicia el poema “Insomnio”, que Elsa Cross, uno de los pilares más merecidamente respetados de las letras mexicanas contemporáneas, ha entregado para los lectores de la *Revista de la Universidad de México*. También incluimos recientes incursiones en la escritura lírica de María Baranda, la autora de *Dylan y las ballenas*, y de Sandra Lorenzano, quien a finales del año pasado publicó su novela *La estirpe del silencio*.

Las formas de la imaginación narrativa han conocido en el último siglo una evolución notable, que ha dado pie a un variado acento en los modos de representar los problemas y desafíos de la condición humana. En este número de nuestra *Revista*, hemos reunido a un grupo de autores que, aunque de distinto perfil biográfico, enarbolan una idea central en torno de los trabajos de la ficción. Se trata de las posibilidades que otorga el discurso narrativo para aproximarse a la esfera íntima y cotidiana de los seres humanos. En las orillas de la Historia con mayúscula, la fabulación es una herramienta potente para recuperar las instancias fugaces del vivir de todos los días, y en el que, sin embargo, también se manifiestan las estelas de los grandes momentos y las figuras culturales de mayor peso. Héctor Anaya, Silvia Molina, Alberto Paredes y Guillermo Samperio presentan acercamientos a la cara oculta de los mayores acontecimientos que moldean los hechos futuros. Podemos atisbar así los encuentros y desencuentros de Jorge Luis Borges en Buenos Aires; la correspondencia privada de una familia en la que una escritora vuelve la mirada a la niñez para, ya en la edad adulta, hallar el sentido de las palabras puestas huidizamente en un papel; la fatalidad en una plaza de toros que cambia la vida de una mujer, o la conversación entre una hija y su padre, admirador, este último, del filósofo y político José Vasconcelos.

Completamos esta edición con ensayos de Fernando Curiel, Evodio Escalante, Juan Pellicer, Margarita Peña y Ricardo Valero. El reportaje gráfico está dedicado a José Manuel Schmill, entrevistado por Verónica González Laporte.

A partir de
mayo hasta
diciembre

CUEC
MUESTRA
FÍLMICA
2016

Sedes UNAM y
circuitos culturales

...Y también
por TVUNAM

Consulte cartelera
www.cuec.unam.mx



FAD
FACULTAD DE
ARTES Y DISEÑO
Escuela de Artes Plásticas y
Diseño



SEDES

- Centro Universitario de Estudios Cinematográficos
- Cineteca Nacional
- Centro Cultural Universitario
- Casa del Lago Juan José Arreola
- Cinematógrafo del Chopo
- Facultad de Estudios Superiores Acatlán
- Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán – Campo Cuatro
- Facultad de Artes y Diseño
- Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
- UNAM Campus Juriquilla
- Colegio de Ciencias y Humanidades – Plantel Naucalpan

Y varias sedes más...

21º FESTIVAL
internacional
de CINE para NiÑOS
(...y no tan niños)

del 9 al 14 de agosto de 2016

Bordamos
sueños



Cineteca Nacional • Sala Julio Bracho CCU
Universidad Autónoma Chapingo
Faro de Oriente



La mataatena

5033 4681 5033 4682 5665 7233

www.lamatatena.org

f/asociacionLaMataatena @LaMataatenaAC

Frankenstein

El nacimiento del monstruo

Roberto Coria

La Fiesta del Libro y de la Rosa, el pasado 23 de abril, fue el escenario para que cuatro escritores mexicanos, sin consultarse previamente sobre el contenido de sus textos, dieran nueva vida a los personajes reunidos hace dos siglos en casa de Lord Byron en Villa Diodati el 16 de junio de 1816. Estos son los monólogos leídos por los escritores Rosa Beltrán (Mary Shelley), Hernán Lara Zavala (Percy B. Shelley), Vicente Quirarte (Lord Byron) y Bernardo Ruiz (John W. Polidori).

Hablemos del escenario de nuestra historia. La erupción del Monte Tambora en las Indias Orientales, el invierno de 1815, sumió al continente europeo en una oscuridad que inspiró el poema homónimo de uno de nuestros protagonistas. Esto hizo que 1816 fuera conocido como “el año sin verano”.

El mes de mayo George Gordon, sexto barón de Byron, poeta esencial del Romanticismo británico, llegó a la comuna suiza de Cologny, en la cercanía del lago Lemán, y rentó el caserón conocido como Villa Diodati —que perteneció al teólogo del siglo XVIII Giovanni Diodati— con la intención de convertirlo en su hogar vacacional.

Lo acompañaba su médico personal y secretario John William Polidori.

En ese momento se encontraban en la región sus paisanos el joven poeta Percy Bysshe Shelley, su amante Mary Wollstonecraft Godwin y su hermanastra Claire Clairmont.

En algún momento sus caminos se cruzaron. Byron se convirtió en su anfitrión en una serie de tertulias cuya naturaleza nunca ha sido completamente precisada. Lo

cierto es que abundaron los placeres físicos, juegos y discusiones sobre literatura, política, filosofía y los avances científicos de la época.

Como un divertimento, Lord Byron propuso la lectura a la luz de las velas, en la noche tormentosa del 16 de junio, de cuentos del libro *Fantasmagoriana, o recopilación de historias de aparecidos, espectros, revinientes y fantasmas*, editado originalmente en Alemania tres años atrás. Al terminar, el poeta retó a los presentes a componer su propia historia terrorífica, “una que helara la sangre”.

De los cuatro convidados, sólo dos —los más jóvenes e inexpertos en el mundo de las letras— respondieron al desafío y engendraron dos relatos poderosos e imperecederos, que poseen lecturas inagotables en nuestros días, y que nos sucederán a todos: Mary creó *Frankenstein o el moderno Prometeo*, publicado en 1818, y Polidori escribió *El vampiro*, aparecido dos años después.

Cedo la palabra a los integrantes de este cónclave legendario.

Mary Shelley

Rosa Beltrán

En el verano de 1816, sólo tenía 18 años. Lo recuerdo ahora, mucho tiempo después. Desde la dimensión en que estoy, reproduciendo lo más fielmente posible aquel verano terrible, tan fielmente que ustedes creerán que en este momento estamos en aquel otro, me propongo decirles exactamente lo que sentí y pensé, sin importarme que estos tres caballeros, tan caros a mi vida de entonces, puedan contradecirme. La vida no sólo ocurre en una dimensión. Y no sólo ocurre una vez, sino que está ocurriendo todo el tiempo. Empezaré por hablarles de una sensación. Lo que sucedió aquel verano sin verano cambió mi vida y, sin embargo, qué raro, el recuerdo más nítido que tengo es un clima y un paisaje. Lo que queda en mí de aquella noche es esa grisura y ese frío clavado en los huesos.

Las condiciones climáticas eran extraordinarias. El Monte Tambora había hecho erupción y eso era lo que provocaba los vientos encontrados y que la tormenta pareciera acercarse desde donde quiera que estuviéramos. Nunca estuve ante un paisaje más desolador; un valle inacabable cubierto de nieve del que sobresalía sólo la punta de unos pinos gigantescos. ¿Se imaginan la erupción de un volcán de tal magnitud que cambiara el clima entero de más de un continente? ¿Se imaginan viajar a Ginebra, esperando compartir los días agradables de un verano en una terraza y encontrar en cambio un paisaje permanentemente helado y oscuro? Nieve, vientos encontrados. Durante el trayecto no hubo nada más. Ni piedras ni ríos donde detener los ojos. Eso es lo que recuerdo.

Aunque Percy decidió instalarse en un hotel vecino, Byron nos hizo trasladarnos a Villa Diodati, donde podríamos quedarnos a pasar unos días. Y eso hicimos. Charlábamos a la luz de las velas. No me parecía fascinante; no opinaba como ellos. Byron era el más insistente, había escrito sobre tormentas y castillos embrujados, y quería que escribiéramos una historia de aparecidos. Tenía obsesión por el castillo de Chillon, en Suiza, cercano adonde estábamos. En ese castillo, atado a una argolla de hierro, un partisano permaneció preso por tres años sin ver la luz del día. A él le parecía hechizante la historia, escribiría sobre ella. Percy, mi marido, era de opinión parecida. Ambos adoraban el “delicioso te-

mor”. Así lo llamaban. En esa ocasión se trataba del delicioso temor de una noche como esa. ¿No me parecía ideal? No, no me lo parecía. Porque yo temía, no sé qué. Siempre tuve miedo. No miedo al más allá o a los fantasmas, a todo eso con lo que ellos jugaban y cuyo temor adjudican a las mujeres. Yo tenía un miedo real, concreto. Ellos tres se divertían al asustarse con teorías extrañas, con poemas malignos sobre seres míticos, como aquella Lamia, la serpiente que viene por Christabel y a la que Percy imaginó como una mujer con ojos en los pezones. Eran niños jugando a meterse miedo mediante sus historias de aparecidos. Y algo que no les han dicho: bebían. Ingerían... sustancias, llamémoslas así. Se las proporcionaba Polidori, en su calidad de médico. Y conforme pasaban las horas serían capaces de beber más, de hablar mucho más, de imaginar situaciones imposibles para llegar adonde fuera. Yo lo sabía, Byron había hecho cosas temerarias en sus viajes sin medir las consecuencias de sus actos. ¿Que si lo admiraba? Sí, pero no tanto como él suponía. Soy hija de Mary Wollstonecraft, una mujer que en el siglo XVIII vivía como escritora profesional e independiente en Londres. Al decir “vivía” no me refiero a que lo hiciera como el rico heredero que era Byron, no vivía con sus lujos, pero era capaz de ganarse la vida, algo que ninguna otra mujer de su clase hacía en ese entonces, y esto se le olvidaba a mi amigo George, que era incapaz de imaginar que alguien pudiera pasar los días haciendo cosas que le disgustan para ganarse el sustento y el techo. Y, claro, él que vivía en su imaginación y sus poemas no podía pensar que un día no se pareciera a otro ni pensaba que la época que se vive nos limita en buena medida a hacer lo que hacemos. No se vive igual en un cuerpo de mujer que en uno de hombre. Y por eso sé que para él las fechas no significaban nada, sobre todo en un tiempo como ese, el de aquella noche, un tiempo que creía que los seres humanos habíamos encontrado la libertad y que sólo a través de la pasión desbordada se podía vivir una vida verdadera. Que sólo así se debía vivirla. Pero hay años que no se olvidan y para mí, además de 1816, el año de 1792 marcaría para siempre mi existencia aunque para entonces yo todavía no hubiera nacido. Fue el año en

que mi madre escribió *Vindicación de los derechos de la mujer*, aquel libro que le causaría tantos dolores de cabeza. Por ese libro aprendí que las mujeres no somos por naturaleza inferiores al hombre, sino que parecemos serlo porque no recibimos la misma educación. Y ya me dirán ustedes si no es cierto. George Gordon Byron, sexto barón de Byron, estudió primero en Harrow y después, de joven, en la Universidad de Cambridge. Mi madre en cambio tuvo un padre borracho y gastador. Mi abuelo la obligó a “gastarse” su fortuna antes de tiempo, es decir, que la dejó sin ninguna. ¿Y qué podía hacer una mujer de su condición social en la Inglaterra de su tiempo? Pues lo que hizo. Intentar con unas amigas suyas fundar una escuelita que fracasó, ser dama de compañía de una “señora bien” en Bath, cosa que no resistió, y trabajar de institutriz en Irlanda, por 40 libras, para los Kingsborough, tarea que realizó durante todo el tiempo que pudo hasta que la corrieron. ¿Que por qué despidieron a mi madre, pese al empeño que puso y a su magnífico sentido de la educación? Porque mientras la señora Kingsborough se ausentaba de sus hijas por largos periodos con su marido —cosa bastante normal— y cuando no se ausentaba en vez de entretenerse con ellas se entretenía con sus perritos —cosa también normal—, mi madre enseñó a las dos niñas a su cargo algo terrible y nada normal. Las enseñó a pensar. Pues bien, soy hija de esa mujer que murió a los once días de haberme dado a luz, quien dejó un famoso estudio: “La desafiante situación de las mujeres educadas de forma moderna y que se han quedado sin fortuna”, por el que supe, además de por las conversaciones con mi padre, lo que les acabo de contar. Dirán que esto no tiene que ver con lo que pasó aquella noche en Villa Diodati, pero se equivocan. Tuvo que ver y mucho. Como tuvo que ver también el que yo hubiera crecido con mis dos hermanas (Fanny y Jane o Claire), la primera de ellas hija de mi madre con otro señor, niña que mi madre tuvo siendo aún soltera y que mi padre adoptó como hija suya sin problema y a quien siempre llamé “hermana”. Ojo, no la llamé hermanastra, ni media hermana. Nada ni remotamente parecido a “monstruo” o “criatura”. Lo de “criatura” suena familiar, ¿verdad? Así eran llamadas las hijas concebidas fuera del matrimonio.

Mi padre se preocupó porque las tres tuviéramos una espléndida educación. Es decir, no nos envió a la escuela. Eso también me marcó y por eso traigo a mi padre, William Godwin, a esta noche en Villa Diodati. Él también tuvo una hija con la viuda Mary Jane Clairmont, con quien se casó tras la muerte de su primera esposa. Y esa hermana mía, Jane o Claire, se hizo amante de ¿quién creen? Sí, de Lord Byron.

Hemos sido acusadas de muchas cosas, sobre todo de haber tenido esa educación. Yo me enamoré de Percy Shelley a pesar de que era casado y a los dos meses de



Richard Rothwell, *Mary Shelley*, 1840

haberlo conocido me fugué a Londres con él. Claire se fugó con nosotros. Pero Fanny, que se quedó en casa como debía hacerlo una buena chica con buena educación, se suicidó. Se envenenó con láudano. Y dos años después la esposa de Shelley, Harriet Westbrook, se suicidó también. Yo entonces tenía 16 años.

Así que si me preguntan si los cuentos de fantasmas con que pasaban el rato ellos tres me daban miedo les diré que no. A mí me daban miedo otras cosas.

Me dio miedo, por ejemplo, el juego que empecé a descubrir, entre los tres. A Polidori, George Gordon comenzó a decirle “Polly Dolly”, y mi querido Percy, en vez de reprobarlo, lo festejó. ¿En quién convertimos a otro cuando le cambiamos el nombre? ¿Y qué esperamos que ocurra con esa transformación?

Pensé que no importa en qué convirtamos al otro siempre y cuando nos hagamos responsables de ello. La incapacidad de hacernos cargo de aquel otro que construimos es lo que debería darnos miedo. Pensé en Fanny y en Harriet. ¿Hasta qué punto las habíamos convertido en eso en lo que se convirtieron, unas suicidas? ¿Y por qué Byron y Shelley nos dejaban fuera a William y a mí? ¿En qué nos estaban convirtiendo?

A medida que los días pasaban comenzó a oscurecer más temprano y las fechas comenzaron a llegar sin que pudiéramos decir que había amanecido, como si el Sol



Boris Karloff en la película *La novia de Frankenstein*, 1935

se estuviera extinguiendo. Nos vimos obligados a encender las velas desde mediodía, y las conversaciones se fueron tornando ya no fantasmagóricas sino sombrías, siniestras. Ante lo que empezó a ser un vaticinio de muerte, Byron comenzó a hablar de los principios de la animación recién descubiertos, es decir, empezó a hablar de la vida, de otra forma de vida. Polidori intervino. Como médico en funciones, aportó sus conocimientos desde el punto de vista científico y habló de galvanismo. Byron se burló de su aproximación timorata. Dijo, que, sobre todo, era poco poética. El principio de la vida tenía que ver con algo extraordinario, con algo grandioso, citó a Coleridge y su idea de un Dios cósmico, y al comprobar que en efecto William y yo habíamos quedado fuera, sentí el verdadero miedo. Me había mantenido silenciosa, escuchando el sordo rugir de la tormenta, mirando la cicatriz eléctrica de los rayos que caían a lo lejos.

Y pensé: para qué. Para qué seguir en una reunión, para qué seguir en una vida donde uno no es bienvenido. Nos retiramos a dormir. Lo último que había dicho George, después de perseguir a Percy con las imágenes de Christabel y permitir que yo me retirara, fue que no olvidara el compromiso: deberíamos escribir cada uno una historia *Fantasmagoriana*. El término venía de los relatos alemanes de terror que a él le encantaban.

Esa noche en la cama no pude dormir, ni puedo decir siquiera que pensara. Me limitaba a dar vueltas en el lecho con los ojos cerrados. De pronto, la imaginación se apoderó de mi voluntad y mi conciencia. Y en un momento me hizo ver al pálido estudiante de medicina del que todos se burlaban, arrodillado frente a la criatura que había unido con partes de otro cuerpo y a la que le había dado vida. Lo único que sabía, al verla dar sus primeros, torpes pasos, es que no podría hacerse responsable de ella. Así nació la criatura del doctor Frankenstein y *Frankenstein* el libro. Así nació también Mary Shelley para el mundo.

A veces he pensado que esa criatura soy yo. Un ser impertinente, en el sentido literal, alguien que no pertenece. Un ser que aun siendo por naturaleza bueno, no merece amor, ni cabe en ninguna parte. Alguien que mata lo que ama sin saber por qué y a quien de cualquier modo abandonarán. Si les parecen pocas las semejanzas les diré que mi amado esposo se ahogó poco después. Teníamos ocho años de habernos conocido.

Monólogo leído en el acto teatral "La creación del monstruo" en torno a la noche del 16 de junio de 1816 en que se reunieron Percy B. Shelley, Lord Byron y William Polidori en Villa Diodati, donde se gestaron dos obras trascendentales para la literatura: *The Vampire* de Polidori, antecedente de *Dracula* de Bram Stoker, y *Frankenstein* de Mary Shelley.

Percy B. Shelley

Hernán Lara Zavala

Díganme Percy, por favor, Percy B. Shelley o *Shilo*, como me dice aquí, mi buen amigo Byron. También me pueden llamar Shelley el loco, el ateo, el revolucionario, el rey de los elfos, el de las hadas, Oberon, el cristalino, el ángel malo o el ángel de la muerte (esa muerte que siempre me ha acompañado y me acompañó a lo largo de mi breve vida: Harriet, Isanthe, Fanny, William...). Ahora, si lo prefieren, díganme Ariel o Prometeo. Soy todos ellos y aun más.

Tuve la desgracia de ser nieto de un *baronet*, Sir Bysse Shelley. Supongo que ustedes no ignoran lo que eso significa en Inglaterra, pero la verdad es que para mí ha resultado una verdadera monserga. Supuestamente soy rico, noble y aristócrata: de buena prosapia, con fortuna y hasta educación. Pero soy rico sin dinero, no como tú, mi querido George. No tengo dónde caerme muerto y siempre me encuentro en la quinta pregunta pero eso sí, tratando de ayudar a todos mis amigos, todos deudores, aunque los agiotistas le hinquen el diente a mi presunta herencia para cobrarme leoninamente: soy rico sin prestigio y heredero sin un penique. Soy pobre de fortuna y rico, gracias de espíritu.

Mírenme: delgado, frágil, alto, aunque un poco cargado de espaldas, de tez rosada, cabellos largos y alborotados, ojos azules y resplandecientes. En mi corazón palpita la justicia, la poesía, la libertad. Algunos dicen que soy el más apacible de los poetas, el menos egoísta. No lo sé, pero yo me considero independiente, rebelde y etéreo. Así nació: me gusta vivir peligrosamente, con coraje y como único apóstol de mi propia soledad florida. Mis territorios son el alto de los cielos donde sólo vuelan las más intrépidas aves, los mares procelosos en los que bogan las más frágiles embarcaciones, los fuegos infernales para liberar a Prometeo y los vientos huracanados que juegan con la muerte.

¡Espíritu salvaje que se mueve incesante,
que destruye y preserva; Oigan por favor oigan!

Soy, simple y llanamente, un poeta lleno de metáforas y metafísicas. Mis inquietudes son desaforadas pero estoy siempre dispuesto a librar las más inverosímiles batallas o las más violentas tempestades por las causas justas. Mi corazón desorbitado, loco y pletórico de energía se encuentra colmado de amor por la libertad. Dicen que tengo ciertos instintos suicidas... Tal vez porque —contrario a ti, querido Lord Byron, que eres un consumado nadador— no sé nadar, ni siquiera flotar, pero, al igual que a ti, me fascina el mar y la locura de la navegación. ¿Recuerdas aquel día en el lago de Ginebra que nos sorprendió una tormenta a bordo del entonces Don Juan? Todo parecía indicar que nos íbamos a pique y ya te desnudabas dispuesto a saltar por la borda cuando me viste en la barca con los brazos cruzados, impávido y te echaste a reír a causa de mi sangre fría.

Pero vayamos por partes: yo soy el esposo de esta bella y talentosa mujer aquí a mi lado: Mary, mi Mary, mi única esposa, Mary Shelley, tan orgullosa de la conjunción de nuestros dos nombres, hija de mi preceptor William Godwin, así como de su madre, la luchadora y revolucionaria feminista Mary Wollstonecraft: Mi Mary, la única hija que tuvieron el genio con la genio. Mi inolvidable Mary, mi gran mujer, frente a quien, pese a mi intenso fervor, flaqueé con otras mujeres en busca de la parte insondable de la belleza femenina, que tanto me inquieta y me subyuga. Y a pesar de ello, querida Mary, y de todos los infundios, siempre creíste en mí.

Estudié en Oxford, en University College, como mi propio padre, Sir Timothy Shelley, miembro del parlamento y hombre rico e influyente en la política y en los negocios. Como egresado del mismo College él me acompañó a Oxford y abrió una cuenta en la principal librería para que yo tuviera crédito ilimitado y adquiriera los libros, papeles, tinta y plumillas y, en caso dado, que pudiera hasta publicar lo que me viniera en gana. Qué maravilla: un cuarto independiente en los claustros de una de las más ilustres universidades del mundo donde yo

me sentía más que privilegiado y absolutamente libre para vivir a mis anchas: ir o no a los cursos, disponer de mi tiempo como me viniera en gana: leer, escribir y estudiar: literatura, filosofía, medicina, química, electricidad, mineralogía, la *Biblia* y la estricta configuración del cuerpo humano. Estaba interesado en indagar de dónde provenía la chispa de la vida para probar, de una vez por todas, la ausencia de Dios.

Debido a mi odio hacia la intolerancia, la burocracia y las ideas anquilosadas, leí *Political Justice* de William Godwin, libro que me cambió la vida. Bajo la influencia de Godwin me atreví a redactar y a editar un panfleto titulado *La necesidad del ateísmo*. Llegué a la librería de la universidad cargado de mis ejemplares y se los entregué al dueño para su venta, firmados con el seudónimo de “Jeremy Stukeley” y le pedí que los exhibiera en la vitrina de novedades: el panfleto costaba seis peniques.

Siempre me atrajo la palabra *ateo*: provocadora y disidente, tan acorde con mi propia personalidad. Por eso en la “advertencia” del panfleto me atreví a afirmar: “Ya que el amor a la verdad es el único fin que ha llevado a la redacción de este pequeño tratado, el autor del mismo ruega... a aquellos lectores que encuentren alguna deficiencia en sus razonamientos... la den a conocer públicamente... tan pronta, metódica y francamente como su libertad se los permita”. Y, a falta de pruebas, firmé: UN ATEO.

El panfleto se convirtió en una auténtica revolución e hizo estallar una bomba contra la moral y las buenas costumbres de Oxford. Me llevaron a juicio y salí expulsado de la universidad cuando apenas tenía 18 años, lo cual conllevaba, naturalmente, el rompimiento frontal con mi familia, que tantas esperanzas había depositado en mí. A partir de ahí mi padre se negó a darme un penique más en la vida y la gente empezó a conocerme con el mote de “Shelley el ateo”.

No contento, un poco después me atreví a escribir otra apología: “Manifiesto por los irlandeses”, con objeto de emancipar a los católicos y mejorar sus condiciones de vida y reivindicar a su triste y explotado país. Fui a presentarlo a la “Isla verde”, pero el resultado fue una rechifla generalizada por parte de los irlandeses que lo último que deseaban era que un noblecito inglés viniera a decirles qué hacer.

Me casé por primera vez a los 19 años. Reconozco, no obstante, que no fue por amor. Yo ya vivía en Londres, y era amigo de la familia de Harriet Westbrook, chiquilla de 16 años, muy bien formada, de cabellos castaños y de hermosa carita, cuyo padre quería obligarla a regresar a una escuela que ella deploraba. Harriet me confió que prefería matarse antes de volver a esa cárcel a la que su padre la quería enviar. Para mí el matrimonio era tan odioso y detestable como los reyes, sacerdotes y políticos. Instituciones como el comercio y la religión católica re-

presentaban los grandes traumas de la humanidad. Soy un escéptico que cree en el amor libre, en la tolerancia y la justicia, como lo plasmé en mi poema *Queen Mab*. Detesto el egoísmo, provenga de donde provenga. Pero ante la angustia que Harriet padecía le propuse que nos largáramos de Inglaterra, lejos de sus padres y de los míos, aunque nos tuviéramos que casar. Ella tenía 16 años, yo 19. Nos fuimos a Edimburgo y ahí celebramos nuestra juvenil boda entre los comerciantes de la ciudad que, al calor de las copas, me advirtieron: “la costumbre aquí es que los invitados a la boda suban a medianoche a la habitación a bañar en whisky a la recién casada”. A lo cual yo simplemente contesté: “al primero que ponga un pie en nuestra alcoba le vuelo la tapa de los sesos”.

Pero el amor llegó a mi corazón el día en que apareciste tú, Mary Shelley. Harriet y yo visitábamos con frecuencia a tu padre en Skinner Street, para conversar y hablar de ideas y de libros. Ahí conocí a tu madrastra y a tus medias hermanas, Fanny y Claire. Tú no estabas, te habías ido de viaje a Escocia. Empecé a frecuentar a tu familia hasta que un buen día llegaste. El mundo cambió definitivamente para mí: eras hermosa e inteligente, con unos ojos color avellana, graves y dulces. Poseías esa rara mezcla de belleza y heroicidad que es lo que más me puede atraer de una mujer: eras delicada, seria, sensible, inteligente, culta y, aunque adorabas a tu padre, no te llevabas bien con su actual esposa. Te regalé mi *Queen Mab*, lo leíste con devoción. Empezamos a frecuentar por las noches el cementerio donde estaba enterrada tu madre, Mary Wollstonecraft, en cuya tumba leíamos, conversábamos y meditábamos hasta altas horas de la noche. Nos enamoramos a pesar de que yo era casado y Harriet, mi esposa, estaba encinta. Así que, una vez más, no encontré mejor solución que fugarnos, junto con tu hermana Claire, primero a Francia y después a Suiza.

Ese fue el verano en que nos conocimos, querido Byron, Lord Byron, Byron, el Peregrino, Don Juan, mi hermano, mi amigo, que hicimos generación junto con John Keats, nuestro Adonis, el primero de nosotros en morir y al que pronto seguiríamos. Fue en 1816, en el lago de Ginebra en Suiza, gracias a Claire que, interesada en ti, te mandó un anónimo en el que decía: “Estaré dispuesta a ofrecerle aquello que ha sido el apasionado deseo de mi corazón”. Y así ocurrió: Claire acordó una cita contigo en las afueras de Londres y se hizo tu amante.

Tanto tú como yo logramos huir de Inglaterra. Yo, a causa de mis deudas con mis acreedores y del acoso de Harriet y de Godwin, pero deliciosamente feliz de estar por fin con Mary. Tú a causa de las impugnaciones de sodomía con tu mujer, de tu separación y del incesto con Augusta, tu media hermana, y huyendo también de Claire, a quien ya no querías ver.

Pero ni Mary ni yo te conocíamos aún. Éramos vecinos en Ginebra. Tú habías alquilado una residencia llamada Villa Diodati, que alguna vez ocupara Milton. Venías acompañado por el doctor William Polidori, que trabajaba como tu amanuense. Nosotros, Mary, su hermana Claire y yo, vivíamos en una casita de dos pisos que daba al lago, cerca de ustedes. Nuestro encuentro se dio un día que Polidori y tú remaban en el lago. Claire, que estaba muy pendiente de ti, los vio a lo lejos y aprovechó la oportunidad para pedirnos a Mary y a mí que camináramos por la playa. Desembarcaste mientras Polidori se quedaba a cargo de la lancha. Ahí nos presentaron a pesar de que ya nos habíamos leído y sabíamos uno del otro. Polidori sintetizó así nuestro encuentro: “Conocimos a Shelley, el autor de *Queen Mab*: tímido, discreto, tísico: tenía 26 años [me vio mayor de lo que era] y estaba separado de su esposa. Viajaba con dos de las hijas de Godwin poniendo en práctica sus teorías”. Tanto tú como yo, Byron, estábamos un poco a la expectativa: yo muy formal, tú un tanto distante aunque esa noche me invitaste a cenar a solas contigo. Escribías entonces el tercer canto de *Childe Harold’s Pilgrimage*, que te había hecho famoso de la noche a la mañana. Lo leí, emocionado.

Durante ese verano frente al lago navegábamos juntos en el lago y, durante las noches, nos reuníamos a leer historias macabras, sobrenaturales y de terror. Nos gustaban y nos inquietaban. Ahí se afianzó nuestra amistad y una noche de lluvia, mar, viento, oscuridad, frío, tedio, miedo y profunda curiosidad, de repente propusiste, *my dear old Georgie*: “¿Por qué no escribimos cada uno de nosotros un cuento de fantasmas?”. Mary tuvo una idea de inmediato: imaginó a un joven estudiante frente a un monstruo creado por él durante años en el preciso instante en que abría “el indolente ojo amarillo...”. ¡Ahí estaba la historia! ¡El despertar del monstruo!, ¡el inicio de una vida creada artificialmente por el hombre sin necesidad de intervención divina! Te llenaste de horror, Mary, pero a la vez la idea te obsesionó y te persiguió durante muchos días y muchas noches. William Polidori tuvo a bien escribir un relato llamado *El vampiro*, inspirado en una alucinación que me produjo *Christabel*, el gran poema de Coleridge. Pero tú comentaste, Mary: “El pobre Polidori escribió sobre una mujer cuya cabeza era una calavera que había sido castigada por mirar por el ojo de una cerradura”.

Después de esa reunión cada quien se llevó consigo su idea para trabajarla. Byron integró su relato al poema *Mazeppa*, tú, Mary, habías pensado en principio en escribir tan sólo un cuento breve pero yo te animé a que intentaras una historia más extensa y ambiciosa. Te ayudé con las cuatro cartas introductorias que abren la novela en una suerte de homenaje a mi poema favorito de Coleridge, *The Rime of the Ancient Mariner*. La novela



Alfred Clint, *Percy Bysshe Shelley*, 1819

no se publicó hasta 1818. Fuiste la única que cumplió cabalmente con la propuesta de Byron. Cuando en 1831 escribiste sobre la génesis de *Frankenstein*, mi muy amada Mary, te refieres a mí como “el compañero que no volverás a ver en el mundo”. Yo ya estaba muerto.

A la novela que escribiste, Mary, la titulaste *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Su tema es la revolución de un monstruo en contra de su propio creador, como fue también el caso del personaje Victor Frankenstein frente a Dios. A mí me recordaba la persecución del mal que se había convertido en una de mis grandes obsesiones. Había que perseguir al monstruo hasta el fin del mundo.

Hasta aquella tan aciaga como esperada tarde en que mi amigo Edward Williams y yo salimos a navegar a bordo del Ariel (antes Don Juan) en el Golfo de La Spezia, cerca de Livorno, donde una tormenta nos sorprendió y nos fuimos a pique.

Luego de varios días dieron con mi cadáver. Byron se quedó totalmente desconcertado al ver mis restos: “parecen más la carroña de un cordero que el espíritu volátil de Ariel”. Fui incinerado y, dice la leyenda, mi corazón, de talla extraordinaria, fue lo último en consumirse. Byron se echó a nadar: “Vamos a probar —dijo retadoramente— las fuerzas de estas aguas”. Y se internó mar adentro.

Al enterarse de mi muerte alguien escribió: “Shelley, el poeta, ha muerto. Ahora sabrá si hay Dios o no”. Pero déjenme confesar, de una vez por todas, ahora que estamos aquí reunidos los mismos cuatro del verano de Byron, entre las llamas del infierno. Mary escribió la novela pero Victor Frankenstein, el estudiante, y Frankenstein el monstruo, víctima y victimario, soy yo.

Lord Byron

Vicente Quirarte

Nos llaman el monstruo. Aunque seamos hermosos, monstruos somos aquellos que nos salimos de la norma, los que aspiramos a la grandeza y a la eternidad. Antes de instalarme en Villa Diodati quise conocer el campo de batalla de Waterloo, donde aún estaban humeantes las bocas de los cañones de la batalla que echó definitivamente por tierra los sueños de Napoleón Bonaparte. Si la Bestia, como sus enemigos lo rebautizaron, llevaba consigo todo lo necesario para que la vida en campaña fuera como estar en casa, yo viajo con un carruaje lleno de todo lo que hace de cada día de la semana una obra de arte. Viajo, por supuesto, en compañía de mis animales que sólo por convención llamamos irracionales, pues reúnen todas las virtudes humanas y ninguno de sus defectos.

Yo, George Gordon Lord Byron, señor de la primera persona, amigo de Satán y retador del cielo, voy a vivir para siempre. Como otros grandes, puedo arrasar, conquistar, pasar por encima de todas las convenciones de la especie humana. Ir más allá de los versos que me justifican. Acabar con la vida para ser digno de ella y hacerla un proyecto verdaderamente hermoso, alto e invencible.

Aunque la derrota napoleónica fue obra de mis coterráneos ingleses, no por ello me resultan dignos de admiración. Los detesto por su hipocresía, su falso pudor, su falta de agallas para llevar a cabo —o asumirlas— todas las trasgresiones de las que me envanezco: nadar en mar abierto, cometer incesto y adulterio, vivir en una abadía abandonada por los hombres pero poblada por fantasmas, donde bebía de una copa hecha con la calavera de un humano. Comer sólo lo necesario para subsistir en el planeta.

Me confieso ególatra y soberbio. No puedo y no debo ser de otra manera. Si los señores de la guerra no tuvieron prejuicios, tampoco debe tenerlos quien en otro terreno quiere cambiar la vida. “Mientras escribí los excesos y absurdos que han deformado el gusto del público, me han aplaudido como un eco; hoy, en cambio, cuando en los últimos tres o cuatro años he dado a luz cosas que no se deberían ‘dejar morir’ (como dice Milton), toda la pira ronca y gruñe y se revuelca en sus inmundicias. Sin embargo, es justo que yo deba expiar mi culpa por haberlos corrompido, puesto que nadie más ha contri-

buido más que yo, con mis primeras obras, a producir aquel sueño exagerado y falso”.

Ginebra. Sus 40 mil habitantes deben de estar felices de verse libres de la dominación francesa. Sin embargo, el único periódico de esta ciudad insignificante, la *Gazette de Lausanne*, dedicó un renglón a mi presencia en esta ciudad cuando debía enorgullecerse de que en ella se instalara el más importante poeta de este mundo. Suiza es un mezquino, egoísta y sucio país de brutos, situado en la región más romántica del mundo. No soporto a sus habitantes, y menos aun a sus turistas. No conozco ningún otro lugar con excepción del infierno donde me sentiría inclinado a convivir con ellos.

Los ingleses. Los detesto a todos, excepto a mis amigos los Shelley, particularmente a Percy, ese poeta en quien comprobé que el fuego reconoce al fuego. Alguien que concluye y lleva a la práctica la idea de que “los poetas son los legisladores desconocidos del mundo” debía ser mi hermano para siempre. El poeta debe arder como hoguera. Iluminar como ella o morir en el intento. Lo mismo su amante Mary, silenciosa como una piedra. Como las piedras, sabia y eterna. Cuando le pregunté por los motivos para haber escapado con Shelley, me respondió, luego de meditarlo, con cuatro palabras lentamente pronunciadas: “Amor, Juventud, Miedo y Valentía”.

Este verano de 1816 ha sido, en el lago y sus alrededores, pródigo en tormentas. Imposible para los habitantes de Villa Diodati, como lo habíamos venido haciendo, salir a volar cometas y poner a prueba los experimentos que con la magia tangible de la electricidad llevábamos a cabo los nuevos hechiceros. La noche del 16 de junio, la energía de los elementos congregados en el cielo era tan intensa como aquella que en tierra concentrábamos los lectores de *Fantasmagoriana, ou Recueil d'histoires d'apparitions, de spectres, revenants, fantômes*, etcétera.

Siempre proclive al desafío, propuse que los cofrades no sólo tembláramos ante historias ajenas, sino que nos atreviéramos a intentar una nueva. Fue el miedo a no tener miedo el que me llevó a provocar en mis contertulios la ejecución de un ejercicio. Me gusta provocar, asustar, y mis amigos eran los imanes más proclives a ser los pararrayos de la gloria o la desgracia.

Pequeño y modesto nunca lo he de ser. Nací para convulsionar al mundo, y debo ser fiel a ese mandato. Amo el amor, tanto como amo la libertad, y a esa bendición maldita voy a ser fiel toda la existencia. Buscar en el otro la eternidad nunca saciada. Vampiro de la vida, voy a beber de su fuente hasta nunca saciarme.

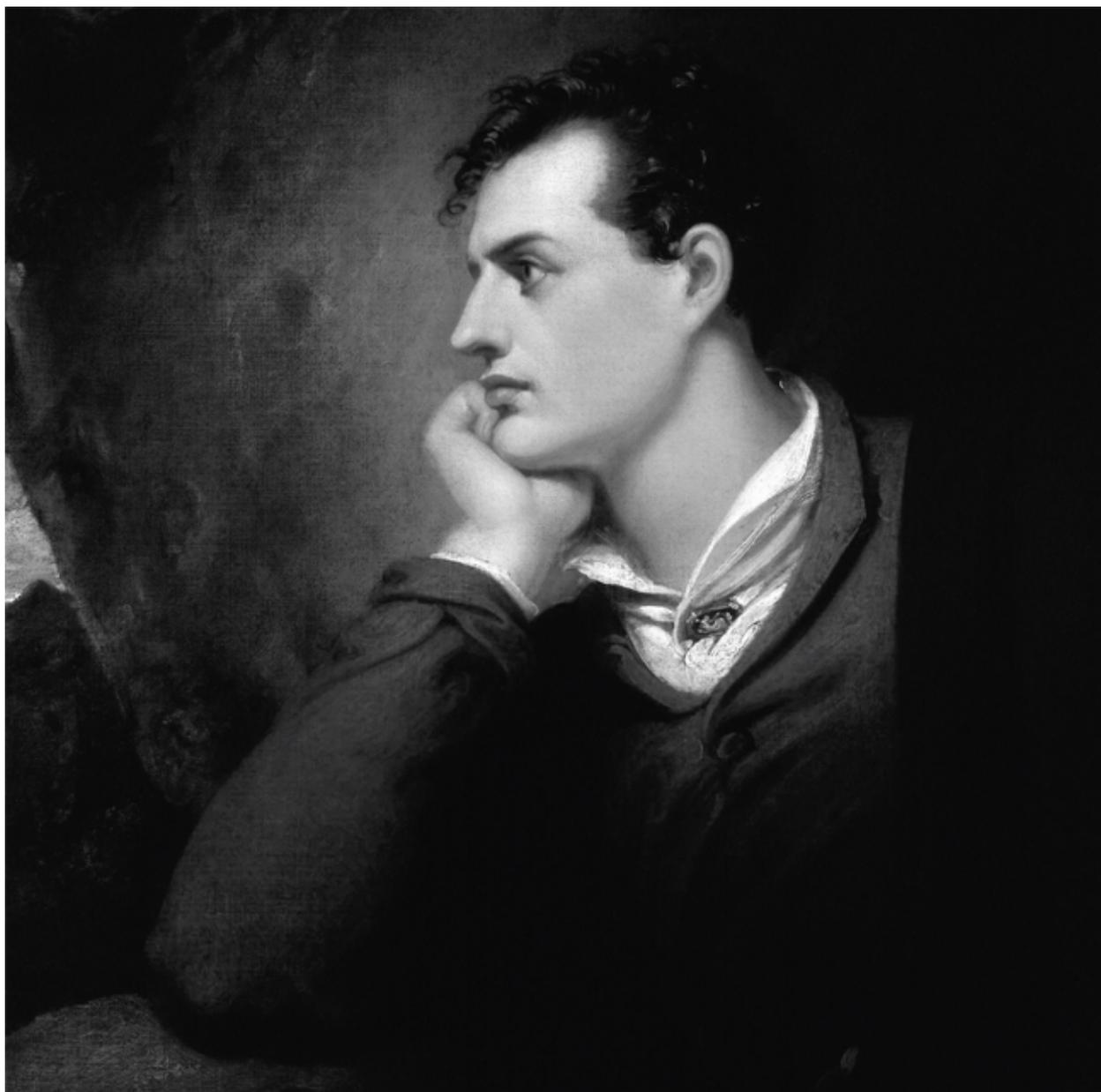
No por eso soy lo que puede llamarse convencionalmente un hombre feliz. Quiero vivir así, en combustión permanente. Sólo el movimiento disipa, momentáneamente, la tortura mayor de haber nacido.

Ni el fragor de las batallas,
ni el torrente, ni la montaña,
ni el ventisquero, ni el bosque,
ni la nube, han aliviado
un solo instante el peso
que me oprime el corazón,
permitiéndome ahogar
el recuerdo de mí mismo en la majestad,

en el poder y en la gloria
de todo lo que me rodea.

El corazón. Escribo esta palabra y me estremezco. Todo está en el corazón y de él parte la vida y sus pasiones. Hay que rasgar la piel y vulnerar el alma, y que la impecable articulación de la palabra nos purifique. Lanzar un poema al mundo, procrear ese hijo desobediente y dejarlo caminar con sus propios medios, armar una bomba contra el tiempo que borrará los nombres de sus protagonistas pero nunca la intensidad de sus pasiones.

El corazón de Shelley será la última parte de su cuerpo y la primera. Mi corazón latirá en otros pechos porque habré de morir de pie. Es de noche en Villa Diodati. Las nubes se reflejan en la tersura del lago y laten los corazones de los dormidos que mañana volverán a su plena existencia. ¿Plena existencia? El hombre es un miserable en la vigilia y un Dios cuando se entrega al sueño. Los corazones de varios de quienes aquí duermen latirán toda la vida. Al menos dos siglos y más allá del tiempo.



Richard Westall, *George Gordon Byron*

John William Polidori

Bernardo Ruiz

¡Vaya viaje!, sus continuas luces y sombras son como los humores de la Luna en la travesía de los círculos celestes. Lo evocaré por siempre: en ocasiones maldiciendo las contradicciones de la vida; otras, en la certidumbre de que viví instantes llenos de deslumbramiento —ya no sólo como el médico de cabecera de Lord Byron—, sino como el constante testigo de su vida.

De esta forma, me he convertido en una versión contemporánea de James Boswell, el prestigiado admirador y biógrafo del doctor Samuel Johnson. Es momento de presentarme: soy el médico John William Polidori. Egresé de la Universidad de Edimburgo tras defender una tesis acerca del sonambulismo. Tengo 20 años y deseo escribir poesía: esa fuente de visiones grandiosas que a todos seduce e impresiona. A través de ella, el mundo podrá un día referirse a mí con la misma emoción que se pronuncia “Wordsworth”, “Coleridge”, “Byron” —como si fuera uno de los nombres sagrados de Dios.

Más de uno argüirá que sólo soy un cirujano cejijunto, de aspecto mediterráneo, inquisidor y cordial, cuya finalidad es convertirse en una aburrida celebridad: en suma, la esencia de todo aquello que no quiero ser. ¿Qué quiero ser? Esto: el viajero en que me convertí durante esta travesía a través de una cuarta parte del mundo hasta este lago a unos pasos de Francia y de Italia.

Dejamos Londres el miércoles 24 de abril de 1816 por la mañana con rumbo a Dover, para embarcarnos hacia Ostende, desde donde continuamos —con algunas breves paradas— hasta Waterloo. Durante todo el camino encontramos marcas de los destrozos de la guerra napoleónica que muestran la devastación que dejó a su paso por todo el continente.

No me quejo de la travesía, sólo me molestan las discusiones con Lord Byron, que se queja de mi escritura. Disfruté varias ciudades, pero me sentí mal al salir de Colonia. Llegué con fiebres a Mannheim, tras cruzar el Rin. Así, desde ese 14 de mayo, viajé enfermo, muy en-

fermo, con fiebre y desmayos, vértigo y dolor de cabeza. Cinco días después, acusé leve mejoría. El 21 por fin llegamos a territorio suizo. Y el 26 pudimos nadar a la orilla del lago Lemán.

En Cologny, al día siguiente, negociamos el alquiler de la Villa Diodati, desde donde se contempla el lago y la ciudad de Ginebra. Tras algunas pláticas fue posible rentarla, a partir de junio hasta noviembre.

Notaba en mí un humor sombrío. Algo parecido le ocurría a Lord Byron, quien se negó a recibir a distintas amistades los días previos. Decidí dejarlo a solas. Alquilé un bote y remé lago adentro, para luego dejarme ir a la deriva.

Para su fortuna, Milord se encontró con tres conocidos: Percy Bysshe Shelley, Mary W. Godwin, su mujer; y su cuñada Claire Clairmont, quien había tenido amores con Byron. Los Shelley se hospedaban en el Hôtel d'Angleterre; mas en junio se mudaron a Campagne Chapuis, a menos de diez minutos de Diodati.

El 28 fuimos invitados a desayunar con el doctor de Roche, un hombre sabio quien me informó que los casos de esa fiebre de origen tifoso que me afectó: “Es una epidemia que llega hasta Moscú”.

Relevante es la velada aquella noche, con Mr Einard: sin mayor ceremonia, fui presentado formalmente al poeta Shelley, a Mary Wollstonecraft Godwin —Ms Shelley— y a su hermana Claire.

Al día siguiente, cenamos con los tres. También el 30 de mayo fuimos a desayunar con ellos. Percy nos cuenta sus vicisitudes y aventuras con Godwin, el padre de Ms Mary. (Dice que por una parte pagó las deudas del filósofo; y por la otra, sedujo a su hija). Y se pregunta por qué no lo puede ver William Godwin. Claire decidió acompañarlos en su viaje.

En fin, sin darme cuenta, ya teníamos incorporado en la corte de Byron al círculo de los Shelley. A partir de entonces desayunamos, comimos y cenamos casi a diario.



F.G. Gainsford, *John William Polidori*

También jugábamos cartas, tomábamos el té, asistíamos a sesiones de música en casa de Mr Odier; y salíamos de paseo —a pie o a caballo— por los alrededores. Hasta el fin de su estancia —en agosto— poco varió esa rutina.

Junio inició bajo augurios extraños: por una parte, Ginebra, oímos, parecía sitiada: había temor por las fiebres. Una chica murió por la tarde del día primero en una agonía de sólo media hora. Por si acaso, vacuné al niño Shelley.

El prolongado invierno se convirtió en mal tiempo. La gente se muestra desconcertada. Las noticias nos llegan con listados de catástrofes en todos los campos de Europa, donde se vaticinan magras cosechas.

Nos parece el fin del mundo. El paisaje lo confirma: las oscuras montañas, la neblina que se asienta blanca, ligera en las colinas de los alrededores y las estrellas y la luz de la Luna en creciente sobre el lago. ¿Es así el fin del mundo?

Frecuentar a los Shelley tiene su precio. En algún momento de exaltación —resultado de una carrera de botes— reté a un duelo a Shelley. Milord respondió que él por Percy con gusto lo aceptaría.

Quise ser parte de esta sociedad y descubro que en el fondo de mí la desprecio. Byron en ocasiones manifiesta igual rechazo. “Son deplorables en sus pequeñas

ambiciones y mezquindades”, murmura. Luego, vuelve a lo suyo y se aísla del mundo.

Con Ms Mary o Ms Claire, las cosas marcharon distinto. Son cordiales y un poco más jóvenes que yo. De ellas he disfrutado su conversación inteligente y sensible. De Ms Clairmont, no tengo una clara imagen de varias de sus opiniones o actitudes. Aunque en ella toda inocencia quedó atrás: Claire no ha sido capaz de librarse del estremecimiento con que el fulgor de la mirada de Byron amenaza con consumirla.

En esos vaivenes de las almas y en actividades fútiles transcurrió la tercera parte del mes. El clima empeoró y se cubrieron los cielos. El lago se mostraba a veces calmo y plomizo; u ocre, lodoso, otras. Para alejarme un poco de la rutina, las noches del 12 y del 13, me quedé en la ciudad, ya que había baile.

Poco duró ese recreo, el sábado 15 fue una jornada fallida: diluvió; y por ayudar a Ms Shelley —como me había pedido Milord— al saltar un seto, me lastimé un tobillo. Terminé en el sofá, ayudado por Byron, quien trajo una almohada para mi pie. Tuve el desacierto de decirle: “No pensé que usted tuviera tantos sentimientos”. Mary me fulminó con la mirada.

Percy Byshe conversó conmigo. Sus comentarios sobre *Cajetan* son poco favorables. Más tarde los poetas tuvieron una conversación respecto al principio de la

vida, el galvanismo y una serie de preguntas filosóficas, difíciles de responder. Ms Shelley, a todo atenta.

El 16 la he pasado en cama escuchando la lluvia. Por la tarde, los Shelley se quedaron a dormir en la villa. Antes, para distraernos leímos partes de *Fantasmagoriana*, historias que hablan de apariciones, espectros y revivientes. El guante de Byron cayó en la mesa con el reto para todos de escribir un relato con temas terroríficos durante los próximos días.

Al día siguiente fuimos a la ciudad y a cenar en casa de los Shelley. Más tarde a un baile con Mme Odier. Intenté unos pasos, pero el dolor del tobillo fue instantáneo, como un estallido de mortero. No había aún iniciado mi relato; en cambio, los demás ya tenían un primer avance.

Finalmente, el 18, comencé mi narración por la tarde. Bosquejo un destino fatal para mi protagonista. Mary me dijo, oh, paradaja, que soy su pequeño hermano.

En un arrebato, Percy B. comenzó a recitar una parte de *Christabel*, un poema que Coleridge está por publicar. Me pareció un poema extraordinario. Hablamos a partir de la medianoche acerca de fantasmagorías. Byron decidió repetir algunos de los versos de *Christabel*: los que se refieren al pecho de la bruja.

Para nuestro azoro, Percy se levantó conmocionado, gritaba y sostenía entre las manos su cabeza. Le eché agua en la cara y le di a oler éter. Veía a Mary con desconcierto y evocó que le habían hablado acerca de una mujer que tenía ojos en lugar de pezones. La imagen al posesionarse de su mente lo horrorizaba. Tardó un poco en tranquilizarse. Vaya exaltación esa noche.

Los subsecuentes días estuve encerrado. Algo avanzó mi historia, algo mejoró mi tobillo. Poco escribieron los demás, sólo Ms Mary y yo nos concentramos en nuestra tarea. A Claire no le interesaba retomar su texto. Shelley abandonó sus pocos versos. El tema de Byron es fascinante: se refiere a un Lord de una perversidad ejemplar. Quizás un vampiro al que debe jurarse fidelidad.

Conforme los días se sucedieron, y me recuperaba, traté de volver a mi agenda con las relaciones con quienes mantenía trato. A la par, creció mi amistad con Mary y Claire.

Por su parte, Shelley y Byron fueron a Vevey, por unos días —y a su regreso noté cómo nos habíamos distanciado—. Olvidados los relatos comprometidos los días previos, ya no quisieron saber más de ellos. Yo continué durante julio con mi historia y mis visitas a Claire y Mary, y a mis otros conocidos.

Las lluvias, las rutinas previas continuaron hasta finales de agosto, y sólo fueron relevantes en mi vida un par de disputas más con Shelley. Quedaron en eso: arranques de ira. A finales de agosto lo despedimos junto con su familia.

Tras su partida, decidí separarme de Milord, en los mejores términos posibles. De este modo, terminó una etapa de mi vida llena de decepciones y descubrimientos. Me iré a Italia.

Así, el lunes 16 de septiembre a las 6 de la mañana dejé para siempre Villa Diodati, Cologny, Ginebra, aquel lago magnífico, y aquellas montañas de Jura, que llevaré siempre conmigo, junto con mi angustia; y, tatuado con fuego en la memoria, el recuerdo del juramento al vampiro que en adelante nunca me abandonará. **U**



Bernardo Ruiz (*doctor Polidori*), Rosa Beltrán (*Mary Shelley*), Roberto Coria (moderador), Hernán Lara (*Percy Shelley*) y Vicente Quirarte (*Lord Byron*)

Volver a Tijuana

Jorge Ruiz Dueñas

A lo largo de su trayectoria literaria, el poeta, novelista y ensayista Jorge Ruiz Dueñas ha construido un universo creativo en que la memoria y sus trayectos sinuosos han tenido un sitio central. Con motivo de sus 70 años, el autor ha recibido un merecido homenaje en la reciente edición de la Feria del Libro de Tijuana, foro y ciudad con los que tiene un vínculo fundamental.

Jean de la Bruyère, escritor y moralista francés del siglo XVII, decía que “sólo un exceso es recomendable en el mundo: el exceso de gratitud”. Pero ese gesto universal no suele caer en demasía porque la memoria tiende a ser apenas una fina gasa. Advertido de los riesgos debo iniciar agradeciendo al público, que nos arropa con su presencia en este de suyo generoso acto auspiciado por la Feria del Libro de Tijuana, y la decisión de las instituciones que la integran, en particular, la Unión de Libreros de Tijuana, el Instituto de Cultura de Baja California, el Instituto Municipal de Arte y Cultura y la Secretaría de Cultura por conducto del Centro Cultural Tijuana (Cecut). La tarea del comité literario ha sido relevante para llegar a este momento, como lo han sido todos los esfuerzos de las estructuras logísticas del Cecut y los numerosos difusores en los medios a quienes aprecio su esfuerzo multiplicador. Sé por experiencia propia que detrás de cada actividad hay siempre regimientos discretos, pero deben saber que todos tienen mi reconocimiento y afecto.

Algunas ocasiones participé en esta feria como editor; ahora verme de este lado de la mesa me hace recordar seres muy apreciados por nosotros. Uno de ellos, el actor histórico que impulsó en una lucha cuerpo a cuerpo con las burocracias esta fiesta del libro a la que

llegamos hoy en su trigésimocuarta edición. Por supuesto, me refiero a don Alfonso Vladimir López Camacho, con ideales misteriosamente tan cercanos a mi maestro León Felipe, poeta del éxodo y el llanto, y ese rostro que si acaso logramos que sonría ilumina los estantes, los libros, las páginas y el mismo aire pulposo de su librería.

La cultura que se hace y se diluye, se multiplica y se trasvasa, requiere siempre individuos excepcionales. Profetas de lo vesánico, los que hunden el cayado en el mar ajeno hasta lograr lo extravagante, aquellos definidos como los que caminan fuera del camino donde caminan los demás. Y casi me parece ahora también oír una voz suave, entre cláusulas incidentales cerradas una a una con esmero. Ese otro personaje presente en mi pensamiento es Rubén Vizcaíno Valencia, el hombre que vino de Comala. ¿Cómo no decir gracias a seres tan entrañables como ellos?

Por supuesto, me honra la solidaria compañía de Jaime Labastida Ochoa, poeta, filósofo, editor, director de la Academia Mexicana de la Lengua, entre muchos otros atributos; y de Ignacio Solares Bernal, dramaturgo, narrador, editor, si bien dejo en el tintero otros sustantivos. Pero, sobre todo, ambos, admirados y sobresalientes intelectuales a quienes igualmente les agradezco su presencia y su viaje a esta nuestra



Jorge Ruiz Dueñas con Álvaro Mutis, Léo Ivo y Jaime Labastida, 1997

ciudad, para expresar frases más próximas a la amistad que a la verdad.

Tengo la extraña percepción de las dualidades como algo propio de la esfera de mi vida. No en forma de alternativa, pues eso es el privilegio de la voluntad, sino como el azar cuando ubica nuestros pies en las dos orillas. Ni antagónicas ni irreductibles. Antes bien, complementos de la condición humana. Puedo amar las nubes y la tierra, el océano y el desierto, añorar sus zonas de encuentro y ver la silueta de los cirros hundido en la arena arramblada alrededor del cuerpo. Quizá por ello la existencia, siempre más rica que el arte, muestra las posibilidades de lo múltiple. Y ello me mueve a confesarles esta noche cómo conviven en mí, a la manera de una mansa revelación.

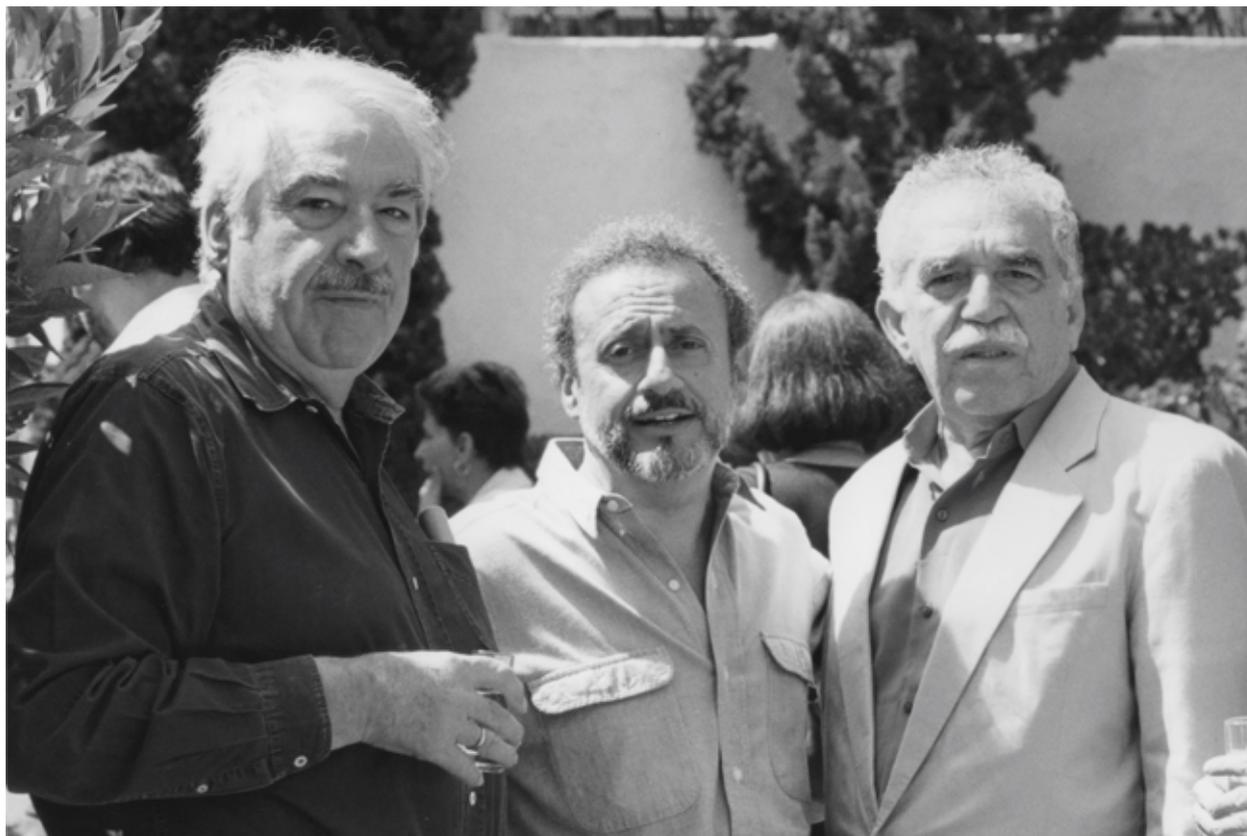
Pienso en ustedes y en esta tierra final, como la adopción de un espacio emotivo donde el derecho emanado del suelo ya se ha hecho carne y sangre propias. Y pienso también en la finitud representada en este mismo acto pleno de generosidad, como un plazo goteando por el grifo donde cae la sucesión de rostros y hechos en la marcha imperturbable de un tiempo líquido siempre escurriendo entre nuestras manos.

Y todo esto mientras la infancia se erige como la verdadera patria, según diría Rainer Maria Rilke. Todo esto, mientras, al doblarse el siglo pasado, me veía bajar por las calles sin más nada que el suelo raso, y el valle de Tijuana llevaba mi vista hasta las colinas donde adivinaba el mar. Todo, cuando descubría los girasoles silvestres en los traspatios como provincias desarregladas

de un reino y su gran ojo seguía al astro y el agua bajaba desde los ribazos llevando parte de su propia entraña, barro, piedras furtivas, desventuras y el río anchuroso en las aguadas arrasaba las fronteras para llegar a su destino, a su cuna natural en el litoral ilimitado.

Todo, mientras descubría la plata de las cinerarias bajo los porches de las casas del viejo centro o conocía el aroma sutil del anís resguardado en rincones o entre limoneros mediterráneos a la vera de pequeñas bardas como espadas de madera blanca, camino de nuestra presa en decadencia permanente. Todo, cuando el timbal de las olas cercano a Rosarito se hundía en mi pecho y me refugiaba en los médanos de la tarde incombustible. Todo, bajo el mismo cielo caído en pedazos de azul para amortajar las últimas respiraciones de mis padres. Y allá abajo, visto desde la colina de los panteones, la cuenca y el río —tan urbano y domeñado ahora—, y las colonias proletarias al trepar las cimas como los borregos cimarrones, me saludaban de nuevo porque aún estaba allí la brisa recorriendo mis venas como antes.

¿Cómo explicar entonces la identidad y la procedencia de la familia del hombre?, me pregunto a menudo, cuando llevo en mis páginas una posesión como esta que es umbral de todo y pretendo construir para mí, como el Adelantado, personaje de Alejo Carpentier, una ciudad hasta el origen del Génesis, es decir, en palabras de Fernando Jordán, hasta “la desolada ternura del desierto” que para mí ha sido siempre un desierto jubiloso. Acaso por ello me gusta siempre recordar el poema de Alfonso Reyes sobre la Antigua Escuela de San Ilde-



© Archivo personal de Jorge Ruiz Duarte

Con Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez, 1997

fonso, pues, igual puedo decir: “No soy yo el que vuelve, / sino mis pies esclavos”.

Teilhard de Chardin alguna vez escribió que el amor era la fuerza más poderosa y extraordinaria del universo, y un olvidado poeta potosino, Miguel Álvarez Acosta, lo tradujo en unas décimas imperiales: “Amor, amor, sólo eso. / ¿Qué más puede ser la vida?”. Y si esa vida íntima y aun la muerte son o deben ser actos privados, la creación nos lleva a afiliarnos a otra tribu, a adoptar paternidades donde cabe todo el pasado y acaso nos hace avistar nuestra ausencia de futuro en unas palabras apenas hiladas en la trama de un poema. En esta nueva dualidad, también yace el afecto fraterno que es otra forma del amor a la palabra.

Ahora, en mi recuento de poetas en el más amplio de los sentidos, como una oda de lástimas en el rumor del mundo, me resultan muchos los migrantes a la zona del silencio. Muchos los que han zarpado, aquí y allá, como quien viaja hacia las islas Rojas para descender sólo en el jardín de la memoria, ese que Orhan Pamuk dice cultivar porque no quiere olvidar. Algunos me transmitieron enseñanzas, me ayudaron a madurar los frutos y aun a asimilar el dolor.

En cuanto a nosotros, probablemente no podamos decir de nuestra generación, como Albert Camus en su discurso de Suecia, que la suya era digna de saludarla donde quiera que se le encontrase. Pero sí, de recordarla como una generación pletórica de voces en medio de los arrecifes. Nos hemos reunido en la diversidad, como insiste Saint-John Perse en su *Chant pour un équinoxe*,

y el sendero de la finitud prometido como un camino de cenizas que al final son brasas nos permite hoy prolongar la presencia de los nuestros desde una ventana al tiempo. Propongo que el primero en pasar revista de esta generación entre dos mundos, tan frágil como es la carne misma, sea nuestro hermano Federico Campbell, el de la noble testa de senador romano cuyo nombre nos cobija hoy en este recinto.

Casi al final de la jornada ya no diría como la canción de Édith Piaf (*Non, rien de rien. Non, je ne regrette rien*): no me arrepiento de nada. En las letras como en la existencia, siempre es posible reducir la imperfección. Es verdad, cuando joven también creí fundamental el impulso vital, el viaje no el destino, las preguntas y las dudas. Pero en nuestro plan para el olvido, aunque las palabras también son insuficientes, resultan igualmente necesarias las respuestas y definir la singladura, un puerto, si se quiere, inexplorado, pero ubicado en la carta de rumbos de la eternidad. Aún es hora de comprometernos tanto con la vida como sea posible. Reencontrarnos con la esperanza y la dignidad. Dar paso a lo esencial. Vivir, según decía Eugenio Montale, “con el mínimo de cobardía posible”. Y sobre todo recibir los días y las horas con gratitud y humildad en medio de la incertidumbre, como ahora deseo hacerlo ante ustedes al decirles a todos: gracias por su afecto al volver a casa en esta noche de mayo.

Palabras pronunciadas en el Cecut el 15 de mayo de 2016 con motivo del homenaje recibido por el autor en la XXXIV Feria del Libro de Tijuana.

A propósito de Jorge Ruiz Dueñas

Las ballenas y el desierto

Jaime Labastida

Jorge Ruiz Dueñas es hombre de múltiples apetitos. Todos lo somos, sin duda, pues no existe, perdonen que me atreva a entrar en contradicción con Herbert Marcuse, hombre ninguno que posea una sola dimensión: somos, al mismo tiempo, padres e hijos, escritores y deportistas, ciudadanos y amantes del cine (o de la música).

Ruiz Dueñas es, lo diré de entrada, un poeta, un narrador, un ensayista. Por si lo anterior fuera poco, es también un funcionario probo, eficiente, capaz. Aparte de lo anterior, añadido que varios temas lo conmueven, hasta la entraña (acaso sea uno solo): las ballenas; Baja California (su desierto, su mar, sus hombres); la pasión amorosa, la cultura sensual del mundo árabe. Hay mucho más, desde luego, en el repertorio de las apetencias de Ruiz Dueñas. Pero no puedo ocuparme de todas. Me ceñiré, por lo mismo, a unas cuantas.

A las ballenas ha dedicado, lo saben bien, reflexiones constantes que, de una manera u otra, reaparecen en varios de sus textos. Ha escrito un libro, profusa y bellamente ilustrado, en el que rastrea la historia del cetáceo en la imaginación humana. Lo llamó *Tiempo de ballenas*. En él no sólo trata la historia científica, sino la historia mítica del cetáceo. ¿Qué simboliza la ballena? ¿Por qué causas atrae este animal, el mayor que ha existido jamás en el planeta, con tanta fuerza, a los seres humanos? ¿Su desmesura? Es posible. Sin embargo, no creo que sea sólo por esto.

Por el lugar en el que habitan, Plinio colocó a las ballenas entre los animales acuáticos, a pesar de que poca relación guardan con los peces. Mamífero, con crías vivíparas, ninguno de esos aspectos conocían los hombres que vieron en ellas seres fabulosos capaces de albergar en su vientre a naves y a personas (a Jonás, pongo por caso, a lo largo de tres días). Hay algo, mucho más pro-

fundo, en el cetáceo, que fascina. ¿La fuerza bruta de la naturaleza? Tal vez. Quiero pensar que Ruiz Dueñas fue atraído por las ballenas de igual modo que el santo que lleva su nombre tiene por misión la de batir dragones.

Jorge es la forma española de aquel nombre griego, ustedes lo saben bien, en cuyas raíces se revela, con claridad, todo su sentido: *tierra* y *trabajo*: el agricultor que destruye el rasgo virginal del campo, antes indómito; el hombre que vence y domestica al monstruo que el dragón simboliza, la tierra agreste.

¿Algo de este mito subsiste en la visión mítica de las ballenas? Las ballenas, ¿representan, en la mentalidad mítica del hombre, una fuerza natural que debe ser domesticada, vencida, comprendida? Jorge, el santo, vence al dragón con una lanza que simboliza al arado pero también y, al propio tiempo, al falo que preña la tierra. A su vez, las ballenas son cazadas con un instrumento que las penetra, el arpón. ¿Hay alguna semejanza, así sea remota, en estos símbolos? Tal vez. Dejo el asunto como una interrogante para las inquisiciones de Jorge Ruiz Dueñas.

Sin que puedan desdeñarse otros poemas (*Guerrero Negro*, *Las restricciones del cuerpo*), en la poesía de Ruiz Dueñas destacaría, por encima de los restantes, dos poemas de dimensión mayor. Cuando digo *dimensión mayor* no me refiero sólo al tamaño de estos poemas: intento condensar, en ese sintagma, una sola idea. Creo que se trata de dos poemas densos, totales, ambiciosos. Hablo, desde luego, de *El desierto jubiloso* y de *Habitaré tu nombre*: los dos poemas son capaces de dar gloria y satisfacción a todo poeta posible: harían la dicha de cualquier poeta.

La poesía de Ruiz Dueñas sigue dos vetas. Por un lado, una veta de rasgos, al parecer, objetivos. El desierto, que a la mayor parte de las personas se le presenta

como un espacio amenazante, a Jorge Ruiz Dueñas, en cambio, se le aparece como lo opuesto, con un carácter *jubiloso*. En el desierto percibe los cambios más sutiles, los más inesperados. Actúa como testigo de estos cambios imperceptibles: sigue su rastro a lo largo del año. Ya los primeros versos lo indican:

*¡Cómo avanzan las arenas nómadas
viento de sílice
frente al sol doliente de enero!*

Luego, *llega la estación natal que despide a las ballenas*. Avanzan los meses, aparece el *hirviente mediodía* / *justo cuando hace su escandaloso arribo junio*.

Después avanza el tiempo, hasta el solsticio de invierno y la rueda de los meses se alterna con la rueda de los días:

*las especies reprimidas
hunden sus garras vegetales...*

Se olvida la escarcha y las *lavandas mínimas* / *volverán con el sereno de la madrugada*.

La noche es sustituida por el tórrido mediodía, los huizaches tienen vainas migratorias, surgen las marañas de los cactus, aparecen las serpientes de cascabel, todo el desierto se estremece y huele a *pólvora, azufre, magnesio*. Los *gambusinos* buscan, en la *noche salvaje y perfecta, la luz*, que se *agazapa en la aridez*, porque, finalmente, el desierto es *jubiloso*.

El desierto que atrae a Ruiz Dueñas es, por lo mismo, el desierto semiárido del norte de nuestra república, ese desierto que se extiende por Sonora y Coahuila, por Sinaloa y Baja California. Es el desierto en que se destacan rasgos de vida, no el desierto de Atacama o del Sahara, donde no se dan otros cambios visibles que los producidos por la acción de los vientos o los sacudimientos telúricos. Este *desierto jubiloso* de Ruiz Dueñas, por el contrario, está lleno de vida, de actividad constante, porque en él se produce, acaso, el *matrimonio del cielo y el infierno*.

Pero hay otra veta en la poesía de Ruiz Dueñas, tan densa como la anterior. Es la poesía amorosa. Allí sobresale un largo y denso poema, *Habitaré tu nombre*. El libro está dividido en cuatro cantos: una introducción (en la que el poeta traza la *bitácora* del poema, esto que mantiene la brújula de lo que habrá de escribir); un segundo canto recibe el nombre de *delirios*: la parte central del poema; un tercero, suerte de descanso, *tajamar*, es la zanja o el dique que disminuye el impacto de las mareas. Por último, el cuarto, es una especie de coda, *habitaré tu nombre*.

A pesar de que el poema está dividido en esos cuatro cantos, creo que puede ser considerado como un solo y

vasto poema de amor. El poema oscila entre dos sentimientos encontrados, pero unidos con firmeza: la exaltación erótica, el placer de los sentidos, el *delirio* que hace presa del sujeto lírico, por un lado y, por el otro, la llaga intensa de la culpa. Los doce poemas que integran el segundo canto son un lujo de sensualidad, una profunda exaltación de los sentidos. El erotismo está allí a flor de piel y el lenguaje que lo impregna es, por esa razón, barroco y abundante.

Ruiz Dueñas sabe que el amor enloquece al que lo toca con su dedo de luz:

*desvíos o desvaríos
caminar de ciego sorprendido
escudriñar en la palabra
perder el juicio
preguntarse qué es el juicio*

Así, pues, por la fiebre, por la locura, por la ausencia de razón (o de juicio),

*En el lecho la ceniza se esparce
y en el aire
algo de nosotros queda / flotante / macilento
como polen
como luz*

Después de esa brutal exaltación de los sentidos viene la calma, la reflexión tranquila, el arrepentimiento que provoca este exceso de dicha: hay un dique, un corte que ha de impedir otra crecida, angustiada, de la marea erótica: *tajamar*.

Y después de *tajamar*, la *ruina y el silencio*. Allí, el sujeto lírico advierte que hay una *última hoja*

*caída como ángel en desgracia:
habitaré tu nombre [...]
convicto ya por mi entusiasmo
bajo el signo del perdón*

Advierto semejanzas entre *Habitaré tu nombre y Responso del peregrino*, de Alí Chumacero: en ambos, la misma oscilación entre el gozo y el sentimiento de la culpa, esa sensación extraña (una mera sensación, no una idea racional) de que no se tiene cabal derecho a la felicidad, el sentimiento que atormenta al sujeto lírico, preso entre el deseo (irracional) y la serenidad (fruto de la razón). Esta tempestad, esta vorágine de sentimientos fuertes, plenos de contraste, es lo que otorga toda su grandeza al poema de Jorge Ruiz Dueñas.

Te felicito, querido Jorge, por tus 70 años de vida. Los celebro y me contagio de entusiasmo por ellos y por tu obra. **U**

(Re)visiones del destierro español

Ortega rompe con Reyes, 1947

Fernando Curiel

“¿Tiene amigos en México?”, pregunta el periodista a José Ortega y Gasset en 1947. “Tenía”, contesta el filósofo. “Como Alfonso Reyes”. Ante la perplejidad del entrevistador, Ortega informa que Reyes “ha hecho tal porción de tonterías...”. Este ensayo desmenuza los ires y venires de la ruptura entre dos de las figuras más notables de la cultura hispánica en la primera mitad del siglo XX.

*Para Federico Álvarez
A las poetas Alicia Reyes y Raquel Barragán*

CONTEXTO

El destierro español republicano de 1939 devino solidario, familiar, justiciero, misericordioso me atrevería a decir (sin desdoro de la ideología sexenal del momento), en todo punto benéfico para México. Pero, asimismo, reanudación de un diálogo tenaz que, en el siglo XIX, se remontaba a la gestión (más que) diplomática de don Vicente Riva Palacio y, en el XX, se iluminaba con no pocos episodios. Las residencias españolas de Diego Rivera, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Enrique González Martínez y Jaime Torres Bodet. La brigada compuesta por los Gamboa, los Paz, el inmenso Silvestre Revueltas, Mancisidor. Los poemas republicanos (llamémosles así) del primer Octavio Paz. El presidente Lázaro Cárdenas intervino resuelto en el res-

cate de la inteligencia europea perseguida por los fascismos en boga.

Advierto que en el caso de España y México, prefiero *destierro* a *exilio*, expresión esta última, a fe mía, de una ablación cultural profunda, empezando por la lengua. Las de *inmigrante* y *asilado* no pasaron de las formas migratorias expedidas por el gobierno mexicano; mientras que la de *refugiado* gozó de temporal fortuna y la de *transtierro* la asumió esencialmente un grupo de los varios que contuvo una migración variopinta.

VISIONES

Dos enfoques han consignado las oleadas españolas. Hablo de nuestro país, ya que en España, el tema lo ha

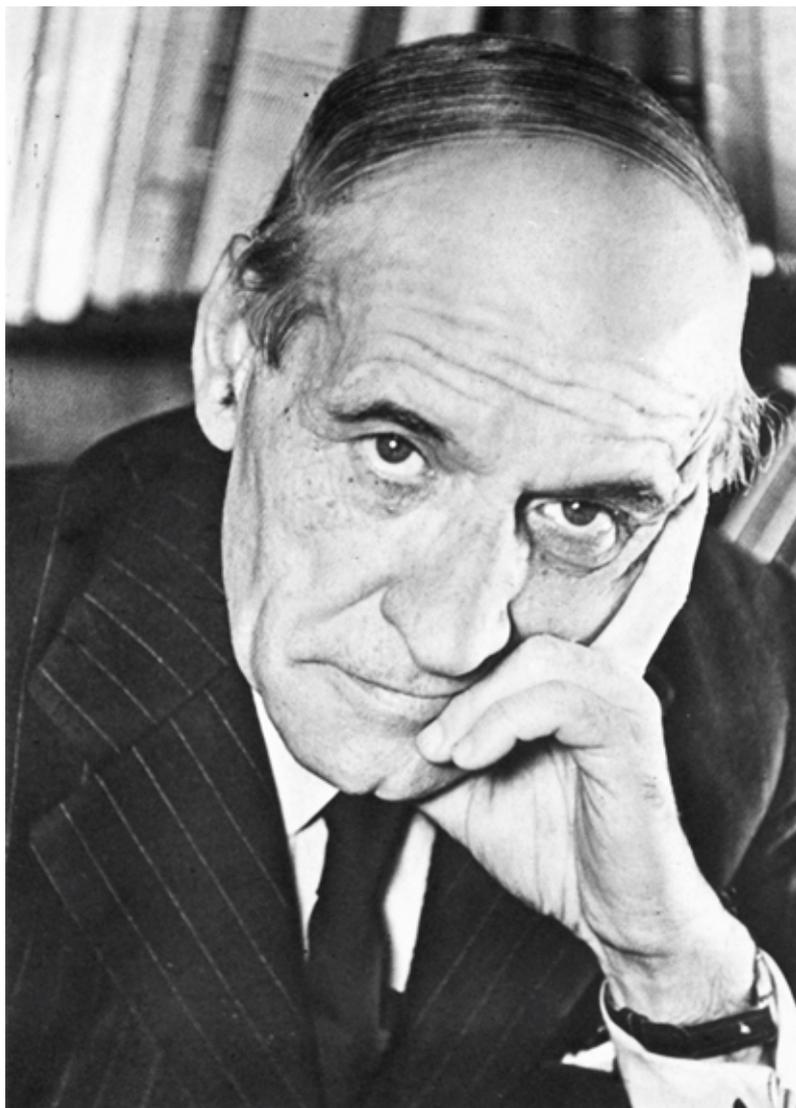
inaugurado recién, de lleno, su Memoria Histórica, por varias décadas cancelada, aplazada. Dos visiones, decía. Emotiva y ritualista, una; en procura de matices, la mirada puesta en ambas orillas atlánticas, especulativa incluso, la otra. La primera domina, predomina; la segunda, apenas apunta en la historia intelectual. Bordo, abordo, ambas.

Un nombre, el de Alfonso Reyes, marca la visión “emotiva, ritualista”. Tanto que en su oceánica producción, advertimos una especie o subespecie: la *Tertulia de Madrid*. La original, en la Villa y Corte, de 1914 a 1924; la supletoria, en la Ciudad de México, entre 1939 y 1959. Si en la primera Reyes convive con gente del 98, del 14 y de la que será reconocida como Generación de 1927 (en el mismo orden: Valle-Inclán, Ortega y Gasset y Prados); en la segunda, recobra fugazmente a Joaquín Díez-Canedo, intermitentemente a Luis Cernuda y, de fijo, a Manuel Moreno Villa y a José Gaos. Aquí se amista con Elvira Gascón, su ilustradora estrella.

AR

En 1989, a invitación de la Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, con prólogo de Manuel Andújar, conocido por mí durante su estancia en México, publiqué *Cartas madrileñas*, una breve selección de epístolas de Reyes cruzadas, en orden alfabético, con Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y José Vasconcelos. Homenaje pensado para lectores españoles. Me inclinó a hacerlo que la presidencia de la ACAHM la ocupara José Prat y las vicepresidencias Marta Portal y Manuel Ortuño; los tres de mi mayor estima —añádase la presencia, entre los vocales de la asociación, de Ana Belén, emblema de la “Marcha” posfranquista.

La tesis central de mi presentación era la de que Alfonso Reyes, como cronista de Madrid, no estaba por debajo “en nervio y percepción”, de Bernal Díaz del Castillo, primer cronista de Tenochtitlan. Crónica patentizada en libros (*Cartones de Madrid*), “artículos sueltos, abundantes páginas autobiográficas, la nutrida correspondencia intercambiada con sus pares: los integrantes de la llamada generación del Ateneo de la Juventud”. Aspecto que retomé en *El cielo no se abre*, biografía documental de don Alfonso, y sobre el que hace no mucho insistí en el ensayo “Darío en Reyes” (nuestro autor testigo no sólo del malhadado viaje del poeta nicaragüense a México, con motivo de las Fiestas del Centenario, sino orador en el rebautizo, con el nombre de Rubén Darío, de la antigua Glorieta del Cisne de Madrid, allá por Chamartín).



José Ortega y Gasset, París, 1938

ALFONSO MADRILEÑO

A Alfonso Reyes se le encontraba lo mismo en los cafés de la Puerta del Sol y calles cercanas, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, primer tramo de la Gran Vía; en los pabellones del Centro Histórico de Madrid, del que era investigador, en los bajos de la Biblioteca Nacional de Recoletos; en los corrillos de la Residencia de Estudiantes en la Colina de los Chopos; en las sesiones y “cacharrería” —de donde, apenas instalado, se robarán su busto— del Ateneo de Madrid, en la calle del Prado; en las redacciones de revistas y periódicos, por ejemplo, *España* y *El Sol*. Costumbre día a día que amainará, pero no cancelará, su incorporación a partir de 1919 a la Legación de México en Madrid (reanudación de un quehacer que ya lo había llevado a Francia, a la que regresará, y le deparaba los destinos de Argentina y Brasil).

VERACRUZ, CIUDAD DE MÉXICO

¿Cómo no agradecer, cómo no tomar a pecho la misión de la Casa de España mudada de inmediato El Colegio

de México, cómo no convertir al Colmex en reservorio, y culto, del destierro intelectual? (reservorio, sitio de culto, trasladado a la Capilla Alfonsina de la colonia Condesa). Reyes, solitario operó como agencia: palomeo, alimentos, colocaciones (si bien se le puede reprochar el no atender las llamadas de auxilio de Ramón Gómez de la Serna, su anfitrión en la Botillería de Pombo, mal varado en Buenos Aires).

Lo mismo ocurrirá, en menor intensidad, con los otros recintos capitalinos de acogida, la UNAM (su Facultad de Filosofía y Letras de modo señalado), el apenas lanzado Fondo de Cultura Económica, entre otros.

Una precisa idea del espacio del destierro español en la Ciudad de México la ofreció una exposición alusiva montada en su Museo, instalado en la casa del Conde de Calimaya y su monolito azteca. Trazado, su dilatado mapa capitalino, en el piso de uno de los salones, uno podía caminar de domicilios a colegios, de editoriales a restaurantes, de lugares de trabajo a sitios de esparcimiento. Del edificio Ermita (todavía milagrosamente en pie), al Café Tupinamba. Del Instituto Luis Vives a la fábrica Vulcano, del Orfeo Catalá al Ateneo Ramón y Cajal. De un programa, "La Hora de España", en Radio Gobernación, a una manifestación en el Hemiciclo a Juárez contra el terrorismo franquista, de este último lugar a la Editorial Séneca, etcétera. Singular experiencia de la que había tenido un atisbo en Barcelona, con el grupo que emprendió la topografía parisiense de la revista *Ruedo Ibérico*.

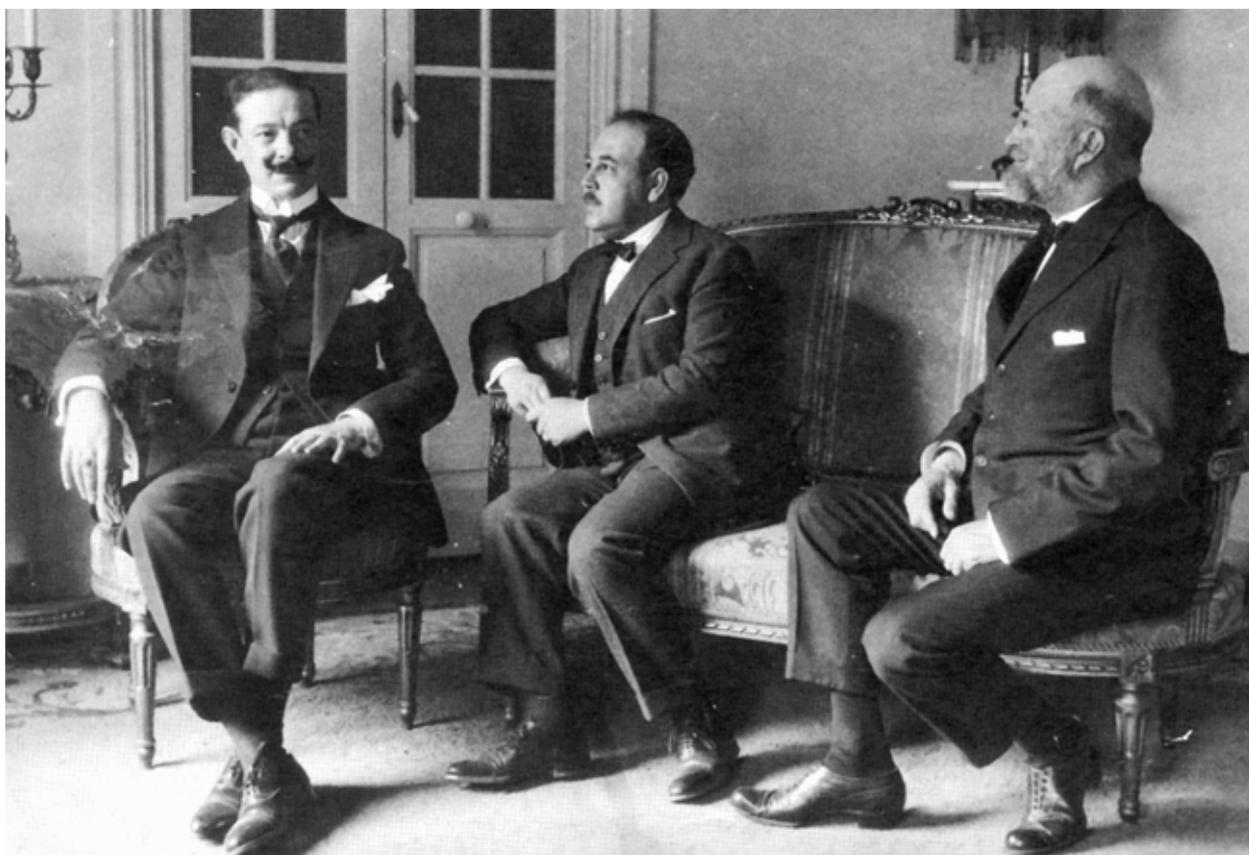
FIGURA INTERNACIONAL

No son pocos los nombres señeros que, a partir de 1939, mudan a España por México. Literatos, científicos, editores, filósofos, musicólogos, cineastas, pintores. Sólo que uno en particular, por su creciente fama internacional, sobresale: Luis Buñuel. Llegado, no en el barco Sinaia, sino con posterioridad, vía Francia y los Estados Unidos. Si su pasado surrealista contaba con *El perro andaluz* (en colaboración con Dalí) y *La Edad de Oro*; y el documental con *Las Hurdes*; a su filmografía aguardaban filmes como *Los olvidados*, *La vida criminal de Archibaldo de la Cruz*, *Nazarín*, *El ángel exterminador*, *Bella de día*, *Diario de una recamarera*, *Ese oscuro objeto del deseo*. Y, contra todo pronóstico, y juramento colectivo de no volver hasta que Franco muriera, en 1961 filma, en España, *Viridiana*.

DE MI ÁLBUM

A propósito de Luis Buñuel, apunto que, durante la segunda mitad de los sesenta, fuimos vecinos en la Cerrada de Félix Cuevas, en la Del Valle.

Por el ventanal de mi departamento, en un cuarto piso (yo tomaba un descanso de mi infecunda tarea de novelista vespertino, con cigarro, café y batón a lo Balzac), veía pasar, a los miembros del grupo Nuevo Cine (don Luis ídolo en plena producción, mito de por sí); grupo de intelectuales, con componente desterrado, que



Artemio de Valle Arizpe, Alfonso Reyes y el coronel Pérez Figueroa en la Legación de México en Madrid, 1922

aportó uno de los episodios nodales de la década de los sesenta.

Rumbo a la casa de Buñuel, al final de la cerrada, desfilaban, no diré que contritos pero sí transidos, José de la Colina, el Chato Elizondo, Jomí García Ascot, Alberto Isaac, Emilio García Riera y demás. Otro de los fieles al templo, Carlos Fuentes, narrará con detalle sus encuentros en la casa de Buñuel, incluida su célebre receta del martini “Buñueloni” (mitad ginebra, un cuarto de cárdano y un cuarto de martini dulce). Y en diversas ocasiones, a quien observaba yo era al propio director de *Viridiana*, dirigirse, con su mujer en veces, con su perro siempre, hacia la tienda De Todo en Félix Cuevas y San Francisco (desde el mismo observatorio, sorprendí, una tarde, la del primero de agosto de 1968, la marcha universitaria encabezada por el rector Barros Sierra; en la avanzada, dos de las figuras que me serían definitivas la década siguiente, Enrique González Casanova y Rubén Bonifaz Nuño).

A don Luis, absorto en su mundo sin sonidos, nunca se me ocurrió abordarlo. Pero en una larga temporada que pasaré en la Residencia de Estudiantes de Madrid, ya en los noventa, me acostumbraré a su fantasmal pero real, diaria presencia en el edificio, al lado de Federico García Lorca y Salvador Dalí.

EL GRUPO NUEVO CINE

En las líneas de la mano de Nuevo Cine, además de avanzadas propuestas para la producción cinematográfica nacional, del ingrediente México-español y de la veneración por Luis Buñuel, debe de contarse su influencia, en lo teórico y en lo práctico, en el Primer Concurso Experimental de Cine Mexicano, un antes y un después de la industria. Concurso impulsado proféticamente por Jorge Durán Chávez a la cabeza del Sindicato de Técnicos y Manuales. Dirigirán filmes Héctor Mendoza, José Luis Ibáñez, Alberto Issac; textos de Carlos Fuentes, Juan García Ponce y Gabriel García Márquez darán vida a, respectivamente, *Las dos Elenas*, *Tajimara* y *En este pueblo no hay ladrones*. Fuentes laboraría un largo rato con el productor Manuel Barbachano Ponce (empresa a la que jalaría a Gabriel García Márquez), amén de escribir, sin mucha suerte, algunos guiones. Reciente, póstuma publicación, *La cinta de plata*, da cuenta del significado del cine, y de Luis Buñuel, en la vida y obra de don Carlos.

MAX AUB

Pero no sólo Buñuel, a quien podía encontrarse en El Perro Andalúz, restaurante del mismo nombre de la

Zona Rosa (nuestra Ciudad Letrada de los sesenta), regresa, antes de la muerte del Generalísimo, a España. Parte de su reconocimiento mexicano, Max Aub, otro distinguido desterrado, resuelve escribir un libro definitivo sobre el aragonés. Aub, amigo que fuera (y colaborador cinematográfico) del André Malraux brigadista internacional, y de Man Ray, entre otras figuras de la entreguerra. Autor prolífico de los tiempos de guerra civil y del exilio francés, la Francia ocupada (los “Campos”). Digamos, un Galdós de vanguardia.

Autor, además, don Max, entre otros relatos que se situaban lejos de la versión “emotiva, ritualista”, de un cuento en el que el mesero veracruzano de un café del Centro de la Ciudad de México, con tal de no oír el hablar megafónico, pero sobre todo los argumentos encontrados, irreductibles (las diferencias ideológicas abisales del 31 al 36 trasladadas a una mesa de café), de un grupo de “refugiados”, viaja a España por Iberia y, sin mayores complicaciones (suplanta a un militar norteamericano), asesina al Generalísimo Francisco Franco. Atentado que no modifica un ápice, a la postre, el discutir enfrentado (verbalmente a muerte) del café mexicano.

LA GALLINA CIEGA

Ambicioso proyecto, el de Aub, que se dividiría en dos libros: el dedicado al cineasta, bajo el rótulo de “novela”, y el que resultara de la pesquisa de sus huellas en España (y Francia).

Aclaro que no me conté, al margen de la edad, en el número de los amigos de Max Aub. Pero lo vi repetidamente en Ciudad Universitaria en su calidad de director de Radio Universidad con Héctor Mendoza de subdirector. Mendoza, una de las estrellas del firmamento teatral al que accedí a mi arribo procedente del Estado de Guerrero; mi maestro de actuación en el INBA; el director del grupo, casi orden religiosa pagana, al que tuvo a bien incorporarme. Claudia Millán, Eduardo López Rojas, Martha Verduzco, Angelina Peláez, Manuel Ojeda; más adelante, Martha Navarro, Sergio Jiménez, Julio Castillo.

Como parte de una colaboración de Difusión Cultural con Telesistema Mexicano, el grupo mendocino realizó programas de teatro televisivo en los viejos estudios de Abraham González; y en uno de los estudios de Radio Universidad, localizado en la Facultad de Arquitectura, grabó un disco ¡de villancicos de Sor Juana! (lo que daría por un ejemplar).

Ya aspirante a escritor, bajo la égida de Juan José Arreola en su taller Mester, leí, entre los México-españoles, a Aub. Su *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*. Su diario cubano. No todos los “Campos”. Y con Aub a los peninsulares Cela, Sánchez Fer-

losio, de los Goytisolos a Juan, Fernández Santos, Juan Marsé (no me perdonaré haber extraviado la cinta con la entrevista que le realicé cerca de Barcelona). La gran novela social, pese a la censura, del franquismo.

Aunque estudiante de Derecho, pude cursar, en la Facultad de Filosofía y Letras, una clase sobre estética con Adolfo Sánchez Vázquez y otra, sobre los presocráticos, con Eduardo Nicol. Idéntico saber erudito. Distinto estilo pedagógico. Distante, concentrado, sedente, en don Adolfo. Escénico, peripatético, en don Eduardo. Ya yo productor en Radio Universidad, cercana fue la relación con Luis Rius.

Del departamento en el que observé la peregrinación a la casa de Buñuel, a Buñuel mismo, vía el Aeropuerto Internacional Benito Juárez, saltaría yo el charco rumbo a Inglaterra. Un año después estaría de vuelta, con escalas de descompresión cultural, primero en Francia y después en España.

Una vez en México, a principios de los setenta, me toparía con *La gallina ciega* de Max Aub; diario de su regreso, treinta años después, tras las huellas de Luis Buñuel, a la tierra natal. Experiencia de la inteligibilidad. Libro cuyos ecos reverberarían en mis regresos anuales, una larga temporada, a España. Se lo proporcioné a mi hijo Adrián cuando marchó, posgraduado, a la Complutense.

UN DIARIO DEVASTADOR

La gallina ciega que Aub quería lo recibiera en vida su suegra, a quien estaba dedicado, vano deseo, tuvo pálida recepción en México. Traigo a cuenta un diálogo que, quizás, explique el frío recibimiento del diario en el medio de los desterrados. Diálogo que sostiene no con sus congéneres, José Bergamín, por ejemplo, que estuvo poco tiempo en México y regresó dócil a su lar, para hallar digna pobreza y sostenido olvido; sino con uno de sus más despiertos sobrinos, en sus treintas, abogado, viajado, padre de tres hijos.

S.: — Ves a España como si fuese lo que era cuando tenías mi edad.

T.: —

S.: — No te das cuenta, pero no ves las cosas como son. Buscas cómo fueron y te figuras cómo podrían ser si no te hubieras ido [...]. Crees que nada tienes que hacer aquí. Es posible; pero ni siquiera piensas en lo que podrías hacer agarrado por la idea de que no podrías decir lo que te parece mal. Es posible. Pero seguramente lo que te parece mal no es tanto como supones.

T.: —

S.: — España ha variado de todo en todo entre otras cosas porque, lo reconozco, ignoramos lo que fue antes. Es absurdo que nos lo echéis en cara, a poco que lo pienses, tío. Y por el hecho mismo de esta ignorancia [...] tenemos un concepto totalmente distinto que el vuestro acerca del país y de sus posibilidades.

T.: — Acepto. Pero con lo que no puedo estar de acuerdo, porque esa sí la conozco y no es de tu tiempo, es con la educación que os han dado.

S.: — La educación es una cosa, y nosotros otra [...]

Es tarde. Hablan en voz baja. Y faltaba lo más descarnado. Ni Madrid ni Barcelona, precisa el sobrino, tienen que envidiar a París o Roma. Se come, y no sólo los turistas. “¿Qué no hay libertad? Es un decir. ¿Qué hicisteis con ella? ¿Crees que nos hace mucha falta?”. De ser así, se sabría. ¿Falta de libertad de prensa? Amén de que se puede comprar cualquier periódico, “a la gente le tiene sin cuidado”. Y añade el sobrino: “¿O crees que porque no se leen tus libros son ignorantes?”. Ni los libros del tío ni los de los autores de su época. No interesan, tampoco, Larra, Unamuno, Ortega; Marías y Laín, sí, por ser de “hoy y de aquí”. ¿La guerra? La guerra es vieja. ¿Y para qué acordarse? “¿Qué bien nos iba a proporcionar, sean las que sean las ideas de unos y otros?”. Lo que su tío buscaba no lo encontraría nunca. “¿Qué?”, pregunta Aub. Respuesta: “El tiempo pasado. Tu juventud. Ahora es la nuestra”.

Esa noche el tío Max Aub no pegó los ojos. Uno puede imaginarse, al sobrino, después de 1975, optando por el PSOE. Pero a los tres hijos, por Podemos o Ciudadanos, los partidos nacidos del desencanto de la alternancia, y transición, entre el PSOE y el Partido Popular.

ESPAÑA, 1971

La España que pisé por vez primera fue la que conoció Aub, de regreso luego de treinta años, para él irreconocible. Moderna, modernizándose, abierta al turismo, reconocida por la ONU, boyante, a punto Cataluña de “procesar” el *Boom* de la narrativa de América Latina, cuya invención le disputa La Habana castrista.

La experiencia londinense no sólo me había iluminado los sesenta, en la Ciudad de México, que no tardé en tipificar Segunda Revuelta Cultural del Siglo xx (la primera, impulsada por los modernistas y el Ateneo de la Juventud); sino definido mi interés por la empresa desplegada por Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Antonio Caso, Julio Torri, José Vasconcelos y demás ateneístas.

Reyes y Guzmán, las figuras de mayor residencia matritense, me retrotrajeron a la capital española; para Reyes, la de su tocayo Alfonso XIII; para Guzmán, la de la

caída de la Monarquía, el advenimiento de la Segunda República y la Guerra Civil. Además de la intervención, de Guzmán, ya en México, en *Romance*, una de las revistas del destierro; su relación comercial, editora y librera, con el español Rafael Giménez Siles; y su batalla por la autonomía de las Academias de la Lengua, mayoritariamente hispanoamericanas, frente a la Real Academia Española.

Para entonces, en México, la visión sobre el destierro español que hemos llamado “emotiva, ritualista” había perdido su original frescura y espontaneidad; censuraba matices. A una realidad de extraordinaria complejidad, rica en diversidad ideológica, opaca, multánime, lacerante, cargada de sacrificios y responsabilidades, la había mudado expediente cerrado, polvoso.

ESPAÑA, LA TRANSICIÓN

Una feliz coyuntura me permitió encabezar una misión editorial de la UNAM con motivo del reinicio de relaciones diplomáticas entre México y España, en 1976; previa disolución del acuerdo de nuestro país con el Gobierno Español en el Exilio.

Unas cuantas notas.

El nerviosismo, durante el vuelo, de los que regresaban por primera vez en décadas, y la especulación de si en el aeropuerto de Barajas ondearían miles de banderas republicanas. No fue así. El montaje de una Feria México. La presencia del Presidente de la República José López Portillo que incluyó una cursilona visita a Caparrosa, el pueblo de sus raíces hispanas. La efervescencia política con la vista a un horizonte que se llamaba Comunidad Europea. La visita al *stand* universitario de un joven y esbelto Felipe González. El auxilio invaluable de Marisa Magallón y Concepción Ruiz Funes. El acuerdo tácito de no mirar hacia el pasado, la guerra, la derrota, el franquismo, al tiempo que se pactaban una monarquía constitucional y, para los partidos, la asunción plena de alternancia y transición. En suma, una España construida con la sola materia del futuro. Material que se mostró de larga duración.

ESPAÑA, 1987

El posfranquismo vive época de esplendor, prestigio, bonanza. Los fantasmas del pasado apenas se asoman. En julio del 87 me encuentro en Madrid. De esa época, la siguiente estampa:

Retrepado en lo más alto del cielo madrileño, el sol de un día de julio de 1987 diezma la Plaza Mayor. Nativos o fuereños, los sobrevivientes ocupamos las zonas de som-



Alfonso Reyes

bra. Despatarrados, nos observamos como si fuéramos espejismos. ¿Cuarenta grados de temperatura? ¿Más? Al que suscribe se le confunden en el paladar los sabores del cordero y del riojano, ambos poderosos; sabores a los que mezcla el terso de la prosa municipal de Enrique Tierno Galván, desaparecido gobernante filósofo de esta villa (*Bandos del alcalde*, Tecnos, Madrid, 1987). Asíndome en mi propio jugo, hervor de cuarentón, gozo del Bando sobre la desnudez ciudadana en tiempos caniculares (éstos, oh).

Sigue la cita:

Advierte, D. Enrique, a sus gobernados, que mientras Natura, a partir de la primavera, vístese con sus “mejores galas”, el ciudadano madrileño, por el contrario, desvístese. Ojo. No que TG esté en contra de la comodidad vestimental (basta imaginarse, por ejemplo, el horno del Metro cuando la mismísima superficie arde); lo que sucede es que algunos confunden la Villa y Corte madrileña con la mar o la alta montaña (estas tónicas). El asunto, pues, es de salud pública antes que de moral rancia, así no falte quien mude el jubón y las calzas por los lenzuolos o la bas-

quiña por las solas carnes. Gran desierto. En la capital española, por su posición geográfica, por el polvo que desprende, por el furor solar que la acomete, el despojamiento de vestidos págase, ay, con “salpullidos, llagas, postemas, abscesos y hasta lamparones, males que, según los físicos del Consejo, empobrecen los suaves miembros y gentiles cuerpos de las vecinas de esta corte”. Oh, sí, miembros suaves, cuerpos gentiles.

Por último:

Convento con D. Enrique en eso de que, en la calorana, Madrid múdase costa. Uno cruza la ciudad, especialmente de noche, como si atravesara un puerto bullicioso; las glorietas y los paseos son playas; la Puerta de Alcalá, tan mentada por Ana Belén, es una saliente marítima (no lejos, por cierto, pasa anchurosa, ajamonada, en su carro tirado por leones, la Diosa Cibeles).

Pero...

¡Angst! ¡Aghhh!

Disruptiva, aguafiestas, temida, imponiéndose a los sabores del yantar y del leer y del ocio apercólame de

nueva cuenta una sensación de la que intentaba escapar en vano.

Llámola angustia, angustia cultural.

Angustia definida por la crisis que envolvía, en México, a la Ciudad Universitaria, al fragor de la protesta del Consejo Estudiantil Universitario; que, a la postre, conduciría a la realización del Congreso Universitario.

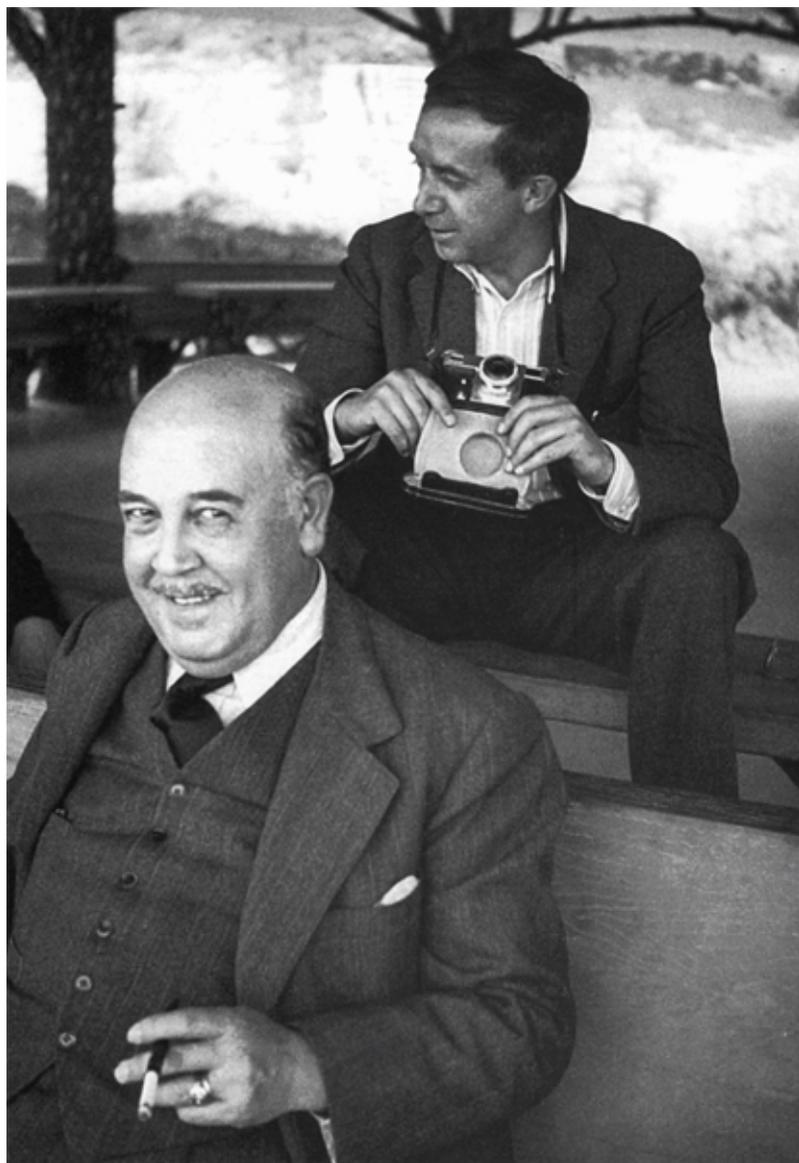
ORTEGA Y GASSET

Señalo que entre los autores que el sobrino de Max Aub apunta como olvidados en la España que había sobrevivido a los años oscuros, represivos, retraídos, de los cuarenta y los cincuenta, y repuntado en los sesenta, se encontraba José Ortega y Gasset. Y la relación más evidente, constante, con los mexicanos trasladados a Madrid, es la que tuvo el filósofo con Alfonso Reyes.

Ortega y Gasset nace en 1883 y muere en 1955; Reyes, por su parte, nace en 1889 y fallece en 1959. Coetáneos más que contemporáneos. Lamentablemente, es hasta 1924, ya de regreso a México, y un 9 de febrero, conmemoración de la muerte de don Bernardo, que Reyes arranca un diario que se extinguirá con su pluma siempre desenvainada. Por fortuna, para cubrir el vacío de los años madrileños, contamos con su epistolario. ¿Amistad íntima como la sostenida con Enrique Díez-Canedo o José Moreno Villa? No. Más bien formal, como la entablada con Azorín y Juan Ramón Jiménez. Lo que no impidió que el Ortega y Gasset empresario de prensa contará, en el mexicano, a un colaborador constante. Dos estampas. En 1915, Ortega y Gasset por la mañana, y Reyes por la tarde, ocupaban un mismo espacio (“jaula” la llama el primero, “sala” el segundo) en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Para una colaboración alfonsina en *El Imparcial*, que Ortega y Gasset demanda con apremio, le recomienda (innecesariamente digo yo) “sencillez y amenidad”.

ORTEGA Y REYES

Enormes son los paralelismos que guardan las dos figuras. En la filosofía, Ortega, en el humanismo, Reyes. Me refiero, concretamente, a la multiplicidad temática, al género dominante del ensayo y al filón periodístico. Sin que el ejercicio poético de Reyes derrumbe lo anterior. De poéticas pueden (deben) calificarse no pocas páginas del filósofo, incluso las de aridez técnica. Y, hablando de paralelismos, llama la atención el tranco semejante en cuanto a la publicación de títulos definitivos.



Alfonso Reyes con Daniel Cosío Villegas, 1940

Si entre 1914 y 1924, Reyes da a la luz, en Madrid, en deslumbrante sucesión, *Cartones*, *Visión de Anáhuac*, *El plano oblicuo*, *El cazador* e *Ifigenia Cruel* y deja en prensa el poemario *Pausa*; Ortega hace lo propio con *Meditaciones del Quijote* (1914), *España invertebrada* (1921) y *El tema de nuestro tiempo* (1923). Libro, el segundo de los mencionados, que arroja luces intensas sobre los procesos de la decadencia mexicana actual: disgregación de las partes, nacionalismos locales hueros, ausencia de proyecto nacional hacia el interior y el exterior, irrupción de la acción directa de unos y otros (linchamientos sin cuento, Tlatlaya, Iguala-Cocula, Tierra Blanca). En 1923 funda *Revista de Occidente*, en la que Reyes colabora y para la que le solicitan dictámenes. Un año después de la salida de Reyes de Madrid, Ortega publica *La deshumanización del arte* y, seis años luego su *bestseller* internacional, *La rebelión de las masas*. Hay en Ortega y Gasset, señala José Ferrater Mora, una “excepcional combinación de la habilidad literaria con la sagacidad filosófica”. En Reyes, por su parte, se combinan la pericia literaria con la “sagacidad” humanista.

CORPUS

La realización de mi biografía documental de Alfonso Reyes me encaró, en el archivo de la Capilla Alfonsina, con su epistolario español, cerca de cincuenta correspondientes. Poco voluminoso, comparado con otros, el que corresponde a Reyes-Ortega y Gasset.

Las cartas giran alrededor de la convivencia en Madrid, la participación de Reyes en las empresas de Ortega, un obsequio a Ortega con el que Reyes marca su salida de la ciudad, su reencuentro en el puerto de Buenos Aires, el fallido intento de Alfonso Reyes, de que Calpe, en la que influía con peso Ortega, publicara su obra hasta entonces realizada y, en los cuarenta, un comentario brutal de Ortega sobre nuestro compatriota que implica la recepción mexicana del destierro republicano. Asunto al que tornaré *infra*.

La imagen que proyecta el corpus es la de una relación efectiva mas no sentimental, profesional, férreas las compresas de las iluminaciones y las oscuridades íntimas. Cartapacio al que menester es añadir, a lo menos, una de las *Marginalias* de don Alfonso y un *Anecdotario* que, por fortuna, en lo que hace al filósofo, conservó inédito en vida. Si agudo y memorioso se muestra el mexicano respecto a un agrio resentimiento orteguiano, producto además de una nadería que Reyes encuentra oportunidad de zanjar, indiscreto se exhibe respecto al descubrimiento de don José, en Buenos Aires, de “la elegancia, la voluptuosidad, el flirt y el pecado(;)”; deslíz que, además, había facilitado el propio Reyes dándole las llaves de su discreta “leonesa” bonaerense.

La intensidad de las guerras y guerrillas de los escritores argentinos, que acabarían por hartar a Reyes, y que involucran a don José, obligaron al mexicano a enviarle al madrileño una larga carta, deslindándose de intrigas y estocadas aviesas.

ORTEGA Y GASSET SE ADELANTA

A la muerte del filósofo español, el mexicano le dedica “Treno para José Ortega y Gasset”, una de sus *Marginalias*. Redactada el 18 de octubre de 1955, publíquese en *Cuadernos americanos* el primero de febrero del año siguiente. El texto contiene varios pasajes. La evocación de la llegada de Reyes, incierta, a Madrid, tras perder su modesto cargo en la diplomacia mexicana y verse obligado a cruzar los Pirineos. El papel rutilante de Ortega y Gasset en aquella España “posterior al Noventa y Ocho y a los desengaños de la grandeza colonial”. Su relación con el filósofo. La pérdida que aparejaba su muerte. Y veladas alusiones a lo sucedido después de 1939, que sólo el examen del expediente permite explicar. Vamos por partes.

Hermosa, plena de gratitud es la memoria de su arribo a la Villa y Corte: “Cuando, a fines de 1914, yo llegué a Madrid, dejándome atrás, como Eneas, el incendio de mi tierra y el derrumbe de mi familia, mis buenos hermanos de España, sin interrogarme siquiera ni examinar mis credenciales, me abrieron un sitio en las filas del periodismo y las letras y me consideraron, desde el primer momento, como uno de los suyos”. Tertulia de Madrid.

Del Ortega de entonces, recuerda su condición de “estrella radiante, en torno a la cual giraba toda una ronda de planetas”; gravitación que lo atrajo, lo reclutó en revistas y periódicos de su influencia. Reconoce desacuerdos pero al mismo tiempo una infrecuente “íntima cercanía”.

Sin reticencias es el elogio. Rastro de fuego es el que había dejado Ortega “en la lengua y en la mente de nuestro siglo”. Filósofo imperial, aunque no por la coherencia sistemática, a la que rehuyó sujetarse; artista al que “jamás desmayó la soberbia voluntad de la forma”. Si bien no pierde la oportunidad, Reyes, de identificar a los dos enemigos del filósofo-artista: la ironía y el humorismo; su mezcla de “mundanidad” y “austeridad”; y, para quien supiera leer, la final rendición de Ortega y Gasset que significó su regreso a España en pleno franquismo. Escribe que su sensibilidad era tan aguda “que solía herirse con su propio aguijón o, mejor, que acabó atravesándose con su espada”. Aquí empiezan las pistas que el lector tendría que elucidar. Alusiones como la siguiente: “Hasta los chisporroteos de mal humor son, entonces, una prenda de afinidad cósmica. Una frase



Ortega y Gasset con Ramón Gómez de la Serna, 1929

cruel, una queja, valen entonces lo mismo que un saludo, lo mismo que vale un abrazo. Y, a la hora de las cuentas finales, el inmenso saldo positivo hace todavía más lamentable la desaparición de aquel polo que, acaso de lejos, nos equilibraba y nos sostenía”.

Lo de “mal humor”, “frase cruel”, “queja”, encerraban un sentido que Reyes oculta. Pero, lo más llamativo, es la siguiente expresión, a todas luces críptica: “Él quiso extrañármese un día”.

LA AVIESA ESTOCADA

¿Extrañármese, Ortega a Reyes? ¿Cómo? El 15 de septiembre de 1947, *El Universal* de la Ciudad de México publicó una entrevista con José Ortega y Gasset, realizada en San Sebastián por el licenciado Armando Chávez Camacho, “enviado especial”. Intitulada “la verdad

sobre España”, su sumario incluye una serie de asuntos, que rematan con la “cabeza”: “Alfonso Reyes y sus ‘gestecillos de aldea’”. Resumen. Informa el filósofo que, puesto que la edición de sus obras completas la había hecho su hijo, en represalia, él, el padre, se pondría a escribir, con el pseudónimo de ¡“Mississippi”! porque iba “a producir como un torrente”. Asimismo, confía que había huido durante la Guerra Civil, porque si no lo mataban los rojos, lo mataban los blancos. Por último, asesta la puñalada al lejano Alfonso Reyes. Transcribo el diálogo:

—¿Tiene amigos en México?

—Tenía, contesta. Como Alfonso Reyes.

—Pues, ¿qué le ha hecho Alfonso Reyes?

—Nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías...

—¿Cómo cuáles, maestro?

Un ademán de disgusto y desprecio es rubricado con estas palabras:

—Gestecillos de aldea.

REBUMBIO

El expediente de la Capilla Alfonsina incluye recortes de las repuestas, airadas unas, reposadas otras, pero todas ofendidas y en defensa de Reyes, a lo declarado por Ortega en San Sebastián. Una “Carta abierta a Alfonso Reyes” de José Gaos, uno de los contertulios; “Una visita frustrada” de Wilberto L. Cantón; “Ortega no es un filósofo sino un sofista” de Eduardo Nicol; “La corbata, espina dorsal de Ortega” de Juan Larrea; “Caso de deformación profesional” de José E. Iturriaga; “Ortega, enemigo de la americanidad” de Leopoldo Zea; etcétera, etcétera.

¿Y Reyes?

Reyes tardó dos días en contestar, escribirle a Ortega. Le advierte, primero, que no toma en cuenta las palabras (“incalificable injusticia”) que sobre él le atribuyen, aun cuando se le hayan escapado “en su actual estación de amargura”; y, segundo, sobre el efecto de sus palabras. Entre las personas cultas y decentes de México; entre los compatriotas del entrevistado (“no todos mansos”); entre sus amigos y discípulos; entre los “perros rabiosos que siempre abundan”; y entre los demagogos de esta “aldea”. Y se explica prolijo: “Mi único delito consiste en haber procurado un techo para aquellos compañeros que usted mismo educó y embarcó en la aventura”. Procurárselo en exclusiva a los de “nuestra familia”, no a los “profesionales de la pasión pública” (que no se hartaban de echárselo en cara). Por lo que le pide mirar bien “hacia los horizontes, por sobre las bardas de la ‘aldea’”. Remira el desenlace republicano: “Si acaso creí en cier-

tas esperanzas españolas, bien sabe usted que en usted lo aprendí. Que nos las hayan torcido los violentos no es culpa de usted ni mía”.

INNECESARIA EXPLICACIÓN

Desde su regreso a México (recuerdo que Reyes procedía de Brasil, adonde fue a vender petróleo expropiado), lo atacaron desde los extremos; nunca se le había injuriado tanto como a causa de su afán por el “acomodo entre nosotros de mis hermanos de otro tiempo” (tiempos de su propio asilo en Madrid). Ya en plan personal, pide a Ortega no lo confunda en el “montón de los que han aprovechado el momento para atacarlo a mansalva”, y le señala que por más que se esfuerce no podría borrarlo de su “conciencia”.

Sin embargo, todo indica que sí.

Porque el remitente, además de los puntos anteriores, incredulidad ante lo registrado por *El Universal*, efectos en el medio español-mexicano, razones honradas de la acogida que encabezara el remitente, plantea una forma de zanjar el desaguado. Dícele: “Una sola palabra de usted, de rectificación o de esclarecimiento, aparte de hacerme a mí un bien inmenso, le devolverá a usted la alegría de ver que mi recuerdo, cuando se le aparezca y lo visite, le sonrío como en los tiempos mejores. ¿Será posible que un hombre de su talla deoiga esta reclamación?”.

La carta de Reyes sale por doble vía, certificada y ordinaria, en previsión de que don José ya esté de vuelta en Portugal.

ROBINSON REYES

Cabe señalar que este propósito de reconciliación de Reyes, se inscribe en la decisión existencial que regla su reinsertión en la vida mexicana, abandonada, en pleno huertismo, fresco todavía el 9 de febrero de 1913, día en que su padre, resuelto a morir, intenta en vano hacerse del Palacio Nacional. Sin más armas que la palabra, a la que responde una ametralladora que lo aniquila. A él, a su caballo Lucero, y al que monta el hijo Rodolfo, salvado de milagro.

¿Qué decisión existencial?

La unidad. Robinson Crusoe armando el rompecabezas con las piezas salvadas del naufragio. Una casa-biblioteca-archivo. Y, llegado el momento, Alfonso editor crítico de Reyes. Elección profesional de nichos no ocupados por sus colegas: retórica, religión, geografía griegas. Sus memorias: familia, ciudad natal, el padre, sus propias enfermedades, su generación atenea, sus libros. Si bien pesaban el recuerdo doloroso de la preferencia

paterna por Rodolfo y el prestigio villano, infame, del general en la historia oficial de la Revolución mexicana. Máculas resueltas con un velo de amnesia sobre el hermano y la re-hechura de la imagen del padre, vuelto héroe de leyenda (*Romance nuevo del general Bernardo Reyes*, pudo llamarse *Oración del 9 de febrero*). De ahí la petición a Ortega y Gasset: una “sola palabra”.

“UNA SOLA PALABRA”

La puñalada trapera del filósofo español se asestó, lo avancé, en 1947. Tres años espera Reyes la respuesta a su carta a corazón abierto. En vano. El 17 de julio de 1950, reincide. Don José ya radica de fijo en Madrid, ciudad amada a la que no regresará el mexicano. Recuerda el incidente; que le escribió de inmediato (carta de la que envía copia); que no ventiló el asunto en la prensa; que no se resignaba a dar por acabada la amistad; y que sobre el silencio del destinatario tenía dos interpretaciones. O que o no llegó a su destino o que don José no quiso contestarla.

Aborda la segunda.

“¡Me hubiera hecho tanto bien una sola palabra de usted, comprensiva y afectuosa, aun sin necesidad de rectificación alguna!” (bondad alfonsina que llega al extremo de disculpar cualquier “expresión viva” suya, atribuible al “escozor del ataque inmerecido”). Con el paso del tiempo, la herida cicatrizó, pero se sabe atado a la simpatía del filósofo.

Reyes se abre de capa. “Dígame usted que le corresponde, o —siendo usted quien es— tendré que desesperar de los hombres”: declara; “Yo no le hago a usted ninguna falta, pero usted a mí —no tengo el menor empacho en declarárselo— me hace falta como parte del conjunto armonioso, del orbe de ideas y emociones en que aliento”: confiesa; “¡A ver, José, una palabra, una palabra suya que nos ponga a ambos por encima de tanto error, de tanta miseria como nos circunda!”: suplica.

Por carecer de la dirección de Ortega, se dirige a Juan Guerrero Ruiz, a su domicilio en Hermosilla 38, pidiéndole entregue a don José la carta del 17 de julio de 1950. Por un artículo publicado en el número 595 de revista *Universidad de México*, “Reyes y Ortega y Gasset: nuevas huellas de un largo malentendido”, de Carlos García, sabemos, con certeza, que Guerrero Ruiz recibió la(s) carta(s) de Reyes y que esperaría el mejor momento para cumplir la misión encomendada; y, mera conjetura, que Ortega recibió las misivas alfonsinas: la de 1947, en copia, y la de 1950, en original.

Lo indudable es el silencio por respuesta. Por cierto: ¿“malentendido”? No. Franca, violenta ruptura por una de las partes. La que quedó en España, no resistió el exilio o destierro.



Miguel y Soledad Ortega Spottorno, hijos de Ortega y Gasset, con Pepa García Morente y Alfonso Reyes hijo, 1916

CONJETURA

La arrogancia de Ortega y Gasset, conjeturo a mi vez, guarda una explicación política, la de su reinserción en la España franquista. Reyes había dirigido el destierro de los intelectuales derrotados, Reyes era México, México uno de los países que mantenían relaciones con el Gobierno Español en el Exilio.

¿Lo dicho, despectivamente, a *El Universal*, descalificando a don Alfonso y a su país, respondía a una estrategia de perdón? Quizá. Lo indudable es el dolor causado en el mexicano, amigo así fuere sin calor íntimo, ex colaborador en las empresas periodísticas de Ortega y Gasset, el que anticipó y saludó el advenimiento de la Segunda República. Dolor que se unió a otros del Alfonso de los últimos años. Pese a su estatus de prócer cultural, sorda y no tan sordamente rechazado entre los suyos. Remate será que un irresponsable comentarista de *Parentalia*, primer libro de las memorias inconclusas de Alfonso Reyes, escribiera en *Cuadernos americanos*, revista entrañable cuyo consejo editorial sesionaba en la Capilla Alfonsina, que Alfonso Reyes sostenía que su señor padre había traicionado a la Revolución mexicana. Grave descuido del director y amigo, don Jesús Silva Herzog (trato el punto en la presentación de *Mi*

óbolo a Caronte, manuscrito de Alfonso Reyes que precede a *Oración del 9 de febrero*).

NUEVAS VISIONES

Quizás el destierro republicano en nuestro país amerite una revisión integral. Esto a partir de que, en la orilla atlántica europea se proclamó la Ley de la Memoria Histórica, contrapunto de la política des-memorial de los setenta; y, en la orilla atlántica americana, hace rato que han desaparecido las figuras mayores de la expatriación.

Historia no sólo intelectual, sino también laboral y empresarial. Incluidos, por supuesto, el examen paralelo del desarrollo de las artes en los dos países; por ejemplo, la publicación en México de autores malquistos a la censura peninsular, como fue el caso de los Juanes Goytisolo y Marsé; y el *Boom* de la nueva novela latinoamericana que llevó a vivir a Barcelona a Gabriel García Márquez y a Mario Vargas Llosa (mientras Julio Cortázar permanecía en París y Carlos Fuentes se asentaba en Londres). ¿Se pensó en la editorial Joaquín Mortiz como la puerta de salida a los escritores españoles impublishables en su patria? Apunto dos temas más. La influencia de Manuel Pedroso, su maestro exquisito en la Facultad de Derecho, en Carlos Fuentes y sus pares de la Generación de Medio Siglo. El número y significado de las revistas del destierro, con particular atención a las del destierro catalán (una alumna, Nuria Gally, recontó más de cuarenta).

Opino que un buen método es el propuesto por el mapa, gráfico y omnicompreensivo, al que me referí líneas arriba. Sin perder de vista la profunda crisis, económica, de inmoralidad pública y de representación política por la que atraviesan México y España.

POSTRERA CONSIDERACIÓN

La historia contrafactual, con altas y bajas en el medio académico, tendría naturalmente su lugar. Si, además de José Gaos, en Veracruz hubiera desembarcado asimismo José Ortega y Gasset, y a diferencia de Bergamín o María Zambrano, de paso, hubiera permanecido de fijo en el país, ¿cuál hubiera sido su desarrollo filosófico? ¿Cuál, a su vez, el de la filosofía de América Latina, tan marcada por la "circunstancia"? ¿Cuál hubiera sido el efecto, en nuestras letras (pienso en Arreola, en Tario, en el propio Aub tan experimental, en el vanguardismo de La Onda, en el redescubierto Ulises Carrión), de haberse incorporado Ramón Gómez de la Serna al destierro mexicano? Algo semejante al efecto Luis Buñuel cineasta, en los campos del pensamiento y la literatura. De especularse. **u**

Adalberto García de Mendoza

El oscuro lugar inestable

Evodio Escalante

¿Qué lugar ocupa en la historia de la filosofía en México el nombre de Adalberto García de Mendoza? Prácticamente olvidado, el catedrático y pensador fue el primer divulgador de la fenomenología alemana en nuestro país, gracias a los cursos que impartió en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela Nacional Preparatoria.

A Ricardo Guerra, quien fue el primero en hablarme de Adalberto García de Mendoza

El equívoco y la oscuridad rodean la vida de Adalberto García de Mendoza (Pachuca, 1900-Ciudad de México, 1963), cuyo mérito histórico consistiría en haber introducido y divulgado en nuestro país la moderna filosofía alemana en su vertiente fenomenológica. Él habría sido el primero entre nosotros en dar cursos y publicar libros en los que se abordaron las contribuciones radicales de Edmund Husserl, el creador de la fenomenología, así como las de dos pensadores a quienes por ese entonces —es decir: a principios de la década de los treinta del siglo pasado— se consideraba como sus discípulos más señalados: Max Scheler y Martin Heidegger. El hecho es que hasta el día de hoy Adalberto García de Mendoza es uno de los filósofos mexicanos más desconocidos e ignorados, incluso entre quienes se dedican de modo profesional a la feno-

menología. En su *Historia de la fenomenología en México*, por ejemplo, el investigador Antonio Ziri6n lo asocia de cierto modo con el neokantismo y, en lo que respecta a la fenomenología, concluye que este representa “un inicio que nada inicia”.¹ El carácter paradójico de esta frase, su evidente sentido autocontradictorio, ya podría indicar la existencia de un problema que no ha sido abordado con las precauciones que el caso requiere. Se habla de un principio que no principia nada... ¿Quiere esto decir que no existen huellas de su trabajo?, ¿que no dejó continuadores? ¿O que fue un inconstante que no persistió en lo suyo como lo ordena la disciplina filos6fica?

¹ Antonio Ziri6n, *Historia de la fenomenología en México*, Jitanjáfora, Morelia, 2003, p. 29.

Sospecho que la dificultad para ubicar el trabajo de Adalberto García de Mendoza, más allá de las razones de orden personal que podrían aducirse (como podrían ser, por decir algo, su eclecticismo o su tardía formación en el campo de la filosofía, como se documentará más adelante), tiene que ver con una situación objetiva de carácter nacional, o para expresarlo de otro modo, con una *triple encrucijada* que atañe a la peculiar circunstancia de la filosofía en nuestro país en las primeras dos y tres décadas del pasado siglo xx. En esta encrucijada habría que considerar:

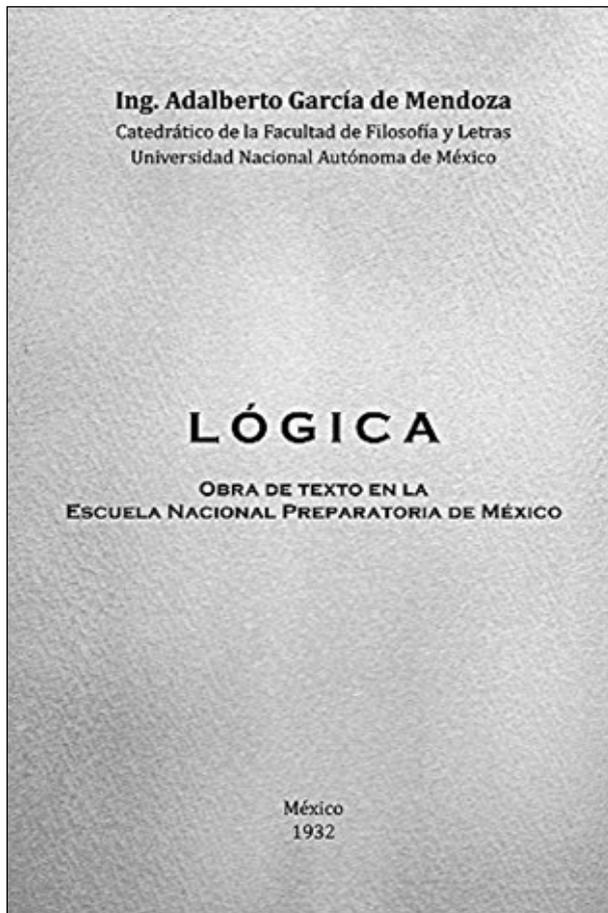
1. *La existencia precaria de la institución de filosofía académica.* El aparato institucional que otorga las maestrías y los doctorados en filosofía no existe en los albores del siglo que comienza. Antonio Caso, que carece de un título profesional que lo legitime como filósofo, se “autoacredita” como tal al solicitar y obtener el puesto de profesor honorario (es decir, sin goce de sueldo) en la Escuela Nacional de Altos Estudios en junio de 1912, cuando el director Alfonso Prunedo lo autoriza para que imparta el curso libre de “Introducción al estudio de la filosofía”. En sentido estricto, y desde el punto de vista académico, todos aquellos que ejercen en esa época la enseñanza de la filosofía son en realidad filósofos amateurs, esto es, aficionados o “autodidactos” que de algún modo aspiran a la profesionalización. Este es el caso igualmente de García de Mendoza: cuando, recién regresado de Alemania, empieza a dar en 1927 sus primeros cursos de filosofía con nombramiento de profesor honorario en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, todavía no ostenta el título de maestro en filosofía que habrá de obtener en esta misma Universidad Nacional en 1929 con una tesis titulada *La dirección racionalista ontológica en la epistemología*, ni ha obtenido mucho menos el doctorado, que la misma institución le habrá de otorgar a finales de 1936, cuando defiende su tesis *La filosofía y la teoría de la relatividad de Einstein*. Los filósofos profesionales, es decir, con título, son, todavía para entonces, muy pocos y se cuentan con los dedos de las manos. Téngase presente que la creación del *profesorado de carrera* en la mencionada Facultad data de 1943. Ello explica que en un oficio de principios de 1946, dirigido al ingeniero Lucio Morales, director de los primeros años de la Escuela Nacional Preparatoria, García de Mendoza haga notar que “hasta la fecha sólo siete personas han sido graduadas con este título [se refiere al de doctor] y mediante examen en la Universidad”. Estos terrenos movedizos y en proceso de consolidación, me parece, son de tomarse en cuenta.

2. *El cambio de paradigma filosófico.* La filosofía francesa, que había dominado en México durante los prolongados años del gobierno del general Porfirio Díaz con su gabinete conocido como “los científicos”, se empieza a ver desplazada por la irrupción de la filosofía ale-

mana moderna. Este desplazamiento tiene una causa interna y otra externa. La interna está asociada con el triunfo de la Revolución mexicana (1910-1917) y con los cambios radicales en la mentalidad propiciados por ella. La filosofía francesa se asociaba de modo inevitable al *ancien régime*, esto es, a la dictadura porfiriana que había entronizado el positivismo comptiano como ideología oficial bajo la consigna general de “Orden y progreso”. Se hacía necesario sustituirla. La causa externa es la inusitada y vigorosa irrupción europea del movimiento fenomenológico y, acaso en menor medida, pero de modo igualmente avasallador, de la filosofía neokantiana de la escuela de Marburgo. Estos cambios en la filosofía de lengua alemana no tardaron en hacerse sentir entre nosotros, y pudieron conocerse en detalle gracias al papel que jugaron el filósofo español José Ortega y Gasset y sobre todo la *Revista de Occidente* (así como los libros auspiciados por su editorial) en la divulgación de estas corrientes de pensamiento.

3. *La complejidad y la movilidad de la filosofía alemana moderna.* La irrupción del neokantismo y de la fenomenología es un acontecimiento complejo que implica varios hilos que a veces se superponen y llegan a confundirse, al menos para la óptica de la época. A Adalberto García de Mendoza algunos le atribuyen haber sido el introductor en México de la nueva escuela kantiana, aunque si se espiga con atención se encontrará que no hay mucha presencia de ello en sus escritos de la época, y más bien quien resultó abanderado de la Escuela de Marburgo fue su discípulo Francisco Luna Arroyo, mejor conocido entre nosotros por el nombre con que firmó sus libros: Francisco Larroyo. El propio Larroyo, que rompió de modo temprano con su maestro, sostenía — según informa de modo pertinente Ziriñ — que la génesis mexicana del neokantismo no derivaba de las enseñanzas del maestro Antonio Caso, como cierto automatismo podría hacer pensar, sino de los cursos que entre 1927 y 1933 habría impartido García de Mendoza tanto en la Preparatoria Nacional como en la Facultad de Filosofía.² En cuanto a la fenomenología

² Acerca del papel inspirador de García de Mendoza en su antiguo discípulo, es muy ilustrativo este párrafo que entresaco de una carta que Francisco Luna Arroyo le manda desde Berlín con fecha 15 de marzo de 1932: “Tengo, querido maestro, enorme interés de narrarle mis actividades en este país de la filosofía que Ud. nos enseñó a estimar. No lo hago, como son mis deseos, por el temor fundado de distraerlo en su valioso trabajo. Una sola cosa quiero hacerle patente: darle gracias mil por el inestimable servicio que ha prestado Ud. a mi vida al orientarme, por una parte, en la serie de especulaciones que sigo, y de haber jugado el papel de inspirador, por la otra, para decidirme a completar mi modestísima cultura filosófica en el país en que me encuentro”. A lo que agrega en el siguiente párrafo: “Posiblemente el semestre de verano ya lo disfrute en Heidelberg donde ahora Rickert imparte sus enseñanzas; allí pienso redondear los conceptos fundamentales de su filosofía que me fueron entregados por vez primera en una aula de la Universidad de México donde Ud. ocupaba la cátedra”.



Adalberto García de Mendoza

misma, fundada por Husserl y percibida entonces como un bloque unitario, en realidad se desgajaba de modo más o menos secreto en la teoría de los valores o axiología de Max Scheler y en la llamada “filosofía existencial” de Martin Heidegger, que a la postre habría de renegar de la etiqueta “existencialista” para definirse mejor como una ontología. Aunque por entonces se la percibía como un conjunto, si no homogéneo al menos unitario, no había en realidad una fenomenología sino varias en pleno proceso de diferenciación que en el caso de Heidegger terminó en ruptura con el gran iniciador Husserl. De seguro el otro gran discípulo, Max Scheler, también habría roto con su maestro de no ser por su prematura desaparición.

A Adalberto García de Mendoza le toca en suerte experimentar las indecisiones que se cernían en esta triple encrucijada que pertenece al campo de lo que Sartre llamaría años más tarde el campo de lo *práctico-inerte*. A saber: *a*) como filósofo amateur que se “profesionaliza” y que se titula de modo tardío en la Universidad, con las consecuencias que esto conlleva; *b*) como primer representante del nuevo paradigma filosófico de ascendencia alemana que se impone sobre la anterior tradición francesa, en un momento en que neokantismo y fenomenología, pese a su diversidad intrínseca, llegan a confundirse; y *c*) por último, como exponente a veces nebuloso de una fenomenología que mezcla de modo indiscriminado en un primer tiempo las enseñanzas ri-

gurosas de Husserl con las de Max Scheler y con las de la “hermenéutica fenomenológica” de Martin Heidegger, y que, no contento con ello, abraza a mediados de los años treinta (bajo la presión “socializante” del sexenio de Lázaro Cárdenas) la filosofía dialéctica de temple marxista, para por último, y sin mediar ningún proceso de autocritica, dedicarse a cuestiones de estética musical y de filosofía de la religión. De este itinerario, por demás ecléctico, la etapa que mejor puede documentarse y la que puede comportar mayor seriedad es la de inspiración fenomenológica. Sobresalen, sin duda, los dos tomos de la *Lógica* que publicaría la Editorial Cultura en 1932, redactados por cierto muy a la sombra de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, y el libro *Filosofía moderna. Husserl-Scheler-Heidegger. Conferencias de 1933* (impartidas en la Universidad del Norte, en Monterrey) de la que existe una muy pobre versión en mimeógrafo, según pude constatar personalmente en la Biblioteca Nacional, y que reeditó en 2004 la Editorial Jitanjáfora de Morelia. Sólo de manera reciente, y gracias a los esfuerzos de la hija del filósofo, la maestra Elsa García de Mendoza de Taylor, se ha vuelto posible documentar la etapa marxista y la posterior vinculación con la estética y la filosofía de la religión. Como someros ejemplos de ello, podrían mencionarse los *Fundamentos filosóficos de la lógica dialéctica* (1937), la *Filosofía judaica de Maimónides* (1938) y la *Filosofía de la religión* (1949), así como otros textos dedicados a la literatura y la música como po-

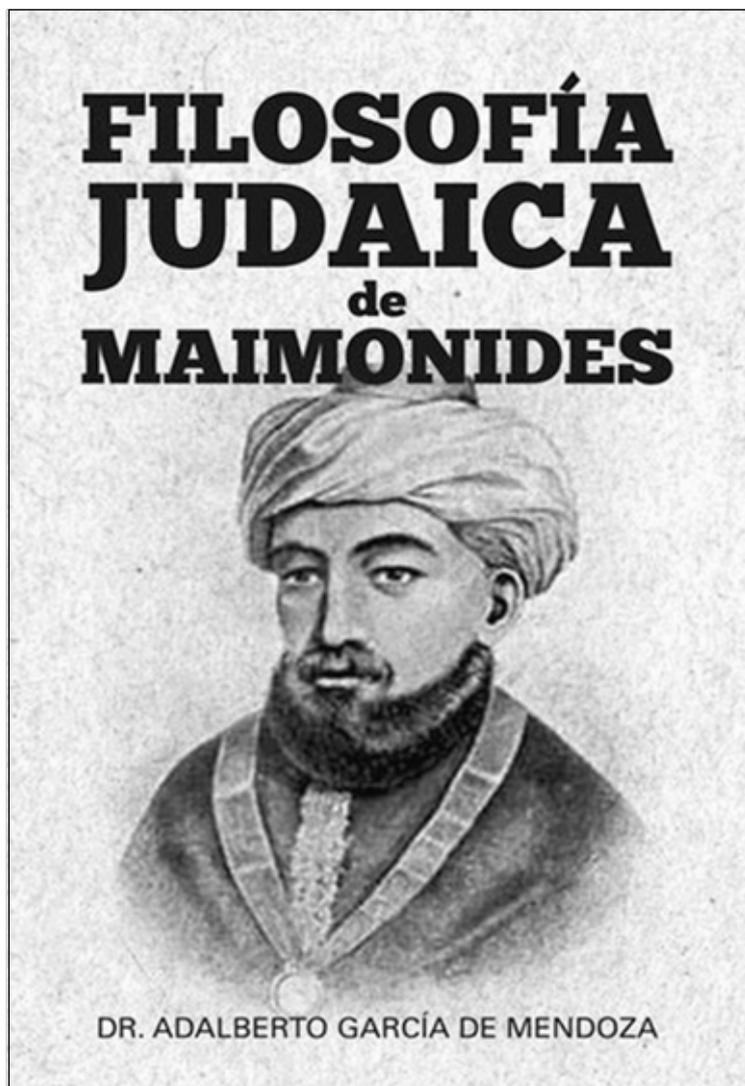
drían ser *Johann Wolfgang von Goethe* (1949), *Rainer Maria Rilke. El poeta de la vida monástica. Semblanza e interpretaciones de Das Buch vom mönchischen Leben* (1951) y algunos opúsculos musicales como *Schumann. El álbum de la juventud. Comentarios y recuerdos* (1932) y *Juan Sebastian Bach. Un ejemplo de virtud* (1950).

Nacido en Pachuca, Hidalgo, en el año cero del nuevo siglo, Adalberto García de Mendoza recibe una beca del gobierno mexicano para ir a estudiar música en Leipzig, Alemania, en 1918 y regresa a México en 1926. Se afirma que llegó a ganar en Alemania un concurso de improvisación en el piano y que habría aprovechado su estadía en ese país para tomar clases de filosofía en las Universidades de Baden, Stuttgart y Tubinga. En el sitio web que lleva su nombre (www.adalbertogarciademendoza.com), se afirma que tomó clases con Rückert, Cassirer, Husserl, Scheler y Heidegger, entre otros, pero al parecer no existen pruebas documentales que permitan corroborarlo. En 1927 empieza a dar cursos como profesor interino en la Facultad de Filosofía y Letras y en 1929, sin dejar la Facultad, en la que mientras tanto ha recibido ya el nombramiento de profesor titular, empieza a dar clases en la Escuela Nacional Preparatoria. Los términos en que está redactado su nombramiento, que

firma el rector de la Universidad, el licenciado Ignacio García Téllez, ya dan una idea de la precariedad, y hasta se podría decir, de la marginalidad de su situación como docente. Afirma el documento: “Esta Rectoría en vista de los conocimientos y las circunstancias especiales que en usted concurren, y teniendo en cuenta su aquiescencia sobre el particular, ha tenido a bien nombrarlo durante el presente año, profesor honorario de la cátedra de lógica en la Escuela Preparatoria. Lo comunico a usted para su conocimiento, reiterándole mi consideración distinguida. Por mi Raza hablará el Espíritu. México, D. F., a 20 de septiembre de 1929”.

Como quien dice, le pagaban con reconocimiento. Empero, como resultado directo de su empeño docente, la prestigiosa Editorial Cultura, que fundara Agustín Loera y Chávez, y en la que llegaron a publicar libros muchos de los escritores y poetas más influyentes de la época (como Julio Jiménez Rueda, Manuel Toussaint, Genaro Estrada, Xavier Villaurrutia y José Gorostiza, entre los nacionales, así como Marcel Schwob, Remy de Gourmont, André Gide, Oscar Wilde, Ramón del Valle-Inclán, los hermanos Machado y Juan Ramón Jiménez, entre los del extranjero), da a las prensas los dos tomos de su *Lógica* (1932), obra que se anuncia como libro de texto en la Escuela Nacional Preparatoria. En términos editoriales, no hay duda de que esta publicación será la más importante y significativa de toda su carrera como profesor. También la más estructurada y la que más sorprende por su manejo de una abundante bibliografía en la que desfila la más reciente producción filosófica en lengua alemana, de la que obviamente estaba al tanto el autor. Sorprende la cantidad de las referencias germánicas que se condensan en su exposición: ahí están Wundt, Hessen, Rickert, Cassirer, Maetzer, Külpe, Lask, Bolzano, Alexander Pfänder, Hartmann, Lotze y Meinong, además del muy conocido libro de Georges Gurvitch, *Las tendencias actuales de la filosofía alemana*, que tanto contribuyó por ese entonces a la difusión del movimiento fenomenológico. García de Mendoza tiene, además, el cuidado histórico de incluir los programas de varios de sus cursos, entre ellos, por decir algo, el “Primer curso semestral de epistemología analítica, dedicado a la fenomenología de Husserl” (1930), el mismo curso semestral de 1932 dedicado a la obra de Max Scheler, así como el “Curso anual de metafísica dedicado a Martin Heidegger y la nueva fenomenología”, también de 1932, cursos impartidos todos en la Facultad de Filosofía y Letras.

Por lo demás, Antonio Zirión, en el riguroso balance de su obra, no deja de reconocer que en la *Lógica* de García de Mendoza aparecen varias precisas referencias a lo que era hasta entonces el libro más reciente de Husserl: la *Formale und transzendente Logik. Versuch einer Kritik der logischen Vernunft* (1929), tra-



ducido tres décadas después entre nosotros por Luis Villoro bajo el título de *Lógica formal y lógica trascendental. Ensayo de una crítica de la razón lógica* (UNAM, 1962). El mismo Zirión abunda diciendo que ni siquiera el maestro José Gaos, pese a los años transcurridos desde entonces, pareció prestar mayor atención a esta obra de Husserl.

No me parece aventurado suponer que el trabajo docente y las publicaciones de Adalberto García de Mendoza, a partir de su regreso de Alemania en 1926, podrían haber jugado un *papel catalizador* en el ambiente intelectual mexicano, y que esto habría obligado a algunos miembros de la comunidad universitaria a asumir una franca actitud renovadora, como si se aspirara a abrir otros horizontes intelectuales en la enseñanza de la disciplina filosófica en nuestro país. En el “Preámbulo” de su *Lógica*, García de Mendoza ya anuncia este trabajo de renovación que solicita él mismo un futuro. De tal suerte, afirma: “Alejado de las múltiples contingencias de la vida social y universitaria, he forjado este ensayo que tiene por objeto iniciar a todos nuestros estudiantes *por los nuevos derroteros de la ciencia y de la Filosofía*” (cursivas mías). En otro pasaje análogo sostiene: “La comprensión de la obra no es fácil a la primera lectura, pero debe tenerse en cuenta que, en primer lugar, no es una novela para desocupados y, en segundo, que todo texto debe ser sintético y claro *y debe tener la pretensión de ser el iniciador de futuras y más profundas investigaciones*” (cursivas mías).

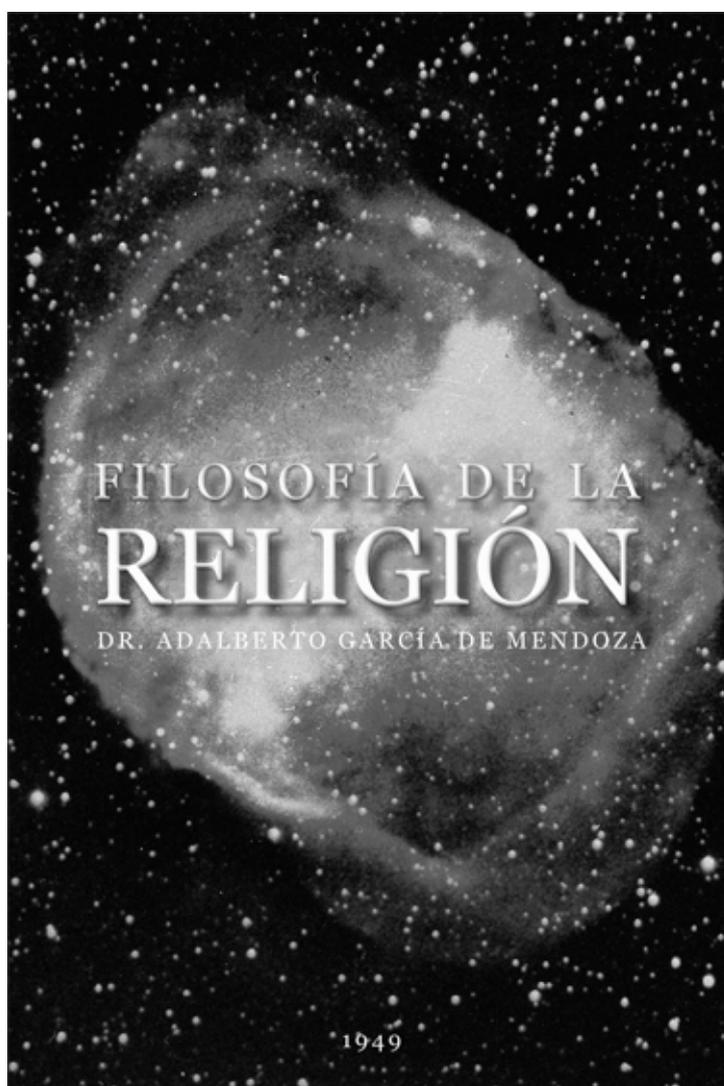
Como si adivinara el reto filosófico de la época y recogiendo la inquietud renovadora que se dejaba sentir en el ambiente, el joven Samuel Ramos publica en 1927 un par de artículos en la revista *Ulises*, que dirigían al alimón los poetas Xavier Villaurrutia y Salvador Novo, en los que inicia una “polémica” con quien era hasta entonces el filósofo más reconocido en la institución universitaria: Antonio Caso. Lo acusa de haberse dormido en sus laureles y de predicar un intuicionismo fácil que no hace ningún bien en una nación joven que necesita adiestrar su racionalidad y su capacidad de manejar conceptos. Lo acusa de haber envejecido, y de seguir apegado de manera dogmática a sus viejos autores, sobre todo de procedencia francesa (Boutroux, Bergson) cuando es obvio que una renovación que lleva el sello germánico impone nuevas lecturas y nuevas tareas al pensamiento. Aunque muchos consideran impropio que un filósofo imberbe se atreva a criticar a un maestro que goza de enorme reconocimiento, todo indica que el maestro Caso supo asimilar el golpe, no sólo recogiendo los artículos de su oponente en un librito titulado *Ramos y yo: un ensayo de valoración personal* (Editorial Cultura, 1927), sino que todavía fue más lejos, realizando lo que sin duda fue un verdadero esfuerzo de *aggiornamento*: se puso a leer en serio a Husserl y muy pronto dio muestras (no

importa que discutibles) de estar incorporando la fenomenología del maestro alemán.

En 1934, en efecto, Antonio Caso da a las prensas simultáneamente dos libros que ejemplifican su peculiar asimilación de la filosofía husserliana: *El acto ideatorio* (Porrúa Hnos.) y *La filosofía de Husserl* (UNAM). Varios años después, en la “Introducción” a la reedición de estos textos en las *Obras completas* del maestro Antonio Caso, el filósofo Luis Villoro concluyó de manera tajante que la adhesión de Caso resultaba tardía y, por lo mismo, imposible: “Caso nunca fue fenomenólogo, porque ni compartió el espíritu crítico de esa doctrina, ni asumió todas sus consecuencias. Sólo trató de asimilar la parte de la fenomenología que podía utilizar para ampliar los alcances de su propia tendencia metafísica y afianzarla frente a las doctrinas contrarias a ella”.³

Empero, hay todavía una muestra anterior que corrobora el esfuerzo de Caso por incorporarse a la fenomenología husserliana, que no quisiera dejar de mencionar. En efecto, al corriente de las conferencias que en torno a Descartes acababa de pronunciar Husserl en

³ Luis Villoro, “Introducción” en Antonio Caso, *Obras completas*, tomo VII, UNAM, México, 1972, p. XXIII.





Adalberto García de Mendoza

francés durante la celebración de un congreso realizado en la Sorbona, Antonio Caso se apresuró a publicar en el número de septiembre de 1932 de la *Revista de la Universidad de México* una traducción del texto inaugural del maestro alemán bajo el título de “Las meditaciones cartesianas de Husserl”. Resulta cuando menos curioso que en noviembre de ese mismo año, o sea, en el número siguiente de la misma revista, aparezca publicado un sesudo artículo de Adalberto García de Mendoza titulado “El problema de las sustancias frente al problema del a priori. Importancia de la cuestión en la filosofía de Spinoza y Husserl”. Esto me hace pensar en una especie de “competencia” que habrían entablado los dos filósofos mexicanos en torno a la figura del creador de la fenomenología. ¿Una lucha por legitimarse como pensadores en torno al difícilísimo Husserl? No habría por qué dudarlo.

El clímax de esta etapa en la carrera de García de Mendoza es la invitación que le hace la Universidad del Norte de Monterrey en 1933 para impartir una serie de conferencias en torno a la fenomenología con motivo de su apertura. El radio de influencia de la fenomenología parece estarse ampliando en el país. Aunque, como señalé antes, y esto impone una noción de contraste, de las mismas se hace... ¡una modesta edición en mimeógrafo!

La carrera universitaria de García de Mendoza se interrumpe de modo abrupto en 1935. Son los tiempos de la presidencia de Cárdenas y parece haber en el ambiente un aire de provocación que afecta la enseñanza universitaria. Esgrimiendo las ideas de autonomía uni-

versitaria y de libertad de cátedra, que estarían supuestamente en peligro, la sociedad de estudiantes publica un desplegado en el periódico por el que conmina a los profesores de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes (esa era entonces su denominación) a que se pronunciaran públicamente al respecto. García de Mendoza considera que se trata de una maniobra política y de un atropello a su libertad, y a diferencia de otros de sus colegas profesores, se inconforma y responde por escrito a la presión de los estudiantes. El tono husserliano de ciertos pasajes de su respuesta me parece más que evidente. Afirmaba ahí el filósofo: “En las ciencias eidéticas no cabe hablar de sumisión a una idea político-social, porque ellas se condicionan por el saber y sólo se exigen profesores competentes y verdaderos pedagogos”. Como consecuencia de lo anterior, García de Mendoza renuncia a sus clases y se autoexcluye de la Universidad, con lo que la continuidad de su magisterio se interrumpe de modo inesperado. Sus palabras en el “Preámbulo” de la *Lógica*, a la luz de estos acontecimientos, adquieren una nueva significación, casi se podría decir premonitória: “Alejado de las múltiples contingencias de la vida social y universitaria...”.

Alejado pero no del todo. Muy pronto encuentra reacomodo en el Conservatorio Nacional de Música donde imparte los cursos de estética y de pedagogía (de 1935 a 1941); a estos cursos agrega poco después uno de introducción a la filosofía y uno de estética de las artes plásticas. Es designado director del Conservatorio de 1939 a 1941. No abandona su trabajo como pen-

sador. El año de 1940 obtiene el primer premio en el concurso internacional convocado por la Secretaría de Cultura del Imperio Japonés con el tema “La filosofía oriental y el puesto de la cultura de Japón en el mundo”. Debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial, no viajará a ese país para recibir su presea sino trece años más tarde; la recibió en febrero de 1954 en presencia del entonces embajador de México en ese país, el escritor Manuel Maples Arce.

García de Mendoza regresa a dar clases en la Escuela Nacional Preparatoria en 1940 y a la Facultad de Filosofía y Letras en 1949. No es, con todo, un regreso triunfal. Mientras tanto, hacia 1939, la Universidad ha abierto sus puertas a una nueva ola generacional que hoy conocemos como los “maestros del exilio español”, entre quienes se encuentran personalidades de por sí muy brillantes como Joaquín Xirau, José Gaos, David García Bacca, José Gallegos Rocafull, Eduardo Nicol y algún otro más. Se impone así lo que podría considerarse una “segunda ola” de la fenomenología entendida como actividad profesional que tiene como consecuencia sepultar y dejar en el olvido todo lo que había podido hacerse antes en este campo. Cuando varios años después de haberse instalado en México, alguien le informa a Gaos de las primeras clases fenomenológicas de García de Mendoza, aquel no deja de declarar su asombro y su sorpresa.

¿Cómo es posible que se diluyera su huella? ¿Es que de verdad se podría decir que García de Mendoza predicó en el desierto? Ya señalé antes su papel no sólo como iniciador de la fenomenología, sino igualmente como *catalizador* en la difusión y la recepción de la nueva filosofía alemana en nuestro país, en la que intervienen personajes tan notables como Antonio Caso, Francisco Larroyo y Samuel Ramos. Lo que no es poca cosa.

Para mi sorpresa, descubro que el jovencito Octavio Paz fue seguramente su alumno en los años formativos de la Escuela Nacional Preparatoria, justo entre 1930 y 1931, y que, así sea de manera indirecta, el poeta y ensayista parece reconocer el gran impacto que tuvo en su generación la filosofía alemana impulsada en ese entonces por Adalberto García de Mendoza desde sus clases en este plantel. Me parece que habría que prestar atención a lo que declara el propio Paz en su libro más autobiográfico, *Itinerario*. Después de reconocer que era la *Revista de Occidente* a la que acudían él y sus compañeros de generación para proveerse de nombres y teorías, aporta el siguiente testimonio que me parece sumamente revelador a pesar de su brevedad: “La influencia de la filosofía alemana era tal en nuestra universidad que en el curso de Lógica nuestro texto de base era el de Alexander Pfänder, un discípulo de Husserl”.⁴

⁴ Octavio Paz, *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 49.

Donde dice “universidad” en realidad hay que entender “preparatoria”, pues es en ese nivel en que se llevan los cursos de lógica. En el pasaje en cuestión, por lo demás, queda claro que Paz se está refiriendo a sus años en la Escuela Nacional Preparatoria, ubicada en San Ildefonso. Los otros dos temas de su puntual enunciado me acercan a mi objetivo. Primero, reconoce la ola invasora de la filosofía alemana que sustituye, como expliqué antes, la antigua hegemonía de la filosofía francesa, resultado, cuando menos en parte, y pese a las reservas que puedan esgrimirse, del magisterio de García de Mendoza. Segundo, y esto parecería todavía más decisivo, Paz revela que en sus estudios de la lógica les servía de base el libro de Pfänder. Este libro, en efecto, en su versión castellana, recién había sido publicado en Madrid por la *Revista de Occidente* en 1928.

Se impone la pregunta: ¿quién pudo ser el profesor que utilizaba la *Lógica* de este discípulo de Husserl como texto para su clase? No me cabe la menor duda de que este maestro tenía que ser Adalberto García de Mendoza. García de Mendoza, como se vio antes, llega a publicar un tratado bajo su propio nombre, pero esto no será sino hasta 1932. Mientras se daba tiempo para redactar y pulir su manual, García de Mendoza creyó que el texto que mejor podía representar su opción filosófica (la fenomenología) era el de Alexander Pfänder, que por supuesto conoce al grado de que lo menciona varias veces en su propio tratado. De esto hay que extraer la consecuencia más que inevitable: el joven Octavio Paz, que más tarde demostró una aguda sensibilidad para la filosofía (como lo advirtió José Gaos cuando en carta del 12 de diciembre de 1963, y refiriéndose a *El arco y la lira* de Paz, le escribe al autor: “Con todo, ¿cómo no sorprenderme de sorprenderme ahora encontrando que este libro es, no sólo el fruto más granado del existencialismo en lengua española de que tengo noticia, sino uno de los más grandes de la filosofía, a secas, en nuestra lengua, de que también tengo noticia?”),⁵ escuchó por primera vez en su vida los nombres fascinantes de Husserl y de Heidegger de labios de su preceptor Adalberto García de Mendoza. La devoción que Paz mostró en particular por la filosofía de Heidegger durante toda una época de su vida como escritor, digamos, desde *El arco y la lira* (1956) hasta cuando menos *El signo y el garabato* (1973), tiene sin duda su primera o más originaria raíz en las clases que habría tomado con Adalberto García de Mendoza. Aunque este dato no pueda ser contundente —por supuesto que no lo es—, proporciona una nueva luz para valorar el magisterio de quien fue el primer divulgador de la fenomenología alemana entre nosotros. **U**

⁵ Carta de José Gaos, citada por Anthony Stanton, “Postfacio” en Octavio Paz, *El arco y la lira. Edición facsimilar conmemorativa* (de la primera edición), Fondo de Cultura Económica, México, 2006, p. LII.

Sombra y materia

María Baranda

Bajo la sombra de tus alas, escóndeme.

Salmo 16

Abre sombra entre los dos
la brecha, el grito que va diciendo
y dice la zona, el cauce, el bulbo
la parte cardial de la materia.
Abre entre los dos la célula,
deja al cuerpo que bruña,
que gima y rompa la forma sucesiva,
que desprenda frágil su ruptura
y ancle cada noche
en noche sosegada
escarbando
y deje y sea y vuelva
en cada frase
voluptuosa
siendo un solo fragmento
equivocado,
un punto para decir la superficie,
la partitura de qué boca
hecha pedazos, mineral
de qué causa,
tiempo cercado lejos de quién,
cuando lo lejos queda
en las pequeñas cosas efímeras,
lo que nadie comprende que es casa,
fermento de voz y su haz
de pánico, su no querer amar,
amar en la simpleza
del amor más simple,
el amor cayendo
adentro en la espesura.
Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos
llevando dentro la palabra,
la cinta, el pez, el humo,

la sangre en su parte de río
y semejanza.

Derviches improvisados
entre las sílabas que silban escenas
en el subsuelo interior de la página,
juramentos tatuados al margen
donde acercarse era irse cada vez más lejos
un poco a poco en la cuadrícula del cuaderno.
Figuraciones de las voces que bifurcan
su imagen de oro y canto,
su correr en la estepa
como corceles de antojo,
caballos tamborileros claqueando
desvelados al horizonte,
con el hocico enfilado en las valvas
y su aroma de bruma y lodo,
en los pliegues del ansia
abandonadamente/
desmesuradamente
al sol al aire
¿y de qué cielo
me llamas?

Insomnio

Elsa Cross

El insomnio penetra en la noche del ojo
y Golconda se edifica como un sueño
Sus ruinas se edifican
en la falsa memoria de los sueños
en el brillo oblicuo del deseo—
Como quien se acerca a un castillo hechizado
y ve las piedras dibujarse en el aire
sostenerse en el roce de un aliento
Golconda se levanta insustancial
Vibra en su fuego incierto
palpita apenas
y a un soplo se deshace
solo para volver a construirse
en toda su crasa claridad
a cada vuelta de la almohada
a cada golpe de viento en la ventana
a cada roce de las hojas de plátano
que alcanzan ya el balcón
a cada extraño grito lejanísimo
del pavorreal cautivo
a cada extraño eco de ese grito
reverberando en los huecos
de esta noche donde gritan también
amantes muertos
espectros perdidos que deambulan
entre sueño e insomnio —
como el venado azul
como un hato anodino
como un coro de idiotas

Entra el insomnio en la noche del ojo
y Golconda se multiplica en la conciencia
como el hombre de Magritte—
pero en Golconda los muros
se levantan en el aire
y las voces de sus fantasmas son sus piedras
Sueño deshabitado
con sus salones a punto de borrarse
sus pasadizos
Corceles de niebla

en praderas que apenas reconstruyen
sus daturas colgantes
Un ashok solitario en medio de un patio
bandadas de pájaros en fuga
tocando los confines de lo real
[...]
Golconda se adelgaza como un espectro
Cabalgatas en el desierto
lo mismo que erupciones cutáneas
proliferan en el revés del ojo
se miran de través
y el caballo del deseo desemboca
en un silencio intemporal—
esperas que se suspenden
como un paso en el vértigo
pozos cavándose en circuitos neuronales—
Golconda
lugar sin espacio
hecho sólo de finos tegumentos
que se encienden
detrás de los párpados
donde se rompe la tela de lo real

Se mira a sí misma la noche del ojo
sin saberse
Se agota a sí misma
se apura
como gotas residuales
Se abre en el asombro dejándose correr
libre y sedienta
Se ensancha cobrando realidad
Se recompone y quiebra y junta fuerzas
para brotar a borbotones
Se ignora de sí
resbala de sí
hasta caer al fondo de sí misma
urdiendo filamentos
telarañas consteladas de rocío
y en cada gota
un universo iridiscente

Dos poemas

Sandra Lorenzano

PUDO HABER PASADO

Pudo haber pasado
pude haberme sumergido completa en tu piel

pude haber aprendido idiomas antiguos
para susurrarte todas las historias

pude haber bordado entre tus piernas
el relato de mi desconsuelo

pude haber muerto en tus brazos
después de la peor de las batallas
o rastreado en tus ojos la huella de otros viajes

pude haber llorado ante los siete mares
las manos cubiertas de musgo
como un barco hundido hace mil años

pude haber sido la que te arrullara cada noche
y repitiera contigo los nombres secretos...

Pudo haber pasado
pero estoy sin cuerpo y sin palabras
sin la voz que me heredaron mis abuelas
sin las migas de pan que marcaban el camino

Pudo haber pasado como pasan
los ríos
y el viento.

LO QUE HEMOS ELEGIDO

Cuando las palabras no cuentan
cuando son una soga en torno al cuello,
el ahogo busca huellas en los viejos cuentos.
Todo es entonces signo ominoso:
la primavera nació negra
y con gesto de tormenta;
el mar fue espejo de pesares,
puerto cerrado a cualquier ventura.

Pero la piel tiene memoria
y aquella cicatriz lleva tu nombre
y esa es la caricia de una tarde cualquiera.
Seguiremos tejiendo desencuentros.
Eso es lo que hemos elegido:
juntar piedras para nadie.

José Manuel Schmill

Belleza y monstruosidad

Verónica González Laporte

Sólo el encanto del horror embriaga a los insaciables.
CHARLES BAUDELAIRE

Las lluvias se adelantaron este año. Para llegar a la colonia Escandón a la hora del té, he sorteado charcos viscosos y manantiales negros que brotan de las coladeras del Viaducto, y taxistas acelerados que se empeñan en pasar por encima de ellos con el único fin de someterme a una ducha. Él me espera desde hace un rato, no soporta la impuntualidad. Baja a abrirme y subimos los cuatro pisos de su edificio sin ningún esfuerzo. Hace un año tuvo un infarto y el médico le recomendó ejercicio, a mi juicio con este basta. En cuanto cruzo la puerta reconozco el aroma penetrante de los solventes y de la pintura de aceite. Un cráneo me mira con insistencia. Sus ojos inyectados de sangre, globulosos pero vivos, parecen saltar del papel tapiz de la pared. Un ligero escalofrío me serpentea por las vértebras. Es un cuadro pequeño, comparado con el que yace en el piso, recargado contra otros veinte, un óleo de colores vivos donde tres seres deformes caminan juntos como para asistir a una ceremonia. Por las pústulas que les crecen en los rostros y las piernas disparejas forradas de una carne hecha jirones, podría ser a un funeral. Aunque festivos como parecen me gustaría más pensar en una boda. Una araña sonriente me muestra todos sus dientes. Peluda, socarrona, no consigue amedrentarme. La calavera ricamente ataviada de un obispo codicioso cuenta sus monedas y me desafía con el empaste de su mirada cáustica. Dorian Gray al fin envejeció, y desde la repulsión de los años que se le vinieron encima se desgaja diente a diente; se le cae un párpado, un mechón de pelo... Retratos de Cristos sanguinolentos, coronados de espinas, adoloridos por los azotes. Rostros de jóvenes etéreas cuya belleza fue encerrada para siempre en lienzos de 50 por

70. Desnudos de mujeres hermosas en la plenitud de su carne expuesta sin falso pudor, sobre claroscuros. Paisajes de varias dimensiones, donde reinan las casas abandonadas y los volcanes majestuosos del Valle de México, bajo cielos de tormenta. Cuando los miro, escucho el viento soplar entre las hojas de los árboles, la madera crujir, la ropa que alguien olvidó en el tendedero improvisado. Croquis, bosquejos arrancados de un cuaderno, servilletas de tela, placas de conglomerado. Acuarela, óleo, sanguina, lápiz, carboncillo... Pintor de todas las técnicas es José Manuel Schmill. Dueño de un trazo fino y delicado, digno de la precisión renacentista. Pintor incomprendido, por sí mismo, por el resto del mundo. Amante de los músicos rusos Shostakóvich, Prokófiev, Jachaturian, del finlandés Sibelius, y sobre todo de Reinhold Glière, cuya tercera sinfonía, *Iliá Múromets*, prefiere por encima de todo. Lector asiduo de Schopenhauer, "porque es realista, no pesimista", de Nietzsche, cuya hermana lo exhibía como un fenómeno de circo cuando enloqueció. Nietzsche, sifilítico e idiota, "por meterse con una prostituta, a pesar de la advertencia de Rilke". Cadencia de la decadencia. Furia ante la naturaleza que todo lo destruye y avejenta. Antes Schmill solía compartir sus sinfonías preferidas con su hermano, los sábados; ahora siempre les duele algo. Antes solía conducir hasta el pie de los volcanes para instalar su caballete y pintar; ahora no se puede porque asaltan en los caminos, porque crecieron casas por todos lados. José Manuel jura que se le ha acabado la vida. Sin embargo, en su casa, en sus muros, sobra vida. Jura que no siente emociones, salvo cuando se encuentra frente a una obra. "El arte te subyuga de tal manera que caes en sus garras. Yo no siento tristeza, soledad, todas esas tonterías que siente la gente. No extraño a nadie, ni siento apego por nadie. Nadie me interesa. Todo eso, la desolación, el tu-

multo emocional sólo lo siento por medio del arte, la pintura, la música, la literatura”. ¿Síndrome de una sensibilidad extrema?

El pintor detesta la vejez, el deterioro. Se ha negado a permitirme que le haga una entrevista filmada, a que le tome fotos. Se enoja conmigo, ¿por qué insisto tanto en fotografiar a un viejito que es igual a todos los viejitos? No quiere que nadie lo vea así, después de que sus amigos le adjudicaron tantos años un gran parecido con Marlon Brando, en *El último tango en París*. “Mira mi pintura, sólo eso, ese soy yo, no me mires a mí”. No entiende por qué la gente quiere vivir mucho, vivir cada vez más, cuando él no ve la necesidad de estirar “esa porquería”. Sin embargo, no se quitaría la vida, afirma. A menos de que fuera una circunstancia como la de Freud quien hizo un pacto con un amigo médico. Tenía un cáncer en el paladar, él le llamaba el “monstruo”. Acudió a su amigo cuando el dolor se hizo insoportable para que él le administrara una inyección letal. Los monstruos... Los que me rodean aquí, los que surgen de la imaginación de Schmill y parecen llegar solos a la tela.

Su pasión es tan lejana que el pintor no puede recordar una fecha. Sus padres lo arrastraban a la escuela en donde debía aprender cosas inútiles cuando él sólo deseaba pintar. Como fuera, con lo que fuera, hasta con la pasta de dientes si no había otra cosa, cuando secaba no resultaba tan mala después de todo, se transformaba en un empaste aceptable. De naturaleza rebelde, nunca aceptó que nadie lo controlara. Fue un niño solitario; su juventud, en manos de su abuela, demasiado corta. A los 14 años fue a dar a una correccional porque nunca estudiaba “y los rajones del Instituto México me acusaron de no cantar el himno, de no rezar jamás el Padre Nuestro”. Su estancia en la correccional sólo sirvió de práctica intensiva: los muchachos hacían cola para que él les hiciera sus retratos. Desde entonces Schmill evita a los curas y a los policías.

José Manuel no es un pintor exitoso y millonario, vive “más o menos” de los cuadros que los coleccionistas han ido a comprarle a su casa, tiene un departamento que fue pagando con su beca Guggenheim, “si no estaría en la calle pidiendo limosna”. A pesar de haber expuesto en Bellas Artes, en el Museo de Arte Moderno de París, en el MoMa o en el mismo Guggenheim, siente que su pintura no es valorada o apreciada, ni en México, ni en el extranjero. A pesar de las exposiciones que le organizó Jorge Carpizo, uno de sus grandes admiradores, en San Francisco, San Diego, San Antonio, con unos 80 cuadros de paisajes, momias, monstruos, desnudos... Le tiene especial afecto a su primera exposición, en 1956, en la Sala Velázquez, porque la fue a ver su maestro José Bardasano, aunque era un español “muy soez” y peleaban a menudo. Tanto que Angelina Grosso, talentosa pintora de bodegones y también alumna del

pintor figurativo, llegó a decir que no podía haber dos soles en la misma constelación. Pronto Schmill se sintió mejor que su maestro, “porque él pintaba la cara de su hija Maruca en todos los retratos”. Bardasano lo corrió de su clase al cabo de un año y medio, y el aprendiz escribió un artículo en donde dijo que los cuadros de Bardasano eran como los gritillos de un eunuco que debía pertenecer a la liga de la decencia. Antes que él, José Manuel tuvo otro maestro que se suicidó, José Antonio Grana. “Hizo bien, porque era muy bruto”, dice sin ambages. Fue él quien lo llevó con Bardasano cuando ya no podía enseñarle nada más. Luego Schmill se dedicó a aprender solo, libre de toda autoridad, a través de la contemplación de los grandes cuadros de John Sargent, Abram Arjípov, James Whistler y Max Liebermann. Y Enzo, quien lo ha influido notablemente.

Pinta lo que lo aterroriza: la enfermedad, la deformidad, la descomposición, la muerte. “Como alguien que se avienta al agua fría sin pensarlo, yo me aviento al horror”. A la gente le fascina el horror, asegura José Manuel. La idea de Frankenstein le encanta, siempre le ha parecido de lo más interesante. Pero se nos ha olvidado que está hecho de pedazos de cadáver. Se ha desvirtuado al personaje, se hacen películas estúpidas con él, se le ha caricaturizado, “llega un momento en que el horror te provoca risa, y eso es terrible”. Se hacen 20 películas de Drácula y en todas tiene colmillos ridículos, “no como mi favorito, el de Christopher Lee, que encarna la esencia del vampiro”. Sí, “hoy vivimos en un tsunami de porquería”. Hay sin duda en la obra de Schmill un respeto al miedo y al esfuerzo. “¿Acaso el arte es babear frente a cuatro ruedas viejas de bicicleta pegadas juntas como si fuera la gran obra?”, se pregunta el pintor.

Miro con detenimiento la decoración de su estudio. Una araña en formol, un murciélago encerrado en un frasco, esqueletos articulados de fetos, una colección de escarabajos, cráneos de antílopes, que nunca fue a cazar y que le han obsequiado. Esculturas de simios, cromañones y neandertales, de los cuales ha hecho varios cuadros que han gustado mucho. Varias cabezas de muñecas de cera que le sirven de modelo, un regalo de Miguel Bueno cuando expuso en Bellas Artes en 1960. Le pregunto por los fetos en formol, un cíclope y uno de dos cabezas que solían impresionarme tanto. Afirma que se los regaló a Pablo Guiza cuando le hizo una entrevista para la revista *Mórbido*. Una amplia colección de películas de terror en formato beta, unas manos de cera, un feto de vaca hidrocefala cuya taxidermia ha resistido al paso de los años, y por supuesto, telas, telas por todos lados. ¿Prefiere Schmill plasmar la belleza o la monstruosidad? La belleza, por supuesto, porque le cuesta más trabajo. La belleza de la monstruosidad me atrevo a pensar, mientras una momia de aspecto infernal me arroja hasta la escalera del edificio.



José Manuel Schmill

Schmill.
1999

< La isla de la muerte, 1999



Paisaje, 1992



Paisaje, 1997





S. Smith.
2011.



g. c. Smith
2011



El hombre actual mirando con optimismo hacia las estrellas, 2011



Pordiosera, 2007

Fragmento de novela

El otro Vasconcelos

Héctor Anaya

Un hombre que en el año 1929 apoyó a José Vasconcelos en su campaña por la presidencia de México dialoga, años después, con su hija sobre cuál fue el verdadero rostro del autor de La raza cósmica. ¿Era acaso un hombre intolerante, vanidoso y autoritario, un editor que falseaba los tirajes de su colección de clásicos, un rector y secretario de arranques temperamentales?

—¿Qué fue lo que más admirabas en Vasconcelos, pa? [...]

...a los 28 años, mejor informada, con madurez intelectual y ya dueña de una opinión bien sustentada del llamado “Maestro de América”, creyó conveniente aprovechar la ocasión para esperar de su padre la verdad que hiciera libres a los tres: a don Marcelino, a Ariadna y al propio Vasconcelos, ya sin el aura que le acompañó y él se empeñó en construir: su propio mito [...]

Era necesario saber de su propio padre qué habían hallado él y los partidarios de un hombre que despertó tantas esperanzas y provocó tantas frustraciones. Creyó que en la ocasión festiva, en la que habían intercambiado regalos, brindado por la felicidad de todos y gozado del alborozo familiar, podría internarse en el resbaloso terreno de las admiraciones equívocas [...]

Sabía que para su padre, Vasconcelos era El Educador, El Filósofo, El Reformador político, El Prosista consumado, El Reivindicador de lo indígena, El Revolucionador de los valores nacionales, incluso El Pensador demócrata, aunque en los últimos años había simpatizado con nazis, fascistas y dictadores. Eran tantos Vas-

concelos en uno, que Ariadna quería saber qué hechizo había ejercido sobre su padre, los intelectuales, los estudiantes y las masas, a quienes cautivó y logró que apoyaran sus afanes políticos.

Pero antes de que don Marcelino respondiera, doña Meche, que le tenía real aversión a Vasconcelos, adelantó su recriminación:

—Es lo mismo que le pregunté a tu padre, hijita, miles de veces: ¿qué le ves a ese hombre? Tan altivo, tan altanero, consumido por el rencor y por sentir que todo el pueblo mexicano lo humilló por no querer morir por él.

—No fue así, Meche. No quería que muriéramos por él, sino con él, que defendiéramos la victoria política conseguida —la comedia justificada de Marcelino.

—¡Ah, sí! ¡Quería que el pueblo se levantara en armas, mientras él estaba escondido en el extranjero! En unos Estados Unidos que según él rechazaba y culpaba de todos nuestros males. ¡Qué hombre tan incongruente!

La abuela Maclovia aportó igualmente su punto de vista:

—Sí es cierto, Marcelino. A mí siempre me pareció tan contradictorio: odiaba a los Estados Unidos por pro-

testantes, pero bien que vivía de ellos. Aquí nunca quiso dar clases, pero allá con los yanquis sí, porque adoraba los dólares y despreciaba nuestros pesos. Viejo interesado.

Ariadna se inquietó ante la andanada contra don Marcelino que motivó su pregunta, sin otro propósito que el de averiguar qué había visto su padre en el recién fallecido, que vivió los últimos treinta años la amargura de no ser valorado como el Mesías que el país necesitaba. Lo que menos habría querido era incomodar a su padre en la reunión navideña y ya había provocado las reclamaciones de su madre y de su abuela.

—¿Tú qué viste en él, pa? —insistió en una complacencia amorosa con el hombre que le había contagiado el amor por la cultura.

—Ya lo he dicho muchas veces, hijita —puso antecedentes a su respuesta—. Su inteligencia reflexiva fue lo primero que me deslumbró, pues como sabes lo conocí a través de las colaboraciones que entregaba a *El Universal* y que a mí me encargaban revisar, pues realmente no tenía qué corregirle, acaso reparar una falla de tecla mal tocada o una errata que llegaba a deslizarse en sus impecables escritos, por culpa, tal vez, de la premura periodística.

—Pero luego, pa, al corregir sus libros te percaste de que no era un gran prosista y sólo gracias a tu esfuerzo adquirió fama de artífice de la palabra [...]

—Ay, hijita —respondió a los 74 años, ya no con el ímpetu de otros años, sino con la indulgencia de la sabiduría— ¿por qué supones que son errores de él los que pueden ser faltas mías? Yo no soy infalible.

—Por favor, pa, son cosas que tú me has corregido tras explicarme por qué es erróneo su uso. Si están en sus libros es porque él no aceptó tus sugerencias.

—No es eso, hijita. Piensa que los autores también tienen derecho a defender su estilo. A lo mejor le pareció que lo que yo quería corregir disminuía su impulso.

—¿Cuál impulso? Dirás su arrogancia. Siempre se sintió tocado por los ángeles —no ocultaba su molestia doña Meche—. ¿Cómo iba a aceptar sus errores?

—¿Qué errores, Meche? Un *lapsus calami* cualquiera lo tiene —la resistencia de don Marcelino se sustentaba en la amistad.

—No es por contradecirte, pa. Pero cuando dio a conocer su *Ulises criollo*, que es de sus memorias lo mejorcito, don Luis Cabrera le señaló los crasos errores y eso que pasó por alto las erratas, que podían deberse a la imprenta o a la mecanógrafa.

—No se te olvide que Cabrera no le tenía buena voluntad: después de ser buenos amigos terminaron en bandos políticos contrarios —quiso matizar la crítica.

—Sí, pa, no se llevaban bien, pero lo que le señaló estaba muy bien sustentado.

—Le corrigió el mal uso de *hasta* como preposición o como adverbio y tuvo toda la razón, según recuerdo

lo que me enseñaste. Escribió Vasconcelos algo de un teorema, que no había entendido “hasta que vio la explicación gráfica” y Cabrera corrigió que debía haber escrito “no entendí el teorema hasta que...”. También le aclaró que *obsediar* no existe en español, sino que es *asediar* y que tampoco *cacaraqear*, sino *cacarear*, lo que por cierto sí corrigió en una edición posterior y también aceptó que había sido un error atribuir una conocida fábula (“A un panal de rica miel...”) al mexicano José Rosas Moreno, cuando que todos sabemos que es del español Félix Samaniego. Eso sí lo corrigió en la edición que yo leí. Le reprochó igualmente que confundiera acechar con asechanza y que no supiera la diferencia entre *estar de pie* y *estar en pie*.

—¿Qué más le dijo Cabrera, hijita? —quiso averiguar con cierto morbo doña Meche.

—Bueno, pues le dio un buen repaso no sólo con ciertos nahuatlismos, en los que era experto, como saben.

—Cierto —asintió don Marcelino.

—¿Como qué? A ver, dinos de lo que te acuerdes —curioseó también la abuela.

—Anotó que escribió *chapapote* cuando debió haber puesto *chapopote* y que en vez de *papalote* apareció en *Ulises criollo papelote*, y hasta se burló de él porque dijo que “papelote es el que hizo el escritor, el casi sabio Vasconcelos”.

—¡Qué bueno, se lo merece! —remató doña Meche.

—También le corrigió los dislates que cometió al citar en latín, *pulvis eris*, en lugar de *pulvis es*, o bien: *mater misericordis*, en vez de *mater misericordiae*. Como los dos estudiaron derecho, al igual que yo, lo exhibe por no recordar cómo es en latín una definición de Justicia. Vasconcelos escribió: *Justitia est constant et perpetuas voluntas de jus sum quique tribuendi*.

—¿Y eso qué es? —se extrañó doña Maclovia.

—Algo así como “La justicia es la constante y perpetua voluntad de reconocer a cada quien su derecho” —tradujo don Marcelino—, pero está deficiente la construcción.

—Tú lo leíste, ¿verdad, pa? Así lo escribió y por eso Cabrera le llamó la atención —completó Ariadna—. Porque constante en latín es *constans* y no *constant*. La *de* en *de jus* sobra y el *sum* es soy, pero está mal usado, porque debiera ser *suum*, suyo, y el *quique* debe ser *cuique*, con *c* y no con *q*.

—Ese primer volumen de sus memorias yo no tuve ocasión de revisarlo, hijita —se justificó don Marcelino.

—Ya lo sé, pa —sentada junto a él, a la mesa, Ariadna recargó cariñosamente su cabeza en el hombro del corrector—, porque no habrías pasado por alto errores históricos, de cronología, que le sirvieron a Cabrera para exhibir a su antiguo compañero de correrías maderistas.

—Ellos compartieron originalmente esos ideales y fueron carrancistas en un momento. Cabrera siguió con

don Venustiano, pero Vasconcelos no y tuvo que escapar en una fuga muy peliclesca porque Carranza lo encerró —aportó don Marcelino su sabiduría histórica.

—Pues sí, pero Cabrera lo pescó en varias fallas históricas y eso que Vasconcelos hizo un libro de historia de México. Aseguró que Díaz se reelegía cada seis años, cuando que era cada cuatro, pues no fue sino hasta 1904 cuando se aprobó que hubiera sexenio en vez de cuatrienio. También escribió que la *Marcha Zacatecas* ya se tocaba en los bailes en 1891, cuando que Genaro Codina la compuso en 1893. Y se anticipó también a poner calles asfaltadas en México en 1895, cuando que se asfaltaron años después. Incurrió en otro anacronismo, al apuntar que en 1910 ya había refrigeradores eléctricos en México, pero fue en 1911 cuando la General Electric los empezó a fabricar en serie y llegaron a las casas en Estados Unidos. De veras, pa, que estaba lleno de errores su primer libro de memorias, que para muchos fue de alto valor literario, aunque para mí, el segundo, *La tormenta*, fue el mejor contado. Y si hubiera presentado su autobiografía como novela, no habrían tenido importancia sus errores, sus disparates históricos, geográficos y biológicos, que de todo eso le señaló Cabrera. Y ya no sigo para no aburrirles.

—A mí no me aburres, al contrario, hijita: me quitas lo burra y me ayudas a fortalecer el desagrado que siempre tuve por ese señor tan creído, tan mal padre, tan mal hijo y tan mal marido. Porque sólo tenía ojos para su mamá, pero para nadie más —la alentó a seguir doña Meche.

—Y a mí tampoco, preciosa —la estimuló igualmente la abuela—. Ya sabes que todo lo tuyo me parece perfecto.

—Espero no molestarte a ti, pa —intentó conseguir el asentimiento también de don Marcelino.

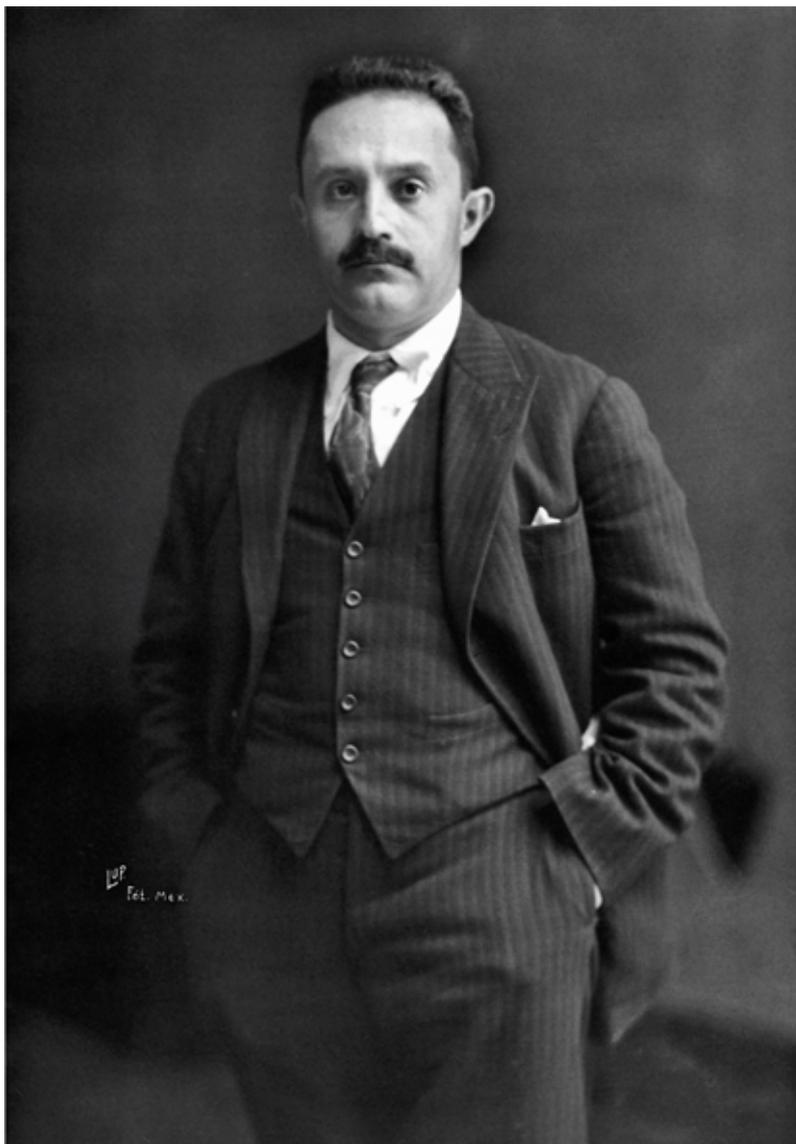
—No, no, si para mí es música de Mozart tus palabras. Admiro a Vasconcelos, pero no tanto como a ti, mi niña preciosa —la aclaración cariñosa y condescendiente de don Marcelino.

—Digo, por tratarse de tu amigo —temía estar importunándolo.

—Amigo, tu papá de Vasconcelos, pero no de allá para acá —insistió doña Meche en remarcar distancias—, pero este hombre es un alma de Dios —y lo besó, fervorosa.

—Yo sé que no lo vas a aceptar, pa, pero en el fondo tendrás que admitirlo: Vasconcelos no sabía escribir. Sabía contar y hasta describir muy bien a las personas y los paisajes, pero no era un buen escritor, aunque haya sido miembro de la Academia y del Colegio Nacional y muy reconocido por los gobiernos de Cárdenas en adelante. Y eso que él trató de derrocar a Cárdenas.

—¿Y quién tiene la autoridad para decretar si alguien sabe o no escribir? —intentó la defensa don Marcelino.



José Vasconcelos

—Cuando hasta tus mejores amigos te lo dicen, pues sólo por soberbia se negará uno a aceptarlo —argumentó Ariadna, que tenía facultades, pero las había sosegado, por temor a no estar a la altura de los conocimientos de su padre.

—Pero vaya que era soberbio Vasconcelos —confirmó doña Meche—. De haber llegado a la presidencia se habría proclamado César, zar o por lo menos Cid.

—Cid... Curioso que lo nombres, ma. No te vayas a molestar, pa, pero ya ves que cuando se fue del país, tras perder la presidencia, dijo que regresaría cuando hubiera gente dispuesta a defender con las armas el poder que había conquistado. Y luego acusó a los mexicanos de cobardes por no haberse levantado en armas, para derrocar al gobierno, que luego él vendría a encabezar ya terminado el riesgo de la metralla. Yo creo que fue el revés del Cid Campeador, pese a todo fiel al rey Alfonso, lo que le hizo merecedor de lo que asegura el *Cantar de Mio Cid*: “¡Qué buen vasallo sería / si tuviera un buen señor!”, pero en el caso de Vasconcelos debe haber pensado a la inversa: “¡Qué buen Señor yo sería / de haber tenido vasallos!”.

—¡Buen punto, hijita, buen punto! —celebró doña Maclovia y compartió la risa doña Meche, no así don Marcelino, a quien le pareció exagerada la paráfrasis.

Ariadna intentó recuperar el ambiente cordial en que su papá se sentiría mejor.

—Es una broma, pa, no lo tomes a mal. Lo que he leído es que fueron muchos los que le dijeron que escribía mal, que era descuidado, que no se esmeraba en lo que hacía y con todos los que le dijeron se fue distanciando. Henríquez Ureña le dijo una vez entre copa y copa que era mal escritor y dejó de hablarle Vasconcelos y hasta es posible que haya influido para que se fuera de México. Alfonso Reyes se lo expresó en una carta y no sólo dejó de escribirle, ya que le canceló el nombramiento de subsecretario de Educación que le iba a ofrecer. Victoria Ocampo, en Argentina, se decepcionó de él y no lo volvió a recibir en su casa. Cabrera en su ensayo crítico que llamó “Una cacería de gazapos”, escribió que el libro no aporta nada. Castro Leal, años después, le reprochó el descuido en sus textos y recordó que no quiso ser verdadero profesor de aula, tal vez porque “no sabía caminar acompañado”, así que lo de “Maestro de la Juventud de América”... queda en veremos. Y otros autores, expertos en su materia, han dicho que las

obras filosóficas de las que se enorgullecía tanto Vasconcelos eran “más música que filosofía”; Santos Chocano le reclamó que presumiera de hacer estudios indotánicos sin saber sánscrito y el propio Cabrera lo puso en ridículo por su pobre conocimiento del inglés, el francés, el italiano y el alemán, pues se empeñaba en mostrarse políglota. No sé si recuerdes que en su *Indología* Vasconcelos reconoció que no escribía bien. Y yo, también, modestamente y gracias a ti, he marcado en sus libros los errores que descubrí y ya no digamos en *La Flama* y en el anterior *En el ocaso de mi vida*.

Sintió que estaba agobiando a don Marcelino, al situar en la picota al hombre que les había dado en 1929 a muchos de sus seguidores una razón para vivir. En el afán de darle un respiro a su padre, le procuró un resquicio de aire fresco:

—Termina de contarme por qué lo admirabas, pa.

—Bueno, pues también me gustó su lealtad a los principios que lo llevaron a apoyar a Madero y a buscar luego la presidencia para poner en práctica el maderismo.

—Pero Vasconcelos era contrario al espiritismo que guiaba a Madero. Además, don Francisco no era fascista, pa, como terminó siéndolo Vasconcelos. ¿O acaso persiguió con saña a sus rivales, los encerró en un campo de exterminio para acabar con ellos cruelmente?

—No, hijita. ¿Cómo crees? Madero era demócrata y por el contrario ni persiguió a sus rivales ni los asesinó o siquiera encarceló. Si eso fue lo que más le criticaron por no darse cuenta de que le entregó el poder militar a su enemigo Victoriano.

—Además, pa, Vasconcelos buscó la presidencia porque probó el poder y le gustó. Pero qué bueno que no ganó.

—¿Cómo dices eso, Arita? —extrañado ante la actitud de Ariadna, que parecía festejar el fraude electoral del que fue víctima Vasconcelos.

—No te molestes, pa. Yo sé que tú y muchos intelectuales arriesgaron su tranquilidad y hasta su vida por apoyar a Vasconcelos, porque creyeron que él garantizaría la paz y la democracia. Pero ahora que he leído más de él me doy cuenta de que no era demócrata, sino autócrata, autoritario, que sólo le satisfacía imponer su voluntad y no le gustaba que lo contrarioran. Sus obras son un canto al individualismo y no oculta su desprecio a las masas. Sé que a su lado viviste tu sueño juvenil, pero Vasconcelos los engañó. Para ustedes fue lo que ahora son la Revolución cubana, Fidel, el Che Guevara y los demás revolucionarios, para mi generación. Pero estos no nos defraudarán...

—Bueno, sí, era un tanto caprichoso y no le gustaba que lo encontrara uno en falta, pues varias veces se molestó porque le señalé que se había equivocado al escribir o al dar alguna información. Pero todos hemos tenido algunos disgustos pasajeros por darnos cuenta

Los Cuadernos de

ARIADNA

Héctor Anaya



PROMOCIONES Y PROYECTOS
CULTURALES XXI. S. A. DE C. V.

de que fue el descuido lo que motivó la falta y, más que contra los demás, se enoja uno consigo mismo.

—Pa, ¿sabes qué?: me temo que nos hubiera ocurrido algo terrible si hubiera llegado a ser presidente.

—¿Temas? Si al contrario, creo que con él en Palacio Nacional habríamos conocido el verdadero progreso.

—A lo mejor el progreso sí (hasta con Porfirio Díaz se alcanzó), pero no la Civilización, que debería ser la aspiración de todo gobernante. Dice Bertrand Russell que se ha alcanzado más fácilmente el progreso que la civilización. Vasconcelos fue intolerante, hasta con sus superiores: no soportaba que le llamaran la atención y por eso le presentó su renuncia al presidente De la Huerta que lo nombró “de dedazo” rector de la Universidad, aunque no había dado clases en ella; cuando provocó conflictos internacionales con Venezuela, también le adelantó la renuncia antes de que lo llamaran a cuentas. Y otro tanto hizo con Obregón, que creó para él la Secretaría de Educación Pública: “Aquí está mi renuncia, si no se hacen las cosas como yo digo”, parecía querer significar con sus dimisiones.

—Eso demuestra que era un hombre congruente, honesto, que esperaba respeto y aceptación de lo que hacía.

—No dudo de su honestidad, aunque dicen que en Sonora, cuando Cárdenas lo nombró, allá por 1939, rector de una universidad que apenas se iba a construir, empezó a cobrar su salario y el de su yerno Herminio Ahumada. Un periodista, el director del periódico *El Imparcial*, José Abraham Mendivil, lo denunció, y entonces el hijo de Vasconcelos, José, lo retó a duelo; el periodista aceptó, siempre y cuando primero se batiera con don José; aparentemente aceptó Vasconcelos, se pactó el duelo y cuando ya se iban a enfrentar salió huyendo en la madrugada el valiente señor.

—Valiente sí era. Un día se enfrentó, él solo, a los bachilleres que en la Preparatoria le había organizado en su contra Lombardo Toledano.

—Se les enfrentó, porque no los quería. No se puso a dialogar con ellos... Fue a imponerse, a desafiarlos, porque tal vez buscaba desde entonces el martirologio que le concedió Calles. Pero antes, según cuenta en *Ulises criollo*, atacó a los jóvenes antimaderistas mediante unas declaraciones en la prensa, en las que habló de “el fetiche del estudiante” [...]

—Mucha gente se ha vuelto contra él por simpatizar con Hitler y Mussolini, pero no es el único personaje de la cultura que se dejó seducir por el antiimperialismo de los nazis —el intento de don Marcelino por rescatar a su admirado autor.

—¿Mal de muchos, pa...?

—Muchos creyeron en Hitler al principio... Se confundieron.

—Pa, no te desgastes en su defensa.

—El Vasconcelos que nos animó en el 29 merece todo mi respeto.

—Pero cambió, pa. Ya no es el que ustedes creyeron que iba a salvar al país.

—La vida no es lineal, hijita. Hay cosas que nos modifican. Alguien lo convenció...

—Vasconcelos no fue sorprendido, siguió creyendo en los nazis y los dictadores hasta el último día de su vida. ¿No dirigió la revista *Timón*, con dinero de los nazis?

—Muchos se equivocaron. Ya ves que Henestrosa también se afilió al nazismo, el Doctor Atl... —quiso disminuir la culpa de Vasconcelos.

—Al borrachín de Andrés lo deben haber convencido con una botella de mezcal —doña Meche no se sorprendió de esa simpatía.

—Pues sí, pa, pero Pellicer no se dejó embaucar, ni los hermanos Magdaleno, ni Fedro Guillén, ni Gómez Arias y otros vasconcelistas. Tú mismo. Él ya era nazi y racista, antes de que apareciera Hitler.

—Eres muy dura con él, hijita. Se te olvida todo lo que hizo por el país. Su labor educativa y de editor de libros clásicos [...]

—Él no quería educar, pa —continuó Ariadna su tarea lapidaria—, sino instruir, volver más productiva a la gente para que fuera más útil a los empresarios. Lo bueno es que todo está por escrito. Ni siquiera su labor alfabetizadora ha funcionado: cuarenta años después sigue muy elevado el número de analfabetos... En cuanto a los libros, hizo menos ejemplares de los que presumió y fue muy selectivo con los autores que para él merecían ser editados: escogió a los místicos, a los que compartían su doctrina mesiánica. [...] Dicen que sus tirajes nunca fueron de cincuenta mil ejemplares como presumió¹ y que además la gran mayoría se quedó en las bodegas.²

—Bueno, eso de editar a los místicos que compartían su doctrina, no creo que haya estado mal, hijita. Porque habrá sido malagradecido con tu pa, mal marido y peor padre, pero con todo y su egolatría nunca dejó de ser un buen creyente católico —reconoció doña Meche.

—Pues ni en eso fue congruente, ma —sorprendió Ariadna a dos almas religiosas, doña Meche y doña Maclovia—. Convenenciero, más bien, aunque me miren asombradas, ma y abuela. Recuerden que un tiempo se apartó de la Iglesia y luego se arrepintió, pero llegó a escribir que estaría junto a los ateos si ellos creían más

¹ El escritor y académico Felipe Garrido, en Las Jornadas Vasconcelianas de 1982, tras consultar diferentes fuentes, calculó que los tirajes reales pudieron haber sido de 11,557 ejemplares en un caso y en otro, de 6,118 y no los 25 mil que divulgó Vasconcelos en *Indología y El desastre*.

² El maestro Jorge Hernández C., en su inédita tesis doctoral, aporta cifras oficiales de la SEP, según las cuales, en 1925, de 239 mil 685 libros editados, sólo se habían distribuido 8 mil 112.



Antonieta Rivas Mercado y José Vasconcelos, 1931

en la justicia que en la Iglesia. Y en su último libro, *La Flama*, recogió el diálogo que tuvo con su antiguo enemigo Calles, quien lo invitó a participar en una conjura contra Cárdenas, a quien supuestamente los militares iban a derrocar y como el que fue Jefe Máximo le ofreció que lo llevaría a la presidencia, Vasconcelos escribió que con tal de llegar a ser el supremo gobernante, era capaz de asociarse con el Diablo. ¿Eso lo declararía un católico devoto?

—No, ni lo mande Dios —se persignó doña Meche.

—Y convenenciero como fue, cuando creó el lema universitario no se atrevió a mostrar lo que en realidad pensaba: que se refería al Espíritu Santo, cuando propuso que en el escudo figurara lo que siempre se creyó era una leyenda laica: “Por mi raza hablará el espíritu”, pero no el alma, la sensibilidad, sino el Espíritu Santo. ¿Por qué no se atrevió a exponer su credo? Porque así le convenía en ese momento: no quería disgustar a los revolucionarios jacobinos, que había muchos, porque a diferencia de la lucha por la Independencia en que abundaron los curas, empezando por Hidalgo y Morelos, en la Revolución de 1910, no hubo alguno recordable...

—Tal vez no planteó lo del Espíritu Santo porque consideró que no era el momento de hacer confrontaciones religiosas —intervino el descreído Marcelino—. Si así se produjo la Guerra Cristera, ¡imagínate si él hubiera provocado el choque!

—Él siempre hizo gala de su honestidad de pensamiento y declaró su fe religiosa, pero en este caso prefirió ocultar su devoción. En *La Flama* exalta a los cristeros, casi los santifica, pero no los aceptó en su campaña presidencial, porque acababa de pasar la Guerra Criste-

ra y no sería bien visto que acogiera el apoyo de los devotos, uno de los cuales, León Toral, fue quien cometió el magnicidio contra Obregón.

—Fue la estrategia de entonces —quiso precisar el activista vasconcelista.

—Y cuando le convino se manifestó conservador, fascistoide, reaccionario, en los últimos años, para ganar un lugar en la Catedral, donde se guardan sus restos.

—La Iglesia debe haber considerado que lo merecía —las palabras sensatas de doña Maclovia.

—No, abue, yo creo que también engañó a la Iglesia. Todo en Vasconcelos fue mentira, mito. Se creyó genio y no lo fue; gran escritor y tampoco resultó; filósofo y no aportó nada; educador, editor, maestro y hoy ha quedado al descubierto su pobre actuación; opositor y anduvo buscando honores y reconocimientos de un gobierno que decía detestar; presumía de demócrata y terminó justificando al fascismo porque hemos vivido en él, y admiró a los dictadores, porque “Un dictador genial puede hacer algo”. Predicó el amor en uno de sus discursos, pero no lo practicó y en cambio exaltó “el odio que purifica”, contra judíos, comunistas, protestantes, masones, la familia, los hijos, las culturas prehispánicas, que iban a constituir “la raza cósmica” y terminó despreciándolas, para glorificar la conquista brutal que no destruyó nada, según él, porque antes de los españoles no había nada valioso en estas tierras. De lo único bueno que hizo se arrepintió: la pintura mural y la lucha por unas elecciones limpias.

—¿Ese era el verdadero Vasconcelos, hijita? —descubrió doña Meche argumentos en qué sustentar su antipatía.

—¿No hallaste nada bueno en él, hijita? —quiso saber don Marcelino.

—Pues no, pa, discúlpame. Según escribió en una carta a un amigo, tendríamos que “llorar de vergüenza, de impotencia, de vergüenza y rabia por lo que perdieron perdiéndome”. Pero la verdad yo siento que ganamos más perdiéndolo.

—¿Eso escribió? —se indignó doña Maclovia—. ¡Viejo vanidoso! ¿Qué se creyó?

Y aunque hubo besos y abrazos, alegría por otros motivos, superado este episodio, no fue una Nochebuena, ni siquiera para Ariadna, que entendió el significado de la victoria pírrica de hacerle aceptar a su padre una realidad, que seguramente no desconocía: la existencia de otro Vasconcelos, encubierto por el mito.

Ariadna también comprendió que, pese a todo, Marcelino seguiría admirándolo, cuando la despidió con una frase definitiva:

—Hijita, yo nunca voy a negar mis amores juveniles. **U**

Fragmento de la novela *Los cuadernos de Ariadna*, de Héctor Anaya.

Fragmento

Correspondencia

Silvia Molina

Una mujer lee cartas de su padre y su madre dirigidas a diversas personas. Aunque ninguna fue redactada para ella, esta escritora es la única de todo ese reparto de hermanos, tíos, amigos, que vive. Su inmersión en una correspondencia de tantas décadas atrás tiene la capacidad de trastocar las emociones, despertar recuerdos impensados... en una palabra, de traer de nuevo el pasado al presente.

*Han llamado a la puerta y voy a abrir,
pero no hay nadie.*
Joan Margarit

I. DEL EXILIO

Esta semana he estado leyendo cartas: ninguna era para mí. Cartas de mi padre¹ a mi madre: “Vida mía...”; de mi padre a mis hermanos: “Chachita”, “Quito”, “*Javé Peyé*”. De mi madre a mi padre: “Adorado Héctor...”; a sus hermanas: “Querida Francisca...”, “Querida Refugio...”. Cartas de mis hermanos, casi ilegibles, a mi padre: “Papá, me porto bien”, “Papá, tráeme una pelota...”.

Si solamente una fuera para mí, mi corazón florecería un instante, como el de una flor de cactus en el desierto. Ninguna carta me nombra siquiera; y, sin embargo, están en mis manos. Ahora todos, todos esos niños y esas tías y esos padres están muertos. Ninguna carta era para mí porque yo no había nacido. Ninguna escribí yo; y, sin embargo, las leo como si fueran un espejo en el que, a veces, logro verme.

Las cartas me dieron una alegría contradictoria; como cuando oyes el rumor de las olas, y no dejas de mirar

por la ventana para ver si de verdad está allí el mar que tanto te llama, aunque no puedas bajar a él.

Mi hermana mayor pidió que me las entregaran y llegaron, como si fueran misivas de amor, envueltas con un lazo de seda que alguna vez fue rojo. En ellas encontré historias de familia, sin orden, revueltas, y las fui armando como se arma un rompecabezas.

En esas cartas hay recuerdos no vividos por mí, que recordaré como míos; y nombres olvidados por mí de amigos de mis padres, que resuenan en mi memoria: Juan Rejano, León Felipe, José Herrera Petere, Enrique Díez-Canedo, Rafita, Jesús y Alfonso de Ussía...

En una carta estaba la foto de una niña rubia, llamada Sonsoles, que fue mi amiga de niña. Sonsoles sostiene en la mano un canario que la ve con curiosidad, como ahora yo la veo a ella. Me pregunto si alguien le habrá guardado unas cartas, si alguien habrá contado para ella historias, secretos de aquella época, de su niñez mexicana.

Y también me pregunto, ahora que no se usan las cartas, si cuando yo falte mis hijas se quedarán sin la memoria de sus muertos.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA EN UN PAÑUELO

Esta tarde, leyendo las cartas, descubrí quién fue en realidad aquella viejita catalana que me cuidaba de niña, en

¹ Héctor Pérez Martínez (1906-1948), periodista, historiador, escritor, gobernador de su estado natal Campeche (1939-1943), oficial mayor, subsecretario y secretario de Gobernación.

su *rez-de-chaussée* de la Avenida Kléber, en París, cuando los grandes no tenían con quién dejarme aunque en la noche no hubiera señal de peligro ni los espejos estuvieran empañados. Doña Filo, la de la letra de hormiguita, la que contaba historias de España y hablaba de su esposo muerto, cuya sombra reducía la luz de su pisito; y de su hijo ausente, cuya sonrisa iluminaba, entonces, otro rostro.

Doña Filo tenía un carácter firme y un abrazo dulce, y de su boca caían las palabras como gajos de mandarina jugosa.

En mi recuerdo busco su último beso, aquella figura encorvada descansando en el sillón con la vista clavada en *Le Soir*, las manos huesudas y la mirada inteligente. Y la veo llamando al pasado para acompañar su soledad.

En las cartas descubro que doña Filo fue la segunda esposa de Marcelino Domingo, el ministro de Instrucción Pública del gobierno provisional de la II República, el de la cartera de Agricultura del primer gobierno republicano.

Cuando Domingo vino a México, en los años treinta, conoció a mi padre y se hicieron amigos.

Mi papá dice a mi madre en otra carta: “me ha deslumbrado su integridad. Le he mandado a Filo un recuerdo de tu parte”.

A esa viejita que amé en su tiempo como a una abuela le dejó la República apenas lo suficiente para comprar “*Deux tranches de jambon et du pain*”, que compartía conmigo.

Doña Filo no tenía dinero ni refrigerador ni nostalgia por el mundo ni luz en la oscuridad de su vida.

Una tarde que lloré, me regaló un pañuelo blanco con sus iniciales, que colgó con un imperdible a mi vestido “para que no lo pierdas”, como si yo hubiera sido su hijo ausente, y me estuviera encaminando a la escuela. Todavía lo llevo prendido en el recuerdo.

JOSÉ LUIS DE LA LOMA

Cuenta la tía Refugio a mi madre, en una de sus cartas, que su esposo, el español Rafael Sánchez de Ocaña, catedrático de la UNAM y periodista de *El Nacional*, comió con Pepe de la Loma en el Salón España; que le mandaba saludos a mi padre.

Mi padre, siempre mi padre. Me he sentado mil veces en el pórtico de la casa a esperarlo para decirle que todos han muerto como él; pero no llega. Sé que nadie regresará, y que estas cartas son un espejo roto.

De pronto me llega un aroma a percebes, sardinas y “tortilla de patata”, que el tío Rafael llevaba a casa de las cantinas en cazuelitas de barro, con las que yo jugaba a la comidita por las tardes en el alféizar de la ventana

del cuarto de mi abuela, mientras veía hacia el parque —donde se columpiaban unas niñas—, pensando en la mujer que alguna vez sería.

Aquella niña que un día fui me acaricia con lástima la espalda antes de irse para siempre, dejándome sola con estos escritos ajenos.

Al volver a la lectura, recuerdo la mirada chispeante de don José Luis, un hombre bajo y calvo, de cabello cano y “gafas” redonditas, que hacía estadísticas y era maestro de Chapingo.

Me apodó Dulcinea. “¿Por qué?”. “Por la del Toboso. Hija mía, que es un nombre bonito, no te quejes”, dijo con una sonrisa que parecía rocío. Su esposa se llamaba Pilar, y venían a casa, los fines de semana, trayendo a España en el bolsillo.

Don José Luis fue hijo de María Luisa de Oteiza. Lo sé, porque Pilar lo contaba: “Mi suegra María Luisa...”, “Este hombre es un Oteiza de cabo a rabo”. Pero saberlo, no me sirve de nada, sólo me confunde más, porque a la casa llegaban con frecuencia otros Oteiza: José Andrés de Oteiza y de la Loma, y Mercedes, su esposa, los padres de Mercedes de Oteiza, que estuvo casada con Juan García Ponce. También venían Juan y Monina, los padres de Juan.

Leyendo las cartas, tengo la impresión de que todos estaban emparentados. Cuando la Guerra Civil, José Luis y Pilar cayeron en un campo de concentración en Francia, y después, en Nueva York, en la isla Ellis.

Recuerdo que cuando ambos contaban su historia, yo no comprendía mucho; pero sentía el aletear de sus palabras como pájaros azules que volaban hacia el sol.

Don Francisco Giner de los Ríos pagó la fianza y salieron rumbo a México en pleno otoño, donde de inmediato él empezó a trabajar en lo suyo: la agronomía y las estadísticas, la solidaridad y la entrega.

Siempre hablaba a su gran maestro: don Francisco, quien le regaló su pasión por las artes, las letras, los toros, las ideas de libertad y de justicia social.

Don José Luis, acostumbrado al sol y a la tierra, y al polvo de los caminos, anduvo por mares y colinas hasta su último viaje que fue a México. Aquí enterró el eco de la guerra, para enseñarnos a nombrar las simientes, y a conocer los árboles.

LOS POETAS

Una de mis tías, Refugio, cuenta en una carta a mi madre que antes de ser poeta, León Felipe fue farmacéutico; y que recetaba polvos para la indigestión o cualquier cosa, como quien escribía un poema, siempre con gran sentido del humor: “Los toma con la luna de plata, pero si el dolor sube hasta el cielo y las lágrimas bajan hasta

el mar, háblele de inmediato al médico”. Lo sabía por su esposo Sánchez de Ocaña.

León Felipe y mi padre fueron amigos, como amigos fueron mi padre y Juan Rejano.

Un día León Felipe me contó un cuento sobre un rey al que le cayó un cabello rubio en la barba blanca, y tomándolo entre los dedos dijo: “Me casaré con la mujer de cuyas trenzas se ha desprendido esta hebra de oro”. Y yo me eché a llorar porque mis trenzas eran negras, y no me casaría con aquel rey.

León Felipe tuvo que comenzar el cuento cambiando los personajes hasta que vi dos golondrinas que iban volando a depositar un cabello azabache en la barba cana del rey, quien vendría por mí en su caballo alado.

La otra tía, Francisca, que lo sabía todo, escribe que antes de su exilio en México, Juan Rejano fue cómico de una compañía de teatro, administrador de hospitales, bibliotecario y maestro. Mi padre lo conoció en 1939: trabajaban para el mismo periódico, iban a las mismas tertulias y a los mismos cafés, y estuvo con él, en la tierra prometida, en el paraíso, gozando del mar, de la gente, la selva y nuestras ruinas.

Cuando mi padre murió, Rejano publicó una elegía: “Todo lo mexicano que ya es mío, lo amé por ti, por ti latió esta tierra para que mi dolor no se perdiese en la oscura osamenta del planeta...”.

Cuando murió Juan, una parte de mi niñez se fue con él. La última vez que le di la mano a León Felipe dijo: “Este era un rey que fue mi hermano...”.

Mi padre, siempre mi padre. Sigo sentada en el pórtico de la casa, pero no llega. Quería contarle que murie-

ron sus hermanos de pluma y aventuras y que dejaron unas palabras escritas para él.

PÉSAME

“Muy respetada señora nuestra”. Así empieza la carta que tengo entre las manos temblorosas por la emoción. “Permítanos que, en medio de su profundo y justificado dolor, hagamos llegar a usted, en nombre de los intelectuales republicanos españoles residentes en México, el testimonio de nuestro sentimiento más sincero por la pérdida que ha sufrido, y con usted, toda la nación mexicana y la cultura de este gran país”.

Veo en el papel membretado “Unión de Intelectuales Españoles en México”, y leo en la lista del lado izquierdo nombres familiares. Sigo leyendo y me doy cuenta de que la carta es un poema de amor: “Nosotros, los intelectuales españoles, hemos perdido en su esposo, no sólo al más ilustre de nuestros Presidentes de Honor, sino al gran amigo, y al infatigable protector, siempre desvelado por nuestros intereses”.

He salido al pórtico a llamar a mi padre. Le digo que por favor venga a escuchar esto, y veo una luz al final del camino. “Y si la solidaridad de miles, de millones de seres puede servirle de lenitivo en una desgracia tan grande, segura puede estar de ella, así como de la perennidad de la memoria y de la obra de nuestro querido gran muerto”.

Pienso en mi madre: el golpe seco que debió de darle aquella prematura muerte; y me pregunto cuántas lágrimas le habrá arrancado esa carta.



Usaba sombrero y corbata de moñito, como mi padre, y le gustaba la sopa hirviendo, hirviendo; y yo me sorprendía tanto de que no se quemara, que un día la pedí igual, creyendo que no pasaba nada, pero se me escaldó la lengua y se me salieron las lágrimas.

Después de la comida no perdonaba un habano, un Fundador y una siesta; pero era un gran desvelado, porque leía y escribía con la luna.

Bebía Fundador porque su *bouquet* y su aroma eran como el del “típico coñac español”. Su departamento olía a España.

Llegó a México en 1931, y se casó en 36 con la tía Refugio, que le ponía en orden los apuntes de su cátedra en la UNAM; y sus artículos de *El Nacional*.

Cuando yo era niña, hizo que me aprendiera de memoria el romancero:

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán...

Para mí era sólo un tío español, agradable, simpático, cariñoso, al que le entendía poco cuando hablaba. Una tarde me fui a despedir de él: iba a vivir a Francia. Me dijo que las despedidas eran malas, que no le gustaban, porque eran de mal agüero.

Estando en París supe que murió una madrugada sobre su escritorio. En una carta de mi tía a mi abuela, me enteró de que fue de la Generación de 1914 y, antes, de

Joven España, de la que fue secretario. Que había estudiado filosofía y hablaba cinco idiomas. Que como miembro del Partido Reformista dirigió *El Noroeste* de Gijón, y fue compañero de Ortega y Gasset y de Unamuno. Cuenta mi padre que fue alumno de Henri Bergson en el Colegio de Francia.

Ahora también sé que estuvo al lado de don Indalecio Prieto, y que trabajó en el gabinete de la Prensa Española en México.

Lo recuerdo en su pequeño estudio atiborrado de libros, nublado por el humo de su puro, de chaleco, golpeando las teclas de su Remington o sentado en su sillón de piel roja, pidiéndome “el de doña Alda”.

Un día le recité a mi mamá no sé cuántos romances y se quedó sorprendida y dijo que yo iba a ser lectora de grande a pesar de mi incapacidad para leer.

El tío Rafael se ganó cuatro veces la lotería y repartió el dinero entre sus amigos del periódico y la cantina. La tía Refugio le reñía pero él opinaba que por eso, precisamente, por desprendido, se la sacaba.

La abuela, es decir, la madre de mi mamá, vivía contraesquina de los Sánchez de Ocaña. Cuando murió el tío, como era diminuto su departamento de renta congelada, lo cruzaron en una silla como si nada. Dicen que le amarraron el dorso al respaldo y le pusieron una bufanda azul y su sombrero con el ala frontal un poco caída, y allá lo velaron.

Cuando regresé de Francia, mi tía Refugio me regaló *El romancero*: había una cartita del tío dentro: “Para que me recuerdes”. **U**



Adrogué, sin Borges

Alberto Paredes

A Rocío y a Alfonso

Para muchos lectores, la ciudad de Buenos Aires es incomprendible sin la estela de Jorge Luis Borges. El autor nacido en 1899, considerado por muchos la más grande figura de las letras hispánicas del siglo xx, dio un lugar en sus páginas a la mitología familiar y social de la capital argentina, como lo revela Alberto Paredes en la siguiente crónica teñida por los dominios de la autobiografía.

He venido en un año absurdamente tardío, Borges. Imagino que usted de inmediato improvisará sobre la futilidad de los anacronismos. Hemos estado hablando del nicaragüense Darío; yo no me abstuve de pensar, mientras mi voz vibraba en el micrófono del Teatro Margarita Xirgu, a unas cuantas cuadras de su Biblioteca, que el desencuentro que reviví entre el poeta y Groussac, su mentor, “fue en realidad un encuentro del destino que, en nuestra miopía, no alcanzamos a ver” —sentía yo su voz, distrayéndome.

Los amigos, uno a uno, han tomado sus multiplicados aviones, así que yo, en este domingo postrero, me vine a Constitución para coger la Línea Roca. Mis pies despertaron la memoria de sus pasos infantiles, Jorge Luis, conforme ganaba el empedrado de la Diagonal Brown rumbo a la glorieta.

Su casa, cerrada, el extravagante león que ostenta su argolla, abolido, la bicicleta de sus primeros juegos, más etérea que el viento suave de este inicio de otoño. En el impoluto encalado de la fachada, como cifra de un in-

somnio sigiloso, agrandados sin pudor, los temblorosos caracteres de su rúbrica.

Recordé: mis yemas han recorrido la tinta que congela su firma, pues algunos amigos me han provocado con su ejemplar dedicado. La casa es hoy museo; a pesar de ese afán, las huellas de su infancia se han disuelto. Es baladí. Venirse a Adrogué mantiene el hábito de una tregua con los ruidos porteños, una delicia a un salto de tren.

Una voz sosegada atraviesa la multitud de los años proclamando que cuando el Tiempo ha cobrado sus presas y preseas, repitiendo la batalla que arrodilla a Troya, a Adrogué, justamente esa derrota vuelve más eterno que el mármol el instante en que Héctor eleva a Astianax, sosteniéndolo en brazos para el beso final, así como el momento tan ordinario en que usted abordaba el tren del sur en Constitución para distraer sus zozobras en la quinta, donde los abuelos no cesan de mimarlo.

“Georgie, vení acá al zaguán, te he preparado una limonada; dejá un poco el libro, que te fatiga la vista”. **u**

La copa de aceitunas

Guillermo Samperio

La fiesta brava, un ritual milenario, está asociada en el imaginario popular con la valentía y la tragedia. En este cuento de Guillermo Samperio, el autor de Gente de la ciudad y Miedo ambiente y otros miedos, se engarzan los destinos de los dos integrantes de una pareja, durante una calurosa tarde en Sevilla en que el ruedo conoce el infortunio de un torero muerto.

La dama de cabello rubio lleva un velo blanco hasta la cintura. Su blusa-corsé rojo sostiene sus senos al aire, por cierto bien dotados, y la falda azul empieza bajo su ombligo perfecto; y su abanico airea su cuerpo.

La tarde es seca y en extremo calurosa en Sevilla y la mujer no quiso ir a la plaza a ver torear a su hombre, tan distinguido como El Lagartijo o Dominguín; se hizo acompañar por dos amigas quienes, como ella, también se encuentran casi desnudas. Una, sobre un tapetillo de cañitas, cruza la pierna izquierda; la otra se mira al espejo y se abanica la tarde, junto a un cuadro gótico donde una madona observa al Cristo puesto en un sarcófago transparente, vestido de granate y coronado de espinas. Las tres mujeres platican con gracia y la hacen de cantaoras.

En La Plaza de la Real Maestranza, mientras tanto, se torea a lo lindo; Pablete, el marido de la mujer acalorada y semidesnuda, está frente a su tercer toro. Lleva cuatro orejas y le piden el rabo; empieza el último tercio del último toro, de nombre Isleño, y Pablete se acerca, con su acostumbrada valentía, a pitones, moviendo la muleta hacia al frente y hacia atrás para desconcertar al astado. Se lo hace venir por la espalda y, luego, de frente, con una serie de muletazos de cuatro pases, remata con ele-

gancia, mirando hacia el público y recogándose la muleta para abrazarla y levantar el mentón con furia; pone en pie a la plaza y los olés volaban como pájaros frenéticos fuera de la Real Maestranza.

El rey, en su palco, quien ha venido de Madrid con su gente a la Fiesta de Oro, como la prensa le llamó a esta corrida, saluda con su pañuelo blanco de bordes corales. Pablete está aguardando, otra vez, de espaldas a Isleño, el cual arranca sacando polvo entre las patas; el matador le da el primer pase y el animal pasa bufando. La plaza se pone en pie.

Pablete da otros dos pases de espalda y en el segundo casi le jalona la taleguilla a la altura del trasero; de pie, la gente está pidiendo que el toro regrese vivo a cuadrillas, pero el espada se sacude el trasero y vuelve a citar de espaldas a Isleño para, al fin, rematar e ir a la estocada.

El mismo rey manda pedir que Isleño regrese a cuadradas, pero el toro, que pesó 567 kilos, va ya hacia Pablete, a quien el cuerno izquierdo le entra a la altura del riñón, lo jalona en el aire, como muñeco de paja; Pablete cae sobre la arena de un golpanazo, girando sobre la arena. Su gente intenta alejar y distraer a Isleño, animal negro entrepelado y decidido, pero este arranca de nuevo y vuelve a prender el cuerpo del estómago. Los chorros



Pablo Picasso, *Minotauro acariciando a una mujer dormida*, 1933

de sangre se miran desde la última fila de sol, lo mismo que los intestinos y otras partes del vientre.

Al fin, lo azota de nuevo y un capote milagroso logra sacar al de Miura del terreno de Pablete, quien no actúa ya ni un dedo. Entran con la camilla, acompañados del médico quien, con rapidez, le acerca el estetoscopio al corazón unos cuantos segundos, mientras lo suben a la camilla. Están sacando al espada mientras el médico hace una señal hacia el palco del rey, con el puño cerrado y el dedo pulgar hacia abajo.

Sacan a Pablete del ruedo y el gentío, incluido el rey, lo aplaude hasta lastimarse las manos; ya lo lloran y se abrazan entre sí. Y, como es debido en la ceremonia del debate entre toros y toreros, en el momento en que Isleño regresa a cuadrillas, se lleva una granizada de aplausos, pues ha dado una corrida que pasará a la historia. Un mensajero llega hasta el palco del rey y le confirma el fallecimiento de Pablete; el mandatario de España saca, de entre los encajes de su blusa, un pañuelo rojo; lo agita hacia la plaza con lágrimas en los ojos. En ese momento, cada asistente de la Plaza de la Real Maestranza extrae un pañuelo blanco y las gradas se llenan de palomas acongojadas.

En casa del matador, las tres mujeres se encuentran bebiendo vino y casi están por completo desnudas; la mujer de Pablete va por aceitunas y, al ponerlas en una copa esférica, un ahogo le sube a los pechos; empieza a llorar sin razón alguna, va con sus amigas y la animan.

Llega, de pronto, el apoderado de Pablete e informa, con la vista baja y vidriosa, que el gran espada acaba de fallecer; dijo que torero y toro, al instante del primer impacto, hacían una figura descuadrada, como una escultura de líneas rectas, donde lo negro, lo rojo, lo dorado y lo sepia de la arena, en un instante se detuvieron y dejaron un cuadro de Goya para la eternidad; la copa de aceitunas reventó en el piso.

Y, por fin, acongojadas, las tres mujeres terminan de quitarse el roperío, quedando desnudas como las Tres Gracias que pintaría Picasso. Ante tal prodigio y suspendiendo un poco el luto, el apoderado intenta desvestirse ante la mirada pasmada de la viuda. Él piensa que, finalmente, el apoderado es el apoderado por la maravilla de los toros y por todo el dinero que invirtió en Pablete cuando el matador no tenía dónde caerse muerto. Pero el apoderado no contaba con que Pablo Yépez Lizárraga, alias Pablete, había hecho pactos con los dioses antiguos a través de una cabalista. Y cuando el apoderado empezaba a quitarse la camisa, tras bambalinas, es decir, tras los biombos griegos que el matador y su mujer habían traído de su último viaje a Grecia, apareció un fauno encolerizado, que Pablete poseía para cuidar a su dama.

Se dice que en las cortes, el apoderado llegó malherido y que las cuentas que entregó a la viuda fueron de las más transparentes desde la época de El Lagartijo. La mujer, vestida de negro de pies a cabeza, con un velo tan fino que se notaba la hermosura de sus facciones, derramó alguna que otra lágrima. A la prensa declaró que lo que menos le importaba era la herencia que le había dejado su esposo y que, desde el día en que Isleño, al cual no le guardaba rencor, acarreo con Pablete, al amanecer despierta llorando. Sin embargo, anunció que llevaba tres meses de embarazo y, ya fuera hombre o mujer lo que naciera, estarían en el ruedo; desde luego, con otro apoderado.

A la pregunta de un tal fauno que la cuidaba, ella no respondió, pero dijo que el apoderado bien podía explicar el asunto. El apoderado declaró que no existía tal fauno, que fue una alucinación que él tuvo y que los responsables de sus heridas, que le costaron un mes de hospitalización, habían sido unos gitanos bandoleros. **U**

Cervantes entre líneas

Margarita Peña

Entre el innumerable caudal de acercamientos e interpretaciones a la vida y obra de Miguel de Cervantes Saavedra, es posible hacer puntualizaciones, aportar datos novedosos que dan pie a renovadas visiones sobre el gran escritor. Margarita Peña se aproxima a dos instancias: el nacimiento e infancia del autor, y su relación huidiza con el dramaturgo mexicano Juan Ruiz de Alarcón.

Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro...

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, "Prólogo"
a *Novelas ejemplares*, 1613

El tema "Miguel de Cervantes Saavedra" se configura como un vasto territorio para la exégesis. Sobre lo ya dicho, y redicho, es válido sin embargo hacer unas calas, aportar algún dato, una deducción; puntualizar, incluso, citar. Remontándome, por ejemplo, a los inicios de la cuestión "Cervantes", considero de importancia reproducir la fe de bautismo que se supone original, que da lugar a suposiciones, y dice literalmente:

Domingo nueve días del mes de octubre Año del Señor de mill / e quarenta e siete años fue baptizado miguel / hijo de rodrigo de Cervantes e su muger doña leonor fue / ron sus compadres Ju.º pardo baptizole El R.do. señor br.e / serrano Cura de nra. señora ts.º baltasar vazqz. Sacrista / e yo q. Le baptize e firme de mi noble // El bachillr. SeRano". Rúbrica. Alcalá de henares. Iglesia parroquial de Santa María la mayor. Lib. 1º de *Bautismos*, fol. 192v.

La partida del nacimiento del escritor fue localizada y transcrita por Gregorio Mayans y Siscar, en el siglo XVIII. Sobre este documento se ha especulado, arguyendo que el autor del *Quijote* y tantas obras más no nació en Alcalá de Henares sino que pudo haber nacido en las montañas de León y bautizado luego en Alcalá de Henares. Es por lo menos lo que postulan investigadores empecinados en vida y milagros cervantinos. Parece que el nacimiento y la cuestión de los estudios de Cervantes forman parte de una cadena de presunciones biográficas "decodificadas" por César Brandáriz. En una comunicación electrónica, titulada "Enigmas cervantinos", Kurt Reichenberg, el afamado editor de textos del Siglo de Oro, nos ilustra respecto a las tesis del investigador Brandáriz:

Brandáriz sostiene conceptos osados. Primero, Miguel de Cervantes Saavedra nació no en 1547 sino en 1549; no en Alcalá de Henares sino en Cervantes [una aldea]. El documento alcalaíno, demuestra [Brandáriz], está manipulado. Miguel, nombre del santo patrón, es frecuente en tierras gallegas; el apellido Saavedra, apellido de su madre, se halla a escasas leguas del pueblo de su madre, Santa Coloma en El Terroso, en el que predominaban familias

con apellido Saavedra. En otras palabras, las montañas sanabresas de León, cerca de las tierras de Galicia, constituyen el escenario topográfico físico y lingüístico en el cual se crió el niño Miguel. Aprendió a leer y escribir no en Sevilla [...] y durante cuatro inviernos, hasta 1564, fue estudiante en el estudio fundado por los jesuitas cuatro años antes, en la acrópolis de Monterrey, fundación en la que puso gran empeño Francisco de Borja. Protectores fueron los Sandoval, linaje riquísimo e importante. Dan al joven la oportunidad de entrar, como paje, en su servicio, y de marcharse con ellos, a Madrid. Allí Miguel continúa sus estudios en la escuela de Juan López de Hoyos, el gran erasmista.¹

Tales propuestas se hallan contenidas en *Cervantes decodificado*, de César Brandáriz, obra publicada en 2005, que no ha llegado a nuestras manos. De ser exactas, echarían por tierra la primera parte de la biografía cervantina: nacimiento e infancia, sustentada en abundante documentación que aportaron en su momento Luis Astrana Marín y muchos más. Me atengo a lo tradicionalmente establecido, sin descartar la eventual veracidad de las tesis de Brandáriz, reproducidas en diarios españoles en diversos momentos. Una cita en alguna novela ejemplar apuntalaría la tesis de Brandáriz. Cuando el protagonista se refiere a dichas montañas como su lugar de nacimiento, lo que nos permite deducir una de tantas incursiones de Cervantes en su propia biografía.

Ha sido estudiado, trazado incluso, el itinerario cervantino posterior al año 1569 en que, después de haber estudiado en Madrid con el humanista Juan López de Hoyos y de escribir un soneto en las exequias de la reina Isabel de Valois (muerta el año anterior, 1568, poco después de su hijastro el príncipe Carlos, hijo de Felipe II y María de Portugal),² Cervantes se ve obligado a huir a Italia. Se ha dicho que había herido a un hombre, don Antonio de Segura, o Sigura. Melveena McKendrick, biógrafa de cabecera de Cervantes, cita el incidente: “El 15 de septiembre de 1569 las autoridades de Madrid ordenaron el arresto de un muchacho llamado Miguel de Cervantes [...] por haber herido a un tal Antonio Segura en Madrid. La pérdida de la mano derecha era la pena estipulada por la ley contra cualquiera que sacara una espada [...] en las intermediaciones del Palacio Real”. Más adelante señala: “Hacia el mes de diciembre, nuestro Miguel estaba en Roma, al parecer, buscando trabajo”.³ Para

¹ Kurt Reichenberger, “Señor Brandáriz” en <http://mx.f342.mail.yahoo.com/sym/ShowLetter>, 3 de diciembre de 2005.

² Sobre este periodo y la acritud del rey, que Cervantes habría de padecer cuando, hacia 1590, solicita un puesto en Indias, ver: José Tomás Cabot, *La vida y la época de Felipe II*, Planeta, Madrid, 1997. En especial, el capítulo VIII: “El dramático año 1568”.

³ Melveena McKendrick, *Cervantes*, prólogo de Alonso Zamora Vicente, Salvat, Barcelona, 1986, pp. 38, 39.



Jean Canavaggio, “fuese o no autor de dicha herida, Miguel, quizá recomendado por uno de sus parientes lejanos, el cardenal Gaspar de Cervantes y Gaete, pasa unos meses en Roma, al servicio del joven cardenal Acquaviva, como se infiere de sus posteriores confidencias a Ascanio Colonna, en la dedicatoria de *La Galatea*: ‘oí muchas veces decir de V. S. Ilustrísima al cardenal Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma’”.⁴ La condena a diez años de exilio será levantada posteriormente a petición de la familia Cervantes.⁵ Los incidentes acaecidos al escritor salpican su obra. Una novela ejemplar, *La gitani-lla*, nos cuenta de un joven noble que mata a un rival y luego huye a Italia; lo mismo hará don Fernando de Saavedra, el personaje de la comedia *El gallardo español*, quien se refugia en Italia después de haber herido en un duelo ¡a su propio hermano!

⁴ Jean Canavaggio, *Cervantes en su vivir*, p. 3: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras>, 2 de diciembre de 2005.

⁵ Cfr. Ángel F. Oruesagasti, *Cervantes en su tiempo*, Costa-Amic, México, 1965, p. 31.

Melveena McKendrick⁶ especula sobre la posibilidad de que haya sido un homónimo de Cervantes el que cometió un delito, y tiende a negar la presunta culpabilidad del autor. En ocasiones, McKendrick pareciera, por su benevolencia, la madrina de Cervantes, dicho esto sin demeritar su excelente biografía. Partidaria de una crítica desmitificadora, me inclino por la hipótesis de la huida forzada que se relaciona con una cuestión criminal y la utilización del incidente para configurar a alguno de sus personajes literarios (particularmente en las *Novelas ejemplares*). Una vida tan rica como la de Cervantes, pródiga en eventos y aventuras no siempre felices, una suerte de novela en sí misma, propiciaba la fabulación. Esta fusión de lo real en lo literario que pudo funcionar como catarsis liberadora se da asimismo en otros escritores. Por ejemplo, Ruiz de Alarcón quien, al crear al mentiroso don García de *La verdad sospechosa*, se libera posiblemente de sus propias culpas derivadas del hecho de verse obligado a mentir, o a disimular, en puntos como el lugar y la fecha de su nacimiento, su ascendencia materna de judíos conversos, etcétera. Tanto Ruiz de Alarcón⁷ como Cervantes dotan en ocasiones, con su propio nombre o apellido, personalizándolos, a sus personajes: el don Juan de *Las paredes oyen* y *La cueva de Salamanca*;⁸ Cervantes y el Fernando Saavedra de *El gallardo español*. Se trata de un recurso literario, una especie de catarsis que los libera y los inspira... y nos desconcierta como lectores hasta que desmontamos el truco.

Es de suponer que el viaje a Italia en el año 1569, de grado o por fuerza, no dejaría de ser placentero, ya que implicó un alejamiento necesario, benéfico del núcleo familiar, rico en tribulaciones económicas acentuadas por la sentencia que pesaba sobre Miguel. El cardenal Acquaviva, de 24 años de edad, reunía en torno a sí a una corte de hombres refinados y cultos. La experiencia italiana, convenientemente aderezada con un supuesto viaje a Flandes,⁹ se convierte en literatura en *El licenciado Vidriera*, una de las novelas ejemplares más nota-

⁶ Es McKendrick, entre los críticos de Cervantes, quien elabora el cuadro más detallado del recorrido del escritor por “la parrilla” de Andalucía al servicio de la Corona a lo largo de casi 18 años, tras la liberación del cautiverio de Argel y su fallido matrimonio. Podría decirse, ¡una segunda liberación!

⁷ En Alarcón es casi constante. Incluso el don García de *La verdad sospechosa* lleva el nombre del menor de los hermanos del autor, del que se sabe tan sólo que estudió un curso de artes en la Real y Pontificia Universidad de México.

⁸ Cfr. Margarita Peña, *Juan Ruiz de Alarcón ante la crítica, en las colecciones y en los archivos documentales*, Miguel Ángel Porrúa/UAM/BUAP, México/Puebla, 2000. También: Margarita Peña, “Alusiones universitarias en *La cueva de Salamanca*” en *Maestros, caballeros y señores. Humanistas en la Universidad, siglos XVI-XX*, coordinado por Margarita Peña y Ambrosio Velasco Gómez, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, México, 2003.

⁹ Viaje que no consigna Willard F. King (*Juan Ruiz de Alarcón, letrado y dramaturgo. Su mundo mexicano y español*, traducción de Antonio Alatorre, El Colegio de México, México, 1989), pero que consi-

bles por su manejo del tema de la locura, el elogio de Salamanca y su universidad (se ha pensado que Cervantes pudo haber asistido a ella de manera informal). Asimismo, por la ambientación en Italia (Nápoles, Palermo, Milán, Lombardía) que preludia su ingreso a los tercios españoles, y la creación de un personaje —Tomás Rodaja— en quien coexisten la pasión por el estudio y la insensatez, lo que da por resultado una especie de “locura lúcida” que lo convierte en el “licenciado Vidriera”. Es brújula de su tiempo, máquina de decir verdades y censor de necios. Si tenemos en cuenta que el *Quijote* pudo haberse incubado hacia 1597, o principios de 1598, en la cárcel de Sevilla, o inmediatamente a su salida de ella; que la primera parte aparece en 1605, en tanto que las *Novelas ejemplares* no salen a la luz sino hasta 1613, no podemos considerar al personaje de Rodaja como antecedente del Caballero de la Triste Figura. Más bien, es contemporáneo a este dentro del proceso de la incubación y creación en la mente del escritor. Es una versión compendiada de Alonso Quijano, un loco en pequeño formato que trasciende los límites de la novela corta. Asimismo, es encarnación de otra de las obsesiones del creador: la delgada línea que separa la cordura de la locura. Algunos momentos y situaciones debieron darse en la vida de Cervantes que lo habrán puesto en los extremos: una niñez poco común por su trashumancia; una familia “atípica” o disfuncional que era un reto para la mojigatería del entorno (padre débil; hermanas de conducta dudosa; una hija de su hermana Andrea, Constanza, de la que se sabe poco; otra hija ilegítima, Isabel, de la que la crítica ha pensado que pudo ser, en realidad, hija de su hermana Magdalena, adoptada por él para cubrir la menguada honra familiar; un matrimonio posiblemente infortunado); el terrible cautiverio en Argel al final del que —según el cervantista Daniel Eisenberg— Cervantes, tras cuatro intentos de fuga, se hallaba a punto de perder la razón; los traspies, descalabros y desgracias (dos excomuniones) que, como recaudador de alcabalas y de granos y aceite para abastecer a la Armada Invencible, le causó la maquinaria burocrática presidida por la detestable y monolítica figura de Felipe II, maquinaria que en la realidad cervantina es equiparable al aterrador aparato burocrático en la ficción de Franz Kafka, en *El proceso*; por último, el espectro de la pobreza como único compañero en el viaje de la vida. Una sola de estas circunstancias, el cautiverio en Argel, por ejemplo, y la crueldad de los captores de por medio, la amenaza de pena de muerte por empalamiento a aquellos que intentaban escaparse y no lo lograban (Cervantes lo intentó cuatro veces sin

dero se puede leer entrelíneas en *El licenciado Vidriera*, la quinta obra en el orden del volumen *Novelas ejemplares*, impreso en 1613, y en mucho autobiográfica.

que, extrañamente, se le condenara a morir). Amén de la amenaza de sodomía por parte de los moros, y penalidades varias (para no mencionar la pérdida del uso del brazo y la mano izquierdos en Lepanto). Cualquiera de estas calamidades habría bastado para desquiciar a un hombre común. Sin pretender simplificar, se entiende que los avatares vitales, devenidos literatura, inundan la obra del creador como una forma de liberación profunda, de vía de salvación a la mano.

UNA CALA NECESARIA:

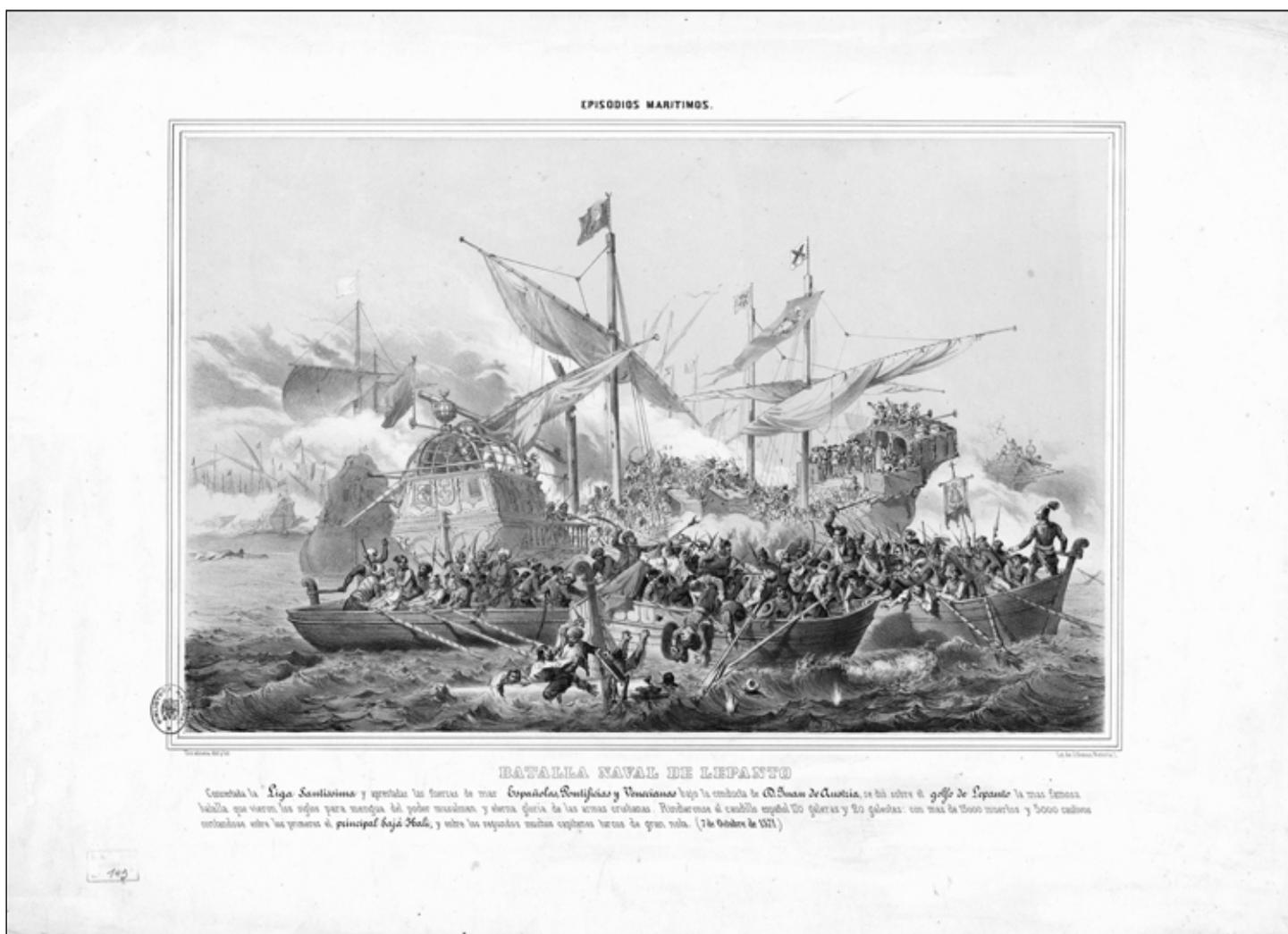
CERVANTES-RUIZ DE ALARCÓN-FERNANDO LODEÑA

Amén de la posible relación de Miguel de Cervantes y Ruiz de Alarcón determinada por el encuentro de ambos en el certamen sevillano de San Juan de Alfarache, ca. 1606 en las riberas del Betis, o Guadalquivir, en el que Cervantes actuó como secretario y Ruiz de Alarcón como fiscal, y del que pudo surgir la inspiración del Manco de Lepanto para el entremés “La cueva de Salamanca” (o el título al menos) a partir de la comedia alarcóniana en ciernes, que mostraría, posiblemente como borrador, el entonces joven Alarcón al maduro Cervantes, damos con otra coincidencia entre ambos “poetas”

(como solía llamarse genéricamente a los escritores en la época). Vamos a ella. A lo largo del “Coloquio Cervantes” vía Internet, mencionado antes, que ha dado luces sobre la vida y obra del autor, César Brandáriz, citado por Kurt Reichenberg, opina que un tal “Fernando de Lodeña” pudo ser el “joven noble y apuesto” que “preña” a Magdalena Cervantes, y por ello supuestamente el padre de Isabel, a la que nuestro Miguel de Cervantes, según Brandáriz, presenta como hija ilegítima suya y de Ana de Villafranca, le da su nombre y salva la honra de su hermana. Por malicia inevitable, en vista de las pésimas relaciones de Isabel, ya adulta, con su presunto padre Cervantes, al que incluso disputó acremente una propiedad, nosotros intuimos, y escribimos en alguna parte, que la niña quizá fuera hija de Magdalena (a quien fue confiada a la muerte de Ana Franca, la supuesta madre), por lo que lo de la posible paternidad de Fernando Lodeña¹⁰ de la niña Isabel nos ilumina, parece creíble y

¹⁰ Curiosamente, dados los antecedentes, un soneto de Fernando Lodeña dirigido a Cervantes figura en el corpus preliminar de la edición de las *Novelas ejemplares* (1613, con aprobaciones del doctor Cetina y de Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo), lo que permite suponer una relación amistosa entre ambos. Dice el soneto como sigue:

DE DON FERNANDO DE LODEÑA, A MIGUEL DE CERVANTES. Soneto: “Dejad, Nereidas, del albergue umbroso / las piezas de cristales fabricadas, / de la espuma ligera mal techadas, / si bien guarnidas de coral





Luis Peret y Alcázar, *El licenciado Vidriera*, 1799

viene a redondear una hipótesis. Recordemos que las hermanas de Cervantes, Andrea y Magdalena, eran apodadas despectivamente “las Cervantas”, por los prejuiciosos vallisoletanos durante el tiempo que residieron en Valladolid en calidad de modistas de la Corte, cuando el desafortunado incidente del ataque mortal a Gaspar de Ezpeleta a las puertas del edificio donde moraba la familia Cervantes, y de quien luego se supo que era amante de una mujer casada que habitaba en el mismo lugar. Con el objeto de documentar a este Lodeña (o Ludeña, o Sodeña), puntualizo que debió de ser el mismo Fernando Ludeña que, años después, ya anciano, hacia

precioso; / salid del sitio ameno y deleitoso, / Dríades de las selvas no tocadas, / y vosotras, ¡oh Musas celebradas!, / dejad las fuentes del licor copioso; / todas juntas traed un ramo solo / del árbol en quien Dafne convertida, / al rubio dios mostró tanta dureza, / que, cuando no lo fuera para Apolo, / hoy se hiciera laurel, por ver ceñida / a Miguel de Cervantes la cabeza”.

1621-1622, forma parte del grupo de “poetas” que de manera colectiva escriben la comedia *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado, Marqués de Cañete*, obra de nueve “ingenios de la Corte” entre los que, bajo la iniciativa de Luis Belmonte Bermúdez, figuraban Juan Ruiz de Alarcón, Mira de Amescua, el propio Fernando Ludeña, Luis Vélez de Guevara, Guillén de Castro, Diego de Villegas, Jacinto de Herrera y el Conde del Basto. Fue representada por Avendaño en 1622, en las habitaciones de los jóvenes reyes Felipe IV e Isabel, recién ascendidos al trono. Marca una entrada exitosa de Alarcón al mundo de la Corte y un punto a favor en su accidentada trayectoria teatral. No sabemos si este pudiera haber tenido ya amistad en su primera estancia en España entre 1600 y 1608 con el tal Lodeña, como la tuvo con Belmonte Bermúdez. Lo que sí sabemos es que coincidió con Cervantes en 1606 en el mencionado certamen y que posteriormente pudieron encontrarse en ese Madrid al que Alarcón llega procedente de Nueva España a fines de 1613, para quedarse, y en el que Cervantes aún campeaba, escribía, publicaba, pues muere el 22 de abril de 1616. Hasta donde sabemos, Cervantes no lo menciona cuando establece la nómina de autores en obras al uso. ¿Sería acaso amigo de Fernando Lodeña, virtual seductor de su hermana Magdalena, o por lo menos, perteneciente al mismo “bando” de literatos? El silencio podría ser no sólo producto de desprecio, semejante al de Lope de Vega por Alarcón, sino de renconcomio por la posible cercanía del mexicano con Lodeña, el seductor de Magdalena. Tampoco menciona Cervantes, hasta donde se sabe, a Belmonte Bermúdez, promotor de la obra colectiva *Algunas hazañas... del Marqués de Cañete*. O simplemente Cervantes, en su trajinar por España, era ajeno al grupo capitaneado por Belmonte, que se daba el lujo de representar en las habitaciones reales, de introducir en ellas a Alarcón al punto que la joven reina manifestara su deseo de ver alguna comedia del “licenciado mejicano”. Quede lo anterior como una conjetura respecto a un punto, un detalle de la vida del gran Cervantes... aunque siempre me ha intrigado por qué ignoró al joven fiscal del Certamen, autor de una obra con título igual al de su entremés, el que figura en sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, impresos en septiembre de 1615, siete meses antes de su fallecimiento, el 22 de abril de 1616.¹¹ **U**

¹¹ Entremeses: *El juez de los divorcios, La cueva de Salamanca, La elección de los alcaldes de Daganzo, La guardia cuidadosa, El vizcaíno fingido, El retablo de las maravillas y El viejo celoso*. En cuanto a las comedias: *Comedia famosa del Gallardo español, Comedia famosa de La casa de los celos y selvas de Ardenia, Comedia famosa de Los baños de Argel, Comedia famosa intitulada El rufián dichoso, Comedia famosa intitulada La gran sultana doña Catalina de Oviedo, Comedia famosa del Laberinto de amor, Comedia famosa de La entretenida, Comedia famosa de Pedro de Urdemalas*.

Por los caminos de la ENP

Ricardo Valero

Cambios políticos y sociales de gran calado conoció la generación de jóvenes que llegaba a la adultez a finales de la década de 1950: el “deshielo” de las dos mayores potencias del momento, los movimientos de descolonización e independencia en África y Asia, dictaduras y golpes de Estado en Centro y Sudamérica, la revolución comunista en una isla caribeña...

Tomo prestadas dos imágenes para la confección de esta nota. *El mundo de ayer* son las notables memorias de Stefan Zweig acerca de un periodo que conoció, entre otros acontecimientos, el desmoronamiento del imperio austrohúngaro, la consolidación de la revolución bolchevique en Rusia y el ascenso de los regímenes nazi y fascista en Europa. La otra, *Despertar de primavera*, es también el título de una obra, en este caso de teatro, que se escenificó en aquellos días con el talento y en el espacio universitario, y se convirtió en una muestra representativa de toda una generación.

El paso por la Escuela Nacional Preparatoria fue, por cierto, un auténtico despertar. La inmersión en el bachillerato nos condujo a ampliar el horizonte y a enriquecer nuestra visión del mundo con lecturas, las enseñanzas de nuestros maestros y los intercambios de experiencias entre compañeras y compañeros. Fueron años de intensas y determinantes exposiciones ante la política y las diferentes manifestaciones de la cultura, de deseos fervientes por entender la realidad social y de contribuir a su mejoramiento y transformación. Un aspecto esencial de ese proceso fue, sin duda, el interés por lo que ocurría en el escenario internacional.

Teníamos noticias dispersas y fragmentadas, todas ellas inquietantes: los horrores de la guerra, dos de las cuales, con alcance internacional, habían tenido lugar en la primera mitad del siglo; la creación desde 1945 de la Organización de las Naciones Unidas y su incapacidad para detener los conflictos bélicos; el inicio de las llamadas guerras localizadas, la primera de las cuales terminó con la partición de Corea; la conquista del espacio y la carrera armamentista; las luchas de liberación de los pueblos de Indochina en contra del colonialismo europeo; la represión del movimiento popular en Hungría, en 1956; y, en nuestra región, el derrocamiento de un gobierno democrático y legítimo en Guatemala, en 1954, mediante un golpe militar que contó con el auspicio y la ayuda del gobierno norteamericano.

Vimos por primera vez algunas de las fotografías emblemáticas de Robert Cappa sobre la guerra de España, así como el extraordinario documental de Alain Resnais, *Noche y niebla*, sobre los campos de concentración y de exterminio en Polonia y en Alemania. Junto a relatos que exaltaban “la carga del hombre blanco” y sus reales o supuestas hazañas militares, tuvimos acceso a versiones distintas o alternativas: los relatos de Erich Maria

Remarque, de Romain Rolland, de Howard Fast, lo mismo que a cintas como *La gran ilusión* de Jean Renoir, *El gran dictador* de Charles Chaplin o *Juegos prohibidos* de René Clément. Empezamos a reconocer, contrario a la expresión de Ciro Alegría, que el mundo es ancho aunque no necesariamente ajeno, lo mismo que la necesidad de situar en su contexto los distintos procesos políticos y sociales, en su dimensión local y en su escala global, como diríamos ahora.

Presentar en unas cuantas líneas un panorama del mundo en 1958-1959 es, para mí, una empresa inalcanzable. Sólo la sabiduría de Alfonso Reyes fue capaz de condensar la historia y la cultura de México en una nuez. Tampoco es atractiva una simple bitácora y, menos aun, una relación cronológica de fechas o de datos puntuales y precisos. Para este apunte, he preferido intentar el trazo de pequeñas viñetas que nos permitan recordar y recrear aquellos tiempos. No hay mejor ni más estimulante método que el preconizado por Vladimir Nabokov: *Habla, memoria*.

La primera de ellas es precisamente la de un mundo bipolar que suponía la existencia de grandes bloques de países en pugna y en búsqueda de la hegemonía. En la terminología de la época, se trataba de una “guerra fría” entre regímenes e ideologías distintos, de sistemas antagónicos, el socialismo y el capitalismo, para la organización de la economía y la vida social. Los bloques estaban encabezados por potencias aliadas durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, lo que parecía confirmar la célebre profecía de Alexis de Tocqueville, el gran pensador francés autor de *La democracia en América*, una obra capital del pensamiento político moderno.

Los dos países habían desarrollado una gran capacidad armamentista, detonado bombas nucleares y, poco después, otras con base en el hidrógeno que superaban, cuantitativa y cualitativamente, las que aviones norteamericanos arrojaron, en el mes de agosto de 1945, en las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Por la capacidad destructiva y de exterminio mutuo que poseían, se empezó a configurar una especie de equilibrio del terror. Ambos, asimismo, habían experimentado, con éxito, sus respectivos vuelos espaciales e iniciado otra carrera por la conquista del espacio exterior a la Tierra.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos surgió como la mayor potencia de la historia, perfilando lo que los analistas de la política mundial registran como una era presidida por la *pax americana*. Por medio de la Doctrina Truman, pusieron en marcha una política de contención para fijar lo que el primer ministro de Gran Bretaña, Winston Churchill, llamó “La cortina de hierro” y evitar así, según sus apreciaciones, una expansión de la URSS hacia Occidente que podría

contar, en algunos países, con la simpatía y el apoyo de los entonces poderosos partidos comunistas.

Dos grandes acciones y medidas complementarias entre sí constituían la estrategia básica para la instrumentación de esa política: la creación de un dispositivo militar de carácter multilateral, la Organización del Atlántico Norte, y el lanzamiento del Plan Marshall, un programa de ayuda económica hacia los países europeos que facilitara la reconstrucción de sus economías y de sus ciudades devastadas.

En las elecciones presidenciales estadounidenses de 1956 fue reelecto el general Dwight Eisenhower, quien había puesto fin, cuatro años antes, al predominio de tres décadas del Partido Demócrata en la *república imperial*, para utilizar el término siempre descriptivo y sugerente de Raymond Aron. Con una mirada retrospectiva, resulta del mayor interés subrayar que, en 1957, el gobierno federal de ese país envió un destacamento militar a la ciudad de Little Rock para detener las brutales agresiones desatadas en contra de la población afroamericana, con motivo de la legislación que prohibía la segregación en las escuelas y en las vías públicas; esos hechos se transformaron en un significativo antecedente de las grandes jornadas antirracistas que vinieron después.

Por su parte, la URSS también salió fortalecida de la gran contienda al reconocérsele, primero en Yalta y después implícitamente en San Francisco, una amplia zona de influencia que abarcaba la casi totalidad de los países de Europa del Este, en donde se establecieron las entonces denominadas *democracias populares*. Alemania se dividió en dos partes, la occidental y la oriental, y Berlín, la antigua capital y principal ciudad del país, en cuatro secciones, tres de las cuales quedaron protegidas por los países occidentales y la cuarta fue fijada como la capital de la República Democrática Alemana. En los primeros años de la década de los cincuenta, hubo en varios de estos países brotes de inconformidad e intentos de rebelión que fueron reprimidos y sofocados. El más visible tuvo lugar en Hungría, en 1956, que terminó con una masacre a cargo principalmente del ejército soviético, que acusaba a los países occidentales, y en especial a sus agencias y servicios de inteligencia, de provocaciones e intromisión.

A mediados de ese mismo decenio, los países de Europa del Este, por su lado, formaron una alianza militar y estratégica alrededor del Pacto de Varsovia. En el año de 1955 se realizó el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en el que Nikita Jruschov, el nuevo secretario general, hizo revelaciones y denuncias de los crímenes y atrocidades cometidos bajo la égida de Stalin, que sacudieron la conciencia del mundo entero y parecieron abrir una apertura política del sistema. El año de 1958 conoció la primera visita de un alto dirigente soviético a Estados Unidos, que fue la oca-

sión en la que el mismo Jruschov, confiado de la superioridad del sistema socialista, inició “el deshielo” y lanzó el reto de la coexistencia pacífica. Fue sin embargo ese mismo año en el que Boris Pasternak, debido a la presión gubernamental, tuvo que renunciar al Premio Nobel de Literatura que le habían conferido.

Las derrotas de Francia en Indochina y la que sufrió la Gran Bretaña en la disputa por el manejo del canal de Suez en 1956 representaron la finalización de una etapa del colonialismo y también la declinación de ambos países como potencias dominantes. Estados Unidos y la Unión Soviética emergieron de esas crisis como las indiscutibles superpotencias de la época.

Hacia esos años, la recuperación y la reconstrucción aceleradas constituían la nota más marcada en los países que habían participado y sufrido las mayores pérdidas en la Segunda Guerra Mundial. De entre todos ellos, paradójicamente, sobresalían los que fueron el soporte del Eje y habían sido derrotados; se señalaba, con insistencia y admiración, los milagros económicos de Alemania y de Japón. Europa había iniciado el mayor proceso de integración supranacional de la edad moderna y había formado, desde 1952, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. En 1957 se firmó el Tratado de Roma, punto de arranque de la construcción de la Unión Europea que no pocos analistas e historiadores inclu-

yen, de manera destacada, entre los mayores hitos de la segunda mitad del siglo xx.

El general Charles de Gaulle, junto con los *partisans* y el *maquis*, símbolo de la resistencia francesa, regresó al poder en 1958. Mediante su llamado a “la salvación” y a la grandeza nacional, así como la celebración de un referéndum, fue constituida la V República. En ese mismo año se exacerbó una de las guerras de liberación más prolongadas y cruentas de la historia contemporánea que, años más tarde, pudimos ver recreada en *La batalla de Argel*, el memorable filme dirigido por Gillo Pontecorvo.

En el Mediterráneo europeo se habían asentado dos dictaduras características de la época: la de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal y la de Francisco Franco en España. Para nosotros, esta última tenía singulares connotaciones asociadas con la ruptura de relaciones diplomáticas desde el gobierno del general Lázaro Cárdenas y el admirable exilio español y republicano en nuestro país. En 1958, se expidió la Ley de Principios Fundamentales, considerado como un siniestro “*revival* fascista”, y al año siguiente, por si fuera poco, se inauguraron la basílica y el memorial del Valle de los Caídos. En ese mismo año, se inició el pontificado del papa Juan XXIII, uno de cuyas primeras iniciativas consistió en el llamado a no votar, en ningún lado y bajo ninguna circunstancia, por los candidatos y las agrupaciones comunistas.



Sede de la Escuela Nacional Preparatoria en el Antiguo Colegio de San Ildefonso



Patio interior del Antiguo Colegio de San Ildefonso

El debate teórico y filosófico en torno de estos y otros temas cruciales quedó recogido en la trayectoria de una revista francesa, *Les Temps Modernes*, y por el intercambio de ideas entre su director, Jean-Paul Sartre, y el escritor Albert Camus, por cierto de ascendencia y origen argelinos. La lucha política e ideológica en Europa occidental se fue decantando ente los postulados y proyectos de la *socialdemocracia*, de manera señalada y creativa en los países escandinavos, que impulsaron la construcción de los *estados de bienestar*, y la *democracia cristiana*, que formó gobiernos durante un dilatado periodo, principalmente en la República Federal Alemana y en Italia.

El despertar de Asia es, sin duda, otro de los grandes procesos políticos de esta época. La Gran Marcha encabezada por Mao Zedong, que se prolongó por tres décadas, culminó en 1949 con el establecimiento de la República Popular de China. Ese enorme país, el más poblado del mundo, se proclamó socialista, formó una alianza estratégica con la URSS y permitió afirmar a sus dirigentes que los vientos de Oriente empezaban a predominar sobre los de Occidente. El gobierno de Beijing, que no ocupaba entonces el sitio que le corresponde en el Consejo de Seguridad de la ONU, acababa de anunciar su “gran salto adelante”.

No fue la única hazaña de liberación en esos años. Del mismo corte y trascendencia fue la que tuvo lugar en la India, joya de la corona del Imperio Británico, que bajo la conducción de Mahatma Gandhi y su ejemplar resistencia pacífica, permitió la independencia de la nación. Al igual que ocurrió en los distintos territorios bajo dominio colonial, se hizo una escisión en buena medida artificial que condujo al surgimiento de Pakistán como

un país y un territorio para albergar principalmente a poblaciones musulmanas.

En diversos lugares de esa región del mundo y en otros contiguos, desde Birmania y Ceylán a Indonesia, y desde Irak a Siria, se presentaron circunstancias semejantes. No está por demás tener presente que, al iniciarse la década de los años cincuenta, en África existían sólo cuatro estados independientes: Egipto, Liberia, Etiopía y Sudáfrica. La situación más conflictiva y potencialmente explosiva fue la que se configuró con la creación en 1948, en territorio en ese entonces palestino, del estado de Israel, y que se ha prolongado y recrudecido a través del tiempo. También en esos años se estableció una República Árabe Unida que tuvo una duración efímera. El ciclo descolonizador habría de culminar, en la década siguiente, con el arribo a la independencia de los países de la llamada África Negra e incluso, podría decirse, hasta la desaparición y proscripción más adelante del *apartheid* en Sudáfrica.

En 1955 se realizó, en la ciudad de Bandung, una primera conferencia entre naciones asiáticas y africanas que habían alcanzado recientemente su independencia, junto a otras que cumplieron antes trayectorias similares. Esa reunión estuvo en el origen del planteamiento y de la formación tanto del entonces llamado Tercer Mundo, como de las políticas y cursos del *no alineamiento* ante las realidades y el clima de cerrado enfrentamiento que prevalecían en la política mundial.

Aquellos años registraron cambios sustanciales en la geografía política. También atestiguaron la presencia de destacadas personalidades en la escena mundial provenientes de estos países y de luchas históricas coinci-

dentos. A los ya conocidos y aquí mismo mencionados, Mao Zedong o Mahatma Gandhi, se sumaron los nombres y las imágenes de Josip Broz, Tito, de Zhou Enlai y Hồ Chí Minh; de Jawaharlal Nehru, Sukarno, Burguiba, Nasser, Ben Bella y pronto se asociaron los de Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara y Salvador Allende, así como los de Nkrumah, Sékou Touré, Patrice Lumumba, Léopold Senghor y Nelson Mandela. Todos ellos formaron una brillante generación de dirigentes políticos e ilustran una época que, a la distancia, contrasta con otras incluyendo, por cierto, la actual.

América Latina y la pertenencia de nuestro país a esa región del mundo, en su trayectoria histórica, en sus expresiones culturales, en sus problemas económicos y sociales y en sus perspectivas de presente y de futuro, se fueron afirmando en nuestro imaginario colectivo. No fue siempre claro y preciso lo que Carlos Monsiváis, en un excepcional ensayo, *Aires de familia*, identificó como las afinidades electivas entre los latinoamericanos de hoy en día. En primer lugar, ¿quiénes conforman esa subregión?, ¿cuáles son y en qué consisten los fundamentos reales de *Nuestra América* que contemplaba José Martí? La respuesta integral no se podía encontrar en el legado de Simón Bolívar ni en la raza de bronce proclamada por José Vasconcelos. Hispanoamérica no tiene el mismo significado y alcance que Indoamérica o que Iberoamérica, por ejemplo.

Nuestra adhesión al latinoamericanismo provino de los estudios históricos pero no menos lo captamos de las diversas expresiones culturales y de las obras literarias. Como activos impulsores de esta visión figuraron, entre nosotros, Justo Sierra, Carlos Pellicer, la generación universitaria del 29, los *Cuadernos Americanos* dirigidos por Jesús Silva Herzog. La idea de América Latina se afianzó a través de las lecturas de Pedro Henríquez Ureña, Germán Arciniegas, Juan José Arévalo y Luis Cardoza y Aragón, así como de los ensayos de José Carlos Mariátegui, José Enrique Rodó, José Ingenieros y Ezequiel Martínez Estrada.

A una primera incursión por la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX, se añadieron algunos escritores que nos condujeron por esos mismos caminos. Tan cercanos y entrañables como nuestros personajes y autores empezaron a ser para nosotros el *Martín Fierro* de José Hernández, *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, *La vorágine* de José Eustasio Rivera, *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y *Canaima* y *Doña Bárbara*, dos de las novelas escritas por Rómulo Gallegos, un presidente derrocado con uno más de los golpes militares que se sucedían, con desesperante frecuencia e impunidad, en nuestra región.

De las lecturas de esa época, sobresale la poesía: en primer lugar la de Rubén Darío pero también la de José

Asunción Silva, la de Porfirio Barba Jacob y de César Vallejo. Claves en la formación y el decantamiento de nuestra sensibilidad y sentido de pertenencia fueron los poetas chilenos. El intento de descifrar, por primera vez, las claves y el mensaje de *Altazor* fue fallido y, en todo caso, prematuro. En cambio, la leyenda de Gabriela Mistral, quien había vivido en México y participado en las misiones alfabetizadoras rurales, se acrecentó al otorgársele, en 1945, el Premio Nobel de literatura. Tuvimos los acercamientos iniciales a la poesía de Pablo Neruda, en especial a los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, e hicimos el recorrido americano acompañados y con la guía del *Canto general*.

Una primera cuestión por dilucidarse radicaba en la dicotomía entre el panamericanismo y el latinoamericanismo, entre el monroísmo y el bolivarismo, en los términos planteados, entre otros distinguidos internacionalistas, por Isidro Fabela.

En 1948 se había creado la Organización de los Estados Americanos y sabíamos que la Conferencia de Bogotá fue difícil por los temas sujetos a negociación pero también por las condiciones y el contexto en que se desarrolló. En el curso de su celebración, fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, el carismático y renovador dirigente político que más probabilidades tenía de ganar las elecciones presidenciales ese mismo año, en el país sede de la reunión. Fue el punto de arranque de “la Violencia en Colombia”, un complicado y duro proceso que, con distintas modalidades y vicisitudes, se ha prolongado hasta nuestros días.

Poco después de su creación, la OEA y en general el sistema interamericano fueron perdiendo confianza y credibilidad al convertirse, gradual y ostensiblemente, en instrumentos al servicio de los intereses de Estados Unidos durante la Guerra Fría. No fue la única, pero sí sintomática de esa situación la Conferencia de Caracas, en 1954, destinada de hecho a legitimar la caída del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala. “Gloriosa Victoria”, con irritante expresión, la llamó el entonces secretario de Estado, John Foster Dulles, quien por lo demás tenía intereses económicos familiares en la United Fruit Company, una empresa que operaba y lucraba en toda la zona. Con el paso del tiempo, se haría más evidente el carácter intervencionista de los organismos regionales americanos y se empezó a plantear, al menos para México, una abierta predilección por el organismo de naturaleza y vocación universales ante el dilema de recurrir, en los asuntos relevantes en materia de seguridad, a las instancias internacionales.

En el curso de aquellos días fue derrocado el coronel Juan Domingo Perón por los propios militares y gobernaba en Argentina, en 1958, el presidente radical Arturo Frondizi. La compañera sentimental de Perón, Evita, con quien promovió las acciones de los “montoneros”

y la formación del movimiento justicialista, había muerto meses atrás. El peronismo, que imprimió desde entonces su sello en la vida política de ese país, fue uno de los mayores aunque contradictorios experimentos populistas en la historia de la región.

Algo similar había ocurrido en Brasil, en forma casi paralela, con la creación del Estado Novo y los gobiernos encabezados por Getúlio Vargas, un presidente que, ante el creciente acoso y lo que estimó como incompreensión y tráfico de deslealtades, se quitó la vida en su propia oficina, en Río de Janeiro. Después de un breve gobierno interino, llegó a la presidencia, en 1956, Juscelino Kubitschek, un gobernante que impulsó la modernización del país, mediante la industrialización basada en la sustitución de importaciones alentada por la Cepal, para lo cual adoptó como símbolo la construcción de Brasilia y el desplazamiento de la capital hacia la zona amazónica.

Uno de los rasgos sobresalientes en la región lo constituían la proliferación y extensión de las dictaduras militares. “La fiesta del chivo”, como bien sabemos, tuvo lugar en Santo Domingo bajo la dictadura de Leónidas Trujillo, pero las condiciones existentes hubieran permitido que se celebrara lo mismo en el Haití de François Duvalier, en la Nicaragua de la dinastía de los Somoza, en El Salvador, en la Guatemala de Miguel Ydígoras Fuentes, en el Paraguay de Alfredo Stroessner, o en la misma Cuba de Fulgencio Batista, otro auténtico sátrapa.

Sólo tres países, en esa época, podían exhibir credenciales democráticas: recientemente la Costa Rica de José Figueres y su partido Liberación Nacional; Uruguay, bajo la supremacía por muchos años del Partido Colorado, que había llegado a su fin con la elección de 1958, cuyo triunfo correspondió al Partido Nacional; y Chile, que tuvo elecciones en ese mismo año, las primeras en las que participó la Democracia Cristiana de Eduardo Frei Montalva, así como Salvador Allende postulado por el Partido Socialista, pero que ganó el candidato de la derecha tradicional chilena, Jorge Alessandri.

Ecuador y Perú tuvieron una tregua en sus conflictos y curiosamente sus gobiernos estuvieron presididos por caudillos civiles de estilos diferentes: José María Velasco Ibarra en el primero y Manuel Prado, que contó con el respaldo del APRA, en el segundo. En las elecciones de 1952, en Bolivia, había triunfado el Movimiento Nacionalista Revolucionario, una coalición de fuerzas populares, integrada por campesinos, mineros y trabajadores, al frente del cual se encontraba Víctor Paz Estenssoro. Los siguientes años, sin embargo, fueron de permanente inestabilidad y, a decir por los propios protagonistas, como Hernán Siles Suazo, el entonces vicepresidente y presidente años después, también de estancamiento prolongado y aun de retrocesos.

En dos países sudamericanos, Colombia y Venezuela, se produjeron en ese mismo año de 1958 fenómenos políticos de gran interés y entidad con la caída de sus respectivos gobiernos militares. En Colombia tuvo que abandonar el mando el coronel Gustavo Rojas Pinilla y se abrió paso el sistema de alternancia, convenida entre los dos mayores y más arraigados partidos políticos, el Conservador y el Liberal. En Venezuela, por su parte, se puso fin a una larga dictadura militar, la del general Marcos Pérez Jiménez, y llegó al gobierno Rómulo Betancourt, una de las figuras más representativas de la socialdemocracia en su proyección extraeuropea. El gobierno, sin estar establecido en una norma escrita, se administró asimismo mediante una especie de alternancia atemperada entre los partidos de Acción Democrática y la democracia cristiana representada por el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI).

A los pocos meses del inicio del gobierno de Adolfo López Mateos se produjo un singular incidente en las costas fronterizas de Guatemala y México. La detención de unos barcos pesqueros mexicanos, con todo y su tripulación, condujo hacia una espiral de acusaciones que terminó con la suspensión de las relaciones diplomáticas. En los medios informados y en los informales se estimaba que, en el caso de escalar el conflicto y pese a los supuestos y apariencias, podría haber una superioridad militar y castrense a favor del país vecino.

El suceso mayor de aquellos días y que captó la atención mundial se produjo, sin embargo, en otra parte. El primero de enero de 1959, después de una lucha prolongada principalmente en el interior y en las sierras de la isla de Cuba, entró triunfante a La Habana el ejército rebelde que encabezaba el comandante Fidel Castro. Renacía así el factor esperanza en cuya importancia, vital y política, ha insistido uno de nuestros maestros universitarios, el ex rector Pablo González Casanova. Se pensaba y sobre todo se anhelaba que la Revolución cubana fuera el inicio y la apertura de una nueva era no nada más en ese país sino, de igual manera, en otros confines del continente.

A cincuenta años de estos procesos, hoy sabemos cómo se desarrollaron y en dónde desembocaron. También podemos apreciar qué valores de entonces han perdurado y mantienen actualidad y vigencia. El mundo de ayer, el de 1958-1959, se ha modificado a tal grado que, en numerosos aspectos, es irreconocible. Pero intentar siquiera identificar los nuevos símbolos y derroteros, como bien advierten biógrafos y cronistas, sería otra historia. Nosotros terminamos el recorrido por algunas de nuestras batallas en el desierto con las palabras de un contemporáneo, Ixca Cienfuegos, quien precisamente en 1958 exclamaba con inocultable escepticismo: ¡qué le vamos a hacer!, en esas coordenadas del tiempo, en esos años, nos tocó vivir. **U**

Alfonso García Robles

Momentos previos a un Premio Nobel

Juan Pellicer

Junto a la sueca Alva Myrdal, el diplomático mexicano Alfonso García Robles recibió en diciembre de 1982, de manos del rey de Noruega, el Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos en pro de la desnuclearización global, como lo demostró su participación central en la firma del Tratado de Tlatelolco. Un testigo de aquellos hechos escribe esta crónica en la que retrata los pormenores previos a la premiación.

—Gracias, compañero. Ya se podrá imaginar lo contentos que estamos —era la voz de don Alfonso García Robles desde su casa en Ginebra—: Desde que me dieron la noticia, Juanita y yo le hemos estado pasando revista a las memorias de nuestra visita a Oslo, recordándolo a usted y a Holly, la cena que ella nos sirvió... Mañana le hablo con calma, ahora tengo aquí gente que quiere hablar conmigo; quiero pedirle que por favor me consiga unos documentos, ya le diré mañana. Muchos saludos a Holly y aquí le paso a Juanita que quiere hablar con ustedes.

Fue el 13 de octubre de 1982. Hacía apenas unos minutos que yo había regresado de la universidad cuando sonó el teléfono.

—Hola Juan, felicidades —era la voz de Henry Notaker, periodista amigo mío.

—Gracias, Henry... pero, ¿por qué me felicitas?

—Porque tu paisano se ganó el Nobel de la Paz, junto con Alva Myrdal, acaban de anunciarlo...

—¿García Robles?

—¿Lo conoces?

—Desde luego, fue mi jefe en la Secretaría de Relaciones y es amigo personal... Henry, ¿puedo llamarte más tarde?

—Sí, claro, no dejes de hacerlo porque quiero escribir una nota...

—Gracias por la buena noticia, Henry, hasta pronto. Emocionado fui a contárselo a Holly. Había que llamar a don Alfonso y a Juanita para felicitarlos.

Una de las últimas gestiones que, como embajador de México en Noruega, me encomendó la Secretaría de Relaciones Exteriores, fue la de entregar una nota al

comité del Premio Nobel de la Paz con el apoyo formal del gobierno mexicano a la candidatura de Santiago Genovés. Después de cuatro años de representar a México en Noruega, mi misión estaba a punto de concluir. De modo que pedí una cita con el profesor Jakob Sverdrup, director del Instituto Nobel de la Paz y secretario del Comité Nobel.

El 6 de enero de 1981, a las 13 horas, me recibió Sverdrup en sus oficinas del instituto. Era un conocido periodista y profesor de historia en la universidad; habíamos coincidido en algunas recepciones y cenas. Le entregué la nota y le informé de su contenido. Me indicó que efectivamente se había presentado la candidatura de Genovés y que la nota se incluiría en su expediente respectivo. Antes de despedirme, le conté que muy pronto dejaría la embajada, pero que íbamos a quedarnos una temporada en Oslo. Me deseó una feliz estancia en Noruega y salí de su oficina. Cuando me disponía a ponerme el abrigo, salió de su despacho y me pidió que regresara, que tenía algo que decirme.

—Quiero decirle algo. No sé si usted lo sabe, pero hay un buen candidato de su país.

—...

—Se trata de Alfonso García Robles. Su candidatura ha sido propuesta por un senador o diplomático canadiense (ahora mismo no lo recuerdo), pero este año no ha sido renovada. Si no es renovada, no puede tomarse en consideración.

—Muchas gracias por su información. Conozco al embajador García Robles, trabajé a sus órdenes en la ONU, en Nueva York, y cuando fue secretario de Relaciones Exteriores, en México.

Al regresar a la embajada, llamé a don Alfonso. En efecto, lo había conocido tiempo atrás, durante el otoño de 1973, cuando formé parte de la delegación mexicana a la Asamblea General de la ONU. Él era entonces el representante permanente de México en la ONU y el jefe de la delegación. A mí, subdirector de Asuntos Culturales de nuestra cancillería, me había tocado la representación de México en la Tercera Comisión de la Asamblea, la que se ocupa de los asuntos sociales, humanitarios y culturales. Una vez a la semana nos reuníamos con él para informarle lo que se iba tratando en cada una de las comisiones y todo lo relativo a nuestras intervenciones. Con discreción, respeto y sencillez, nos daba instrucciones, orientaba nuestras intervenciones y señalaba los lineamientos de la política exterior de México a los que deberíamos ajustarnos. Tenía un modo de ser grave pero muy suave, nunca levantaba la voz, imponía su autoridad sin el menor dramatismo, sólo con la sabiduría de su larga y rica experiencia, con su reconocida rectitud y su solidez profesional. A cada uno llamaba “compañero” y así nos hacía sentir —a mí al menos— su genuino compañerismo. Cierta, de vez en cuando dejaba ver una cierta

ironía en sus comentarios, pero no cuando se dirigía a sus subalternos como “compañeros”. El respeto y el afecto que le mostraban sus colegas de todas partes del mundo y de todos los signos ideológicos, a su paso por los corredores de la sede de la ONU, revelaban el reconocimiento a su autoridad moral. Tradicionalmente, la intervención de García Robles inauguraba la primera sesión de la Primera Comisión de la Asamblea General, la que se ocupa del desarme y de la seguridad internacional; no había que solicitarlo, la primera intervención estaba siempre a cargo de él. No era un reconocimiento a México sino a él en lo personal. A la sombra de don Alfonso y con sus luces, no pudo ser más instructiva mi introducción al trabajo en los foros internacionales.

Volví a verlo, dos años después, en diciembre de 1975, la víspera de la Navidad, el día que tomó posesión como secretario de Relaciones Exteriores en sustitución de Emilio O. Rabasa. Me aseguró entonces, cuando fui a felicitarlo, que recordaba que habíamos trabajado juntos en la Asamblea. Era el último año de la presidencia de Luis Echeverría. Rabasa me había nombrado, en 1974, director general del Ceremonial con la aprobación del propio Echeverría, ya que el puesto estaba relacionado también con las actividades internacionales del Presidente de la República. Al día siguiente le llevé mi renuncia a García Robles a fin de que él nombrara a la persona de su confianza para desempeñar el puesto. No quiso recibirla. Con una leve sonrisa me dijo que ya practicaríamos después del Año Nuevo cuando él regresara de Nueva York y me deseó una feliz Navidad.

García Robles no hizo muchos cambios en la Secretaría. Nombró a un nuevo subsecretario, Jorge Castañeda; a un director en jefe, Antonio González de León, para que se encargaran de los asuntos multilaterales, y a su secretario privado, Miguel Marín. A principios de enero, cuando volví a verlo, volví a intentar entregarle mi renuncia y volvió a rechazarla. “Vamos a trabajar juntos, compañero,” me dijo y agregó: “véngame a ver hoy en la tarde, a las 7, para hablar de los asuntos pendientes de su Dirección y tráigame por favor un programa de las actividades para enero y febrero en las que mi esposa y yo debemos participar”. Así lo hice. Había además un par de asuntos pendientes cuya atención era urgente y le indiqué que había que resolverlos de inmediato. Tomó los expedientes, abrió uno de los cajones de su escritorio, los depositó ahí, cerró el cajón y me dijo: “Vamos a dejarlos dormir ahí hasta mañana que venga usted a verme a las 10 de la mañana; le aseguro que entonces encontraremos una buena solución... ¿qué le parece?”.

Pronto lo conoció Holly y pronto también conocimos a Juanita, su esposa. Una mujer con una gracia y un encanto en los que se aunaban una aguda inteligencia, una fina sensibilidad y una muy singular belleza. Su marcado acento revelaba su origen peruano y la gra-

cia con la que hablaba despertaba la simpatía de todos. No tardaron Holly y ella en comenzar una amistad que llegaría a ser muy estrecha. Cuando el gobierno de Echeverría llegó a su término, en diciembre de 1976, don Alfonso se mudó a Ginebra como representante permanente de México en el Comité sobre el Desarme de las Naciones Unidas. A mí me trasladaron como embajador a nuestra misión en Oslo.

De modo que al regresar a la embajada después de aquella mi primera entrevista con Sverdrup, llamé a don Alfonso para contarle lo que me había informado el propio director del Instituto Nobel. A don Alfonso no parecieron sorprenderle mis noticias.

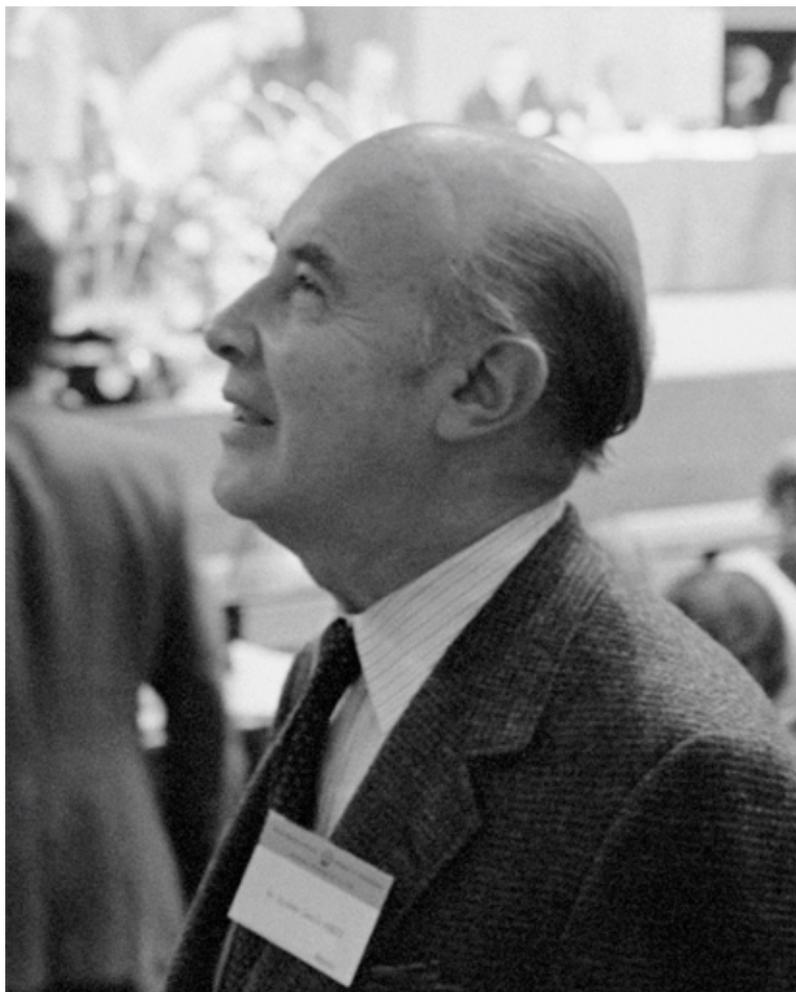
—Sí, sé que fue un amigo canadiense el que propuso mi candidatura; voy a tratar de hablar con él y le transmitiré lo que le dijo a usted el director del instituto. Por cierto, compañero, tal vez sería oportuno enviarle al instituto mis últimos libros y los textos de mis últimas intervenciones en el Comité sobre el Desarme. ¿Podría mandárselos a usted? ¿Sería usted tan amable de hacérselos llegar al director?

—Con mucho gusto, pero acuérdesese que el plazo para este año se vence dentro de tres semanas...

—Acuérdesese usted también de nuestra invitación para que vengan a pasar unos días a Ginebra con nosotros. Ahora que van a dejar la embajada ya no tendrán pretexto para seguir posponiendo su visita. Salude a Holly de mi parte y le aconsejo que hable de esto con ella; yo la conozco y estoy seguro de que ella lo va a convencer de que vengan pronto...

Efectivamente, esa misma tarde le conté a Holly el resultado de mi entrevista con Sverdrup y la plática telefónica con don Alfonso. “¿Por qué no pasamos a verlos ahora que vayamos a Salzburgo?”, me preguntó muy emocionada por la noticia que me había dado Sverdrup. Ciertamente, ya teníamos reservaciones en el hotel y boletos para los conciertos del festival musical que cada año se celebra en Salzburgo con motivo del natalicio de Mozart, es decir, alrededor del 27 de enero. Así queríamos festejar el final de nuestra misión diplomática en Oslo. “Podríamos pasar por Ginebra de regreso”, sugirió Holly y añadió: “Le voy a hablar a Juanita”. Lo hizo esa misma noche. Acordaron las dos que pasaríamos cuatro días con ellos en su casa de Ginebra, a principios de febrero, de regreso de Salzburgo.

Me comuniqué entonces con Jens Evensen, conocido internacionalista noruego quien por entonces se hallaba ocupado, entre otras cosas, en llevar a cabo su proyecto de establecer una zona nórdica libre de armas nucleares inspirado por el Tratado de Tlatelolco. Pensé que tanto para don Alfonso como para Jens era importante que se conocieran personalmente. Cuando llegué a Oslo, en 1977, Jens era el ministro del Derecho del Mar. Había sido el principal motor de la Conferencia



Alfonso García Robles

de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar y ahora se encontraba coordinando la etapa de las últimas negociaciones para la conclusión de la convención final. Por otra parte, su iniciativa de la zona libre de armas nucleares en los países nórdicos se enfrentaba a la oposición del gobierno noruego. El ministro de Relaciones Exteriores, Knut Frydenlund, había inequívocamente rechazado la idea de Jens. Además había promovido una agresiva campaña de prensa contra el propio Jens. La Guerra Fría, la vecindad fronteriza con la Unión Soviética, la traumática experiencia que significó la invasión y ocupación alemana de 1940 a 1945 y la incondicional alianza con Estados Unidos determinaban la política internacional noruega.

A partir de mi primera visita de cortesía a sus oficinas, Jens había despertado mi admiración y mi simpatía. Con frecuencia almorzábamos juntos en una cafetería que a él le gustaba, a unos pasos de su oficina. Yo le había contado sobre mi trabajo a las órdenes de García Robles, el arquitecto del Tratado de Tlatelolco. Él no lo conocía personalmente y estábamos de acuerdo en que debía conversar con él sobre su idea de la desnuclearización del norte de Europa.

Cuando llamé a Jens, le dije que Holly y yo iríamos a visitar a los García Robles en Ginebra durante los primeros días de febrero; sabiendo que él iba con frecuen-



Alfonso García Robles, Premio Nobel de la Paz, 1982

cia a esa ciudad con motivo de la Conferencia del Mar, le dije que en caso de que él se encontrara ahí, me gustaría mucho aprovechar la oportunidad para presentarle a García Robles. Me dijo que en realidad él tenía programado un viaje a Ginebra a mediados de febrero, pero que iba a ver si podía adelantarlos para coincidir conmigo, que ya me llamaría. No se lo dije, desde luego, pero mi intención era que ahora que la candidatura de don Alfonso al Nobel estaba sobre la mesa, alguien de la estatura política en Noruega, como la de Jens, lo conociera personalmente. Ya que no volvió a llamarme antes de nuestra partida rumbo a Salzburgo, supuse que no coincidiríamos en Ginebra.

A nuestra llegada a Ginebra, en el aeropuerto, nos esperaban Juanita y don Alfonso. Era la primera vez que visitábamos esa ciudad. A nuestros entrañables amigos no los veíamos desde hacía más de cuatro años cuando nos despedimos en México. Del aeropuerto nos llevaron —Juanita al volante— a su casa a la orilla del lago. Una casa moderna de una sola planta, con ventanas que miraban al lago, que albergaba la biblioteca y buena parte de la colección de arte prehispánico y moderno que los García Robles habían acumulado a lo largo de los años. Ahí nos esperaban sus dos hijos, Alfonso y Fernando, y Xólotl, su perro. Brindamos por el encuentro y Juanita nos sirvió un sabroso chupe porque sabía que era uno de nuestros platos favoritos.

Animados y emocionados comenzamos a ponernos al día de todo lo que habíamos hecho desde que nos habíamos despedido en México, particularmente de su candidatura al Nobel de la Paz. Efectivamente, su amigo William Epstein lo había presentado. Era un diplomático canadiense amigo suyo, nos dijo, desde que trabajaron juntos en las Naciones Unidas cuando don Alfonso era el jefe de la División Política del Consejo de Seguridad. “Ya le comuniqué la información que usted me transmitió”, me dijo, y añadió: “Por cierto, compañero, no deje de recordarme cuando se vayan, que le entregue unos libros míos para que me haga el favor de llevárselos al director del Instituto Nobel”.

La medianoche nos sorprendió en la sobremesa. Había tanto que platicar. Juanita era una conversadora inagotable; en todo lo que hablaba se reflejaba su entusiasmo por la vida, la intensidad de sus convicciones, su fina sensibilidad, su inteligencia tan aguda, su buen humor. A don Alfonso le gustaba escucharla con una sonrisa de satisfacción que revelaba su admiración y el profundo amor que le profesaba.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, Juanita nos preguntó qué queríamos hacer. Don Alfonso se iría a trabajar a su oficina. Ya que no conocíamos Ginebra, Juanita nos llevaría a pasear por el viejo centro de la ciudad y luego a lo largo de las riberas del lago. Camino del centro, dejamos a don Alfonso en su ofici-

na. Al bajarse del coche se acordó que tenía un recado para mí. Lo tenía apuntado en una tarjeta que había olvidado darme a mi llegada y que sacó de su portafolios y me entregó. Me había buscado Jens para decirme que llegaría a Ginebra dentro de unas horas y me había dejado el teléfono del hotel donde se alojaría. Por la tarde, cuando don Alfonso regresó de su trabajo y nosotros de nuestro paseo, le conté que Jens Evensen se encontraba en Ginebra y que me gustaría presentárselo. Le conté también que había hecho amistad con él, quien ahora luchaba por la desnuclearización de los países nórdicos contra la oposición de su propio gobierno. “Sé quién es, no lo conozco personalmente pero tengo conocimiento del decisivo papel que ha desempeñado en la Conferencia del Mar”, comentó don Alfonso, “me encantaría conocerlo... ¿por qué no lo invitamos a cenar mañana en la noche en el restaurante del Hotel des Bergues?”. Y dirigiéndose a mí primero y luego a Juanita y a Holly, añadió con ironía: “Podríamos usted y yo cenar con él y así ustedes dos tendrían la noche libre”. De modo que me comuniqué con Jens y le transmití la invitación de don Alfonso para cenar al día siguiente.

Durante la cena, escuchamos a Jens hablar de la Conferencia del Mar y de su colaboración con la delegación mexicana en ese foro, pero sobre todo de su iniciativa sobre la desnuclearización del norte de Europa. Don Alfonso miraba con la mayor simpatía esos esfuerzos. Jens conocía la historia del Tratado de Tlatelolco y las características de su aplicación práctica, las importantes garantías que implicaban sus dos protocolos, etcétera. Sin embargo, quería oír al propio creador del tratado hablar sobre su obra. Don Alfonso respondió a todas sus preguntas con detalles prolijos. Acordaron mantenerse en contacto; don Alfonso prometió enviarle libros y diversos textos que podrían interesarle a Jens y este, por su parte, le enviaría el texto que él había propuesto como base de las negociaciones orientadas al establecimiento de la zona libre de armas nucleares en los países nórdicos.

Al regresar a Oslo, pedí una cita para entregarle al director Sverdrup los libros y los documentos que le enviaba don Alfonso. Acudí a la cita con Sverdrup con la intención de tratar el asunto de la candidatura de García Robles; había que hacerlo con prudencia y con tacto. Sabía que mi antecesor en la embajada había hecho campaña en los medios para apoyar la candidatura del presidente Echeverría; me habían contado que invitaba a la embajada a numerosas personas para sugerir que Echeverría merecía el premio. La campaña no prosperó en buena parte, según creo, por la obvedad y la insistencia con la que la manejó mi predecesor. Los terrenos del Comité Nobel son delicados. El comité guarda con el mayor celo la más rigurosa independencia, reserva y confidencialidad. Es sabido que no sólo rechaza cualquier intento de influir sus decisiones, sino que cualquier intento de esa

naturaleza, por sutil que sea, resulta contraproducente.

La cordialidad con la que me recibió Sverdrup y el interés con el que hojeó los libros y documentos de García Robles me animaron tanto que no resistí la tentación de sugerirle algo. Yo entendía que era difícil otorgarle el premio a un desconocido por el público noruego, pero también sabía que con frecuencia los Premios Nobel, los de la Paz y también los otros, habían sido otorgados a dos o más personas. Sabía también que había otros candidatos asociados con el desarme, por ejemplo, la sueca Alva Myrdal, de quien con frecuencia se ocupaba la prensa noruega. “¿Por qué no le dan el premio a García Robles y a Alva Myrdal conjuntamente?”, le pregunté con miedo de llegar a arrepentirme algún día de mi atrevimiento. Sverdrup bajó la vista y se mantuvo en silencio durante muy largos segundos ponderando tal vez lo retórico de mi pregunta hasta que, para mi alivio, levantó la vista y mirándome a los ojos dijo: “Su idea no es mala”. Ni una palabra más. Ahí terminó nuestra entrevista. Salí impulsado por un gran aliento. Fuera de Holly, a nadie, ni siquiera a don Alfonso, le conté ni lo que yo le había dicho a Sverdrup ni lo que él me había respondido. La suerte estaba echada y si no le hubieran dado el premio a don Alfonso, yo no habría querido que me culparan por la impericia que revelaba el imprudente atrevimiento al inmiscuirme en terrenos que todos sabían que estaban vedados.

Holly y yo estábamos convencidos de que era muy necesario que don Alfonso fuera conocido en Noruega y personalmente por el Comité Nobel. Por eso, cuando don Alfonso me contó que él y Juanita viajarían a Holanda a principios de junio, Holly y yo los invitamos a que pasaran por Oslo a visitarnos. Le indiqué a don Alfonso que sería oportuno que lo entrevistaran en la televisión y en el periódico y que Holly quería preparar una cena aquí en la casa con gente vinculada con el premio y con el desarme. Aceptaron nuestra invitación y nuestras sugerencias. El jueves 4 de junio llegaron a Oslo. Al día siguiente, por la mañana, llevé a don Alfonso a los estudios de NRK, la televisión noruega, donde se grabó una entrevista con él que transmitirían esa misma noche. Por la tarde vino a la casa un periodista de *Aftenposten*, el principal diario noruego, con un fotógrafo, para entrevistar a don Alfonso. Ambas entrevistas giraron, por supuesto, sobre el Tratado de Tlatelolco y sobre la conveniencia de extender las zonas libres de armas nucleares a todas partes del mundo.

Por la noche, ofrecimos una cena en la casa; invitamos a la primera ministra, Gro Harlem Brundtland, y a su esposo. La habíamos conocido cuando era ministra del Medio Ambiente (a su marido Olav yo lo encontraba con frecuencia en el supermercado) y siempre que coincidíamos con ella en alguna cena me preguntaba cosas sobre México. Invitamos también al director del

Comité Nobel, John Sanness, y a su señora; a Jakob Sverdrup y señora; a Bjartmar Gjerde y a su esposa; Gjerde, prominente figura del Partido Laborista, había sido hasta hacía poco ministro de Petróleo y Energía y ahora dirigía NRK, la corporación estatal de radio y televisión; a Marek Thee y su esposa, el director del Instituto para las Investigaciones sobre la Paz (PRIO). Jens Evensen no se encontraba en Noruega y la primera ministra me habló media hora antes de que llegaran los invitados para disculparse porque habían surgido “graves problemas” que debía atender de inmediato. Fue una lástima; me habría gustado que Gro conociera entonces a don Alfonso. La cena transcurrió muy animadamente. A la hora del café, don Alfonso tuvo la oportunidad de platicar con Sanness, Thee, Sverdrup y Gjerde; los dos primeros orientaron la conversación por los rumbos de las actividades de don Alfonso en el Comité del Desarme y de sus experiencias en relación con el Tratado de Tlatelolco. Don Alfonso cubrió esos campos con la claridad didáctica y la sencillez que siempre lo caracterizaron.

Era su primera visita a Oslo. Al día siguiente los llevamos a la Galería Nacional, al Museo Munch y al parque de Vigeland, además de hacer un paseo por el fiordo. El domingo los despedimos en el aeropuerto con la esperanza de volver a verlos pronto en Oslo. No fue tan pronto como lo deseábamos. En octubre, el comité anunció que el premio de 1981 se entregaría al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. De vez en cuando, don Alfonso me enviaba textos suyos para que se los hiciera llegar al Comité Nobel. Entonces pasaba yo por la oficina de Sverdrup, le entregaba lo que don Alfonso le enviaba e intercambiábamos saludos. No volvimos a mencionar la candidatura. No había nada más que hablar sobre el asunto. Por mi parte, todo estaba dicho.

Hasta que, al año siguiente, llegó el anuncio del 13 de octubre. Como me lo había prometido ese día cuando le hablamos para felicitarlo, al otro día me llamó don Alfonso. Me pidió que le consiguiera los textos de los discursos que algunos premiados habían pronunciado a la hora de recibir el premio (entonces no existía Internet). Unos días después, volví a ver a Sverdrup, quien me recibió en su oficina con una gran sonrisa y un apretado abrazo. “Espero contar con una invitación para asistir a la ceremonia en el Aula”, le dije. “No tiene usted que decírmelo”, respondió, “no faltaba más, desde luego que le enviaremos una invitación para usted, para Holly y para sus dos hijos y otra para usted y Holly para la cena que ofrecerá el rey en el Grand Hotel en honor de los premiados. Voy a buscar los discursos que me pide y se los haré llegar muy pronto”.

El 8 de diciembre, a las 9 de la noche, aterrizaron don Alfonso y Juanita, Alfonso y Fernando. Holly y yo estuvimos en el aeropuerto, junto a Sverdrup, al pie de

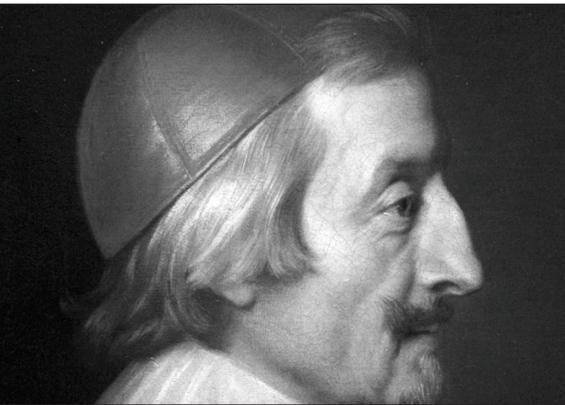
la escalerilla esperándolos. Imposible ocultar nuestra emoción. Sverdrup los llevó al Grand Hotel donde estarían alojados. Al día siguiente fuimos a almorzar con ellos y por la noche nos invitaron a los cuatro a cenar al restaurante del hotel. Fuimos ocho a la mesa. La ceremonia en el Aula de la universidad fue, como siempre, muy emotiva. Asistió el rey Olav con su hijo Harald, el príncipe heredero, y su esposa la princesa Sonja. Nos sentamos junto a los Brundtland; Gro acababa de dejar de ser primera ministra. Tampoco esta vez pudo estar presente Jens Evensen; se encontraba en Montego Bay, Jamaica, donde ese mismo día se abría para su firma la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Pero el que sí estaba era William Epstein, el diplomático canadiense que había presentado la candidatura de don Alfonso.

Alva Myrdal y don Alfonso pronunciaron muy elocuentes discursos subrayando la importancia del desarme en los esfuerzos por la paz mundial. Don Alfonso, por su parte, propuso que se creara un premio de derechos humanos en vista de que últimamente se habían concedido premios teniendo en cuenta más la defensa a los derechos humanos que las tareas encaminadas hacia la paz.

Habían llegado a Oslo políticos y diplomáticos mexicanos que asistieron a la ceremonia. Volví ahí a ver a algunos de mis ex colegas. En la embajada de México se serviría un almuerzo para los mexicanos que habían llegado a Oslo. A la salida del Aula, me dijo don Alfonso que él y Juanita querían invitarnos a nosotros cuatro a comer, que por favor eligiéramos un restaurante. “Gracias, don Alfonso”, me apresuré a recordarle, “pero hay un almuerzo en la embajada...”. “Lo sé”, me interrumpió, “ya le dije al embajador que nosotros no asistiríamos. Lo que nosotros queremos es estar solos con ustedes”. Y mirando a Holly, añadió: “¿Adónde quiere usted que vayamos?”. Holly sugirió “Engebret”, uno de los restaurantes más antiguos de la ciudad, no lejos del Grand Hotel.

Por la tarde, el rey recibió a don Alfonso en el Palacio y por la noche nos invitaron a que los acompañáramos al balcón del hotel desde donde presenciarían la tradicional marcha con antorchas con la que el pueblo de Oslo saluda cada año a los premiados. De ahí nos fuimos juntos a la cena del rey a la que asistió el gobierno en pleno, el Comité Nobel, miembros del parlamento y destacadas personalidades del mundo cultural y económico del país. Al día siguiente, víspera de su regreso a Ginebra, hubo una recepción en la embajada de México y por la noche vinieron los cuatro García Robles a cenar con nosotros en la casa. Al terminar de cenar, don Alfonso levantó su copa y, mirando a Holly, le dio las gracias por esta cena y por la del año pasado y terminó exclamando “¡Cómo olvidar aquella cena!”. **U**

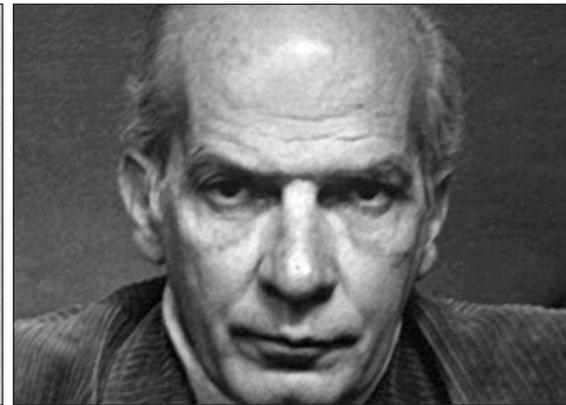
Reseñas y notas



Cardenal Richelieu



Angelina Muñiz-Huberman



Arturo Souto Alabarce



Roger Caillois



Margo Glantz



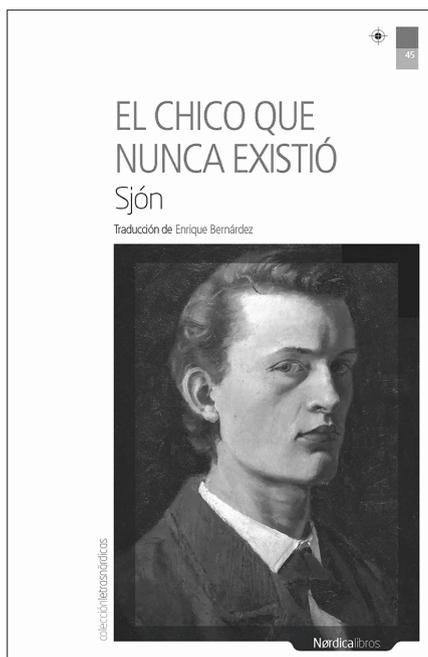
Samuel Stradanus, *Virgen de Guadalupe*

Callejón del Gato Sjón

José Ramón Enríquez

Pienso en Islandia como en un país mágico pero imposible. Puedo asumir la existencia de Finlandia, pero no de algo más allá de esa tierra del fin. Si imagino Finlandia, pienso que ahí termina el mundo habitable y lo demás son leyendas construidas en los hielos eternos. Sé que la tierra es redonda y el Polo Norte está constante, ahí, duro como el casco de Aquiles, pero en los fríos eternos de Groenlandia. Islandia en cambio es la intersección de una rajadura dorsal de nuestra madre Tierra y un chorro de fuego de su propio centro. Hielo y fuego. Imposible. Un país que no puede existir y, sin embargo, el país en el cual un autor que se llama Sjón puede escribir una novela de hielo y fuego como *El chico que nunca existió*.

Han convivido en mi imaginación dos versiones de la palabra Islandia: la que me hace suponerla, desde el castellano, como una isla, y, desde el inglés, esa que la convierte en tierra de hielo. ¿Un iceberg? A duras penas puedo imaginarla flotando, como otra luna en torno de mi noche, aunque de cristal como en esa película, fallida y tan llena sin embargo de brillos casi geniales, que fue la versión de *Superman* de 1978, que me ofreció un Krypton con todo y Marlon Brando, en ámbitos de vidrio: lo más cercano a la imagen onírica de mi iceberg. Y si el cine me entrega una Islandia personal, a su vez, el cine le entrega la posibilidad de una realidad personal a Mánni Steinn, el inexistente chico de la novela de Sjón que, mientras se dedicaba a la felación consuetudinaria, pensaba en *Los vampiros*, la cinta muda de Louis Feuillade, porque él “vive en las películas. Cuando no las tiene delante de sus ojos las repite en su mente”, mientras saborea glandes a singular destajo.



Y sin embargo Islandia existe. Es una isla al noroeste de Europa, que fue danesa hasta 1944 y hoy es tan independiente como moderna. No llega a un medio millón de habitantes no congelados porque la corriente de nuestro Golfo los abraza. Es lo único, me parece, que tienen en común con nosotros: la calidez de nuestro mar interno, sin contar con los sueños cinematográficos de Mánni y los míos, y uno que otro ensueño también compartido. Pero ellos han tomado decisiones económicas que a nosotros nos rebasan por mucho y acaban de sacar, casi literalmente por la ventana, a su Primer Ministro por estar implicado en el escándalo de los papeles de Panamá. Reikiavik está politizado, nosotros todavía no.

Y eso importa para las notas de una columna que ha querido situarme en el Callejón del Gato, centro del Madrid de los Austrias, causantes en buena parte de nuestra despolitización, y primos de un fray Jacobo, hermano del rey danés Christian, que huyó de aquellos hielos cuando los calvinistas se lanzaron al exterminio de los frailes menores cuyo último provincial llego a ser. Fray Jacobo el Danés fue a España para pedir a Carlos V, su primo, que lo enviara al Nuevo Mundo. Y así llegó,

en medio de una leyenda con florecillas franciscanas y mazazos de Thor, a nuestro Tzintzuntzan donde murió muy, pero muy anciano y venerado por los purépechas.

Si fray Jacobo era danés y yo pienso en Islandia, es porque he leído otra novela que es también un flotante iceberg del mismo autor, Sjón, *Maravillas del crepúsculo*, cuyo personaje me recuerda en mucho al fraile michoacano de adopción a quien debo una cantata.

Supe de Sjón, poeta, músico, novelista que apenas rebasa los cincuenta años y cuyo nombre completo es Sigurjón Birgir Sigurðsson, por otra figura islandesa que me fascina, Björk, con quien ha colaborado, incluso en *Danzando en la oscuridad*, dirigida por Lars von Trier. Ella dice de Sjón que “ha logrado conectar las raíces de la vieja Islandia con el siglo XXI. Pero lo más importante es que ha conseguido unir inteligencia y corazón”.

Yo quedo electrizado en el arco que va de *Maravillas del crepúsculo*, las guerras de religión europeas, a la Primera Guerra Mundial y el día de la independencia islandesa. Arco voltaico que va de un fray Jacobo en Tzintzuntzan que se pierde durante horas en lo más profundo de su recuerdo y *El chico que nunca existió* al que pilla el día de la fiesta de la independencia entregado a su tarea, de rodillas frente a un marino que imagino genetiano, y que escucha “un grito desesperado: ¡Qué porquería es ésta! Las últimas palabras van acompañadas de un puño cerrado que deja al chico sin sentido...”.

Ambas novelas fueron publicadas por Nórdika de Madrid. Como simple dato inútil: las leí sumido en el paisaje de 40 grados centígrados de la Mérida en que vivo. **U**

Tintero

Historia y medicina, artes de vida

Álvaro Matute

No hace mucho, el 21 de febrero de 2016, en su columna dominical en *El Universal*, Arnoldo Kraus mostraba cómo la medicina, su profesión, tiene más de arte que de ciencia, sobre todo, a la hora de diagnosticar. Su artículo abunda en algo que planteó el gran erudito piamontés Arnaldo Momigliano, quien postulaba que en sus orígenes la historia oscilaba entre medicina y retórica. Aludía a los orígenes griegos de las disciplinas que tenían en Hipócrates y Herodoto a dos de sus grandes representantes. Escribe Momigliano que “la medicina hipocrática y la historia herodotea fueron novedades contemporáneas; tuvieron en común la aproximación descriptiva, la observación minuciosa de secuencias de eventos y la investigación de causas naturales”. Según este autor, el tiempo fue encaminándolas a distintos senderos, según los asuntos que les toca atender. Sin embargo, Kraus pone el énfasis en el papel que toca desempeñar al médico frente al paciente. En ese punto, el papel es compartido por el historiador frente a su tema de estudio.

Para los herederos del positivismo, ambas disciplinas son ciencias; para los que nos alejamos de esa doctrina, si no llegan a ser artes, tienen más puntos en común con ellas que con lo que hacen físicos, químicos y astrónomos.

Historia y medicina tienen, como tantos otros quehaceres, puntos de partida en los llamados datos duros, pero la valoración de ellos depende de cómo los relacionan quienes los reciben, ya sea el paciente, ya sean las fuentes consultadas. Los diagnósticos pueden ser muy acertados y lograr los fines esperados, pero también puede haber errores. El paciente puede buscar una segunda opinión. El aconte-

cimiento histórico, una nueva interpretación. En los dos casos, como lo ha apuntado Kraus en libros y artículos, la relación médico-paciente es fundamental; cuanto más conozca el uno del otro, el aumento de las posibilidades de acertar crece, independientemente de lo que digan las pruebas de laboratorio. El historiador requiere del trato continuo con la materia prima que maneja, pero no sólo eso. Los materiales equivalen a las cifras de ácido úrico, glucosa, colesterol o lo que sea. En historia, el contexto manda. La relación entre unos datos y otros que van conformando unidades significativas proviene de la capacidad y entrega del historiador para vincular elementos aparentemente inconexos, que dejan de serlo al acertar el diagnóstico histórico. El patólogo puede reclamar, con razón, que lo suyo es una tarea científica. De acuerdo. Él no trata con pacientes sino con órganos y tejidos que pertenecieron a un paciente. Mientras el médico está frente a un paciente vivo, el historiador se enfrenta a lo que queda de lo vivido por otros con el fin de recuperar cómo era la vida de los que dejaron esos restos; el patólogo no intenta restaurar la vida. Sólo explica lo que observa en su material de análisis. Su asunto es la etiología.

Cuando el historiador pretende abordar el origen de las causas finales ingresa en terrenos que, si bien para algunos resultan ser ciencia, para otros no son sino metafísica, esto es, no ciencia. El punto en común es hermenéutico. Médicos e historiadores interpretan, con la mira en tratar de explicar, lo que ofrecen los pacientes o los datos que informan sobre el acontecer. Pero hay algo más en lo que apunta Arnoldo Kraus. Se refiere a una *empatía ética*. Esta fórmula resulta fundamental

para el historiador que no es sólo un ideólogo descarado, sino que pretende ser algo más. La ideología lo ronda, lo envuelve, ya que es una manera de expresar sus convicciones, derivadas de la empatía que logra desarrollar a fuerza del tejer y destejer —palabras de Kraus para la medicina como *arte de la vida*— los hechos que tras investigar narra. El componente ético entonces debe formar parte de su actitud para no dejarse ganar por una empatía malentendida.

En este enfoque, médicos e historiadores corren rutas paralelas. Los enfermos y los hechos los reclaman. El objetivo de unos es conducir hacia la sanidad; el de otros, hacer significativa una porción del pasado que cobra vida en la conciencia del presente. Médico e historiador asumen ese papel en tanto sujetos encargados de re-vitalizar a quienes se les confían. **U**



Salvador Dalí, *El hombre invisible*, 1932

Modos de ser

Un poema a la Virgen en el “Diorama de la Cultura”

Ignacio Solares

Entre 1972 y 1976 fui director del “Diorama de la Cultura”, suplemento cultural del *Excelsior* de Julio Scherer. En ese tiempo, el periódico tenía un gran prestigio y nos llegaban colaboraciones de varios países latinoamericanos y hasta de España. El espacio era limitado para la cantidad de material que se recibía, especialmente, como es lógico, de escritores nacionales.

Hay un buen número de anécdotas curiosas que, sin remedio, se viven en la dirección de un suplemento cultural (José Emilio Pacheco contó algunas de cuando tuvo a su cargo “México en la Cultura”).

Una que me metió en un verdadero problema fue la tarde en que llegó a mi oficina, intempestivamente, una mujer ya mayor con un niño en brazos. Se acercó a mi escritorio y me puso frente a los ojos un par de cuartillas escritas a mano.

—Léalo, por favor. Por su madrecita santa.

Lo medio leí —la letra era redonda y apretada— y me pareció un poema de un mal escrito y de una cursilería religiosa insufribles.

—¿Qué le parece?

—Lo siento, pero no lo vamos a publicar. No lo podemos publicar, señora.

—Pero es que lo tiene usted que publicar, señor.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque se lo juré a la Virgen de Guadalupe —dijo con una mirada que coincidía con su poema. Tan cursi como un corazón bordado.

—¿Y para qué le anda jurando cosas imposibles a la Virgen de Guadalupe?

—Porque salvó a mi hijo de una enfermedad muy grave —y señaló al niño que llevaba en brazos—. Lo tuve ya de cincuenta años, usted me entiende. Y a esa



Samuel Stradanus, *Virgen de Guadalupe con escenas de ocho milagros*, 1615

edad es casi seguro que los niños van a nacer con una propensión a ciertas enfermedades. El mío no fue la excepción. Lo vieron los doctores del Seguro Social y me dijeron que lo más probable era que muriera. No me resigné, lo saqué de ahí y, a pie durante varias horas, se lo llevé a la Virgen de Guadalupe. Le juré que si sanaba a mi niño no volvería a comer chocolates, que son mi obsesión, y que le escribiría un poema que publicaría en el mejor periódico de México.

—Y por eso vino aquí...

—Primero se lo llevé al director, al señor Scherer, esperándolo afuera de su oficina. Le conté mi historia, medio leyó el poema y dijo que se lo trajera a usted.

—Dios mío.

—Tiene usted que publicarlo: si no, estoy segura de que mi hijito recaerá, y quizás ahora ya sin remedio. Piense que es un juramento a la Virgen de Guadalupe y tiene que cumplirse... por Ella, por mi hijo, y por mi vida, que no la concibo sin este pequeño —y con las dos manos en alto me acercó a su hijo.

—Pues sí, qué pena.

—¿Es usted creyente?

Tuve que decirle la verdad.

—Más o menos.

—Entonces tiene que publicarlo.

Le pedí que me dejara el poema y subí a hablar con Scherer.

Le conté lo sucedido y le enseñé el poema.

Contuvo una sonrisa con una mano en la boca.

—En este periódico, tú eres el que decide los poemas que se publican y los que no se publican —dijo.

—Sí, pero se me parte el corazón con esta mujer y su situación por cómo la plantea. Hay que ver sus ojos. Tiene una fe en la Virgen que me derrumba.

Supuestamente, también Scherer era medio creyente (“dizque creyentes”, decía Vicente Leñero de los tres: él, Julio y yo) y logré transmitirle mi inquietud.

—Capaz que el niño se vuelve a enfermar o se muere y, de alguna manera, me voy a sentir culpable. Te repito: basta verle los ojos a la mujer para que te trasmita su inquebrantable fe.

Scherer encontró una solución: mandó llamar al señor Bermúdez, jefe de linotipos, y le pidió que hiciera una página, una sola, con el poema y la insertara en el resto de un solo suplemento. Era notoria la trampa, pero por ir en las páginas centrales parecía más o menos que de veras estaba publicado.

Cuando regresó la mujer, se lo entregué. Me lo agradeció con lágrimas en sus dulces ojos. Temí que comprara más periódicos ese domingo, pero por lo visto no fue así, puesto que no volvió a buscarme.

Cuando comentamos la anécdota, Scherer me dijo sonriendo:

—La trampa se la hicimos a la Virgen. **U**

Tras la línea

El experimento

Sergio González Rodríguez

El mundo como fantasma. La idea emergió por sí misma, como una figura que se corporeiza de la niebla mientras volaba yo en un avión Boeing 747 sobre el Atlántico y veía, adormilado, la película *Tren nocturno a Lisboa* de Billie August.

Mi destino era Bilbao y llevaba en la mente poner a prueba en esta urbe de magnífico urbanismo un experimento fenomenológico que contraje al consultar días atrás el proyecto de Ainhoa Morales titulado “Fantasmas en Bilbao”. La vista de Lisboa en el filme de August, su trama nostálgica de amores trágicos en los días previos de la Revolución de los Claveles de 1974 que derrocó la dictadura en Portugal, el atisbo a los signos de un tiempo extinto en la ciudad más melancólica, me indujo al juego de fantasmagorías en torno de una pregunta: ¿se puede observar la realidad como simple irrealdad?

Nunca he estado en Lisboa. Mi conocimiento de esta urbe proviene del cine (*En la ciudad blanca* de Alain Tanner o *Historias de Lisboa* de Wim Wenders), pero para comprenderla me guía esta idea de Fernando Pessoa de *El libro del desasosiego*: “los campos son más verdes en su descripción que en su verde natural”. La intervención imaginativa marca la diferencia.

Al llegar a Bilbao fui alojado por la generosidad del complejo cultural llamado Azkuna Zentroa frente al Museo Guggenheim construido por Frank Gehry. La energía tectónica de la que es conmutador este edificio me impidió dormir bien durante los días que pasé allí. Cada mañana salía del sueño a la transparencia de las calles bilbaínas como si hubiera dejado de existir el foso entre sueño y realidad que define la vida de las personas. El estado en duermevela que

persigue a los viajeros y los disuelve en su tránsito por países extraños.

Además de entregarme a frecuentar los edificios y entornos de la arquitectura ultramoderna que le han dado prestigio a Bilbao, gracias a los oficios de Gehry con su museo-talismán, el metro diseñado por Norman Foster, la torre de César Pelli, el puente peatonal de Santiago Calatrava, quise asumir el proyecto de Ainhoa Morales que, como ella ha explicado, tiene como objetivo sacar a la luz del siglo XXI la arquitectura oculta de la ciudad de Bilbao. El viajero que visita esta urbe, apunta ella, “está habituado a ver y recordar aquellos edificios emblemáticos, los cuales eclipsan al resto de la arquitectura, dejándola en un segundo plano. Mediante esta intervención se les da visibilidad a estos edificios fantasma, reivindicando la belleza de las zonas poco conocidas, escondidas o marginales para evitar así que pasen desapercibidas”.

Como puede observarse en su extraordinaria serie de fotografías, Ainhoa Morales presenta un catálogo de fachadas y detalles de edificios que datan del siglo XIX y principios del XX, y dan cuenta lo mismo del eclecticismo que del modernismo europeos de tal periodo, así como de los rasgos regionales o la influencia del *art-déco* allá (<http://www.fantasmasenbilbao.com/#!about/c66t>).

Para aprovechar la luz clara de la hora temprana, la artista va a las calles del centro de Bilbao, ubica un edificio y, con un espejo circular en mano, lo planta frente a la toma que desea registrar. La inserción de la mano con el espejo en el espacio urbano, el relieve que cobra el objeto de cada fotografía crean un ensamble anacrónico que rompe la fluidez del presente y lo lle-

va a la dimensión espectral. Esto se da no sólo por los contrastes temporales, sino por la emergencia de atroz desconcierto de las imágenes reflejadas en el espejo.

Escribió Jorge Luis Borges en su poema “Los espejos”: “Dios (he dado en pensar) pone un empeño / en toda esa inasible arquitectura / que edifica la luz con la tersura / del cristal y la sombra con el sueño”. Ainhoa Morales construye a través de sus imágenes una ciudad alterna de pórticos, ventanas, áticos, buhardillas, hornacinas, esculturas, herrerías, columnas, dinteles, cúpulas, macetas con flores que parecen extraídos de un relato fantástico. Todo vívido y prodigioso, tenue y evanescente a la vez. La convocatoria entrañable de la irrealdad, de la existencia conjetural que pudo ser para nosotros o que lo es ahora, siempre inalcanzable, siempre posible sólo en la imaginación o el sueño o el recuerdo de la infancia.

La artista del País Vasco ha convocado el espejo de los cuentos de hadas y lo ha instalado en la belleza de una ciudad que se ha vuelto un ángulo poliédrico de cariz temporal, tan pendiente de su pasado como de lo ultratemporáneo, ya que el proyecto implicado permite acudir a lo virtual (vía Google Maps) para entrar en cada una de las fotografías y detenerse en el contexto urbano que las contiene. El resultado es de proliferante inteligencia creativa. Un contagio de inmunidad cero.

Mientras camino por la traza exacta de Bilbao, disfruto del entorno con la mirada lúcida de Ainhoa Morales. Y ensueño que mi padre, José de Jesús González Vizcaya, proveniente de una ascendencia que unía el exilio en el Bajío mexicano del siglo XVIII o el XIX y la memoria de la tierra originaria que se llevaba en el apellido,

pasea por estas calles en un reencuentro atemporal, aunque quizá se trate sólo de su fantasma que vive ya en mí y camina por esta ciudad irrenunciable cercada por los montes de cara al Golfo de Vizcaya.

Un mediodía me dirigí al Museo de Bellas Artes de Bilbao, que ha reunido un edificio de 1908 con instalaciones modernas, y cuya colección incluye obras maestras del arte europeo del medioevo hasta el presente (Lucas Cranach El Viejo, El Greco, Paul Gauguin, Eduardo Chillida, *et al.*). El museo tiene una dimensión grata y su museografía se muestra atinada y fluida. La ubicación del recinto, en medio de un parque y rodeado de edificios de vivienda y oficinas, provoca que la gente incluya el paseo o tránsito por el museo como parte de sus actividades cotidianas.

Mientras disfruto de las obras expuestas, me topo de frente con un cuadro que cifra la fantasmagoría en la cultura occidental. Así de súbito, ausente toda prevención o trámite, se desnudan mis reflexiones sobre el devenir espectral ante *La Santa Faz* (c.1660) de Francisco de Zur-

barán: el cuadro consta de una superficie negra de fondo (motivo que siglos después explorará Kazimir Malévich) sobre la que pende el lienzo blanco con el rostro de Jesucristo. Trasunto del tema de Verónica y el lienzo que enjugó el rostro de Jesús, o del sudario de Turín, la obra de Zurbarán presenta el rostro dolido de un Cristo rubio y de tez blanca en exacta perspectiva, a diferencia de la imagen turinesa, que es una impresión directa del rostro sobre la tela.

Recuerdo el ensayo de Georges Didi-Huberman sobre aquel sudario de Turín, en el que afirma que esta imagen tiende a abolirse a sí misma en tanto simple mancha, a la vez que se genera a sí misma como figuración de un rostro. En otras palabras, vemos lo que queremos ver, y esto es posible mediante una estructura de sustituciones, regresos, re-presentaciones: de re-trazo. Historia contada y recontada que se remonta hasta los Evangelios (Cf. "The Index of the Absent Wound (Monograph on a Stain)", *October: The First Decade*). El carácter de la Sábana Santa muestra un

indicio pleno de lo sagrado en el sentido que anticipó Heráclito en el Fragmento 93: "El señor cuyo Oráculo está en Delfos ni dice ni oculta: sino que indica". El devenir fantasma de cada persona muestra ser un artefacto de indicios.

Y mientras pienso en tal idea encuentro allá otra indicación, el cuadro impresionante de Francis Bacon titulado *Figura tumbada en espejo* (1971). Lo habita un cuerpo amorfo que, al estar pintado en azul, amarillo, gris, negro, duplica su evanescencia debido al cristal interpuesto entre el adentro y el afuera del propio cuadro. Gilles Deleuze hizo notar el significado sutil, previsto por Bacon, que el cristal emite en cada uno de los cuadros del artista inglés: los espectadores nos incluimos así en la danza de espectros que acogen los museos y las galerías.

Al volver a la habitación del hotel, no pude evitar verme en los espejos como una figura deformada al estilo de Francis Bacon. En toda habitación de los hoteles el espejo es un elemento imprescindible. Me atraen en particular los espejos de aumento, que exploran el detalle cotidiano de la caída en el tiempo de nuestro cuerpo y hacen que descubramos los signos del deterioro sobre el rostro. Al vernos en esa imagen, sólo nos reconocemos por la imagen pretérita que guardamos de nosotros mismos, y con la que nos identificamos cada vez menos, pero que configura el conjunto de indicios que ya es nuestro pasado.

Imagino que ese espejo es el espejo de Ainhoa Morales, pero mi rostro, en lugar de ofrecer algún detalle arquitectónico, exhibe un extraño pórtico que conjunta tristeza, dureza y franqueza. Y si pudiera remitir el contexto urbano en el que me hallo, surgiría, entre otros, la geografía de los libros que me acompañan. Aquí, en Bilbao, acabo de adquirir *El ojo castaño de nuestro amor*, de Mircea Cărtărescu, en el que leo: "Como si, al escribir, cada línea que trazo en la página con el bolígrafo se cubriera de moho y cada página que dejo atrás, cubierta con mi escritura, se abarquillara, amarillara y se retorciera como una hoja seca. Pero yo seguiría escribiendo igualmente cada vez más rápido, para que no me alcancen el desastre ni la desgracia". El espejo nuestro de cada día. **U**



Ainhoa Morales, *Fantasmas en Bilbao*

Blanca Estela Treviño

Por las letras de Margo Glantz

Aline Pettersson

Hemos sido convocados por Blanca Estela Treviño para conversar acerca de su libro con el hermoso título *De la vida como metáfora a la vida como ensayo*. Treviño se ocupa de dos libros fundamentales en la obra de Margo Glantz: *Genealogías* y *El rastro*. Aquí me gustaría añadir que esta mesa es para mí una charla entre amigos, a la que sólo le hace falta una copita de vino, de preferencia tinto. A las tres personas aquí arriba, y a la que está allá abajo, las conozco desde hace muchos años y me parece que la primera pudo haber sido Margo, en Mascarones, de cuando ella tenía clases dos veces a la semana a las seis de la tarde, hora en que iba yo con mi madre a unas lecciones de sueco que, siendo yo niña, me parecían el colmo de la aburrición. Sin embargo, también recuerdo mi envidia al ver el alboroto de los muchachos en el que yo no podía participar. No fue hasta que asistí, mil años después, a un seminario que daba Margo sobre el *Boom* latinoamericano, cuando descubrí su entusiasmo contagioso, y fue entonces que comenzó nuestra amistad. También recuerdo a José Luis, echándome porras el día en que iba a encontrarme por primera vez con Josefina Vicens. A Dolores la conocí por esas mismas fechas, tomando sus espléndidas clases de Siglos de Oro, que tanto me dejaron en conocimiento y cariño. Y a Blanca Estela, cuyo libro nos ha reunido para celebrarlo, hace ya muchos años que es mi muy querida amiga; con ella he compartido lo bueno y lo malo.

En algún momento, Treviño menciona que Glantz hiló muy bien las anécdotas de *Genealogías*, y yo quiero enfatizar de qué manera Blanca deshiloó en *De la vida...* con gran finura, inteligencia y una extensa bibliografía revisada, las constantes de

dicha escritura, invitándonos a transitar por vericuetos en los que quizás antes no habíamos reparado: “Toda lectura es un viaje. Viajamos cuando leemos una novela, un cuento, una narración. El viaje que emprendemos en nombre de la imaginación [...] el que iniciamos cuando abrimos la primera página de un libro es el único que recompensa la partida. / Para el escritor escribir es viajar y viajar es leer y traducir: leerse en las diversas realidades del mundo y traducirlas a un lenguaje objetivo”.

Aquí no se trata para Margo Glantz de una metáfora; el viaje es, más bien, el ensayo continuo de su vida. Es curioso percatarse de qué manera la persona que empuña la pluma, o quien hoy pulsa las teclas, escribe en clave personal, aunque no se trate de la escritura del “yo”, en la que se adentra el libro *De la vida...*, pues Treviño evidencia cómo ambas obras envían señales, quizá no secretas, sino que pueden advertirse mejor si se conocen la idiosincrasia y obsesiones del autor. Subraya, por ejemplo, la presencia asidua de Dostoievski en ambos libros; pero a él lo leemos hoy con gran distancia temporal, impedidos de saber con cercanía sobre su “yo” más autobiográfico. Aunque Mishkin, de *El príncipe idiota*, recurrentemente evocado por Glantz, padece de la misma “extraña” enfermedad de su autor: la epilepsia que altera hasta el éxtasis la percepción del mundo en los instantes previos al ataque. Y no me cabe duda de que habrá otros incidentes en Dostoievski, en Glantz y en toda persona que escribe que forman parte de su vida real, se sepan estos o no.

Además de la moda, el cuerpo y sus accidentes, la música, el arte, Margo ofrece dos características que se reiteran; escribe Blanca Estela que la publicación en 1978

de *Las mil y una calorías* “liberó a Glantz del peso de la tradición literaria y de la ‘opinión establecida’ de que solo un escritor consagrado puede permitirse escribir fragmentos. Así asumió la escritura deshilvanada como un camino propio donde lo fragmentario y lo femenino eran motivos de asociación”.

Sor Juana, tan revisada por Margo, escribió: “Trágame a mí conmigo”, y así se lleva a sí misma la escritora en el otro punto nodal de su obra: “Concebida en términos generales como el acervo de lecturas de su autor, la intertextualidad como recurso en la conformación de la identidad del narrador es fundamental en la novela [*El rastro*] de Margo Glantz”.

Se suele decir que la persona es sus memorias, y no podría ser —creo yo— de otra manera; la memoria está detrás del pensamiento en cada uno de nosotros. Y en Glantz, su interés apasionado a lo largo de la vida, por lo creativo en sus diversos aspectos, con un cierto regusto por lo perverso, visto desde Bataille y otros. Apunta Blanca Estela: “las actividades académicas, de investigación y crítica literaria de Margo Glantz [...] han tenido un papel fundamental en el desarrollo de su faceta como escritora, ya que ha alimentado su creación literaria con el resultado de sus investigaciones”.

En cuanto a la novela *El rastro*, la presencia constante de variaciones, que remiten a las *Variaciones Goldberg* de Bach ejecutadas al piano por Glenn Gould, muestra cómo también las variaciones pueden darse en otras áreas del ingenio creador. Aquí se trata de Glantz yendo y viniendo por su escritura como por un teclado. Pero, de pronto, pienso en los *Nenúfares* de Monet variando con la luz.

No he comentado sobre otro aspecto en *Genealogías* que Treviño analiza con la misma meticulosidad de todo su trabajo: “episodios donde conviven lo judío y lo mexicano”, y menciona la conversión de Glantz al catolicismo en la niñez. No resisto evocar una muy lejana cena en mi casa; y, entre quienes asistieron, estaba mi queridísimo y recordado amigo José Antonio Alcaraz, que compartía con Margo la amplitud de mirada y oído. Habremos sido quizá diez personas, pero sólo me puedo acordar de nosotros tres, aunque acompañados del coro de carcajadas del resto que ya se me ha extraviado en la memoria. Margo contó de su conversión al catolicismo en la infancia, de su primera comunión un domingo y de su ida, como

todos los domingos, al cine con su familia. A la entrada, los Glantz les compraban a sus hijas alguna golosina: “Marguito —le preguntó la madre—, ¿por qué no pediste un muégano como siempre?”. “Porque tengo al Niño Jesús en el corazón y el ruido lo va a despertar”.

En *De la vida como metáfora a la vida como ensayo*, Blanca Treviño señala: “Debido a su entorno familiar y a las vivencias que experimentó, provenientes de dos culturas, Glantz se planteó desde muy joven el problema de la identidad (su identidad) [...] por la diferencia que determinaba su origen judío”.

Y el corazón, no el que acunó en su niñez a Jesús, es uno de los temas y variaciones en *El rastro*, ya que por la muerte

de Juan, el ex marido de Nora García, esta se encamina al entierro en el pueblo donde habitaba el difunto. Y el corazón, causa de su muerte, es analizado desde las emociones, la fisiología y distintos tropos retóricos. El corazón, órgano en el que se depositó, desde tiempos inmemoriales, la inteligencia y fuerza vital completas, aunque sea sólo una bomba de sangre, ha sido tomado como símbolo de la vida y los sentimientos, desde la poesía erudita hasta el bolero más ramplón.

Treviño apunta que los recuerdos que acompañan a Nora García durante el trayecto en el que esta se enfrenta a emociones opuestas es lo que “forma y estructura la anécdota de la novela”. Y se discurre a través de las páginas de la ficción al ensayo y viceversa dentro de variaciones a la manera musical, calmosa y continua. Es decir, que el libro corresponde a los intereses de la autora misma, a su gran erudición, pero, asimismo, a su gusto por narrar.

Cito de nuevo a la doctora Blanca Estela Treviño en este difícil dilucidar entre la ficción y los elementos autobiográficos que conforman cualquier obra: “El yo autobiográfico en esta novela [*El rastro*] bien puede permanecer oculto para ciertos lectores, pero esto no impide que sea un elemento narrativo de suma importancia para una apreciación de la obra de Margo Glantz en su conjunto”.

Para mí comentar hoy este bien hilado libro de Blanca Treviño me llena de placer, “del placer del texto”, diría Barthes, que cuando conocí a Margo era uno de sus gigantes. Y me llena de placer porque no se recurre a un excesivo metalenguaje que vuelve la lectura sumamente difícil para un no iniciado. Se trata de una investigación profunda y seria que nos invita a acercarnos a la obra de Glantz con las herramientas que Blanca nos pone gozosamente en la mano. ¡Felicidades, Blanca, por tu libro! ¡Felicidades, Margo, por tu trayectoria! **U**



Texto leído en la presentación del libro *De la vida como metáfora a la vida como ensayo*, de Blanca Estela Treviño (Dirección de Literatura/UNAM, México, 2015), en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 6 de abril de 2016. También participaron Dolores Bravo y José Luis Ibáñez.

Geney Beltrán

Los cadáveres de la impotencia

Cristina Rascón

Una novela de espejos, de encuentros y de denuncia, *Cualquier cadáver*, del escritor sinaloense Geney Beltrán Félix, nos lleva del mundo de ser padre al mundo de ser hijo, del mundo de la Ciudad de México al mundo de Culiacán, del mundo de la realidad al mundo de las letras (y su propio mundo de realidad). En un viaje de descubrimientos y de indignación, el personaje principal, Emarvi, padre de un niño secuestrado, violado y asesinado a pocas calles de su casa, encuentra en la escritura su último refugio. Nosotros, los lectores, conocemos la vivencia del respectivo cambio de lenguaje en cada mundo, los giros de los personajes y la realidad que retratan los medios de comunicación en cada capítulo de esta novela. “Escribir como el último reducto de la búsqueda de la verdad en nuestras vidas, como el único ejercicio de lealtad a sí mismo”, dice Emarvi a través de su diario.

Geney Beltrán Félix (Culiacán, Sinaloa, 1976), es narrador, ensayista y crítico literario. Con oficio, presenta su más reciente novela dividida en cuatro partes; cada una enmarca los sentimientos del personaje principal que son cuatro etapas de su búsqueda personal: “¿Qué se siente vivir así?”, “Una espesa rabia”, “La herida de Quirón” y “La enfermedad de los hijos”. En cada una va inscrito, también, el mundo de los sueños, de los hubiera-podido-ser, de los presentes paralelos y el subconsciente. Más de una vez confrontará su realidad con la angustia reflejada en el espejo de los sueños: “Toda raíz será siempre enemiga”, dice Emarvi, y nos sugiere que lo que se manifiesta a su alrededor, viene, quizá, de su propia raíz personal. De ahí la culpa que permea toda la novela. Emarvi es padre divorciado, y se siente culpable de no haber deseado a su hijo, de haberle abandonado, de no haberle pro-

visto con la seguridad suficiente para que no lo secuestraran.

El planteamiento de *Cualquier cadáver* no deja de recordarme la propuesta de David Grossman en *Escribir en la oscuridad*, un libro de seis ensayos sobre el papel de la literatura en situaciones de guerra. La escritura como medio de paz, la escritura como catarsis, la escritura para empatizar son algunas de las posturas de Grossman que bien pueden servir de eje a literaturas como la mexicana, que vive su propia situación de violencia social. En su novela *Más allá del tiempo*, Grossman también habla de la muerte del hijo, esta vez del propio, en el campo de batalla. Otra coincidencia quizá con esta novela y con otras que seguramente vendrán en la narrativa mexicana. *Cualquier cadáver* no muestra como protagonistas a los criminales y los antagonistas de dichos criminales (detectives, policías, amantes), como ha sido lo más común en la catalogada literatura del norte, sino a personas que observan estos actos de violencia desde el periódico o la pantalla. De pronto, una de esas personas está del otro lado, sin saber en qué momento ocurrió. Pero lejos de ahondar en quién, cómo y cuándo, comienza un viaje hacia sí mismo, hacia los porqués más íntimos.

Cuando Geney Beltrán Félix relata los devenires de un espectador de noticias de dicha violencia, no nos aleja de la realidad por detrás del libro; nos adentra aún más en lo que quizá buscábamos evadir. No se trata tampoco de un noticiero, o de la nota roja, sino de una voz muy sensible, de un hombre común frente a la impotencia común. “Una cárcel estalla por dentro”, dice Emarvi. Pero nunca sabremos si con eso hay liberación. Aunque no busca a su hijo muerto, como Grossman, ni buscará a fondo los motivos o a los asesinos,

lo que busca es su propia condición de hijo, un grito de desesperación por un vago sentimiento de protección.

Al obtener en 2015 el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada, se dijo que esta obra de Beltrán Félix exploraba las cavidades más incómodas de los sótanos humanos —según el jurado—, ya que buscaba nuevos modos de expresión, rompía con los moldes de la literatura al ser “desagradable” a propósito y representaba un logro notable de ficción y de lenguaje imaginativo frente al tema de nuestro tiempo: la violencia cotidiana. “Lejos de ser una transcripción de vivencias o episodios vívidos, dicha obra ofrece una pluralidad de registros y puntos de vista con una trama contundente que le dan una enorme riqueza expresiva”, detalló el jurado en el acta oficial.

Y así es. De la lectura de *Cualquier cadáver* no salimos con una simple anécdota ni con una sola visión e interpretación de la realidad; tampoco salimos con frases que buscan una estética poetizada o diálogos con eufemismos, sino con un rompimiento de ritmos y estilos, vertiginoso y fragmentario, con el habla cotidiana y con frases poéticas que no buscan protagonizar. Al cambiar de mundos no cambiamos de sensibilidad, no dejamos de percibir esa lealtad que plantea el autor en el acto de escribir. Tampoco salimos de esta lectura con un sentimiento de salvación o de esperanza: “¿Y si en el escribir está la culpa?”, dice Emarvi casi al final de la trama. “El día que todos callen, cuando nadie piense ni fabule, el día del silencio: ese día la raíz quedará limpia, y los hijos nacerán con altos cuerpos invictos. Y no habrá nadie”. **U**

Geney Beltrán Félix, *Cualquier cadáver*, Cal y Arena, México, 2014, 230 pp.

A veces prosa

En el umbral de *Arritmias* de Angelina Muñiz-Huberman

Adolfo Castañón

I. La presentación de este libro se hizo en la Casa del Lago, en el Bosque de Chapultepec. Este lugar es un santuario y un puente. Se dice que Moctezuma tenía aquí un jardín habitado por todos los animales que poblaban su reino y junto a ellos una especie de museo vivo de monstruos, niños con siete dedos u hombres o mujeres albinos... un lugar hospitalario para lo otro. Chapultepec es también un puente, pues es un lugar de meditación auspicioso para ir de una orilla a otra del tiempo. Aquí actuó el genial actor polaco Ludwik Margules que tiene un lugar en *Arritmias*, el libro singular y raro de Angelina Muñiz-Huberman. En la Casa del Lago también estuvieron Eduardo Lizalde, Salvador Elizondo y Jaime Sabines. La fecha de la presentación fue significativa: recuerdos y conmemoraciones de Miguel de Cervantes, William Shakespeare, El Inca Garcilaso, la inauguración del primer Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española en México en 1951 y desde luego la concesión del Premio Cervantes a diversos escritores. Día de la Fiesta del Libro y la Rosa.

II. “Ya era hora”, como dice la última línea de *Arritmias*, de que te dijera algo sobre el manuscrito que acabo de leer: hermoso y verdadero, terrible y real, “el libro más raro” que has escrito, libro solitario, libro maestro. Gracias. *Arritmias* se lee como un poema y como una narración. Libro-eco, personal y aun personalísimo. Libro de maravillas y de terrores, sueños, historias interrumpidas, esperas y esperanzas angélicas. Libro mensajero y musical. Gracias. Libro de horas y de gracias y desgracias. Libro intersticial, cuaderno de tangentes y, para citar a Alfonso Reyes, *planos oblicuos*. Gracias por su música increada, poética y

acompañada. “Ya era hora”. Hora de escribir “el libro más raro”, con sus historias inspiradas. Empieza sombríamente y poco a poco se va abriendo como un tulipán submarino y nocturno, deseado y deseante. Gracias. Es también un libro misterioso y como un librero donde están acomodados/desacomodados muchos otros libros que van leyendo al lector al azar, al compás de las 32 *Arritmias* que lo componen en una encubierta proporción. “Ya era hora”... hora de vida y encuentros posibles e imposibles después de la batalla a caballo entre dos siglos fuera de quicio.

Arritmias reúne un haz de 32 piezas, entre narraciones, viñetas, estampas, ensayos, diálogos, leyendas, pensamientos e instantáneas. Su horizonte es la guerra, las guerras, el exilio, el destierro, el viaje, el sueño. Recrea con letras de fuego y ceniza diversos episodios de la guerra civil planetaria vivida y soñada:

“No entró en la guerra pero tuvo la fortuna ¿fortuna? de conocer a niños que estuvieron. Y los interrogó. También conoció a niños supervivientes de campos de concentración. Y no los interrogó, pero los escuchó. Sus historias fueron suficientes para que sintiera lo mismo que ellos ¿es eso posible? en su caso sí.

”Tenía la habilidad de revivir otras vidas. De incorporárselas y de apropiárselas. Así que todo lo que le contaron no es que fuera como si le pasara, sino que le pasó, de verdad, a ella. Como la marca de un número en su antebrazo que empezaba a dibujarse cada vez más intensamente.

”¿Cómo es esto posible? Pues siéndolo. Creyéndolo. Afirmándolo. A la manera de un dogma. O una fe. Una identificación. Un camaleonismo”. (“Padre, madre (ausente) e hija”, p. 70).

Desde estas camaleónicas y miméticas arritmias, Angelina Muñiz, además de revivir y recoger sus recuerdos e historias personales y familiares, cuenta las historias del descarnado y ardiente siglo XX, con su horror y sus historias. *Arritmias* se va construyendo en forma sincopada por conjuntos: uno de ellos es el de los avatares de los judíos en la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento del nazismo; dentro de esta cadena de aventuras está la historia de los tres fotógrafos judíos, Capa, Gerda y Chim, y la de aquella prodigiosa maleta desaparecida y reencontrada llena de fotografías que recogen momentos de la Guerra Civil española, registrada en *Días de horca y cuchillo* por Alfredo Muñiz en el diario que llevó del 16 de febrero al 15 de julio de 1936. Esta historia del siglo XX vivida en carne propia y ajena se deletrea en la letra manuscrita de *Arritmias*, y se teje con momentos que son fábulas, instantes; se da como una cronología trágica y fantástica que cuenta lo imposible y da voz y carne y temblor a sus agonistas y protagonistas: “El barco sin puerto”, Walter Benjamin y Gershom Scholem, Franz Kafka, Marc Chagall, el dramaturgo Ludwik Margules, las filósofas Hannah Arendt, Simone Weil y María Zambrano, entre muchos otros, los parentescos y coincidencias con Georges Perec, nacido como Angelina en 1936 con meses de diferencia, la novela *Austerlitz* de W. G. Sebald. Al asomarse al pozo de la historia hirsuta del siglo XX desde las orillas de la cultura judía, Angelina Muñiz se asoma y revive necesariamente no sólo su propia historia personal sino la historia universal, la de la expulsión de los judíos en 1492, la imposible o trágica ilustración americana a través de la silueta de “El caballero de Saint

Georges”, la suma de “Historias recontadas”, a través de personajes que atraviesan la geografía a contracorriente, protagonistas arrítmicos que se tropiezan con la realidad y auspician el surgimiento de lo cómico y lo trágico: los arrítmicos reunidos en arritmias tienen algo de desconectados, de desubicados y desarraigados, como esa pareja de jóvenes trasterrados en México que de pronto llegan a Texcoco. Todo eso le permite a Angelina Muñiz escribir una rara página (rara dentro de su obra) donde aparece el México brutal y descarnado:

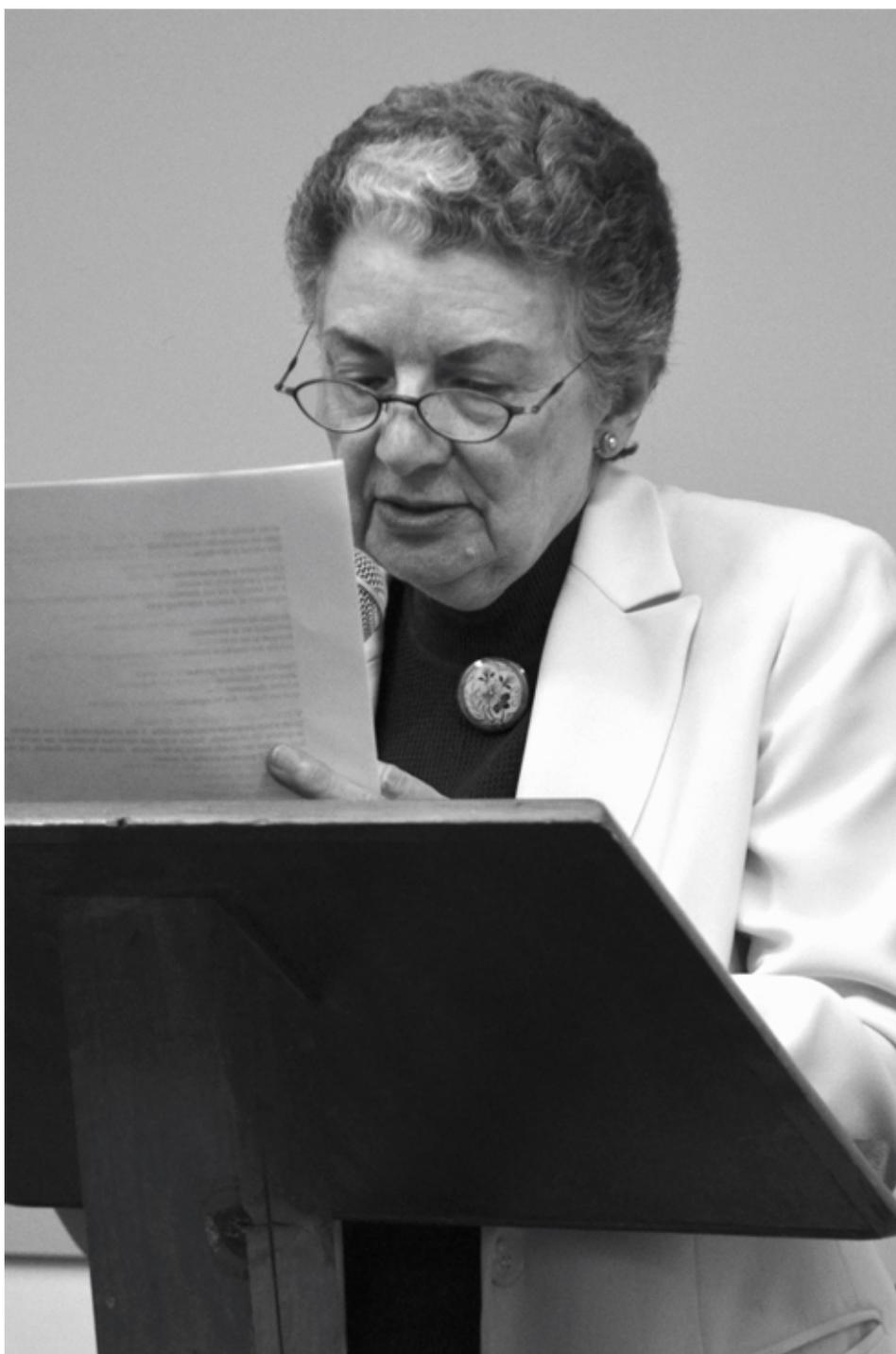
Un fin de semana se le ocurrió a Lovel invitar a la joven pareja a Texcoco con el fin de comprar unos abrigados suéteres para el invierno que se acercaba. A los jóvenes les pareció muy buena idea. Consiguieron dinero de sus padres y viajaron a Texcoco. Él y ella se compraron suéteres idénticos para más parecer hermanos. Aprendieron a regatear y el dinero les alcanzó. En eso, vieron una pulquería de nombre La Preferida y le preguntaron a Lovel si podían entrar a probar el pulque. Lovel dudó, pero decidió acompañarlos. Causaron sensación al entrar pues, de inmediato, el público quedó en apabullante silencio. No eran los clientes esperados. ¿Qué hacían ahí? Y con una mujer, ¿cómo se atrevieron? Seguro que eran extranjeros perniciosos e ignorantes. Lovel y la pareja también sintieron el peso de la situación y a punto estaban de arrepentirse, pero ya era tarde. Se acercaron a la barra y pidieron unos vasos de pulque. Ni siquiera sabían los sabores y dijeron lo primero que oyeron sin vacilar, como si fueran expertos bebedores. Tres curados de apio, repitieron para no equivocarse. Se sentaron y empezaron a beber. Cuando, de pronto, uno de los parroquianos se acerca a la mesa y les espeta: “De dónde son, mis carnales”. Y no supieron qué responder. La verdad es que no entendieron la pregunta y guardaron silencio. Un silencio que fue tomado como afrenta por el interrogador y sus ojos se enardecieron y se retorció el bigote. Mayor fue el silencio del trío bebedor de pulque por primera vez. No sabían qué responder, pero sí sabían que algo había que responder. Lovel comprendió que le tocaba a él, aunque de recor-

tadas palabras, salvar la situación. Retorcía las circunvoluciones de su pensamiento para decir cualquier cosa y, de pronto, la halló: “De la capital”, ignorando si la respuesta sería bien recibida o no. El interrogador volvió a retorcerse el bigote: “Ah, bueno, creiba que de Gringolandia”. Y se sentó al lado de ellos, que movieron sus sillas para hacerle lugar. Lo siguiente fue poner la mano sobre la silla de ella, que empezaba a temblar de pánico. “Y tú, ¿por qué andas con estos jijos de la chingada? Mejor arremétete conmigo”. No se sabe cómo ella se transformó y aparentando no tener miedo respondió: “Jijo de la chin-

gada lo serás tú. Arregrésate a tu poliuque y no nos requetejodas”. Con lo cual el trío pensó que ahora venía una enorme trifulca. Lo extraño fue que el interrogador se levantó sin más exclamando: “No si yo no más viriguaba. No se me alebestren”.

Historia de historias, libro de libros, *Arritmias* es una obra hecha para esperar y para encontrar al otro, al lector.

En *Arritmias* Angelina Muñiz alcanza un punto de madurez no sólo literaria sino humana. Aquí se reúnen la música y la pintura, la política y el arte, el erotismo y la contemplación, lo poético y lo narrativo,



Angelina Muñiz-Huberman

América y Europa. *Arritmias* es un libro itinerante, un libro de viajes y de viajeros, una botella arrojada al mar que cuenta las historias del océano a través de las vidas de los marineros y de los naufragos, un nido de historias interrumpidas y vueltas a retomar en diversos compases cruzados, concebidos para que aparezcan en su escenario, resucitados en un puñado de sobrevivientes. *Arritmias* se debe ver y leer como un caleidoscopio con forma de libro.

III. La Europa evocada por Angelina Muñiz-Huberman fue vista en su momento con estremecedora claridad por Alejo Carpentier en sus crónicas para la revista *Carteles*, en 1941: “Y es que París era una ciudad terriblemente provinciana, ante el nuevo panorama del universo. París, reina del

mundo —¡efectivamente!— entre los años 1830 y 1910, seguía creyendo en su reinado, aunque sólo fuese ya de oropel y pompa de jabón. París se negaba sistemáticamente a enterarse de lo que se produjera fuera de su radio de acción. Para reconocer valores extranjeros, tenían que traérselos cocidos y aderezados en bandeja de plata, en mesa propia. París rehusaba todo esfuerzo mental por saber cómo se pensaba en los Estados Unidos, cómo se vivía en la América Latina, cómo se sentía en Londres, cómo se opinaba en España...”.

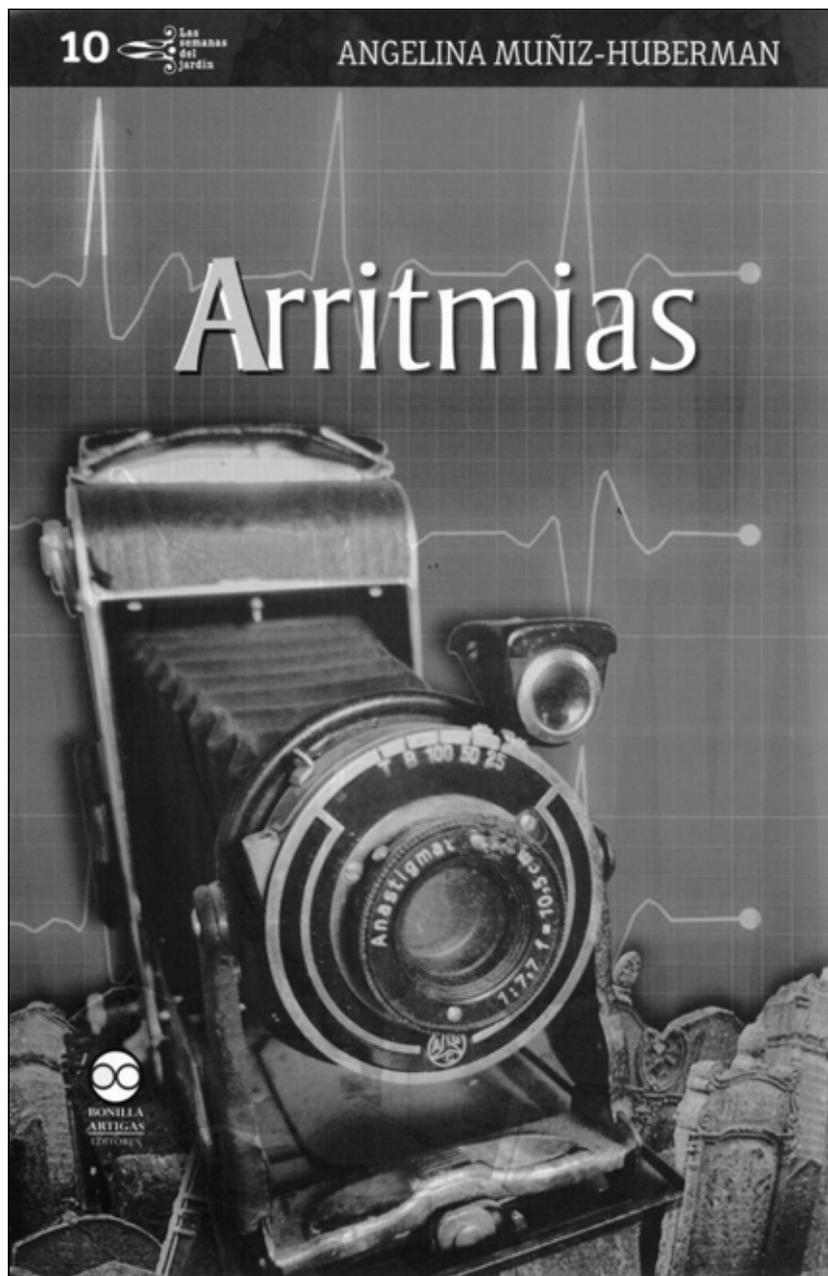
IV. El asunto del Holocausto y de la vida torturada no es tan nuevo en la literatura mexicana ni en la hispanoamericana. En 1945, hace 71 años, se publicó en México una novela de la escritora y crítica de

teatro de origen polaco Malkah Rabell: *En el umbral de los ghettos*. Llevaba un prólogo de José Revueltas. En él decía el mexicano algunas frases sobre la escritora que fue su amiga y que quizá pudieran proyectarse sobre Angelina, para inscribirla en un horizonte más amplio de la sensibilidad: “No, no es un libro para leer, sino para amar. Es un libro que tiene, por detrás, en cada página, dentro de las letras, un fuego presente. Transcurre y llama, transcurre y quema. No en vano, sino porque tiene pueblo...”.

V. En la sala de la casa de mis padres, había un cuadro que daba la bienvenida a los visitantes. Era un grabado hecho a tinta que representaba a un niño de unos tres o cuatro años sentado en un páramo con grandes ojos abiertos; atrás se distinguían unas alambradas. Era una imagen que la pintora polaca Fanny Rabel le había regalado a mis padres poco después de que se casaran en 1952. Ese cuadro estuvo en la sala durante años. Gracias a él quedó sembrada en mi imaginación desde muy niño la idea de que había pasado o estaba pasando algo como aquello que sucedía en el cuadro: la guerra. Muchos años después, empecé a darme cuenta de lo que significaba que mis padres tuvieran esa imagen a la entrada de la casa... La amistad lo explica todo.

VI. *Arritmias* no es un libro de medicina o para cardiólogos, como irónicamente señaló Angelina Muñiz que se estaba clasificando en algunas librerías. *Arritmias* tiene muchos niveles y horizontes, claves de lectura, personales y públicos, históricos y psicológicos, éticos y cabalísticos. Aquí sólo se han tocado algunos de los más epidérmicos.

VII. Para documentar mejor el tema de *La destrucción de los judíos europeos*, véase la obra monumental de Raul Hilberg, publicada originalmente en 1961 y traducida al español por Cristina Piña Aldao para la editorial Akal (Madrid, 2005, 1,453 pp). **U**



Angelina Muñiz-Huberman, *Arritmias*, Bonilla Artigas Editores, México, 2015, colección Las Semanas del Jardín, 136 pp.

Aguas aéreas

Las palabras de Konstantinov

David Huerta

En el largo poema “*Esthétique du mal*” (versos de la sección XIV), Wallace Stevens (1879-1955) hace comparecer al novelista y revolucionario Victor Serge (1890-1947). Es sorprendente: el poeta de la sutileza metafísica, del orden sublime, de la extrañeza en el orden imaginativo, se nos presenta aquí en conversación con el eterno disidente ruso-francés-belga, uno de los personajes más admirables del siglo XX y de las tragedias de fuego y sangre con las cuales quedó sellado para las memorias del oprobio.

Basta ver las fechas de nacimiento y muerte de los dos para darse cuenta de un hecho significativo: pertenecían a la misma generación, unidos en el tiempo histórico y separados por las aguas oceánicas. Luego se acercarían extrañamente, más o menos, en la geografía: Serge murió en América, en México, lejos de Bélgica, donde nació, y de Rusia, el país de sus obsesiones como militante político y fondo inevitable de prácticamente todos sus libros.

La misma generación no quiere decir la misma andadura vital, desde luego, lo cual resulta evidente ante Stevens y Serge; pero no deja de ser, como he escrito líneas arriba, un hecho significativo esta convergencia de fechas, en combinación con las divergencias en las ideas, en las vidas y en las posturas filosóficas, si queremos llamarlas así. Hay otra convergencia: algunos lectores devotos de Wallace Stevens lo somos también de Victor Serge. El título del poema, en un francés enraizado en Charles Baudelaire, apunta a las dos orillas de la cuestión: el estudiado esteticismo afrancesado de Stevens, en primer lugar; la lucha contra el mal librada por Victor Serge a lo largo de su vida de perseguido y exiliado. En el recuadro adjunto pueden

leerse los versos de Stevens y una traducción informativa, en prosa.

Como novelista, Victor Serge estuvo interesado en diversos asuntos de orden estético, igualmente abordados por Wallace Stevens en verso y en prosa reflexiva; a la recíproca, el poeta norteamericano reflexionó largamente acerca de temas morales y políticos fundamentales para Victor Serge. Diferían en muchos puntos; pero sus coincidencias resultan enormemente interesantes y estimulantes para la necesaria consciencia crítica de nuestro tiempo, y para seguir aclarando el panorama, si eso es posible, en torno a las calamidades del siglo pasado. Me refiero con esto último a esa dimensión infernal de la historia moderna, fácilmente puesta en cifra con una sola frase: “los crímenes de Stalin”, con una secuela espeluznante posterior a la muerte del tirano (en 1953) en la Unión Soviética. Esto es especialmente urgente en nuestro país: un historiador europeo —era, creo, Henri Lefebvre— afirmaba luego de estar entre nosotros: “El último estalinista del mundo morirá en México”. Así será, tristemente.

La sombra de la Revolución fue densa y acuciante para ambos: madre medeica en el trance espantoso de devorar a sus hijos, largo momento auroral o alba de los tiempos, “ingeniería de almas” y vasto proceso de mutación social, la Revolución fue vista desde lejos por Stevens y vivida desde muy adentro por Serge. Al poeta le parecía una especie de rizoma ponzoñoso, gigantesco, inmensamente destructivo; Serge la veía como un problema multidimensional en el corazón de los tiempos, desbordante de pasiones y de ideas, llena de energía —un fenómeno de magnitudes cósmicas. Era para Serge como una espe-

cie de conmoción telúrica semejante a la erupción de un volcán, como el Parícutín, de cuyos primeros días en tierra michoacana fue testigo el escritor exiliado. El poema stevensiano “*Esthétique du mal*” comienza con imágenes volcánicas, evocadoras de la muerte de Plinio el Viejo, mártir de la ciencia; hay volcanes, también, en las páginas ardientes de *Los años sin perdón*, la novela de Serge publicada en 2014 por la Universidad Veracruzana.

Ahora conocemos con pormenor las dimensiones del quebranto revolucionario; podía saberse desde hacía mucho tiempo, prácticamente desde los despliegues de la conducta “revolucionaria” de Lenin como agitador amparado por el Káiser y el torvo asalto al poder de los bolcheviques en 1917.

Uno de los protagonistas secretos de la tragedia del siglo XX, el italiano Nicola Chiaromonte, afirmaba con aplomo admirable: el movimiento socialista murió en ese largo momento en el cual fue incapaz de impedir el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Nunca he leído o escuchado una postura tan radical y tan lúcida: es posible, en verdad, fechar la debacle del socialismo y de sus ideas —o específicamente del movimiento sindicalista— en el momento de enfrentarse sin éxito a los poderes constituidos, cuando las consignas de diversos nacionalismos prosperaban en forma estridente y el fervor ante la guerra inminente (y deseada) iba encendiéndose por toda Europa y algunas regiones del Oriente Cercano. He aquí algunos de los hitos para explicar en secuencia las secuelas de ese fracaso monumental: la liquidación de los sindicatos por una orden de Lenin a principios de los años

Esthétique du mal
Wallace Stevens

XIV

Victor Serge said, "I followed his argument
With the blank uneasiness which one might feel
In the presence of a logical lunatic."
He said it of Konstantinov. Revolution
Is the affair of logical lunatics.
The politics of emotion must appear
To be an intellectual structure. The cause
Creates a logic not to be distinguished
From lunacy...

Traducción en prosa: *Victor Serge dijo: "Sigo su demostración con la sorda inquietud que se experimenta ante los enajenados razonadores". Hablaba de Konstantinov. La revolución es asunto de razonadores enajenados. La política de la emoción debe surgir como una estructura intelectual. La causa crea una lógica que no se distingue de la locura...*

Nota: El pasaje entrecomillado está tomado de la traducción de Tomás Segovia del libro *Memorias de un revolucionario*, de Victor Serge (Ediciones El Caballito, México, 1973). En el original francés, la frase "logical lunatic" está en plural: "aliénés raisonnéurs", como en la traducción de Segovia: "enajenados razonadores".

veinte; el irresistible ascenso del criminal Stalin y su dictadura feroz, hasta su muerte en 1953; las fallas filosóficas, metodológicas, políticas, del marxismo instrumentalizado por los partidos y las diversas militancias, y su implacable dialéctica totalitaria; los asedios de los imperialismos y fascistas enemigos del paradigma socialista o comunista. Hay muchas explicaciones más, incluidas la *glasnost* y la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov; también hay en todo ello hechos curiosos y desagradables, como las cuantiosas contribuciones económicas de los Legionarios de Cristo, y su profeta Marcial Maciel, al sindicato polaco Solidaridad. Esas explicaciones son de todo pelaje, unas más extravagantes, otras menos, todas insuficientes. La más valiosa y digna de atención me parece la de Chiaromonte. No olvido la mención de Czesław Miłosz a Chiaromonte en un poema muy hermoso.

Como integrante de la vieja izquierda mexicana —desbaratada en años recientes por la corrupción, la mentira y la criminal mala memoria—, puedo dar este pequeño testimonio (podría dar muchos otros, pero eso sería contar mi vida), decisivo para mí, quizá para nadie más: cuando de niño leí, transido de emoción, el libro *Poema pedagógico*, de Antón Makarenko, nunca imaginé cómo años después

quedaría profundamente impresionado por el destino de sus protagonistas. Eran estos los "niños de la calle" (huérfanos de guerra, pobres de solemnidad, víctimas de la historia y sus convulsiones) rescatados por los revolucionarios soviéticos y educados en el altruismo socialista; es decir, personajes de una especie de idilio redentorista o salvífico de signo secular. Esos niños se convirtieron más tarde en delatores, espías, policías políticos, policías a secas, burócratas del *gulag*, asesinos a las órdenes de Stalin, verdugos *de comunistas*, entre otras cosas. Eso, para no hablar del repugnante lirismo del título del libro de Makarenko: la educación con un "sentido social y revolucionario" vista como un "poema"; esa poesía pedagógica era el complemento o la continuación de la "ingeniería de almas" del socialismo en la Unión Soviética: el propósito era, como se puede ver, entrar a saco hasta lo más hondo de los seres humanos para modificarlos de acuerdo con los dictados del proyecto de regeneración social y política. No son esos los frutos deseables de la educación y del "sentido social" de esta. Basta por el momento.

Vuelvo a estos dos autores: el poeta y el revolucionario. Y el tercer término de la escena del poema de Stevens: un personaje llamado Konstantinov.

Muestra su juego y me entrega su secreto. El secreto es que todo ha sido traicionado. En vida de Lenin la traición se instaló en el Comité Central. Sabe los nombres, tiene las pruebas. No puede decírmelo todo, es demasiado grave, se sabe lo que se sabe. Si sospecharan que lo sé por él, estaría yo perdido. Es inmenso y temible. Se necesita, para hacer frente a ese complot, una lucidez sin fondo, un genio inquisitorial, una prudencia absoluta. Con peligro de su vida, somete al Comité Central sus análisis del inmenso crimen que estudia desde hace años. Murmura nombres extranjeros, los de los capitalistas más poderosos y otros más a los que presta un significado oculto. Menciona una ciudad del otro lado del Atlántico. Sigo su demostración con la sorda inquietud que se experimenta ante los enajenados razonadores. Y veo que tiene el rostro inspirado de un loco: "No hemos hecho la revolución para llegar a esto".

La locura de Hamlet, dice Polonio, "tiene método". Konstantinov padece una suerte de *hamletismo* revolucionario. Memorablemente, G. K. Chesterton decía: un loco lo ha perdido todo, menos la razón. ¿Es un loco así Konstantinov? Es un lógico lunático, un razonador enajenado, un alienado dueño de un sistema y de poderes delirantes de deducción y de análisis. Y también es o ha sido un hombre empeñado en una tarea inmensa y desgarrada de transformación social: la revolución. Esa palabra ("revolución") y sus resonancias de toda índole están en el corazón de Konstantinov, como lo estuvieron en el de Victor Serge.

La irrupción de Konstantinov en "*Esthétique du mal*" es un momento deslumbrante de la poesía moderna. Wallace Stevens, sin embargo, pasó por alto la frase final del personaje evocado por Victor Serge: "No hemos hecho la revolución para llegar a esto". Esa palabra tan simple, *esto*, está llena de imágenes atroces; y la decepción trágica, la frustración y la desesperación de Konstantinov, su locura, quedan como redimidas por esa última y patética declaración de una fe hecha trizas en el remolino volcánico de la historia. **U**

La espuma de los días

Coyote 13 por Paseo de la Reforma

José de la Colina

Cuando los editores Bonilla-Artigas me pidieron prologar los *Cuentos a deshora* de Arturo Souto Alabarce, me vino a la memoria la tarde del verano de 1953 en que por primera vez, tras habernos encontrado en una de las cafeterías Kiko's, Arturo y yo caminábamos charlando de literatura por el Paseo de la Reforma bajo un cielo azul navegado por las enormes, blanquísimas y se diría que marmóreas nubes de la Ciudad de México de antes de que el esmog llegara para quedarse. Él —hijo de un famoso pintor exiliado español, y exiliado a su vez— era en aquellos días un avanzado estudiante de letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se graduaría con *magna cum laude* dos años después, y ya había publicado cuentos y ensayos en algunas revistas, entre otras en *Segrel*, la que hacía con sus amigos Luis Rius, Alberto Gironella, José Luis González e Inocencio Burgos, y de la cual no llegarían a salir sino dos números, ni siquiera el tercero en que tradicionalmente suelen morir las heroicas revistas de escritores incipientes.

Del primer número de tal revista me había gustado su cuento “El candil” por el modo de narración lírica y por la paulatina revelación de un secreto que le daba la subyacente tensión. Y, mientras caminábamos por Paseo de la Reforma hablando de modos de narrar una historia, mencioné otro admirable cuento leído hacía unas semanas en el suplemento cultural de un periódico y del que no recordaba el nombre del autor pero sí el título: “Coyote 13”. Y entonces Arturo, sin alterar el tranquilo paso, “confesó”, como si fuese un delito, que ese cuento lo había escrito él.

Y han pasado seis décadas y tres años desde aquella tarde en que empecé a cono-

cer a Arturo Souto y le expresé mi admiración por “Coyote 13” sin saber que el autor caminaba a mi lado. Poco después de esa tarde apareció el cuento en una afamada antología norteamericana de ficciones de habla española, editada en formato de un *pocket book* y en alto tiraje, y me acostumbré a pensar que no tardaría en estar en todas las antologías de narrativa de muchos idiomas, pero hasta ahora, y hasta donde sé, no ha ocurrido así. Quizás a esa “ocultación” de una pieza maestra de la narrativa de habla española han contribuido la modestia y la timidez de su autor, de quien se diría que se hubiera empeñado en esconderse tras las funciones de maestro en letras, de ensayista, de crítico, las cuales cumplió excelentemente, pero como olvidando que sobre todo era un excepcional cuentista.

Y, hablando desde la pequeña autoridad de un fervoroso aficionado al género cuento, como lector y como autor, encuentro que hay vasos comunicantes, en el plano temático, entre el asunto de “Coyote 13” y los de tres famosas obras narrativas de mayor extensión verbal: la persecución infinita de una bestia como *raison d'être* de su perseguidor, en *Moby Dick*, de Melville; la larga y tensa espera de un combate que quizá nunca llegará, en *El desierto de los tártaros*, de Buzzati; o la creciente importancia de una fugaz mirada que cambiará el destino de dos personajes en *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas (publicada muchos años después de “Coyote 13”).

Algunos de los cuentos de Arturo parecen tender a prolongarse en el tono narrativo de las leyendas, como el mismo “Coyote 13”, que comienza con la mirada del narrador abierta al universo y concluye, pero a la vez se reanuda, en un breve e intenso intercambio de miradas entre el

cazador de una hacienda y su presa, un viejo y casi mítico lobo, personajes en una persecución infinita; o como “El Pinto”, otro relato extraordinario que, partiendo de una triste circunstancia social: la de un hombre humillado por su fea piel enferma y por el desprecio y el asco de otros, alcanza en la libertad, en la soledad y frente al mar, una estatura y un aura casi míticas. El protagonista combate la soledad trazando nombres en la arena de una distante y despoblada orilla del mar, quizá queriendo hacerlos vivir como hombres y mujeres, como personajes de cuentos.

Ha pasado más de medio siglo de aquella tarde en que empecé a conocer a Arturo Souto y le dije mi admiración por “Coyote 13” sin saber que él lo había escrito. A veces releo el cuento por gusto y por captar su secreto, y hace unos días encontré una libreta en la que, no recuerdo cuándo, apuntaba docenas de obras favoritas de distintos géneros y especies (de literatura, de cine, de pintura, de música, etcétera). Esta es la docena de los cuentos que han perdurado en mi gusto, por no decir en mi fascinación, y van sin orden cronológico ni preferencial: “El Aleph”, de Jorge Luis Borges; “El hombre que fue rey”, de Rudyard Kipling; “La leyenda de San Julián el Hospitalario”, de Gustave Flaubert; “Un día de campo”, de Guy de Maupassant; “Nadie encendía las lámparas”, de Felisberto Hernández; “Los muertos”, de James Joyce; “Un lugar limpio y bien iluminado”, de Ernest Hemingway; “¿No oyes ladrar los perros?”, de Juan Rulfo; “El guardaguas”, de Juan José Arreola; “Risa”, de William Saroyan; “Los siete mensajeros”, de Gilbert K. Chesterton; “Coyote 13”, de Arturo Souto.

Y salvo, quizás, uno o dos títulos, no modificaría esa lista. **U**

La epopeya de la clausura Richelieu y luego Mazarino inventan un juguete

Christopher Domínguez Michael

Nunca como en el siglo XVII la pluma fue tan hermana de la espada. Desde Francia, el poder político organizaba a la literatura, y esta correspondencia retrataba a la monarquía absoluta como la más alta de las obras maestras. El 10 de febrero de 1635, la Academia Francesa recibió su nombre y constitución. Cuarenta letrados, “libres de centinela y guardia”, fueron sus primeros miembros, por la gracia de Armand-Jean du Plessis, duque de Richelieu, primer ministro del rey Luis XIII.

Con fama legendaria de repulsivo y demoniaco, el parisino Richelieu (1585-1642) inventó esa forma absoluta de monarquía. Obispo de Luçon por accidente, asistió en calidad de clérigo segundón a los Estados Generales de 1614-1615, de los que salió vestido en personaje imprescindible para la Corte. Separará a Luis XIII de María de Médicis, la reina madre. Y al ejecutar a Henri de Montmorency, estrella de la nobleza, formaliza la razón de Estado contra los derechos de sangre. Mediante la violencia, Richelieu advirtió a los barones aún feudales que el resguardo de la soberanía real era la primera de sus obligaciones. Advertencia entonces insólita que provocará las guerras de la Fronda contra Mazarino, su sucesor.

Cardenal por profesión y católico por observancia, Richelieu combinó dos políticas al parecer irreconciliables. En el interior del reino, destruyó militarmente a los hugonotes pero les ofreció la tolerancia con el Edicto de Nantes. Obligó al protestantismo francés a convertirse en una religión nacional. Y en el exterior, mediante alianzas con potencias protestantes, logró el aislamiento progresivo de la católica España y sus aliados austriacos.

Militar de formación, hombre del Renacimiento con una inmensa fortuna invertida en arte, Richelieu fue el primer político moderno reo de la mordacidad de la prensa. Durante su dominio la imprenta alimentó a la opinión pública con panfletos de toda laya contra los poderosos. Otra de sus prendas de modernidad fue su indiferencia ante el “qué dirán” de los folicularios.

La vida de Richelieu es la historia de un enfermo. El cardenal preparó el siglo de Luis XIV desde una cama. Se hacía transportar en una enorme litera a cualquier escenario de la guerra, la política y la cultura. La aparición cardenalicia era precedida de una cuadrilla de albañiles destinados a perforar las paredes que impidiesen el paso del primer ministro. Víctima de ulceraciones anales, con abrasantes llagas que supuraban, Richelieu dirigió Francia durante un cuarto de siglo con 39 grados de fiebre, en promedio, cada día. Jamás planeó nada para el día siguiente. Todo lo realizaba en el acto. Y murió precisamente cuando su obra se consumió.

Príncipe pestilente, se convirtió en pieza de caza para los románticos del siglo XIX. Fue el villano ideal para la novedosa novela histórica. Alfred de Vigny en *Cinq-Mars* (1826) encuentra el mal absoluto en Richelieu y lo opone a un joven héroe sentimental, Henri d'Effiat, marqués de Cinq-Mars, aunque la verdadera historia es algo distinta a la hermosa fantasía del romántico. A Cinq-Mars más bien se le tiene por un traidor aliado con la España de Felipe IV contra Richelieu. Las derechas suelen idolatrar al cardenal mientras las izquierdas lo repudian.

Partidario de la ley sálica, que excluía a las mujeres del trono, Richelieu, quien no

tuvo sexualidad, interesó a su rey en amistades masculinas más íntimas, para evitar la nefanda conspiración femenina. Esa precavida política estuvo a punto de dejar al reino sin heredero. Pero en un descuido de Richelieu, Luis XIII embarazó a la reina Ana de Austria, madre del Rey Sol. Lo dice el duque de Saint-Simon.

Aunque recién constituida la Academia Corneille fue víctima de la censura, el dramaturgo honró a Richelieu diciendo que el cardenal encarnó a la grandeza española corregida por la elegancia francesa. *El Cid*, de Corneille, la más célebre de sus tragicomedias, fue estrenada en 1637 durante alguna de las querellas españolas. Aplaudirla era connivencia con el enemigo y en el mejor de los casos una desaprobación pública de la política cardenalicia. Elegante, Richelieu, en su calidad de protector de los académicos, se negó a cerrar el trato del Marais por razones políticas. Pidió una reseña crítica negativa, cuyo autor, Scudéry, fue enviado personalmente por Richelieu a informarle de su mediocridad escénica, violataria de las unidades neoclásicas, al compungido y amedrentado autor. “¿Y cómo se lo digo?”, preguntó el plumífero. “Si no sabe cómo decirselo, ¡cánteselo!”, ordenó el cardenal.

A Richelieu lo sucedió el italiano Julio Mazarino (1602-1661), encantador y dúctil. De su apestoso predecesor heredó la razón de Estado. Pero le agregó la comedia del arte. Siendo Mazarino solamente un oscuro emisario del papa Urbano VIII, se encontró por primera vez con Richelieu, el 15 de enero de 1630 en Lyon. Pasadas tres horas de conciliábulo, Mazarino se puso a las órdenes, primero secretas, luego públicas, del cardenal. Aquella época desconocía la noción de patria y tratándose de Italia



Cardenal Richelieu



Julio Mazarino

apenas existía, pues ese avispero de principados era sólo una referencia geográfica desde la cual irradiaban los Estados pontificios vigentes hasta 1870. Pocas veces en la historia dos hombres se han entendido de manera tan perfecta y congruente. Debe decirse que Mazarino no cedió a las concesiones territoriales de Richelieu, el motivo inicial de la entrevista de Lyon.

Su encanto era conquistar negándose.

Mazarino cruzó como un alfil el tablero de Europa y pronto alcanzó París, junto a la reina viuda Ana de Austria, ante la cual se presentó como nuncio apostólico en 1634. La madre del Rey Sol se enamoró de Mazarino. Se quisieron con sinceridad y pasión. Su romance fue la complot más audaz que se haya visto entre el amor y la política. Hasta llegó a decirse que se casaron en secreto. El filósofo Benedetto Croce lo negó con énfasis: “Sólo a los franceses puede ocurrírseles semejante atrocidad. El italiano distingue perfectamente la blasfemia del sacrilegio. Ama tanto la primera como execra de la segunda”.

“El cardenal de Richelieu y Luis XIII acaban de morir”, comentó Voltaire pues uno murió un año después que el otro, “uno admirado y otro odiado, el otro olvidado ya. Habían legado a los franceses, entonces muy inquietos, aversión por el solo nombre de gobierno y poco respeto por el trono”.

Estalló la guerra de la Fronda.

Ocurrida entre 1648 y 1653, fue la sublevación de los nobles contra el valido italiano, del Parlamento contra la Regencia y de los burgueses contra la miseria cau-

sada por la Guerra de los Treinta Años. Los partidarios de la reina madre y sus enemigos cambiaron de bando tantas veces que sería ardua tarea de relatar en una página. Concluyamos en que Mazarino, restablecido el orden, proclamó la mayoría de edad de Luis XIV, adolescente de quince años madurado en la adversidad.

La Fronda, insisten los historiadores, fue la última batalla de los señores feudales contra el Estado absoluto. Así lo cree el conservador Auguste Bailly, biógrafo lo mismo de Richelieu que de Mazarino y cuya obra floreció en los años treinta del siglo XX. A quien lo lea, le fascinará ver pasar al turbulento príncipe de Condé, al cobarde Gaston de Orléans o al cardenal de Retz (1614-1679), clérigo aventurero y escritor admirable cuyas *Memorias* invito a frecuentar.

¿Qué quiere decir la Fronda? No es, como se cree, el nombre de una partida de conjurados. Simplemente, durante el motín del Hôtel de Ville, que dio término a la guerra civil, el populacho arrojaba hondas (*frondes*) contra la Guardia Real. Más tarde, los nobles vencidos —entre ellos La Rochefoucauld, el moralista— se reunían a recordar sus hazañas como *frondeurs*, por haber lanzado sus hondas en aquella gloriosa derrota que despidió al espíritu de caballería. Mazarino apenas sobrevivió a su obra. Dejó recomendado a Colbert, el primer jefe de gobierno moderno, con Luis XIV. En opinión, otra vez, de Voltaire, nacía el más bello de los siglos.

La vastísima cultura de Mazarino cierra el Renacimiento con su pinacoteca y

su biblioteca. La primera será el modelo de las grandes colecciones museísticas; la segunda fue mucho más importante que el depósito de papiros perdido en Alejandría, con la cual compartió un destino desgraciado. Durante la Fronda la biblioteca fue saqueada y destruido su salón de lectura, el primero en su género, abierto a todo súbdito que supiese leer. Se cuenta que entre los clérigos letrados que la visitaban estaba un cura llamado Phamphilio, quien fue sorprendido robándose un libro. Conducido hasta Mazarino, el cardenal le ordenó la confesión del delito y la devolución del volumen. El cura sacó de su sotana un incunable pornográfico. Mazarino lo despidió con una sonrisa. Años después aquel Phamphilio sería el papa Inocencio X.

Lector de Maquiavelo, Mazarino dejó un *Breviario de los políticos*, escrito para el uso particular de Luis XIV. No es gran prosa la mazariniana aunque mientras el florentino no dejó de ser un lacayo de príncipes al frente de pequeños reinos, Mazarino fue un político cosmopolita y un hombre universal. Pero uno y otro hablan del mundo como es y no como debe ser. “No dejes a nadie”, le dice el cardenal al Rey Sol, “acercarse a un secreto con más facilidad de lo que dejarías acercarse a tu cuello a un prisionero decidido a degollarte”.

Hubo un tiempo en que los escritores eran espadachines y los espadachines, escritores. De la pluma a la espada, un cardenal italiano puso en la mano de un rey niño el más prodigioso y fatídico de los talismanes: el Estado. [1996] **U**

Zonas de alteridad

La catedral de las piedras

Mauricio Molina



Roger Caillois, 1975

Cuarzos, dendritas, estalactitas, fósiles, meteoritos, jades, metales, geodas, ramajes de cobre. Las piedras abren los ojos y respiran. Debemos a Roger Caillois (1913-1978) el haber escrito con erudición y prosapia sobre temas tan diversos como la teoría de los juegos, lo sagrado, la guerra, el mito, lo fantástico y abarcar la teoría literaria, la antropología, la sociología y algunas disciplinas de las ciencias naturales, como la biología o la geología. En sus años en la Escuela de Sociología, su pensamiento se asocia al de Georges Bataille, Gaston Bachelard, Michel Leiris y Georges Dumézil, con quienes se mantiene en constante debate y discusión.

Un afortunado vuelco en su vida lo trajo a Latinoamérica, donde tradujo a Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Pablo Neruda, Alejo Carpentier y Gabriela Mistral.

Si algo cifra la obra de Caillois es la curiosidad y la imaginación. Ya desde su libro inicial, *El mito y el hombre*, revela a un autor que busca ampliar nuestra percepción del mundo. A medio camino entre la ensoñación surrealista, la meditación filosófica o antropológica, este libro revela a un autor con preocupaciones muy originales. Su reflexión acerca de la mantis religiosa, el mimetismo y el sadismo en los insectos entreverándolos con comporta-

mientos y formas sociales humanas, convierten a este libro, hermano de *Las lágrimas de Eros*, de Bataille, en un verdadero clásico del ensayo que funde con precisión quirúrgica el rigor metodológico con la poesía.

Libros como *El hombre y lo sagrado* y *Los juegos y los hombres* revelan a un pensador que reflexiona sobre temas que ligan la sociología, la política, el comportamiento social, con el juego, la sacralidad. Caillois se adelanta en estos libros a reflexiones posteriores. Pienso en la sacralidad a lo Giorgio Agamben o en las teorías de los juegos en la política y la economía.

Pero la exploración entre lo animal y la imaginación humana estuvieron entre sus temas más constantes. El mimetismo le produjo una suerte de fascinación a lo largo de su vida, y su ensayo *Mitología del pulpo. Ensayo sobre la lógica de lo imaginario* es una muestra cabal de ello. En ese pequeño libro, una verdadera joya, Caillois aborda desde el Kraken hasta Julio Verne, pasando por Victor Hugo y Lautréamont.

Actúa en el pensamiento de Caillois el demonio de la analogía, la teoría de las correspondencias a lo Baudelaire. El pensador francés encuentra las relaciones ocultas entre las cosas y los hechos, entre las imágenes y el pensamiento, entre el comportamiento y el mito. Su método, además del antropológico y sociológico, es el del poeta que va en busca de relaciones ocultas, vasos comunicantes a la manera del surrealismo de André Breton, con quien sostuvo una polémica relación.

Si bien las obras que hemos mencionado son notables y de una actualidad irrefutable, quisiera detenerme aquí en su libro acaso más personal y de mayores alcances poéticos. Me refiero a *Piedras*, cuya nueva

versión en español acaba de publicarse en la editorial Siruela. Se trata de una obra inclasificable, a medio camino entre la divagación poética y la meditación geológica. Dendritas, geodas, cuarzos, ágatas, metales, meteoritos se dan cita en esta prolongada e hipnótica indagación o divagación. Tomando el principio de las correspondencias de Baudelaire, Caillois encuentra en las piedras metáforas animales, arquitectónicas, cósmicas. Le fascina su quietud, su inmovilidad, su carácter casi eterno: o por lo menos de una temporalidad que va mucho más allá de la existencia humana. Va en busca de leyendas y mitos en torno a las piedras, desde amerindios hasta chinos, griegos o medievales. En algunos momentos su escritura es erudita y apasionada, en otros es fluida como el agua. Y esto es lo contundente del libro: Caillois utiliza una prosa líquida, envolvente, para hablarnos de las piedras. Se trata de una de las obras más originales de la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XX.

No es extraño que un autor que dedicó su vida a lo imaginario —y que escribió un ensayo definitivo sobre la literatura fantástica— se haya consagrado a un tema tan original, de una profundidad metafísica como lo son los minerales, las rocas y su inmutable poderío sobre las otras formas de la naturaleza: ellas viajan por el espacio, guardan las huellas de la vida, se suavizan con el agua, son pacientes con el fuego. Su humildad sólo es aparente. Lo suyo es la permanencia.

Piedras no se parece a nada y al mismo tiempo el fluir de la prosa recuerda a un Gracq e incluso a Valéry (pienso en el ensayo “La idea fija”) y a Proust, aunque se percibe una clara influencia de Borges, su amigo en los tiempos en que el escritor francés vivió en Argentina. La impronta del pensamiento de Bergson también se hace evidente en este libro: la duración de las piedras, el tiempo de las piedras es reposado e inmóvil, y eso parece fascinar de manera especial a Caillois.

Pero sobre todo creo que se trata de un libro surrealista, de un barroquismo a menudo suntuoso. El demonio de la analogía recorre cada página. Y no puede ser de otro modo: cómo hablar de la quietud, de la inmovilidad, sino por medio de compa-

raciones. El oleaje de las ágatas, la exasperación de los cuarzos, la lenta paciencia de las estalactitas.

Piedras se compone de dos libros: *Piedras* y *La escritura de las piedras*. En el primero evoca la mitología, la física, la metafísica y la moral de las piedras. En cada uno de los apartados hay una serie de evocaciones, pensamientos, pero sobre todo descripciones, como las cabelleras de un fragmento de cobre encontrado en Nueva Zelanda o el agua milenaria atrapada dentro de una geoda. La mitología resulta extrañamente curiosa: desde el sabio chino que encuentra un palacio en un pequeño cristal de roca hasta las piedras del Nilo que impiden que los perros ladren.

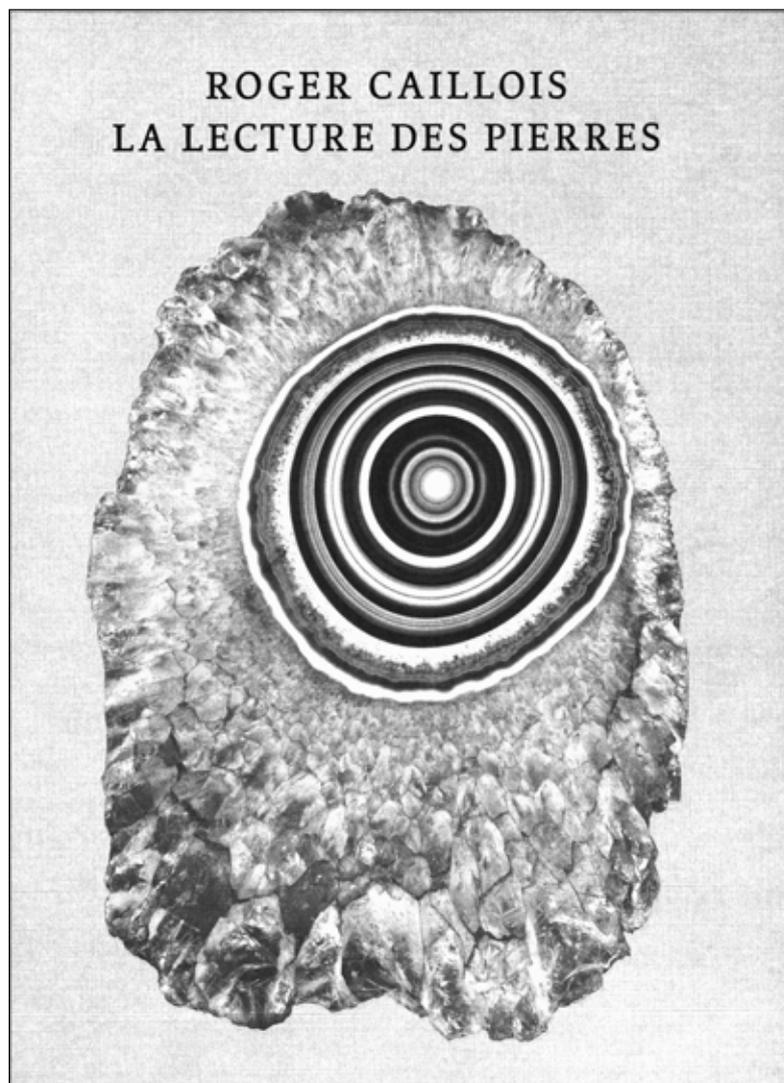
Cabe aclarar que Caillois fue un coleccionista de piedras. Su colección es tan grande que hoy se encuentra en el Museo Nacional de Historia Natural del Jardín des Plantes de París.

Ya Wittgenstein nos advirtió de la imposibilidad de describir un aroma, un co-

lor, un sabor, sin recurrir a la metáfora. Vivimos en el reino encantado de las asociaciones y disociaciones. Lo mismo sucede con las cosas elementales: el mar, el deseo, la muerte. Es el recurso que utiliza Caillois sobre todo en el apartado *La escritura de las piedras*. Ve pájaros en las ágatas, cabelleras en las dendritas, palacios en las geodas: una intrincada red de alucinaciones petrificadas recorre todo el libro. Es como si las piedras abrieran los ojos y nos miraran desde su quietud inexorable.

Más allá de la erudición geológica y mitográfica de Caillois, hay en este libro extrañamente aéreo una poética de lo informe y al mismo tiempo una suerte de mística de lo pétreo. Por ello, Caillois ha creado una suerte de Catedral: un lugar, la escritura, donde las piedras en todas sus manifestaciones resfulgen en todo su esplendor. **U**

Roger Caillois, *Piedras*, traducción de Daniel Gutiérrez Martínez, Siruela, Madrid, 2016, 202 pp.



György Ligeti: el arte de la sinestesia

Pablo Espinosa

Sonido y resplandor.

Si escuchamos un sonido y enseguida vemos un resplandor como consecuencia de esa emisión sonora, es que estamos escuchando una obra de György Ligeti (Transilvania, 28 de mayo de 1923-Viena, 12 de junio de 2006).

Ahora que se cumplen diez años de su desaparición física, la revisión de su trabajo muestra un desconocimiento general de esa obra por parte del gran público, a pesar de la difusión masiva que gozaron algunas de sus partituras, inmortalizadas en los filmes *2001: A Space Odyssey*, de Stanley Kubrick, en 1968 y después en *The Shining* en 1980 y en la obra maestra póstuma de Kubrick, *Eyes Wide Shut* (1999).

La música de Ligeti resulta un sistema de océanos por descubrir, galaxias por explorar, territorios vírgenes muchos de ellos. Con la música de Ligeti se abren mundos.

¿En qué consiste la música de György Ligeti?

Por lo pronto, en:

Neblinas sonoras, zumbidos insectoides, umbrales mágicos, mundos extraños, metáforas de óleos de El Bosco, velocidades pasmosas, estallidos brutales de sonido, humor, mucho humor, paisajes oníricos, mecanismos complicados, artefactos sonoros venidos de otros mundos, plantas mágicas, corales espectrales, sonido y resplandor.

Eso, sonido y resplandor: puse a sonar *Lux Aeterna*, cerré los ojos y a los dos minutos empecé a ver colores. Como esta obra está escrita para voces *a cappella*, me recordó una experiencia sinestésica que tuve hace algunos años con el Hilliard Ensemble en vivo, en el Templo de la Valenciana de Guanajuato, con la obra *Stim-*

mung, de Karlheinz Stockhausen, similar a la de Ligeti.

En el caso de *Stimmung*, vi colores mientras escuchaba la música con los ojos abiertos, pues los había cerrado en cuanto la intensidad de la obra se colmó de sublime. De pronto, la intensidad de la música creció y comencé a observar colores. Tenía los ojos cerrados otra vez y pensé que se trataba de algún efecto de la oscuridad, o porque había apretado los párpados involuntariamente. Para cerciorarme de lo contrario, los abrí y de inmediato observé una serie de mareas de colores que flotaban contra los altos muros del templo; tenían sustancia parecida al plasma y eran capas muy finas que se movían con lentitud y elegancia.

Mientras sonaba *Stimmung*, vi colores lilas tenues, rosas, rojos suaves, naranja intenso, luego verde. Como una aurora boreal.

En el caso de la obra de György Ligeti, *Lux Aeterna*, puse a sonar el disco, me coloqué unos audífonos profesionales y cerré los ojos. Rojo líquido muy intenso. Un lienzo rojo líquido que se movía muy lentamente, como una ola horizontal marina. El lienzo se fue estirando, estirando, hasta romperse suavemente y de la oquedad surgió un blanco intenso, que al moverse se convirtió en azul pálido.

Transcurría la música mientras todo parecía flotar en el espacio. El lienzo ondulado color azul pálido comenzó a estirarse, estirarse, hasta desvanecerse en cámara lentísima y de la oquedad nació un emocionante verde cristalino que se difuminó ascendiendo, ascendiendo hasta quedar colgado en un punto en el infinito, hacia donde caminó la música llevándose lejos su sonido. Así terminó la obra.

Puse a sonar enseguida *Lontano* y, ojos cerrados, lo que se me presentó en el horizonte completamente oscuro fue el diamante que aparece cuando concluye un eclipse total.

Mientras transcurría *Lontano*, apareció un hermoso resplandor dorado y empezó a trenzarse en espiral, luego avanzó horizontalmente y se onduló, viajando en el espacio lentamente.

Aparecieron luego resplandores naranja tenue, amarillos y plata cuando estalló el *tutti* de la cuerda.

Lontano forma parte de la banda sonora que ideó Stanley Kubrick para su filme maestro en el espacio. La partitura sigue el modelo que planteó el pintor renacentista Albrecht Altdorfer (1480-1538), continuador de Durero y Lucas Cranach el Viejo, en su alucinante cuadro titulado *La batalla de Alejandro*, donde las nubes azules se abren y aparece un dorado rayo de luz que brilla intensamente.

György Ligeti basó en sus capacidades sinestésicas su mayor forma de inspiración. Desarrolló en sus obras un sistema de percepción donde imágenes y sonidos son interdependientes.

El sentido del tacto toma también preponderancia en la medida en que los contornos se perciben dotados no solamente con dimensiones particulares, sino también con consistencia y textura.

Ligeti incorpora una tendencia instintiva de investir ideas con densidad corpórea.

Y todo esto implica una nueva manera de sensualidad.

Así lo explicaba el propio Ligeti: “la traslación involuntaria de impresiones ópticas y táctiles en acústicas, me sucede con frecuencia. Color, forma y sustancia casi siempre me evocan sonidos, justo como

en el caso inverso: toda sensación acústica me evoca formas, colores. Incluso conceptos abstractos, como cantidad, relación, cohesión, me aparecen en formas sensuales y tienen un lugar en un espacio imaginario”.

Para Ligeti, toda letra tiene un color. Los acordes mayores, decía, son rojos o rosas. Los acordes menores son entre verde y café. “Cuando digo C mayor tiene un color oxidado rojo-café y D menor es café. Esto no viene de las tonalidades, sino de las letras C y D”.

Desde niño estuvo convencido de que los números también tienen un color: 1 es gris acero, 2 es naranja, 5 es verde. “Quizás haya yo visto el número 5 verde en alguna estampa o en algún anuncio de algún estanquillo. Pero debe tratarse de asociaciones colectivas también. Por ejemplo, para la mayoría de las personas el sonido de una trompeta es probablemente amarillo, pero yo lo percibo rojo, por agudo”.

Ha habido en la historia grandes compositores sinestésicos. Cada uno interpretó a su manera los sonidos y colores. Scriabin, por ejemplo, asociaba el *mi bemol* con el color púrpura, mientras Rimsky-Kórsakov lo hacía con el azul.

Entre los grandes compositores con capacidades sinestésicas están Franz Liszt, Jean Sibelius y Olivier Messiaen, muy identificado con las tonalidades naranja, lila, rojo y amarillo.

La condición sinestésica de la música de Ligeti abre la posibilidad de un entendimiento más profundo de su música, que requiere una percepción sinestésica análoga también de parte del escucha.

Pero no es que uno se sienta obligado a escuchar colores. Eso depende de cada escucha. Habrá quienes sólo aprecien la música como material acusmático, otros que perciban otro tipo de sensaciones o, bien, como la mayoría, decidan dejar de escucharlo por considerarlo “difícil”.

Ciertamente hay obras de Ligeti que requieren cierto esfuerzo auditivo. Pero también hay piezas muy accesibles. Quizá la más famosa sea la primera de las *Seis Bagatelas*, *allegro con spirito*, para quinteto de alientos.

La segunda de esas *Bagatelas*, *rubato*, contiene la atmósfera plena que cautivó a Stanley Kubrick para sus filmes, por su es-

píritu mágico, su ambiente sumamente misterioso.

Esa atmósfera inquietante flota en la impresionante pieza para dos pianos titulada *Monument, Selbstportrait und Bewegung*.

Especialmente hermosa la *Musica ricercata numero 7*, que interpreta con maestría la pianista georgiana Khatia Buniatishvili en su disco *Motherland*.

O bien su obra póstuma, tres libros con sus *Estudios para piano*, donde vuelca su fascinación e influencia que recibió de los músicos pigmeos de Aka, África.

El repertorio de György Ligeti es muy amplio. Hay varios Ligeti. Está el de la obra temprana, que él con ironía denominaba “el Ligeti prehistórico”, con sus sobresalientes cuartetos para cuerdas.

O bien el Ligeti irónico y extremo, autor de una antiópera brutal: *Le grand macabre*, escrita originalmente en alemán: *Der grosse Makaber*, en dos actos, con un libreto del propio compositor en equipo con Michael Meschke, director del Teatro de Marionetas de Estocolmo y basados libremente en la obra de teatro del autor belga Michel de Ghelderode: *La ballade du grand macabre*.

Después de conocer la obra antioperística de Mauricio Kagel, *Staatstheater*, Ligeti

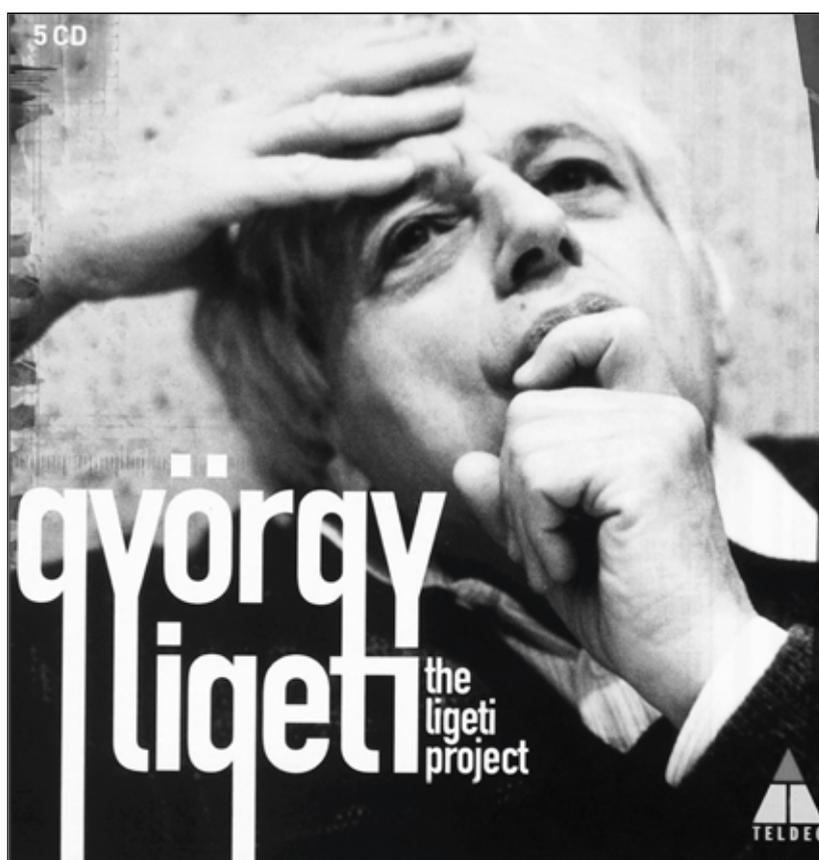
llegó a la conclusión de que no era posible escribir más antióperas. Entonces decidió escribir una anti antiópera, en un reconocimiento irónico tanto de las tradiciones operísticas como una parodia del género.

Esa ópera reúne una extraordinaria variedad de estilos y momentos insólitos, como un prelude para timbres para llamar a la puerta, solos de órgano eléctrico, instrumentos poco convencionales como bongó, maracas, mandolina y silbatos, que se alternan con gritos, eructos, interjecciones y cacareos.

Tiene momentos de intensidad expresiva semejantes al *Wozzeck* de Alban Berg y duetos amorosos al estilo de Monteverdi. Va de lo sublime a lo escatológico (como Mahler) y posee una claridad sonora asombrosa.

Alex Ross hace notar en la obra *Apparitions*, de 1960, que los fagotistas tocan sus instrumentos sin lengüetas, los instrumentistas de metal golpean las boquillas con sus manos y a un percusionista se le pide que destruya una botella en un cajón recubierto de láminas metálicas (“asegúrese de llevar gafas protectoras”, aconseja la partitura).

En 1962 Ligeti asombró de nuevo al mundo con un *Poème symphonique* para cien metrónomos. Fascinante.





György Ligeti, *Música ricercata*, 1951-1953

Escribió música de rock. Sí, rock: su *Hungarian rock* es sumamente divertido, energético, hipnotizante.

Es una chacona para clavecín, escrita en 1978, con vitalidad española y *boogie-woogie*.

Alex Ross relaciona este *Hungarian rock* con “Hit the Road Jack”, de Ray Charles, la “Misa en Si Menor” de Bach y “Simple Twist of Fate”, de Bob Dylan. A mí me suena a Conlon Nancarrow y a *El rincón de los niños*, de Debussy, autor a quien Ligeti admiró profundamente.

Este *Rock húngaro* está incluido en discos de culto, tan especiales como *Bizarre ofbaRock*, de la clavecinista Elizabeth Anderson, *Deconstruction*, de Barbara Maria Willi y en el fascinante disco *Mechanical Destruction*, del LP Duo, con una versión alucinante que acerca a Ligeti a los maestros minimalistas, en especial a Steve Reich y Terry Riley.

Precisamente con Reich y Riley mantuvo admiración mutua y amistad profunda, cuyo reflejo fiel está en su obra titulada con gracia *Selbstoptrait mit Reich und Riley (und Chopin ist auch dabei)*: “Autorretrato con Reich y Riley (y Chopin también está presente)” y es una fascinación minimalista.

Esa increíble diversidad estilística, temática y de contenidos en la obra de Ligeti acusa una cultura amplísima, pero sobre todo una curiosidad perenne.

Sus intereses musicales datan de Johannes Ockeghem (1410-1497), Béla Bartók, Gustav Mahler, Debussy, la ciencia, la literatura.

Explicaba: “diría que se necesita cierto nivel de educación para escuchar mi música e identificar el sistema de asociaciones temáticas que hay en ella. Pero también diría que mi música se puede escuchar sin más, como simple música pura”.

Entre ese sistema de asociaciones está su muy particular noción del tiempo: “para mí la idea del tiempo es algo blanco, como una neblina que fluye lenta e inexorablemente de izquierda a derecha, haciendo una suerte de sonido suave como hhhh”.

Para Ligeti, “izquierda”, en este caso, “es un espacio púrpura, de escasa consistencia y sonido sordo”, mientras “derecha” es de color naranja, con superficie de epidermis y sonido amortiguado”.

En el *Requiem* y en *Aventures*, hace notar el autor, podemos percibir “aves individuales” y “súbitamente, el palpitar de una mariposa en círculos rápidos y movimiento giratorio y vuelve a detenerse en el espacio”.

¿Cómo logra Ligeti hacer sonar colores?

Básicamente, mediante un sistema de asociaciones y correspondencias.

Crea la ilusión de distancia física y temporal en el sonido dejándolo flotar, poniéndolo suspendido en el espacio.

Y, por supuesto, mediante la propia escritura. Por ejemplo, en *Lontano*, la ilusión espacial ocurre porque la entrada de los tres cornos se da súbitamente luego de un pasaje *forte* cuádruple.

Ligeti lo explica así: “detrás de la música hay otra música y detrás de ella, otra más, en una perspectiva sin fin, como

cuando nos observamos en dos espejos y ocurre una reflexión infinita”.

Durante el proceso creativo de Ligeti, explica Constantin Foros en su amplio estudio de más de 600 páginas, siempre hay conceptos que forman una constante.

Ideas, imágenes, objetos: nubes, cristales, agua, llanto, lamento, tumulto, prisa, uñas rasgando la pared, máscaras africanas, chamanes, magos, brujos, danza.

No es casualidad que su pintor favorito haya sido Hieronymus Bosch, que haya tenido una particular fascinación por las obras de Escher, que en Franz Kafka haya encontrado un interlocutor, un espejo.

György Ligeti es un océano. Sin la guía de una sirena uno no sabría hacia dónde nadar.

La sinestesia es una manera de vivir la música de Ligeti. No es la única, pues no es menester sentarse, cerrar los ojos y en lugar de meditar, escuchar *Lux Aeterna*, *Lontano*, *Atmosphères* y otras obras altamente sinestésicas, para decir: “voy a escuchar y ver colores”.

Además, la sinestesia, al igual que la dislexia, suelen ser consideradas como “anomalías”. Para las ciencias y la neurología se trata de “una falla del cerebro”.

Quizá por eso Olivier Messiaen solía decir: “sufro de sinestesia, aunque hay quienes querían que dijera: gozo de sinestesia”.

No fue sino hasta que Oliver Sacks, el gran neurólogo, escritor y filántropo, rescató la dignidad del enfermo, para ser tratado como diferente, simplemente.

Y como todos somos diferentes, cada uno escucha de manera diferente.

La sinestesia no es una enfermedad. Es un gozo. A todos, a cualquiera nos puede ocurrir escuchar un sonido y disfrutar su resplandor.

Tanto el melómano que ha entrenado el sentido del oído durante años como el escucha desprevenido tienen la capacidad de escuchar colores, no sólo en Ligeti, también en otras músicas, otros ámbitos, otras otredades.

Y usted, lector, ¿ha visto alguna vez colores mientras escucha música?, ¿le gustaría?

Para percibir el sonido y gozar su resplandor, todo es cuestión de abrir la mente, los oídos.

Ah, y el corazón. **u**

Apropiación indebida

Antinovela rosa

Guillermo Vega Zaragoza

No existe ni existirá una novela que de vele, de una vez y para siempre, los misterios del amor, porque, como sucede con la mayoría de los asuntos humanos, nada es absoluto; todo cambia de acuerdo con el momento que nos toca vivir. Sin embargo, hay aspectos que trascienden las épocas y se convierten en arquetipos con los que nos identificamos y nos ayudan a comprender la complejidad del alma humana.

Pensemos en *Madame Bovary*, a cuya protagonista, o mejor dicho: a su extraviado comportamiento, le debemos el término *bovarismo*, el sentimiento de insatisfacción crónica que sienten ciertas personas cuando sus ilusiones y aspiraciones (a menudo desproporcionadas respecto de sus propias posibilidades) chocan con la terca realidad, lo que les provoca una profunda frustración. Desde luego, para el lector actual, los azotes de Emma nos pueden parecer burgueses y *démodés*, pero en lo general siguen siendo sentimientos e impulsos que permanecen y se adaptan a las costumbres de cada época. Quizá por ello ha llamado la atención una novela como *Apropiación indebida*, de la escritora y periodista sueca Lena Andersson (Estocolmo, 1970), con la cual ha obtenido varios premios literarios en su patria, donde ha vendido la friolera de 200 mil ejemplares, y está teniendo una amplia difusión en Hispanoamérica a partir de su publicación en español por parte de Alfaguara.

El libro lleva como subtítulo *Una novela sobre el amor*, aunque en rigor se trata de una novela sobre el desamor, ya que cuenta la historia del desencuentro sentimental entre una mujer, Ester Nilsson —31 años, poeta, ensayista y maratonista amateur—, y Hugo Rask, sesentón y reconocido artista visual, de quien ella se obsesiona duran-

te un par de años, luego de sostener tres encuentros sexuales. La narradora explica en el primer capítulo que esta historia trata de “las atroces brechas que se abren entre el pensamiento y la palabra, entre la voluntad y la expresión, entre la realidad y la irrealidad, además de lo que crece en esos espacios”. Ni más ni menos. La narración se desliza linealmente, sin contratiempos. Lo que más llama la atención son las agudas y sensatas reflexiones de la narradora para tratar de explicar las razones del comportamiento de la protagonista, quien incluso parece tener muy claro los porqués de su conducta ante el hombre del que dice estar perdidamente enamorada. Estos insertos reflexivos hacen recordar a Milan Kundera, sobre todo en *La insoportable levedad del ser*, otra novela sobre la imposibilidad del amor. Sin embargo, la historia de Tomás y Teresa está situada en 1968, durante la Primavera de Praga y sus secuelas, días de conmoción y definiciones vitales y políticas. En tanto, el relato de Ester y Hugo se desarrolla en la apacible sociedad sueca actual, donde domina el confort derivado del Estado del bienestar y el compromiso político se dirime en tertulias y charlas de café.

Ester recibe la encomienda de preparar una ponencia sobre la vida y obra de Hugo Rask. Se conocen y ella queda fascinada por el artista, quien vive rodeado de un séquito de aduladores y, desde luego, de mujeres jóvenes que lo idolatran. Tras algunos escarceos, Ester y Hugo hacen el amor; ella se siente invadida por una pasión nunca antes experimentada y sin más abandona a Per, su pareja de hace tiempo, aunque Hugo, simple y sencillamente, no da color de querer comprometerse con Ester, más allá de conversar y hacerse

el misterioso e inalcanzable: no contesta llamadas ni mensajes, y cuando se encuentra con ella se hace el desentendido. Ester razona y analiza con meridiana lucidez lo que siente y experimenta, pero en cuanto se encuentra ante él se comporta como una estúpida. Cada gesto, acción o reacción de Hugo hacia ella es interpretado como un signo clarísimo de amor: un leve roce con la mano, un mensaje no respondido, acordarse de ella por la portada de un libro, recordar que le gustan las ensaladas...

Por otro lado, la narradora tiene una forma curiosa de relatar, digamos, algo rebuscada: “Únicamente cuando todos sus neurotransmisores funcionaban al máximo rendimiento, era capaz de reunir la energía suficiente para ir de compras, algo que por lo general consideraba una actividad carente de todo sentido...”. Otro ejemplo: “Con los folículos pilosos ardiendo, Ester Nilsson preguntó a la redactora por qué la consideraba la persona más adecuada para esa tarea...”. Todo esto sin contar las disquisiciones filosófico-fenomenológicas sobre el amor y el comportamiento del que ama, o mejor: de aquel que está obsesionado con otro que no le corresponde y que, a todas luces, nunca le corresponderá. Por lo menos, Emma Bovary tuvo la coartada de que Léon Dupuis la sedujo y la engañó. Ester ni siquiera eso: Hugo siempre demostró ser un ególatra de mierda, encantador y fascinante, pero un ególatra al fin y al cabo. ¿Por qué una persona atractiva, sumamente inteligente y reflexiva como Ester, cae en tal vorágine de angustia y autoescarnio, de rebajar su dignidad hasta el piso, por un tipo al que no le interesa más allá de los acostones que tuvieron?

El meollo de la novela se encuentra en este párrafo: “En una famosa declaración,

el primer ministro Tage Erlander (en el cargo entre 1946 y 1969) describió la construcción social de la Modernidad, también conocida como Estado del bienestar, como una adicción patológica. No fue esa exactamente la expresión que utilizó, pero tal era el significado que se infería de sus palabras cuando aludió a la insatisfacción inherente al crecimiento de las expectativas: una ley psicológica natural. Cuando te dan lo que anhelas, sientes gratitud durante un instante; pero pronto te adaptas y lo encuentras normal, de manera que empiezas a ver lo obtenido como un estándar mínimo. Las expectativas aumentan y se exige más para estar contento. Ya no basta con agua corriente, alimentación sana, coche y una vivienda más grande: se necesitan sucesivas y más ambiciosas reformas para que la gente se sienta igual de bien que antes. La dosis ha de subirse, y suministrarse más a menudo. Ester no era feliz, a pesar de haberse consumado la unión carnal entre ellos. Ahora lo que le preocupaba era la continuación...”

Ahora sí termina uno de entender a la perfección a los personajes de las películas intimistas de Ingmar Bergman, como *Secretos de un matrimonio* (1973). ¿Por qué

están tan insatisfechos los suecos si tienen todo para pasársela a toda madre? Es cierto que a los seres humanos nos define la insatisfacción permanente, porque experimentamos un vacío existencial que no se puede llenar con nada material y por ello nos aferramos a la entelequia de lo que denominamos “la búsqueda del amor”. Al parecer, lo que les pasaba a los suecos desde los setenta ahora lo experimentan muchas personas en el mundo, de ahí el gran éxito de esta novela. Las personas privilegiadas y “exitosas” no pueden soportar un “no” por respuesta, para nada, mucho menos en asuntos del amor. Ahora muchos piensan así: “¿Cómo me van a rechazar a mí! ¡A mí, que soy tan fabuloso! [o fabulosa, el asunto del género es irrelevante]. Si tengo todo: belleza, inteligencia, éxito profesional, reconocimiento social... ¿Quién se cree ese que es para rechazarme?”. Y luego, el infierno. Porque a nadie se le puede obligar a hacer algo que no quiere (bueno, apuntándole con una pistola, a lo mejor...), mucho menos a amarnos si no le nace. Por ello, *Apropiación indebida* funciona como una verdadera “antinovela rosa”. La realización del amor es imposible para personas que emprenden su búsqueda de la manera, algo

extraviada, en que lo hace Ester Nilsson. Para mitigar su angustia ante una realidad anodina y aburrida, Ester necesita el vértigo del enamoramiento como una droga, le desespera lo previsible, sólo la tranquiliza más vértigo, más embriaguez; Hugo le proporciona las dosis adecuadas de esa droga que la obnubila y la hace caer a niveles insospechados. Y, como cualquier *junkie*, llega un momento en que ya no puede más y cae agotada, fulminada.

No estamos diciendo nada nuevo, como no lo dice esta novela, que sin embargo a muchos lectores —menos avezados y reflexivos que la narradora— les resultará especialmente reveladora y la leerán con fruición, abriendo los ojos estupefactos a cada párrafo e identificándose con las situaciones vergonzosas (para los suecos, que son tan civilizados) a las que se expone la protagonista, y la terminarán de leer y la recomendarán en sus muros de Facebook y a través de mensajes de WhatsApp, y le dirán a sus amigos y amigas: “Tienes que leerla, parece que nos anduvieron espiondo; cuenta tu historia y la mía”. **U**

Lena Andersson, *Apropiación indebida. Una novela sobre el amor*, Alfaguara, México, 2015, 207 pp.



Lena Andersson

G. K. Chesterton

La soledad del queso

Edgar Esquivel

Uno de los 38 breves ensayos del escritor inglés G. K. Chesterton (1874-1936) reunidos en *Alarmas y digresiones* (la mayoría publicados en el *Daily News* entre 1908 y 1910) refiere una ausencia de llamar la atención: los poetas no hablan del queso. Para Chesterton son Virgilio y algún anónimo los únicos que concedieron hacia un término más propio, aparentemente, de avatares culinarios que literarios una mínima atención. La omisión parece inexplicable, a la luz de argumentos que no son veleidosos —es una “sustancia en sí misma imaginativa”, antigua y sencilla—; sin embargo, más allá de la suspicacia que despierta en el creador del padre Brown —por probable desdén u olvido sumario—, yace una preocupación adicional: es notorio que “los poetas han guardado un misterioso silencio sobre la cuestión del queso”, pese a “que reúne todas las cualidades que requiere la poesía más exaltada”. Chesterton no recuerda ningún otro autor o verso que se inspire a partir de ese alimento que permanece cada época, pues justo esta cualidad —la trascendencia— es “la esencia misma de cualquier poema” porque conforma una “verdadera civilización poética”, es decir, “universal y variada”. Ello es señal de autenticidad, identidad, e incluso de que “el realismo no es más que la fábula que ha perdido la razón”.

Las conjeturas de Chesterton —“periodismo fútil, fugaz imprecisión”— son algo más que suposiciones jocosas: si bien se asoma un posible reproche —ante un abandono o tal vez un destierro de la expresión “queso”—, de igual modo una prédica por lo que “debería” ser. Y ante ello no faltarían posiciones encontradas: ¿por qué el queso —“palabra breve y sonora”— debería tener o no tener un lugar especial?

Es posible que algunas rimas no cumplan con un determinado rigor —*cheese, kiss*; “queso”, “beso”— y no sean del gusto de los poetas; en todo caso, no parece deseable ponderar cuotas irrestrictas para las palabras, ya que inclusive habría quien vería en tal sesgo una imposición o exclusión, tómese en cuenta que toda “etiqueta” señala y descarta. Al invocar rarezas hay dos fillos: el primero es un legítimo intento de conformar una categoría especial, el segundo una manera de apartar. Los placeres de la literatura tienen cortapisas que inhiben un alcance único y absoluto —sabia diversidad—, sobre todo si se considera que las oportunidades o el entusiasmo de querer aprehenderlos, por simple disfrute o ánimo de descubrir o apreciar un determinado canon, no siempre están donde se supondría, para bien o para mal.

El hecho de referirse a lo “raro” —el queso, por ejemplo— hoy en día parecería un despropósito, una reivindicación a destiempo. Ahora nos ufamamos de que hay de todo, para todos, aunque siempre haya sido así, pero bajo distintas circunstancias. ¿La literatura lo ampara sin consecuencias? Se valen apuestas. Después de todo, en los días que corren, y pese a enormes adversidades, lo diverso, alternativo o subterráneo han conquistado terrenos insospechados y dan cuenta de la vitalidad del lenguaje ante los derroteros más lastimeros. Viene a cuento entonces la mordacidad e ironía de Chesterton respecto a que el queso no tiene un sitio en la poesía, ya que infiere el sinsentido de la reiteración, lo previsible, de la carencia de sorpresas.

No hay más alternativa que sacudir los grandes temas (el amor, la muerte, el héroe, los elementos, el olvido, el yo, los otros) y ensanchar el margen para dar lugar a la

reinención, a lo inédito, a la exploración. Volver a contar lo que ha sucedido, una y otra vez. La literatura lo necesita. De ese ejercicio surgirán otros creadores cuya originalidad inaugurará eras distintas y a quienes apreciaremos con parámetros renovados a partir de palabras asombrosas e inesperadas. Si Chesterton apela a los elementos civilizatorios que redundan en un alimento tradicional que en cada región del orbe ostenta nobleza y poderosa singularidad, puede hacerse igualmente con la poesía, con el resto de la literatura —desentrañar lo otro particular y universal—, aunque detrás de ello hay algo ingenuo: el mundo lo queremos, o ansiamos verlo, según nuestras visiones personales, pese a las enormes limitaciones (o atrocidades) que ello conlleva, esto es, un ideal no es una aspiración exclusiva de una colectividad, sino que nace de un capricho personal, de una egolatría que busca ser materializada. Cada escritor actúa con algo más que un compromiso ideológico por delante, situación contradictoria con la voluntad creadora; lo mueve una actitud genuinamente contestataria y el deseo de gritar que el mundo es imperfecto, que necesita ser ajeno a sí mismo. ¿Sería terrible considerar la posibilidad de crear y poseer planetas personales? El resultado no sería muy distinto de lo que ocurre aquí y ahora: la soledad no es destino ni condena, es una forma de vida, un *leitmotiv* —es la enunciación del queso no nombrado—. Más allá de un conservadurismo o acto de rebeldía, G. K. Chesterton pone de manifiesto que no todo progreso es bienvenido si atenta contra maridajes probados y perfectos (pan y queso). No hay duda: “La fábula es un asno santo que va a la iglesia. El realismo es un asno perdido que no sabe adónde va”. **U**

El jardín de los senderos cuánticos

José Gordon

En el poema “El camino no elegido”, Robert Frost nos confronta con el problema que tiene un viajero frente a una bifurcación en un bosque amarillo. Siente tristeza al no poder escoger ambos. No posee más que un solo cuerpo. Eso es lo que nos pasa con las disyuntivas en nuestras vidas: son esto o lo otro; nunca hay esto y lo otro.

Sin embargo, en el extraño mundo de las partículas subatómicas, en el territorio de la física cuántica, hay una lógica que rebasa nuestro sentido común. Supuestamente, la materia se debe comportar como onda o como partícula; no obstante, en ese nivel, la materia es onda y partícula. Las cosas pueden estar en dos lugares al mismo tiempo.

Esto parece otro ejercicio poético, hasta que descubrimos que la ciencia está tratando de utilizar esas insólitas propiedades del mundo cuántico para hacer computadoras. Físicos del calibre de David Deutsch, de la Universidad de Oxford, están tratando de construir computadoras cuánticas que puedan manipular átomos o fotones para explotar sus posibilidades de existir simultáneamente en más de un estado.

Seth Lloyd, profesor de ingeniería mecánica y física en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, pionero en informática cuántica, define su labor como si estuviera en una especie de *spa* de átomos. Dice Lloyd: “Mi trabajo consiste en masajear electrones, fotones, átomos y moléculas hacia esos estados espaciales en los cuales se convierten en computadoras cuánticas y sistemas cuánticos de comunicación”.

En la computación clásica se utilizan códigos binarios para procesar la información. Los textos, imágenes, sonidos y videos que aparecen en las pantallas de las computadoras se basan en la unidad mínima del *bit* representada por el en-

cendido a apagado de un cero o un uno. En el caso de la computación cuántica se habla de un *cubit* (*bit* cuántico), que tiene la capacidad de registrar ambos, el uno y el cero, al mismo tiempo. Esto lleva a la posibilidad de realizar millones de cálculos *simultáneamente*. El trabajo en esta área tiene un potencial impresionante que poco a poco se está desarrollando. Si volvemos a la imagen inicial del poeta Robert Frost, en este caso el viajero elige al mismo tiempo los caminos bifurcados de la información.

Eso es lo que ocurre en el célebre relato de Borges “El jardín de senderos que se bifurcan”. Este texto habla de un mundo en donde las disyuntivas no cierran la capacidad de elección de un narrador llamado Ts’ui Pên. Escribe Borges: “En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable Ts’ui Pên, opta —simultáneamente— por todas. Crea, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también, proliferan y se bifurcan”.

Borges ejemplifica: un personaje llamado Fang tiene un secreto; un desconocido llama a su puerta; Fang decide matarlo. ¿Cuáles son los desenlaces posibles? Dice el escritor argentino: “Fang puede matar al intruso, el intruso puede matar a Fang, ambos pueden salvarse, ambos pueden morir, etcétera. En la obra de Ts’ui Pên, todos los desenlaces ocurren; cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones. Alguna vez, los senderos de ese laberinto convergen; por ejemplo, usted llega a esta casa, pero en uno de los pasados posibles usted es mi enemigo, en otro mi amigo [...] [Ts’ui Pên] no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes,

convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos”.

Cuando el científico Seth Lloyd leyó ese relato, quedó impresionado por las similitudes con el extraño mundo cuántico que investigaba. En 1983, los senderos bifurcados de la vida le abrieron un capítulo sorprendente. Lloyd se encontraba con unos amigos en un jardín de la Universidad de Cambridge cuando se acercó una mujer que les advirtió: “¿No se dan cuenta de que el más grande autor del planeta está sentado allá sin nadie con quien platicar?”. Hablaba María Kodama. Lloyd estaba emocionado: tendría la oportunidad de preguntarle a Borges sobre “El jardín de senderos que se bifurcan” que tanto le había inquietado. La sensación era mareante. Tal vez en uno de los mundos posibles él nunca había tenido la oportunidad de estar con Borges. Pero ahí estaba. Disparó la pregunta: ¿era Borges consciente del espejo de su relato con las ideas de la física cuántica que implican senderos que coexisten simultáneamente? ¿La física cuántica había influido en ese texto?

Borges respondió que no. Sin embargo, no le sorprendía que las leyes de la física espejearan ideas de la literatura. Lloyd sonrió. Después de todo, como bien sabía, el relato de Borges fue publicado en 1941, antes de que el físico Hugh Everett hablara de que en el jardín de los senderos de la física cuántica había una teoría que planteaba que los caminos no elegidos también se recorrían en universos paralelos. Seth Lloyd se da cuenta de lo que ha pasado: “Si hay alguna influencia, en todo caso, es de la literatura en la física”. **U**